¡CUIDADO CON EL "SIMPÁTICO" DEL POLI!



ARIADNA BAKER

¡CUIDADO CON EL "SIMPÁTICO" DEL POLI!

ARIADNA BAKER

Primera edición.
¡Cuidado con el “simpático” del poli!
©Ariadna Baker.
©agosto, 2026
©imágenes por Magnific y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Gloria

—¿Qué te parecen estas? —me preguntó Clara, enseñándome una imagen de unas pintadas.

Clara era la dueña del salón de uñas y también trabajaba en el negocio. Desde que vine la primera vez y tuve la suerte de que me atendiera, siempre pedía por ella.

El negocio era bastante nuevo. Abrió sus puertas a los clientes cuatro meses atrás y, desde que se puso en marcha, rara vez se quedaba vacío, únicamente con el personal que trabajaba.

Clara había tenido mucha suerte, por la buenísima acogida que le dieron. Sin embargo, su gran éxito llegó después, con el buen trabajo que hacían. Venir a su salón era hablar de calidad y encima a buen precio. No era nada exagerado y valía muchísimo la pena, por los resultados.

De manera que, gracias a eso, se había ganado la permanencia de las clientas y que hiciéramos cola para tener nuestra cita. Las fijas y las nuevas, porque su negocio iba en aumento.

Mi mejor amiga Tania y yo le habíamos comentado a Clara, en varias ocasiones y en broma, que, al paso que iba, pronto tendría que cambiar de local y pensar en más grande. A pesar de que en el que nos encontrábamos no era pequeño. En absoluto.

Era cuestión de tiempo que Clara se lo planteara de verdad, ya que por el momento no entraba en sus planes. Algo lógico y entendible, porque primero quería adaptarse, crecer y afianzarse.

A pesar de lo que costaba conseguir cita, tenía la suerte de que cada vez que llamaba para coger hora, Clara me encontraba rápido un hueco para atenderme. Lo mismo sucedía con mi mejor amiga Tania.

Dejando a un lado el tema del negocio, Tania y yo estábamos encantadas con nuestra reciente amistad con Clara. Nos iba genial y día a día avanzábamos a muy buen ritmo.

Lo que iniciamos en el salón, entre risas y conversaciones cómplices, ya lo habíamos trasladado a quedar para desayunar algunos fines de semana, a tomar un café en algún momento del día que Clara podía escaparse y nosotras estábamos libres, o a salidas para cenar y tomar unas copas.

Clara no solo era nueva en su negocio, sino también en la ciudad. Hacía siete meses que se trasladó y, hasta que no comenzó con su negocio, no se acercó a nadie con la intención de entablar una relación. Fuera del tipo que fuera. Eligió esta ciudad porque su hermano vivía aquí.

Tania también se encontraba en el salón. Estaba atendiéndola Luisa, una de las chicas contratadas por Clara.

Sus otras dos compañeras se llamaban Carmen y Tamara. Formaban un equipo de cuatro y había muy buen ambiente entre ellas. Lo transmitían a todo el que entraba en el salón.

—Me gustan —le contesté a Clara, sobre la imagen que me enseñaba de las uñas.

—¿Entonces hacemos estas?

—Sí.

—Van a quedar preciosas —me dijo con un guiño.

Coloqué las manos hacia ella, apoyando las muñecas en el reposabrazos, y comenzó a trabajar para crear una nueva obra de arte.

—Así que esta noche vais a poneros divinas para la fiesta —comentó.

Al hablar sonrió, pero sin mirarme. No apartó la vista de su trabajo.

—Esa es nuestra intención —le dije.

—¿Intención? —preguntó Tania, alzando la voz—. Escuchadme bien, queridas —se dirigió a todas—, va a ser una realidad. Esta noche Gloria y yo vamos a brillar y a pasear nuestros cuerpazos para dar envidia —rio.

Clara me miró unos segundos, sonriendo, y devolvió su atención a mis uñas.

—Vete haciendo a la idea de que no vas a tenerme de un lado para el otro hasta que sea la hora de la cena —le advertí a Tania.

—¿A qué hora comienza lo de la sala de fiestas? —quiso saber Clara.

—Sobre las ocho y media debemos estar allí y una hora después nos iremos al restaurante que se encuentra en la misma calle, a unos metros de distancia —le contesté—. Yo iría directamente al restaurante. Total, después de la cena nos tomaremos unas copas para alargar la noche.

Me encogí de hombros.

—Marina nos pidió por favor que fuéramos a la sala de fiestas —me recordó Tania, con voz cantarina.

Puse los ojos en blanco y Clara soltó una risilla.

De verdad que no entendía cómo podía hacerle tanta ilusión a Tania el reencuentro con los que en el pasado fueron nuestros compañeros de estudios.

Eran personas que no habíamos vuelto a ver desde que nuestros caminos se separaron. Y de eso hacía muchos años. Tampoco habíamos mantenido contacto con nadie. Todo ello equivalía a que a mí me daba exactamente igual lo del reencuentro que habían organizado.

Para ser sincera, si hubiera tenido la opción de echarme para atrás a tiempo, lo habría hecho. Sin dudar. El problema fue que Tania le dijo demasiado rápido a Marina que asistiríamos, que contara con nosotras.

No me consultó, aunque el verdadero problema era que, como he comentado, mi amiga le estaba poniendo mucha ilusión al reencuentro.

Fue Marina la que localizó a Tania por una red social. De no haber sido así, no hubiera dado con ninguna de las dos.

—Te pidió a ti que fuéramos a la sala de fiestas —le recordé a Tania —. Yo no he hablado todavía con Marina. A saber, si tanta insistencia fue porque dudaba de que los demás asistieran.

—Da igual. Lo importante es que nos lo pasaremos genial —dijo animada.

Solté un pequeño bufido y Clara tuvo que contenerse para no reír.

—Entonces no sabéis si irán todos con los que estudiasteis —entró en la conversación Luisa, la chica que estaba haciéndole las uñas a Tania.

—Ni idea —le confirmé—. Se han encargado de todo Marina y Celia, dos antiguas compañeras. Ellas son las organizadoras.

—Lo sabremos cuando estemos en la sala de fiestas —comentó Tania—. Aunque seguramente no nos conozcamos ni la mitad —dijo con diversión.

—Se cambia mucho con el paso de los años —intervino Clara—. Os encontraréis con algunos a los que el tiempo les ha sentado de maravilla y con otros a los que no reconoceréis.

Se encogió de hombros.

—¿No te crea curiosidad verlos? —me preguntó Carmen.

Carmen y Tamara estaban libres, por el momento, ya que faltaban unos minutos para que sus clientas llegaran.

—No —contesté rápido y con sinceridad.

—A mí me pasaría como a Tania —comentó Tamara—. Estaría deseando que llegara esta noche para encontrarme con todos —rio.

Tania, Luisa y Carmen se unieron a sus risas.

—Gloria no entiende el concepto —soltó Tania.

—¿Qué mierda de concepto debo entender? —le pregunté—. No me interesa nada la vida de los demás. No he cruzado ni un hola con nadie de los que veré esta noche, en muchísimos años. Y sinceramente, pasaría una noche de lujo con mis amigas, cenando, tomando unas copas y echándome unas risas.

Arqueé una ceja.

—Tú y yo vamos a hacer exactamente eso esta noche, solo que con más personas alrededor. Clara no estará, pero… ¡Oye! ¿Por qué no te unes a nosotras después de la cena? Te decimos dónde estaremos y…

—No —se negó Clara, riendo.

Ni siquiera mi cara de pena, pidiéndole auxilio, la hizo retroceder para aceptar venir esta noche.

—Lo siento —dijo entre risas—. Os lo agradezco, pero prefiero quedarme en mi piso descansando y así coger fuerzas para mañana. Si es que os quedan ganas para salir.

—Oh, sí, amiga —la señaló Tania, con la mano que tenía libre—. Mañana nos lo pasaremos genial las tres juntas.

—Sí —le confirmó Tania, sonriendo.

—Y tanto que saldremos, porque esta noche no voy a meterme en la cama muy tarde —dejé claro.

—Ves cambiando esa carita que no quiero tener que estar metiéndote comida en la boca durante toda la noche, para que no vayas creándonos enemigos al hablar —me dijo riendo Tania.

—Tiene razón —añadió Luisa—. Ahora mismo asustas un poco.

Después de un breve tiempo en el que nos mantuvimos en silencio y mirándonos las unas a las otras, al final terminamos soltando una carcajada las seis.

Una vez que nos recompusimos, dejamos apartado el tema de la salida de esta noche, ya que llegaron las clientas de Tamara y Carmen.

Después de media hora, me miré las uñas.

—Te han quedado perfectas, Clara —le dije, sin dejar de sonreír—. Me encantan.

—Gracias. Me alegro.

Me hizo un guiño.

—Si a lo largo del día tienes algún hueco libre, llámame y bajo para tomarnos un café —le comenté.

—Hoy dudo que pueda, a no ser que me anulen alguna cita.

—Pues entonces lo mismo aparezco por aquí para traeros cafés.

Nos sonreímos mientras nos levantábamos de las sillas para ir hacia la caja.

Algo que no había comentado y que nos venía de maravilla era que el local que Clara tenía alquilado para el salón de uñas se encontraba en la planta baja del edificio vecino al mío.

Estábamos muy cerca. No tenía casi que moverme para llegar hasta aquí, lo que a Clara y a mí nos facilitaba mucho poder vernos cuando nos apetecía, o cuando ella podía tomarse un descanso.

Luisa también terminó de hacerle las uñas a Tania, con un resultado precioso.

Capítulo 2



—Si el que acaba de abrir la puerta viene a robar, ¡necesito unos minutos! Soy una mujer mayor y me cuesta moverme —dijo mi abuela, alzando la voz.

Solté una carcajada mientras cerraba la puerta de su casa.

Mi abuela salió al pasillo sonriendo y vino hacia mí.

Se llamaba Coral y no era tan mayor como ella siempre exageraba, cada vez que salía ese tema de conversación. Tuvo a mi madre bastante joven, al poco de casarse, por lo que yo podía decir que tenía una abuela con mucha marcha todavía. Aparte de su espíritu joven y libre.

A mi abuelo lo veía de vez en cuando, ya que estaban divorciados y se trasladó a dos pueblos de distancia. Mi abuela no se lo pensó cuando descubrió que él tenía otro interés amoroso.

Con toda la clase que tenía y con la sabiduría de quien siempre buscaba la paz y el bienestar para sí misma, le hizo las maletas a mi abuelo y cuando él regresó del trabajo, un día cualquiera, con buenas palabras y sin alterarse, le dijo que no iba a estar aguantando a una persona que no la tenía como prioridad.

No hubo peleas, ni gritos, ni lloros, ni ruegos… Mi abuelo se despidió de mi abuela con un abrazo que ella aceptó y le devolvió, mientras él le daba las gracias y le pedía perdón por haberla fallado. Después se fue con sus pertenencias, como el que sale a dar un paseo.

De ese momento al presente habían pasado ya siete años y debo decir que, a pesar de los motivos de la separación, me sentía muy orgullosa de ellos. Eran un gran ejemplo de humanidad, respeto y amor, por los años vividos, por la familia y por el cariño que se tendrían siempre.

Mi abuela rechazó desde el inicio el rencor y la rabia. Los sustituyó por algo mucho más importante, su bienestar.

Se llevaban de maravilla, podían verse, conversar y, cómo no, estar en las reuniones familiares importantes.

No solían coincidir mucho, pero cuando lo hacían, el buen rollo y la tranquilidad reinaban para todos. Lo que era de agradecer porque, independientemente de lo que hiciera mi abuelo, los queríamos muchísimo a ambos.

—Hola, cariño —me saludó, antes de abrazarme.

—Hola, abuela.

Le di un beso en la mejilla, correspondiéndole al abrazo.

—Te he pillado en mal momento —comenté.

—Para ti siempre tengo tiempo.

Nos sonreímos mientras íbamos al sofá.

—Vas a salir —le dije.

No fue una pregunta porque tenía muy claro que era así. Se había maquillado, ya que a coqueta no la ganaba nadie. Solo le faltaba vestirse.

—Sí, he quedado con Marga —contestó alegre.

Marga era su mejor amiga y vecina. Se conocían de muchos años y tenían la suerte de estar muy cerca la una de la otra. La amiga de mi abuela también vivía sola y siempre que podían ambas, o les apetecía, compartían tiempo en la calle o en sus casas.

Las sesiones de cocina eran muy normales entre ellas, en un piso o en otro. Yo de vez en cuando me unía a ellas.

—Vamos a dar una vuelta y a comer a algún restaurante. No hemos hablado de cuál —continuó contándome.

—Me parece genial.

Asentí.

—Me extraña que no estés con Tania. No estará escondida para aparecer de golpe y darme un susto, ¿no? De ella me espero cualquier cosa.

Solté una carcajada.

—Puedes estar tranquila. He venido sola.

—Hoy tenéis fiesta las dos.

Se refería a que era viernes y, como era habitual en nuestros trabajos, esta semana nos había tocado que fuera corta: de lunes a miércoles.

Tania y yo trabajábamos como enfermeras en el mismo hospital y siempre hacíamos coincidir nuestros festivos y descansos.

Nuestra rutina de trabajo era de lunes a domingo, una semana completa en los turnos que tuviéramos, y a la siguiente semana, únicamente trabajábamos de lunes a miércoles, para poder descansar de jueves a domingo. Y después, vuelta a empezar.

Unos años atrás esos no eran nuestros horarios habituales. Nos los modificaron cuando el hospital cambió de director. Alberto, que así se llamaba el director, desde su llegada no había dejado de variar los turnos y las formas de organizarnos.

Él quería encontrar una rutina en la que a todos nos cundiera lo máximo posible, pero al mismo tiempo, que el equipo sanitario se viera recompensado.

Por el momento, desde que teníamos los nuevos horarios, todos los que trabajábamos en el hospital estábamos contentos. Alberto se había ganado nuestra confianza y respeto, ya que siempre se preocupaba mucho por su personal.

—No estamos siempre pegadas —le dije con diversión.

Mi abuela elevó las cejas y volví a reírme.

—Me he despedido de Tania antes de entrar en tu casa. Me ha dicho que te dé un achuchón bien fuerte y un besazo.

—¿Por qué no me los ha dado ella? —preguntó negando y sonriendo.

—Llegaba tarde. Había quedado con su madre para hacer unos recados.

—Ah. Vale.

—Pero nos ha dado tiempo a tomarnos un café y a ir al salón de Clara. Mira.

Le acerqué las manos y me las agarró, para observar de cerca lo bien que me había dejado las uñas.

—Qué monería.

—¿A que sí? Me encantan. Clara se supera cada día más —sonreí—. Tania y yo venimos de allí. No me apetecía encerrarme en el piso y me he animado a venir a verte.

—¿Por qué no te vienes con Marga y conmigo?

—Otro día iré encantada.

Le di un beso en la mejilla antes de levantarme del sofá.

—He venido dispuesta a estar un ratito contigo y a no tardar para irme al piso. Quiero descansar haciendo lo mínimo.

Mi abuela se incorporó también.

—De acuerdo, cariño. No te insisto. ¿Tienes algún plan para el resto del viernes?

—Para mi pesar, por la noche.

Bufé.

—¿Y ese entusiasmo? —me preguntó con diversión, haciéndome reír.

—Hoy es la noche de la que te hablé hace unas semanas. Ya ha llegado y tengo que reencontrarme con los excompañeros de estudios.

—Es verdad. No me acordaba. ¿Y tus ánimos?

—Los he perdido por alguna parte. Si los encuentras, guárdamelos.

Reímos.

—Seguro que te animarás una vez que te arregles y salgas del piso.

—Me encanta lo optimista que eres siempre —le dije, con un suspiro.

Nos abrazamos y nos dimos varios besos.

—Saluda a Marga de mi parte y dile que a lo próximo que hagáis me apunto, siempre y cuando pueda con el trabajo.

—Vale, cariño. Ya sabes que nosotras estaremos encantadas.

Fuimos hacia la puerta de la casa.

—¿Qué tienes pensado hacerte de comer? ¿Quieres llevarte el guiso que preparé ayer? Me sobró y me quedó delicioso.

—Me lo pones muy difícil para que te diga que no —reí—. Pero para otro día. No te entretengo más, que harás esperar a Marga.

—¿Estás segura? Puedes preparártelo tú.

—Tengo la comida del mediodía cubierta. No te preocupes.

—Vale, entonces.

—Pasároslo genial y disfrutad.

—Y tú también, cariño. Haz el esfuerzo esta noche.

—Si lo hago es por Tania, porque lo que es por mí…

Negué con la cabeza.

Nos dimos un último abrazo como despedida y me fui de la casa de mi abuela.

Decidí volver a mi piso dando un paseo. Al menos hasta que me cansara, porque había bastante distancia entre donde me encontraba y donde yo vivía.

Mi amiga Tania me había llevado en coche a la casa de mi abuela, por lo que, en cuanto me cansara de caminar, más que nada por el calor que hacía, entonces cogería el autobús que me dejaría justo enfrente de mi dirección.

Fui sin prisa. Hice una parada para entrar en una cafetería y me pedí un café con leche con hielo. Bebiendo de él, refrescándome un poco, avancé bastante, mientras pensaba en el día que tenía por delante.

En cuanto llegara al piso, me quitaría la ropa de calle para ponerme cómoda. Entre unas cosas y otras, la hora de la comida estaría cerca, por lo que llamaría a mi restaurante favorito y en media hora el timbre de mi piso sonaría, con la comida preparada y deliciosa.

Después de comer tocaba la siesta, algo en lo que por un instante pensé en si hacer o no. Esta noche me interesaba cansarme antes, que me entrara tanto sueño que fuera una gran excusa para despedirme de todos.

Al final llegué rápido a una conclusión, ya que sabía que me dormiría en cuanto me pusiera cómoda en el sofá. Después de comer me entraría sueño.

Durante los días de trabajo no tenía esa rutina, pero los que descansaba y podía permitírmelo, para mí la siesta era inamovible.

Al despertarme, tocaría darme una ducha y prepararme. No había pensado en qué iba a ponerme para salir por la noche, y continuaría siendo así hasta que abriera el armario para coger algo de ropa. Con las pocas ganas que tenía…

Cuando me terminé el café frío, después de tirar el vaso de plástico a una papelera, me dirigí hacia la parada de autobús que veía a lo lejos. El tiempo de caminar había terminado.

Capítulo 3



—¿Estás cerca? —le pregunté a Tania.

Venía en taxi a recogerme. Sabía que estaba en él porque me escribió un mensaje en cuanto se montó.

—En cinco minutos como mucho estamos ahí —me contestó.

—Vale, pues voy bajando.

—Tranquila, no voy a irme sin ti —rio.

—Ya… no tendré esa suerte —hablé con diversión.

—Pues no, amiga. Esta noche es nuestra.

—Anda, cuelgo ya.

—Sí, mejor, no vaya a ser que te encierres en tu piso.

Volví a escuchar su risa, antes de cortar la llamada.

Ya hacía unos minutos que estaba preparada para irme. Tal y como planeé mientras venía hacia mi piso, desde la casa de mi abuela, al poco de despertarme de la siesta me di una ducha.

Al terminar, fresquita, esperé un rato para comenzar a arreglarme. La ropa que había elegido para esta noche era una falda pantalón mini monísima que tenía un poquito de brillo y un top de tirantes finos, adornados con piedrecitas que se cruzaban a la espalda.

El conjunto quedaba monísimo y se veía elegante. Me sentaba genial.

Lo había acompañado con unas sandalias de tacón y el bolso minúsculo que había elegido para la ocasión. En él me cabía a lo justo el móvil, las llaves y un monedero pequeño en el que solo podía llevar la documentación, la tarjeta del banco y dinero en efectivo bien doblado. No necesitaba más.

El pelo me lo había recogido de un lado con unas horquillas, el resto lo llevaba suelto. En cuanto se hiciera de noche no iba a molestarme, para lo que todavía faltaba una horita, y dentro de los sitios estaba salvada con el aire acondicionado.

Lo último que hice, para estar perfecta para mí, fue maquillarme.

Cuando terminé de hablar con Tania, me guardé el móvil en el bolso y este me lo colgué al hombro para salir del piso.

Bajé en el ascensor hasta la planta principal y justo cuando salí a la calle, un taxi se paró en doble fila. Pude ver dentro a mi amiga y sonreí cuando me saludó con ambas manos.

—Hola —dije al sentarme en el asiento trasero, al lado de Tania.

Tanto ella como el taxista me devolvieron el saludo. Entonces el hombre se puso en marcha hacia la dirección que ya debía saber.

—Estás divina —me dijo con alegría.

—Y tú.

Le hice un guiño.

Ella había elegido un vestido monísimo que la hacía brillar. Y no era una manera de decir que lucía estupenda, que también, pero a lo de brillar me refería a que literalmente brillaba.

La tela del vestido era de lentejuelas. Este tenía el escote de palabra de honor, se ajustaba perfectamente al cuerpo de mi amiga y le llegaba hasta medio muslo. Sentada un poquito más arriba.

Tania también llevaba sandalias de tacón, unos centímetros más altos que los míos, y un bolso del tamaño justo para las pocas cosas que necesitaba.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó.

La miré de reojo.

—Ni que fuera de camino a la iglesia para casarme…

Negué con la cabeza.

—Cuando llegue ese día no te preguntaré. Será obvio que estarás nerviosa —rio.

—Tania, vamos a estar un rato con gente, recordando viejos tiempos y diciendo, joder, tú eres tal. Oh, sí, qué bien te ha sentado el tiempo… Ni se te ocurra decirle a nadie que está peor —le advertí.

Mi amiga soltó una carcajada.

—Lo digo en serio —insistí.

—Que sí… Tendré la boquita cerrada y, si se me escapa algo, te doy permiso para que me pises con esas sandalias tan divinas que llevas —habló con diversión.

Puse los ojos en blanco.

—Y después iremos a cenar y a tomar unas copas, como cualquier otra noche de las que salimos —continué.

Me encogí de hombros antes de mirar por la ventanilla.

—Estamos cerca —me informó.

—En el centro.

—Sí —me confirmó.

Yo no me había preocupado de nada sobre esta salida, por lo que no tenía ni idea de dónde estaba la sala de fiestas que habían reservado para antes de la cena.

Así como tampoco sabía a qué restaurante iríamos después. Imaginaba que el local para continuar con la noche estaba por decidir y nos pondríamos de acuerdo durante la cena.

Cuando el taxista paró al borde de la acera de una calle bastante transitada, Tania se me adelantó y pagó con su tarjeta, ignorando mi queja.

—Ahorra energías y no hables —me pidió cuando nos bajamos del vehículo.

—No quieres que las ahorre mucho —reí.

—Joder, no. Tienes razón. Dime lo que quieras y desahógate antes de llegar. Salta, baila, grita, haz lo que te dé la real gana que yo te sigo en todo para que llegues relajadita a la sala de fiestas.

—¿Por qué tienes tantas ganas de ir? —le pregunté con curiosidad —. Estás muy ilusionada desde que hablaste con Marina.

—No sé —contestó, encogiéndose de hombros.

Se agarró a mi brazo y comenzamos a caminar por la acera.

—A mí me extraña que tú no sientas ni un poquito de esa ilusión.

—He vivido muchos años sin ninguna de esas personas y voy a seguir haciéndolo. No me acuerdo de ellas, por lo que no me interesa y ya está. Otra cosa es que no vaya a dejarte sola esta noche. Por eso estoy aquí —suspiré.

—Supongo que mi ilusión es por ver a algunas de las personas con las que me llevaba muy bien —comentó, pensativa.

—Sabes que puede que precisamente estas personas no hayan venido, ¿no?

La miré de reojo.

—Sí.

—Estás pensando en Damián.

Giré la cabeza hacia ella y su cara de inocente, la que ponía cada vez que hacía alguna trastada, me dio la respuesta.

—¡No me digas que esperas que lo que sentías hacia él, la chispa y la atracción, sigan ahí después de tanto tiempo!

Agrandé los ojos.

—¿Todo esto es por Damián? —le pregunté, sin llegar a creérmelo.

—Solo quiero reencontrarme con él —sonrió de manera exagerada —. Desapareció un mes antes de terminar el último curso y no pude declararme.

Hizo una mueca.

—Sabes que iba a hacerlo el último día de clase, en la fiesta que habíamos organizado para después. Su repentina marcha lo estropeó todo y sé que él también me miraba de manera especial. Lo hizo durante todo el último curso.

—Se fue por algo del trabajo del padre y no sabes si Marina o Celia han podido contactar con él. Ni siquiera si se han acordado de él.

—Pues claro que se habrán acordado. —Bufó—. Celia habrá removido cielo y tierra para encontrarlo. Se le caían las bragas cada vez que veía a Damián.

—No me lo puedo creer.

Solté una carcajada.

—¿Qué? —me preguntó e hizo una mueca.

—Todo lo de esta noche es por Damián, el que no sabemos si estará, y encima todavía estás molesta con Celia y sientes celos de ella. Estoy flipando. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos separamos del grupo para iniciar el bachillerato? Catorce años, Tania —le dije sorprendida.

—Solo es interés por saber qué fue de Damián. Joder, tampoco es tan raro.

Puso los ojos en blanco.

—Hace muchísimo tiempo que dejé de malgastar mi tiempo pensando en él.

Se encogió de hombros.

—Ya lo veo, ya… —carraspeé.

—¿Vas a ayudarme si lo vemos?

—Me ofendes. —Bufé—. ¿Cuándo no nos hemos ayudado la una a la otra?

Tania soltó un gritito y se paró para abrazarme. Terminé riendo, con ella colgada del cuello.

—Si es una táctica para terminar conmigo haciendo ver a los demás que me quieres, vas por buen camino —le dije en voz baja.

—¿Qué?

Se separó para mirarme la cara.

—Que apretabas muy fuerte y estabas ahogándome un poco —le aclaré entre risas.

Tania soltó un pequeño jadeo y después se puso a reír conmigo.

No tuvimos que caminar mucho. Desde donde nos dejó el taxi hasta la puerta del local de fiestas solo había una calle de distancia.

—¿Preparada? —me preguntó.

Elevé las cejas y, con una risilla, empujó la puerta que nos encontramos abierta, por lo que no tuvimos problema para entrar.

En cuanto la puerta se cerró a nuestras espaldas, observamos el vestíbulo. No había nadie, de manera que caminamos hacia la única puerta que había. Era imposible equivocarse.

—Joder —dije en cuanto pisamos la sala.

—¿Somos las primeras? —preguntó con asombro Tania.

Sacó su móvil para comprobar qué hora era. Pasaban unos minutos de la hora que le dijo Marina que viniéramos.

—Bueno —suspiré—. La sala está iluminada y en aquellas mesas del fondo hay bebida. —Señalé en esa dirección—. Así que dentro de poco veremos a alguien más.

—¿Te imaginas que somos las únicas?

Nos miramos serias, para después soltar una carcajada.

—Pues nada, si resulta que es cierto, tenemos bebidas gratis hasta que nos vayamos a cenar tú y yo solas —le dije.

—Si pasa el tiempo y no viene nadie, podemos llamar a Clara para que se una. Lo mismo se anima.

—Lo dudo. Estará cómoda con el pijama y sin ganas de moverse. Será tarde.

—Bueno, lo intentaremos igualmente y…

Mi amiga se quedó callada de golpe por la interrupción que nos sobresaltó.

—¡Tania! ¡Gloria! Perdón, no quería asustaros —rio.

Reconocí perfectamente a Marina. A ella el paso del tiempo le había seguido tratando como en la época en que la conocimos. Con las caderas un poco más marcadas, lo que le sentaba de maravilla, y las marcas de expresión normales que no teníamos cuando éramos unas niñas, pero Marina era la viva imagen de la que fue en el pasado.

—Pensábamos que estábamos solas —le dijo Tania, cuando Marina se paró frente a nosotras—. ¡Estás increíble!

Se abrazaron y después fue mi turno de saludarla.

—Vosotras también. Espectaculares, guapísimas y perfectas como años atrás —nos elogió, con una gran sonrisa.

—¿Dónde está todo el mundo? —quiso saber Tania—. O al menos una gran parte de los invitados.

—Se han puesto de acuerdo para retrasarse —contestó sin perder la alegría.

—¿Cuántos seremos? —le pregunté, con interés.

—Os va a costar creéroslo, pero todos. No ha fallado ninguno. Entre Celia y yo hemos conseguido reunir al grupo al completo.

—Vaya. —Silbó Tania.

—Sí —rio Marina.

Me mordí la lengua para no preguntar si Damián también entraba en ese «todos». Habría sido demasiado evidente mi interés por él, aunque no fuera yo la que estaba interesada.

Preferí quedarme callada, a pesar de las ganas que vi en la cara de Tania.

Capítulo 4



—Claro. Ya hablaremos —le dije a Miriam, sonriendo.

Se fue hacia uno de los grupitos que se habían formado.

Todos los que habían llegado hasta ahora se movían de un lado al otro, para no dejarse a nadie sin entablar conversación.

Tania estaba por algún lado de la sala. Hacía un rato que dejé de seguirla con la mirada.

Todavía quedaban por llegar, pero la mayoría estaban ya en la sala de fiestas.

Cuando Tania y yo llegamos, mientras estábamos con Marina, apareció Celia con su forma altiva de mirar y sonreír. No me hizo falta más que la primera impresión para saber que no había cambiado en nada.

Me tocó mucho las narices, pero me contuve haciendo un gran esfuerzo. Después del saludo de Celia y de hablar unos minutos con ella y con Marina, comenzaron a aparecer los invitados.

Llegaron unos detrás de otros, como si los hubieran soltado a todos de golpe en la puerta de la sala de fiestas.

Me llevé mi copa a los labios, observando con disimulo la sala. Había empezado fuerte la noche, Tania nos preparó un *gin-tonic* para cada una.

La verdad era que, contra todo pronóstico de lo que pensaba, el reencuentro con todos había sido muy bueno y animado. El ambiente era genial y se escuchaban risas por toda la sala.

Sí, los cambios eran muy evidentes en cada uno de nosotros. Incluso para Tania y para mí. El paso del tiempo no perdonaba, para bien o para mal.

Debo decir que, menos a uno, al resto los conocí sin problema. Por el momento, incluso había recordado todos los nombres.

El único que tuvo que decirme quién era fue Carlos, ya que parecía otra persona. Hasta tenía otro color de pelo.

Pero debía admitir que el resumen era muy bueno y satisfactorio.

—Solo quedan tres por llegar.

Tania me asustó al llegar por mi espalda y al hablarme en tono bajo. Capté la atención de todos al soltar un grito, pero Tania lo arregló enseguida, al reírse. Los demás sonrieron y siguieron a lo suyo.

—Joder. —Bufé—. Ya te vale.

—Lo siento —dijo entre risas, sin sentirlo ni un poco.

Puse los ojos en blanco.

—¿Te lo ha dicho Marina? —le pregunté.

—Sí, y también que Celia cada vez estaba más nerviosa. ¿Qué crees que significa eso?

—No tengo ni idea de por qué Marina puede haber dicho eso. Relájate y recuerda que, si aparece o no, da igual porque vamos a pasárnoslo genial de todas maneras.

—Vale —suspiró—. ¿Ya te has animado?

—Bastante —le confirmé—. Esto no está tan mal como pensaba.

Le hice un guiño y rio.

—Ya lo sabía.

Se agarró de mi brazo.

—Claro, porque eres adivina.

La miré de reojo.

—Solo queda media hora para irnos al restaurante.

—¿Preparas otro *gin-tonic* y nos lo bebemos a medias? —le propuse para que dejara de darle vueltas a lo mismo.

—Vale.

La seguí hacia la mesa en la que estaban las bebidas, las copas, los vasos y un congelador pequeño en el que había hielo.

Tania se entretuvo preparando nuestra bebida, mientras yo volvía a mirar todo el salón.

Me crucé con la mirada de Celia. Estaba demasiado cerca de nosotras y, como siempre me sucedía con esa mujer, no me gustó ni pelo la forma en la que nos miraba y me sonrió.

Para nuestra mala suerte vino hacia nosotras.

—¿Puedes prepararme otro a mí, amor? —le preguntó Celia a Tania.

Mi amiga giró la cabeza hacia ella e imaginé que le sonrió. Por la sonrisa falsa que mostró en los labios Celia.

—Claro —le dijo Tania, cogiendo su copa.

Dejó la nuestra frente a mí y se puso a trabajar con la de Celia.

—¿Y qué tal os va la vida? —nos preguntó, pero mirándome a mí—. Hemos podido hablar muy poco.

—Genial. Estamos felices y no podemos quejarnos —le contesté—. ¿Y a ti?

—Qué misteriosa —dijo con una sonrisa de medio lado—. Pensaba que, después de lo bien que ha sonado lo que has dicho, ibas a contarme en qué trabajáis ambas y alguna cosilla más personal.

—No he venido aquí a dar a conocer mi vida a nadie. Esta noche es para recordar viejos tiempos, reír y pasarlo bien.

Hablé muy calmada, pero mi mirada fija y precisamente el tono que utilicé le dejaron claro a Celia que no iba a conseguir lo que buscaba. Al menos de mí, porque por lo que respetaba a Tania…

Mi amiga notó al instante mi incomodidad e intervino en la conversación para apartarme un poco de ella.

—Nosotras continuamos estudiando juntas, en el bachillerato y después en la universidad —le dijo Tania, dándole su copa de *gin-tonic*.

—Vaya… —Celia nos miró a ambas—. Así que continuáis estando tan unidas como siempre.

—Así es. Nunca dejamos de estarlo —le aclaré.

—Unas uñas monísimas, por cierto —cambió de tema.

—¿Y tú? ¿Seguiste estudiando? —le preguntó Tania, ya que mi pregunta de cómo le iba la vida, Celia la había ignorado.

—Por supuesto —le contestó queriendo mostrar superioridad.

La miré por encima del borde de la copa, antes de beber un sorbo de la bebida.

—Llevo años en la empresa de mi padre y cuando él se jubile será mía.

—Pues tómatelo con calma porque todavía te quedan años —le dije.

—No te creas que tantos —sonrió.

—Lo de la empresa de tu padre suena estupendamente —le habló Tania.

—Claro. Por eso estudié una carrera, para no ser una simple y mediocre trabajadora, y llegar a ser la dueña algún día.

Volví a morderme la lengua para no soltar una barbaridad, por lo que acababa de escuchar.

Me compadecí de los trabajadores que tuviera a su cargo llegado ese instante. O quién sabía, lo mismo a la hora de la verdad su padre le daba un golpe de realidad.

Porque, sinceramente, si Celia no había cambiado en su actitud y su forma de ser, no veía creíble que lo hubiera hecho en algún momento respecto a sus estudios. Su padre debía haberse dado cuenta.

Durante todos los años que fuimos compañeras de estudios, Celia destacó por llevar fatal todos los cursos. Si pasó de ellos, únicamente fue por todos los exámenes en los que copió.

Un pequeño alboroto que se formó en la sala colaboró conmigo, para distraerme y continuar en silencio.

Las tres miramos hacia donde los demás excompañeros habían hecho un corro. Debido a ello, no vimos nada más que espaldas y cabezas.

Celia soltó un gritito y se alejó de nosotras caminando rápido. Con la altura de sus tacones era una gran hazaña que se mantuviera estable y sin lesionarse.

Tania y yo nos miramos, al mismo tiempo que le pasaba nuestra copa.

—Deben de ser los últimos que faltaban por llegar —comenté.

Ella asintió y bebió varios sorbos seguidos de *gin-tonic*.

Dirigimos las miradas hacia el grupo de personas y decidimos acercarnos despacio. No nos dimos ninguna prisa, mientras nos pasábamos la copa para ir bebiendo.

—En esta te has pasado —le dije hablando bajo, refiriéndome a la bebida.

Estaba muy fuerte de alcohol.

—No dirías lo mismo si probaras la de Celia —me habló en el mismo tono, con diversión—. Su copa te tumbaría en unos minutos.

Nos miramos y reímos.

—¿Te has propuesto dejarla fuera de juego por si aparece Damián? —le pregunté divertida.

—Ha venido ella a mí. Ha sido idea suya que le preparara una copa, cuando tenía sus dos manos vacías para preparársela ella.

Se encogió de hombros.

—Así que yo la hago como me da la gana. Si le gusta, bien, y si no, también.

—Así me gusta —la apoyé—. Me encanta cómo piensas.

Reímos.

—Como siga bebiendo, dentro de un rato está borracha —me susurró.

—Podemos dejarla durmiendo aquí, hasta que se le pase —comenté.

—Es un plan maravilloso —me dijo con un guiño—. Total, no echará de menos mezclarse con simples y mediocres trabajadores —comentó en tono de burla, al repetir las palabras de Celia.

Nos paramos a unos pasos del grupo que rodeaba a los recién llegados. Estaba claro que era así porque comenzaron a hacer las preguntas típicas.

Tania me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa cuando escuchó decir a una chica el nombre de Damián.

—Has tenido suerte —le sonreí.

—Oh, joder. Necesito saber si queda algo del chico que fue —susurró.

No tardamos en descubrirlo porque el círculo de personas se fue deshaciendo despacio, hasta que las personas que estaban en el centro fueron visibles.

Había dos hombres y una mujer.

—Chicas —nos llamó Marina—. Ya están aquí Julio, Sofía y Damián. ¿Os acordáis? Ellas son…

—Gloria y Tania —nos presentó Tania, interrumpiendo a Marina.

Así que el tal Damián nos acompañaría esta noche…

Mi amiga no podía estar más emocionada. Yo lo sabía. Lo percibía, a pesar de que fingía estupendamente.

A Tania se le habían acelerado las pulsaciones al ver a Damián porque sí, el chico que fue se había convertido en un hombre digno de ver. Era atractivo y muy guapo.

—Joder. ¡Gloria!

Al escuchar a Julio, sonreí dando un paso hacia delante.

Él rio y vino hacia mí. Nos dimos un abrazo porque en el pasado estuvimos muy cerca el uno del otro. Siempre nos llevamos muy bien.

Capítulo 5



—Cuéntame lo bien que te trata la vida —me pidió Julio.

—Has llegado un poco justo de hora para que me dé tiempo a tanto —le dijo con un guiño.

Reímos.

—Eso suena de maravilla y tenemos mucha noche por delante. Pero bueno, solo tengo que verte. Estás espectacular, mientras que yo estoy quedándome calvo.

Lo dijo a modo de broma, pero era una realidad.

—Un calvo muy guapo e interesante —le dije.

—No me digas eso, que me lo creo rápido.

Volvimos a reírnos.

—Hay hombres a los que les sienta genial no tener pelo en la cabeza y tú vas a ser uno de ellos, Julio.

Le hablé convencida porque había mucha verdad en mis palabras.

—Ya veremos… —carraspeó—. Tendremos que quedar cuando no me quede ni un pelo de tonto.

Soltamos una carcajada.

—Me encantaría poder vernos de vez en cuando. Se me había olvidado lo a gusto que me siento contigo.

—Sin pelo, pero con carisma. No lo tendré todo, pero sí lo más importante.

—¡Para ya! —le pedí riendo—. Joder, que no dejo de imaginarte calvo.

Bufé.

—Lo tienes fácil —me dijo con un guiño.

Pues sí, porque tenía el pelo rapado, muy cortito.

—Hola.

Tania llegó sonriente a nuestro lado.

—Hola, preciosa. Por segunda vez —le sonrió Julio—. Si buscas al adonis del amigo con el que he llegado, deben haberlo retenido en alguna parte de esta sala.

A Tania le subieron los colores de golpe, mientras miraba a Julio con sorpresa.

—Oh. No, no… Yo…

—Tranquila. Siento decirte que es lo normal cuando Damián aparece.

—No tienes que sentirlo —le pidió Tania, con un bufido.

Yo evité mirarla en este momento, para no ponerla más nerviosa.

—Lo que tenemos las dos es curiosidad e interés por hablar un poco con él. Con los demás ya lo hemos hecho —me dirigí a Julio.

Quise salvar la situación para mi amiga, pero Julio lo pilló todo demasiado rápido. A pesar de ello, disimuló y lo dejó pasar. Se lo agradecí con la mirada.

—Es un tío de éxito —nos contó—. Hace cuatro años que montó su propia empresa y tuvo una gran acogida, por lo que triunfó. Y sigue acumulando logros.

—Me alegro —comenté.

—¿Y tú, Julio? —le preguntó Tania.

—Estoy muy contento. Trabajo en una empresa importante y tengo un puesto de responsabilidad.

—Vamos, que eres un partidazo —le dije y reímos.

—El día que quedemos te hablo de mi vida con calma —se dirigió a mí—. Aquí no me apetece sacar ciertos temas, por si hay oídos por todas partes. No me gusta hablar de mi vida privada.

—Tranquilo. Lo entiendo y haces muy bien.

—¡Oye! ¿Habéis hablado de quedar? Yo quiero estar, ¿eh?

—Cómo no, la pequeña y revoltosa Tania al lado de Gloria.

—Joder, ¡hacía muchísimo que no escuchaba eso!

Reímos.

—Pues cuenta para atrás —le pidió él, con diversión—. Y, por supuesto, que puedes venir cuando quedemos. No hacía falta ni que sacaras el tema.

Le hizo un guiño a Tania y ella le sonrió de oreja a oreja.

—Hemos comentado para vernos cuando se quede calvo, pero creo que sería mejor comenzar un poco antes —le conté a Tania, conteniendo la risa.

Ella agrandó los ojos y no pude aguantarme más. Tuve que reírme.

—Está todo controlado, preciosa —la tranquilizó Julio—. Sois las únicas con las que voy a sacar este tema, de todos los que están en esta sala. Bueno, Damián no cuenta.

—Hola.

Ese fue Damián, quien apareció por la espalda de mi amiga. Yo tampoco lo vi venir.

Tania se apartó para ponerse a mi lado, sin dejar de sonreírle al recién llegado.

—Nos vamos ya para el restaurante —nos informó.

—Estupendo. —Asentí.

—¿Has podido liberarte? —le preguntó su amigo Julio.

La amistad entre ellos era tan larga, fuerte y duradera como la que teníamos Tania y yo. Al menos era lo que aparentaban porque seguían juntos, a pesar del tiempo, y parecían muy unidos, como en el pasado.

—Por los pelos —le contestó Damián, con una media sonrisa—. ¿Qué tal, chicas?

—Aquí, a verlas venir —contesté.

Julio rio y Damián amplió su sonrisa.

Tania había perdido la capacidad para hablar y de moverse, solo sonreía, por lo que le di un poco de tiempo para que se recompusiera.

—¿Qué tal tú?

—Igual que vosotras. Os confieso que nos lo pensamos bastante para aceptar —bajó el tono de voz.

—¿En serio? —le preguntó Tania, reaccionando. Los tres la miramos —. Y yo pensando que la única arisca era Gloria…

Rio.

—¿Acabas de decir que somos ariscos? —le preguntó Damián.

—Eh, no. Bueno, sí —rio nerviosa.

—Pues tendré que convencerte de lo contrario —le dijo con un guiño, Damián.

Sonreí contra el borde de la copa, antes de darle un sorbo al *gin-tonic*.

—Te advierto que no soy fácil.

—Me encantan los retos —le insistió Damián.

—Y a mí me gustas tú. ¿No lo notas?

Soltó una carcajada, entre nerviosa e ilusionada por tener toda la atención de Damián.

—¿Yo? ¡Qué va! —sonrió con picardía él

—Lo estáis haciendo muy interesante, pero creo que deberías salir ya —comentó Julio.

—Sí —estuve de acuerdo.

Miré hacia la puerta de salida, donde Marina y Celia hablaban con dos chicas, Ágata y Elena.

Celia no estaba muy atenta a la conversación que estaban teniendo, ya que se le iba la vista hacia donde estábamos nosotros.

Debía estar alterada, por no decir rabiosa, porque Damián se encontraba con nosotras, unas «simples y mediocres trabajadoras». Bajo su criterio, por supuesto, aunque ni Tania ni yo le habíamos dicho de qué trabajábamos ni los estudios superiores que cursamos.

Julio me ofreció su brazo y me agarré a él sin dudar, sonriéndole.

De esa manera caminamos hacia la salida, ya que nuestro grupo éramos los únicos que quedábamos en la sala.

—El restaurante es el que está saliendo hacia la derecha, a unos metros, en la acera contraria —nos informó Marina, simpática como siempre.

—Tranquila, que no nos perdemos —le habló con gracia Julio.

La dejamos riendo al salir de la sala, con Ágata y Elena sonriendo, mientras que Celia no dejó de mirar a nuestras espaldas. Ahí se encontraban Damián y Tania, caminando detrás de Julio y de mí.

—Sofía ya se ha ido hacia el restaurante —le comenté a Julio.

—Si lo dices porque nos has visto llegar a la vez, es porque nos hemos encontrado en la puerta. Damián y yo hacía que no la veíamos el mismo tiempo que a los demás.

—Ah. Pues sí que me ha dado la sensación de que veníais juntos.

Salimos a la calle y agradecí el cambio de temperatura.

—Es normal —me sonrió.

Miré por encima del hombro y yo también sonreí, al ver que Tania y Damián nos seguían. Hablaban entre ellos y parecían muy cómodos el uno con el otro.

De las demás chicas que dejamos en la sala de fiestas no había ni rastro por la calle. Debían estar todavía allí, tal vez para devolver la llave al dueño o recogiendo la mesa de las bebidas.

Qué sabía yo y tampoco me importaba mucho porque cuanto más lejos estuviera Celia de Tania y Damián, mejor para ellos. Sabía que, en cuanto pudiera, intentaría acapararlo solo para ella.

No tardamos en llegar al restaurante en el que, en cuanto entramos, localizamos nuestra mesa hacia un lateral del salón. No había pérdida porque teníamos la zona para nosotros solos y, entre todos los que había sentados a la mesa, tenían montado un buen jaleo entre conversaciones y las risas.

Pudimos sentarnos todos seguidos y, una vez nos acomodamos, Ricardo, que estaba enfrente de Julio, se encargó de llenar nuestras copas de vino.

Las cuatro chicas que faltaban llegaron al cabo de unos minutos. Con la mesa al completo, los camareros se acercaron para tomarnos nota. Tania y yo miramos la carta rápido, para saber qué pedir cuando el camarero nos preguntara.

A un lado de mi amiga se había sentado Damián y al otro mío, Julio, por lo que a Tania y a mí nos habían dejado en el centro, entre ellos.

Nuestra posición no fue del agrado de Celia, la que ya no se cortaba para mirar hacia nosotros. La misma vergüenza que sentía ella la sentí yo, porque no me echaba para atrás a la hora de encontrarme con sus miradas.

El desafío estaba servido durante toda la cena y hasta que terminara la noche y dejara de ver a esa mujer, porque cada vez se ganaba más que saltara con algún comentario que no le haría ninguna gracia.

En el fondo lo estaba deseando, para ponerla en su sitio, no en el pedestal tan alto en el que ella misma se había colocado.

—No te cortes para hablar con Damián —le susurré al oído a Tania.

—Joder, sí. Es que, aunque no la vea, notaré su mirada en mí todo el tiempo.

Bufó.

—¿Y qué? Damián está a tu lado y te habla y hablará a ti. Aprovéchalo. No seas tonta y ni mucho menos te dejes intimidar por la que no le ha quedado más remedio que sentarse en la punta de la mesa.

—Esa es otra. —Apretó los labios, conteniéndose para no reír—. Me han entrado unas ganas de soltar una carcajada cuando he visto la cara que se le ha quedado…

—Mala suerte para ella —dije con diversión.

Capítulo 6



—¿Qué os parece si compramos unas botellas y nos vamos a continuar la fiesta por nuestra cuenta? —nos gritó Julio.

La música del local estaba muy alta y, a pesar de sus gritos, no escuchamos todo lo que dijo.

Hacía un buen rato que nos habíamos ido del restaurante para seguir disfrutando de la noche.

La cena había ido genial, exceptuando algunos instantes tensos protagonizados por Celia. Nada que tuviera importancia porque no se la dimos a ella.

—¿Cómo? —le pregunté a Julio, riendo.

No me acordaba de en qué momento dejé de contar las consumiciones que llevaba bebidas, pero debían ser bastantes. No era la única. Mi amiga Tania y Julio me seguían el ritmo. Estaban igual que yo: muy bebidos.

Todo comenzó a descontrolarse cuando Damián se fue nada más llegar a la discoteca. Nos dejó a los tres y lo que en un principio pensamos que sería rápido, que no tardaría en regresar, se convirtió en un retraso de media hora.

Como no apareció, Julio y Tania fueron a buscarlo. Más que nada por si le había sucedido algo. Y claro que lo encontraron, pero cuál fue la sorpresa que se llevaron que lo vieron con Celia. Y no de cualquier manera que pudieran pasar desapercibidos.

Por lo visto, se habían apartado hacia una zona donde no había mucha iluminación. Damián tenía la espalda apoyada en la pared y Celia estaba frente a él, muy pegada al cuerpo de Damián.

Según la opinión de Julio, solo hablaban mientras Damián pasaba por alto la cercanía de Celia, para no incomodarla si la apartaba. En cambio, la versión de Tania fue que cuando los vieron, a ambos les faltaba muy poco para que sus lenguas se enredaran.

Yo no sabía qué pensar porque la verdad era que me quedé desconcertada al saberlo. No me encajaba el comportamiento de Damián, ya que en el restaurante había estado muy pendiente de Tania.

En todas las conversaciones que habíamos mantenido él y yo, lo había percibido como un tío centrado y que sabía lo que quería. Por todo ello no entendí el cambio tan brusco que dio.

El resultado de lo que se encontraron y vieron fue que, desde que volvieron, Tania comenzó a pedirnos consumiciones a Julio y a mí cada vez que las terminábamos. Y todavía continuaba de la misma manera. Habíamos cogido una buena los tres.

—Me cago en el puñetero Damián —dijo Tania, indignada.

Levantó su copa.

—Estoy totalmente de acuerdo —la apoyé arrastrando las palabras.

Tania y yo reímos cuando Julio chocó su copa con la nuestra, brindando en contra de su amigo.

—¿Qué? —nos dijo—. Ahora mismo voy con vosotras. Se lo ha ganado.

Con esas palabras y con un encogimiento de hombros, se ganó un abrazo de las dos.

—Soy el tío, futuro calvo, más afortunado de la puñetera discoteca —gritó.

Pero su voz se perdió entre el volumen altísimo de la música mezclado con las voces que intentaban hacerse oír.

Tania y yo soltamos una carcajada y Julio se unió rápido a nosotras. Así llevábamos un buen rato.

Ya no era consciente de cuánto tiempo hacía que Damián se fue, tiempo que coincidía desde que llegamos a la discoteca. Debía haber pasado mucho, segurísimo, pero ya no nos preocupaba a ninguno de los tres.

Que hiciera lo que le saliera de las narices, aunque seguramente estaba haciéndolo concentrado en otra parte de su cuerpo.

La impresión que me había dado desde que nos reencontramos, para mí había caído en picado. Por nosotras no, porque ya ves tú lo que me importaba a mí ese hombre, después de unas horas con él. Tania lo superaría, por el mismo motivo.

Pero ¿quién deja a su mejor amigo abandonado y olvidado durante tanto tiempo? Fue llegar a la discoteca y alejarse de Julio.

—No me habéis dicho qué os parece que continuemos la fiesta fuera de aquí —nos recordó Julio.

—¿Nos has propuesto hacer botellón en la calle o me lo he imaginado? —le pregunté a gritos y entre risas.

—Eso he dicho, sí —rio también él.

—Joder. ¿Cuántos años han pasado desde la última vez? —preguntó emocionada Tania—. Va, no puedes decir que no.

Me hizo un puchero y yo me reí con más ganas.

—Hazlo por mí —insistió—. Estoy triste, pero lo que es peor, muy cabreada.

Que alargara las palabras al decirlas y que nos costara entenderla a ella, le quitó fuerza a su cabreo. Lo que no quitaba que fuera muy real, pero le saldría todo al día siguiente.

—¿Y qué bebida compramos? —pregunté, aceptando el plan.

Tania soltó un grito y se colgó de mi cuello. Yo perdí la estabilidad y nos fuimos hacia la barra, con la que choqué con la espalda. No dejamos de reírnos en ningún momento.

—Yo me encargo de eso —nos dijo Julio, con un guiño.

Se puso a nuestro lado y llamó la atención del camarero. No escuchamos lo que le dijo, ya que el chico se inclinó hacia Julio para que le hablara cerca de la oreja.

Cuando se incorporó al otro lado de la barra, nos miró a nosotras y después a Julio, para al final asentir y pedirnos con un gesto de la cabeza que fuéramos con él.

Lo seguimos por fuera de la barra y cuando llegamos al final, esperamos a que nos diera no dos, sino tres botellas de alcohol. Julio pagó y después nos dirigimos hacia la salida, como si hubiéramos hecho una travesura.

No intentamos buscar a nadie para despedirnos. De todas maneras, desde que llegamos a la discoteca nos dispersamos y no habíamos vuelto a ver a nadie. Ni siquiera a Damián, que llegó con nosotros.

Al salir a la calle, el culpable de que me fallara la estabilidad fue el tacón de una sandalia. Sin duda.

—Cuidado —me pidió Julio, riendo.

Por suerte, a él le quedaban más reflejos que a Tania y a mí.

—El escalón y mi sandalia me tienen manía —le dije, haciéndolo reír con más fuerza.

—Luego hablo con ellos y los pongo rectos —me dijo.

—¡Eres el mejor!

Me colgué de su cuello y nos tambaleamos.

—Y tanto que eres el mejor. —Bufó Tania—. Tu amigo deja mucho que desear. ¿No tenéis ganas de entrar, buscarlo y darle de hostias para que espabile?

Nos miró.

—No —le contesté cantarina—. Porque eso significaría que me importa y para mí no existe desde hace rato.

—Con lo bien que iba la noche. —Lloriqueó Tania.

—Lo siento mucho, chicas.

Julio se dirigió a las dos, pero solo miró a Tania porque sabía que era ella la única afectada.

—No os puedo decir mucho, solo que no sé lo que le ha pasado esta noche.

Le pedí que abriera las botellas y le quité la primera de la que pude beber. Julio hizo lo mismo con la segunda y se la ofreció a Tania. Él se quedó la última.

—Vamos a buscar un sitio en el que podamos sentarnos —nos pidió y comenzó a caminar por la acera.

Nosotras nos pusimos a sus lados

—Yo tampoco sé lo que le ha pasado —comentó con ironía Tania.

—Ya… —hablé—. Pero sí que es verdad que ha sido muy raro.

Me quedé pensativa, o más bien ida, porque con lo bebida que estaba no me encontraba para pensar en nada.

—Su ausencia me ha sorprendido hasta mí —dijo Julio, alargando las palabras.

Los tres nos reímos, porque sí, porque no podíamos hacer otra cosa al no tener control de absolutamente nada.

Tania y yo no teníamos ninguna duda de que Julio había sido sincero toda la noche. Y con tanto alcohol encima, aún más.

—Que le den. ¡A la mierda! —se quejó Tania, antes de beber un trago de su botella.

Yo hice lo mismo, bebiendo con ganas, y ambas reaccionamos poniendo caras de asco, con la lengua fuera, cuando conseguimos tragar. Julio se dobló de la risa al vernos.

—Dios… ¿Qué mierda has comprado? —le pregunté—. Si quieres envenenarnos, puedes ser más sutil, hombre.

Bufé.

No había prestado atención a las botellas que había comprado Julio, aunque sinceramente nuestra reacción habría sido la misma con cualquier otra bebida, sin importar el contenido de las botellas.

Beber a palo seco no era lo nuestro. Para cambiar eso volví a dar otro trago, para que se me pasara la sensación. En un principio la empeoré, pero al cabo de unos largos segundos me sentó bien.

—No está tan mal —dije, haciendo espacios de silencio y alargándolos.

—Pues claro que no —rio Julio.

—Oye… —Llamó nuestra atención Tania y la miramos.

Me agarré del brazo de Julio para tener más estabilidad, pero entre la poca que tenía él y la mía…

—He estado muy pocas veces por esta zona —comentó, mirando hacia los dos lados de la calle—. No sé si hay un parque cerca.

—Eso sería lo ideal y solitario, para sentarnos en un banco y estar tranquilos —comenté.

—Pues como no cojamos un taxi, lo tenemos complicado —habló Julio.

—Si me monto en un coche ahora me quedo dormida —dijo Tania, riendo—. Así que, si sucede, llevadme a mi piso —suspiró.

—¿Y si nos quedamos por aquí? —propuse.

Capítulo 7



—Vamos a alejarnos un poco más —nos pidió Julio—. Y entonces buscamos un sitio en el que podamos sentarnos.

—Hecho. —Asentí.

Agarrados los tres y bebiendo de vez en cuando, llegamos a una zona muy alejada de la discoteca en la que ya había casas y edificios.

—Aquí estaremos tranquilos —habló Julio.

—¡Oye! —le gritó Tania.

—¿Qué? —Él también alzó la voz.

—Qué pregunta —rio Tania—. Has cerrado los ojos para dormirte mientras andabas.

—Joder, es que no sé si aguantaré mucho más si no paramos ya —dijo riendo él.

—Aquí mismo —comenté.

Había un par de bancos. No era un parque y, aunque estábamos rodeados de varias casas unifamiliares y edificios, nos pareció un sitio ideal para descansar y continuar bebiendo en la mejor de las compañías.

—Me ha gustado reencontrarme con algunos excompañeros —dije.

Me dejé caer en el asiento del banco y me quejé del golpe. Tania y Julio no hicieron caso a mi advertencia y terminaron igual que yo. Los tres nos frotamos los traseros, mientras nos reíamos con ganas.

—A otros, si no los hubiera visto, habría sido mucho mejor —continué, con un suspiro.

—Espero que yo entre en el grupo de los buenos —comentó Julio.

—Si no fuera así, Gloria te habría alejado de nosotras hace tiempo —dijo entre risas Tania.

—Efectivamente.

Les hice un guiño y bebí otro trago que me supo igual de malo que los anteriores. Pero para dentro que fue, a pesar de mis muecas.

—Por nuestros sueños —gritó Tania, levantando mi botella.

—Por esos mismos sueños que se cumplirán algún día —grité también, alzando de nuevo mi botella.

—Os sigo, amigas —habló Julio.

Bebimos y reímos, sin importarnos nada.

—Lo que se está perdiendo Clara —comentó Tania, con los ojos cerrados.

—¿Quién es Clara? —se interesó Julio.

—Una amiga nuestra —contesté, sonriendo—. Se lo estaría pasando genial con nosotros, con otra botella para ella. Te habría salido más caro —le dije riendo a Julio.

—Ya ves tú el problema… —Sonrió con picardía.

—Si hubiéramos sabido cómo iba a ir la noche… —suspiró Tania—. Por lo único que no me arrepiento de haber aceptado venir es por ti. —Señaló a Julio—. Y por Marina, Miriam y Norma. Han sido las más simpáticas. Con el resto, ni fu ni fa.

Se encogió de hombros.

—Con Sergio, Andrés, Mario y algunos más también hemos pasado un buen rato en el restaurante —comenté.

—Sí, sí… —estuvo de acuerdo Tania—. La verdad es que han sido más cosas buenas que malas.

—No le deis más vueltas al tema de Damián —nos pidió Julio.

—Es que me da mucha rabia. —Bufó Tania—. Joder, si el mismo me ha hecho un comentario durante la cena, de lo pesada e insistente que estaba Celia con las miraditas.

—Él se ha perdido a una grandísima mujer —le dije.

Le pasé el brazo por los hombros y la acerqué a mí. Ella apoyó la cabeza en mí.

—Y se ha conformado con una… bueno, paso, que él se dé cuenta por sí mismo. Ya es mayorcito.

Entrecerré los ojos. Los párpados cada vez me pesaban más porque mi cuerpo estaba dejándose vencer por los efectos de tanto alcohol.

—Vamos a poner un poco de música —comentó Julio.

—¿Aquí? —pregunté.

—¿Por qué no?

Miré hacia los lados de la calle solitaria. Los únicos que estábamos en ella éramos nosotros tres. Dirigí la vista hacia las entradas y las ventanas de las viviendas y me autoconvencí de que todos los que vivían en esta zona llevaban durmiendo el tiempo suficiente para no enterarse de lo que sucedía en la calle.

—Me parece una brillante idea —reí, aplaudiendo.

Tania me imitó en todo, mientras Julio sacaba su móvil y buscaba música animado.

Después de estar los tres de acuerdo con la elección, Julio dejó el teléfono en el asiento del banco y nos levantamos para bailar. No solo bailamos, también reímos. Mucho. Y, por supuesto, no podía faltar cantar las canciones que conocíamos.

—¿Creéis que Damián se ha tirado a Celia en los baños de la discoteca? —preguntó de sopetón Tania.

A Julio y a mí se nos fue el sorbo que bebíamos por mal sitio y acabamos tosiendo, para después reír sin poder parar.

—Oh… ¿Pensáis que no se han movido de donde los hemos visto y lo han hecho ahí?

Agrandó los ojos al máximo.

—¡Deja de pensar en él! —le pedí, poniendo los ojos en blanco—. ¿No has dicho que le den? Pues que sea verdad. Olvídate de ese de una vez por todas. No sé qué te ha entrado de repente con Damián, cuando hace unas semanas no sabíamos nada de este reencuentro y tú ni te acordabas de que existía.

—Es que no hay derecho. ¡Es tan guapo!

Hizo un puchero y Julio la agarró para consolarla con un abrazo. Mi amiga lloró con ganas y de verdad, en los brazos de nuestro reencontrado amigo de la infancia. Debo decir que la culpa de todo la tuvo lo bebida que iba.

—Guapo, pero con muy mal criterio de elección. Así que… —dije.

—Esta noche debo daros la razón en todo —habló Julio, con ganas de reírse—. Vamos a bailar y a pasarlo bien, sin pensar en nadie que no esté con nosotros.

—Me parece perfecto.

Levanté los brazos y me puse a bailar moviendo las caderas. Julio comenzó a silbar, animándome, y a mí me entró la risa floja, mientras exageraba aún más mis movimientos.

A Tania se le fue la pena. Le iba y le venía, hasta que se le quedara fija y al día siguiente se cagara en Damián y en todo, con una resaca monumental.

Terminamos haciendo el corro de la patata. Fuimos haciendo círculos agarrados de las manos y dando pequeños saltitos, mareándonos más de lo que ya lo estábamos.

La calle continuó desierta, haciéndonos sentir que éramos los dueños de ella. No pasó ni un vehículo al que pudiéramos gritarle las buenas noches. Tampoco se asomaron a las ventanas ni salieron a los balcones los vecinos de alrededor. Les hubiéramos pedido encantados que se unieran a nosotros.

Nuestras paradas para coger aire eran obligatorias, así como las que hacíamos para beber de nuestras botellas. Estas cada vez pesaban menos, ya que, a pesar de que nuestro estado empeoraba, no aflojábamos el ritmo bebiendo.

Todo me daba vueltas, pero no podía parar de reír y de soltar gritos cada vez que me tropezaba o me chocaba con Tania o con Julio. Los pies se me enredaban solos.

Comencé a moverme con más energía. Sobre todo, la cabeza, llevándola de un lado al otro sin parar de bailar. Me di cuenta demasiado tarde de que había llegado a mi límite, del gran error que cometí porque los últimos movimientos bruscos que hice me revolvieron el estómago y…

Me giré todo lo rápido que pude, lo que empeoró mi situación. Me tambaleé sin poder agarrarme a algo estable y terminé doblada hacia delante en una postura rara, para vomitar.

También fui consciente tarde, todo lo consciente que el alcohol me permitía, de que ante mis ojos aparecieron un par de botas que dieron un salto de repente, alejándose de mí.

Si no hubiera estado queriéndome morir, por lo mal que me encontraba, me habría reído por la imagen. Pensé que todo estaba en mi cabeza, otro gran error que estaba a punto de descubrir para enfrentarme a él. Aunque con las pocas fuerzas que tenía…

Sentí como mis amigos se ponían a mis lados. Me agarraron como pudieron, ya que estaban igual que yo. Tania tuvo que hacer varios intentos para encontrar mi brazo y agarrarme con la mano, porque veía mi brazo en todas partes menos pegado a mi cuerpo.

Eso provocó que comenzara a reír, hasta que consiguió sujetarme mientras mi angustia no frenaba.

—Gloria… —susurró Julio.

—No puedo, no puedo… —dije hablando entrecortadamente, casi sin respiración.

Me agarré con fuerza de mis amigos, con los ojos cerrados.

—¡Voy a morirme! —me quejé, creyendo que era muy cierto—. Dios… ¡Mi familia y mis amigos! —Lloriqueé.

La arcada fuerte que me vino impidió que pudiera continuar hablando.

—Joderrr… Nenaaa…

Creí escuchar a Tania, pero hasta que no vacié el estómago no pude prestar atención a nada más.

—Espero que estéis dispuestos a limpiar todo este desperfecto.

La voz que habló, fuerte, profunda y autoritaria, me hizo dar un respingo e incorporarme todo lo rápido que pude, gracias a Julio.

Mi amigo me sostuvo. Parecía más recompuesto en este instante. Lo miré con curiosidad, como si lo estuviera viendo por primera vez después de todo el tiempo que habíamos estado sin vernos.

Julio giró la cabeza hacia mí y me sonrió.

—¿Cómo estás?

—Me encuentro fatal —le contesté haciendo una mueca.

—¿Ya habéis terminado el numerito y de liarla?

La misma voz de antes me hizo agrandar los ojos, sin apartar la mirada de mi amigo.

—¿No estamos solos? —le pregunté a Julio, alargando las palabras y susurrando.

—Eso quería decirte cuando te he llamado —carraspeó—. Ya no estamos solos, no, y la compañía no ha llegado para unirse a nuestra fiesta.

—¿No? —le pregunté sorprendida.

No retuve lo que había escuchado con anterioridad, por lo que no fui capaz de entender el motivo de la preocupación que veía en la cara de Julio.

—¿Por qué? —volví a preguntarle—. Nos lo estamos pasando muy bien. No me digas que es Damián porque, como sea él y haya venido para…

—Compruébalo tú misma —me pidió Julio, con un nuevo carraspeo.

Fruncí el ceño.

—Necesito enjuagarme la boca —le dije, haciendo un puchero.

—Lo imagino —me sonrió con cariño y se inclinó hacia mí—. Pero no tenemos agua y no es muy recomendable que te dé la botella de alcohol ahora mismo, para que lo hagas —me susurró al oído.

—¿Por qué? —insistí.

Julio movió la cabeza hacia un lado, señalando en una dirección, y Tania me tiró del brazo, llamando mi atención.

Solté un suspiro, agotada, antes de girarme para preguntarle a mi amiga qué quería. Pero en el camino me encontré con una imagen que me dejó con la boca abierta.

Delante de nosotros tres había dos agentes de policía, parados mientras nos observaban fijamente. Uno de ellos parecía enfadado; el otro, si mi percepción no me fallaba mucho, daba la sensación de que intentaba disimular una sonrisa.

A saber, porque me daba vueltas todo.

Capítulo 8



Sergio

Momentos antes…

Pulsé el botón de la máquina de café y esperé a que esta me lo preparara.

Hacía un café malísimo, tanto que, hasta que acostumbré al estómago, cada vez que me bebía uno acababa encerrado en el baño.

Por aquel entonces mis compañeros se reían de mí, del novato, como hicieron con ellos en su momento. Pero me gané el respeto de todos rápido, cuando vieron mi insistencia y ganas de vencer a la puñetera máquina de café.

Esta formaba parte de la comisaría y de todos nosotros. Las guardias no eran lo mismo sin pararte frente a la máquina, meter una moneda, pulsar el botón de uno de los dos únicos cafés que hacía: café solo o con leche. Y esperar escuchando el sonido que hacía al comenzar a trabajar para preparar la elección que fuera.

Y ya, cuando cogías el vaso y le dabas el primer sorbo… No había nada comparable a todo lo que hacía sentir. Nos pasaba a todos, incluso al jefe, aunque al cabo de un rato tuviéramos que salir a la calle para ir a la cafetería que estaba cerca de la comisaría.

Ese era el momento de disfrutar de otra manera, con un buen café. Siempre y cuando fuera durante las horas del día, porque en las guardias nocturnas había que conformarse con nuestra querida máquina.

A no ser que alguno de los compañeros de la guardia, incluido yo, decidiéramos ir a por cafés para todos al bar que se encontraba en la calle de atrás de la comisaría.

Estaba abierto las veinticuatro horas, ya que cerca de la zona en la que nos encontrábamos había bastantes empresas que no cerraban, haciendo turnos rotativos. El bar daba servicio a todo aquel que disfrutara de sus descansos nocturnos.

De manera que era normal que en la comisaría termináramos yendo al bar durante las últimas horas de las guardias, que eran las más pesadas de soportar.

—¿Nos vamos? —me preguntó Matías.

Él era mi mejor amigo y mi compañero.

—Déjame tomármelo sin prisas —le comenté, cogiendo el vaso de café de la máquina.

—Podrías haber esperado a que nos alejáramos de aquí. Seguro que encontramos más de un sitio abierto a estas horas.

—Me apetece ahora el café, no dentro de un rato.
—Mira que llamar a eso café… —rio, negando con la cabeza—. Eres muy especialito.

—Lo que tú digas.

Pasé por su lado, esquivándolo, para ir hacia mi mesa de trabajo. Éramos muy pocos trabajando en la comisaría y Matías y yo nos iríamos en breve para patrullar las calles de la ciudad.

Al menos esta noche se nos haría más amena, al estar fuera y distraídos.

Me bebí el café mientras me guardaba el móvil en un bolsillo y cogía las llaves del coche. Al terminar, lancé el vaso a la papelera de mi mesa y me dirigí hacia la puerta, despidiéndome de los dos únicos compañeros que se encontraban en la misma zona.

Había otro en la recepción y alguno más repartido por la comisaría.

Matías ya me esperaba en la puerta, por lo que cuando me puse a su lado, nos dirigimos hacia el estacionamiento trasero.

Fuimos hacia nuestro vehículo, en el que mi amigo ocupó el asiento del copiloto y yo el del conductor. En cuanto arranqué, bajó la ventanilla para disfrutar de la buena temperatura que hacía. Yo hice lo mismo.

—Así da gusto, tío —me dijo.

Asentí, estando de acuerdo con él.

Me puse en marcha. Salí del aparcamiento y me incorporé a la carretera, para recorrer la mayor cantidad de ellas y así abarcar las máximas zonas posibles.

No teníamos ninguna prisa y sí muchas horas por delante, por lo que circulé a un ritmo lento y relajado.

—¿Qué tal está Ingrid? No me has dicho cómo os fue ayer y hoy no la he visto.

Giró la cabeza hacia mí.

—Muy bien. La prueba que le hizo el médico salió genial y, después de explorarla y de responder las preguntas que le hizo ella, el médico le dijo que continuara como hasta ahora. Tiene que volver dentro de un mes.

—Estupendo —sonrió.

Ingrid era una amiga mía desde hacía muchísimos años. Nos conocimos en la academia de policía y desde entonces la acogí como si fuera mi hermana. Nos llevábamos cuatro años de diferencia. Ella era la más pequeña.

Estaba embarazada y todo el interés hacia ella durante unos meses, y a lo largo de otros más, sería su embarazo.

Ayer la acompañé a la revisión de cada mes. Estaba de cuatro meses y todo marchaba muy bien, a pesar de los disgustos que se llevó al poco de enterarse de su estado.

Disgustos provocados por el impresentable del padre del futuro bebé, al que yo consideraría sobrino o sobrina. Lo sentía como tal. Todavía no se había dejado ver, así que nos tenía sin saber si sería niña o niño.

El sexo no nos importaba porque iba a ser igual de querido, pero sí que nos hacía ilusión saber cómo mencionar al bebé e incluso por su nombre, porque Ingrid tenía varios ya esperando el momento.

Ese tío, el padre biológico con el que Ingrid estuvo casi tres años, al cabo de varios días de saber la noticia le dijo a ella que no podía con la presión y que no se veía capacitado para seguir adelante.

Pero, en cambio, la animó a ella a continuar si era lo que quería, antes de hacer sus maletas y salir para siempre de la vida de mi amiga.

Eso sí, el muy desgraciado, antes de desaparecer, le dejó claro que no lo buscara nunca porque no quería saber nada más de ella y tampoco hacerse cargo de la vida que estaba creciendo.

Todo el peso recayó en Ingrid, pero después de calmarla de esa situación, tanto ella como yo supimos que saldríamos adelante. No iba a dejarla sola y ella lo sabía.

A Ingrid no le costó mucho tiempo agradecer que ese impresentable saliera de sus vidas. Cada vez que algo la llevaba a recordarlo, prometía que si se lo cruzaba por la calle, le daría un merecido escarmiento. Siempre y cuando no llevara puesto el uniforme de policía.

—A ver si la próxima vez se deja ver y podemos saber por fin si será ella o él —dije sonriendo.

—Yo creo que mantendrá el misterio hasta el último momento —rio.

—Dando ánimos y motivando, eres el peor.

Negué con la cabeza, consiguiendo que riera más fuerte.

Después de unos minutos en silencio, la radio que nos comunicaba directamente con la comisaría y que se escuchaba en todos los vehículos, se activó con la voz de nuestro compañero Roberto. Se dirigió a Matías y a mí.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Sois los que estáis más cerca de la zona. Varios vecinos de la dirección que os daré ahora han llamado quejándose de que hay mucho alboroto en la calle. Por lo visto hay un grupito que está cantando, gritando y no sé qué más —nos contó Roberto.

—De acuerdo. ¿A dónde tenemos que ir? —le preguntó Matías.

Roberto nos dio la dirección y varié la dirección para dirigirme hacia allí.

—Ya vamos en camino —le informó mi amigo y Roberto nos deseó suerte por ser el comienzo de la noche.

Llegamos en menos de diez minutos a la altura de la calle en la que estaba el problema. Tuve la suerte de encontrar un sitio para dejar el coche y así despreocuparme de él, hasta que solucionáramos lo que estaba pasando.

Estacioné mientras mi amigo y yo observábamos desde la distancia a las tres personas que estaban divirtiéndose mucho y sin control. Sus gritos, aunque por cómo iban para ellos debía ser como hablar normal, sus risas y la música las escuchábamos perfectamente dentro del coche y con todo cerrado.

No tuvimos problemas para dar con lo que sucedía. Estaba a la vista, en la acera y cerca de un banco, donde un hombre y dos mujeres bailaban y saltaban.

—Menuda fiesta tienen montada —comentó Matías, con diversión.

—La misma a la que vamos a poner fin.

—Joder, tío, cómo me fastidia ser el aguafiestas en momentos como este —dijo riendo.

—Va con el uniforme, amigo.

—Ya… pero se ve que no es gente problemática. Solo se les ha ido un poco de las manos el beber y, aun así, lo único que buscan es divertirse sin dañar nada.

—Intenta explicarle eso mismo a los vecinos que no pueden dormir y que mañana sábado deben madrugar por diferentes motivos.

Sonreí de medio lado al ver la mueca que hizo, mientras me bajaba del coche. Matías se reunió conmigo en la acera y comenzamos a caminar hacia el grupo pequeño que estaba alborotando la noche para los vecinos más cercanos a ellos.

Conforme nos acercábamos, me fijé en las tres botellas de alcohol que había sobre el asiento del banco y pensé que iban bien servidos para seguir durante el resto de la noche.

Dejé a un lado la gracia que me hizo la situación, porque tuve que controlar algunas sonrisas al verlos y al escucharlos. Cambié a modo profesional, olvidándome de todo lo demás, como que podíamos ser Matías y yo los que estuviéramos al otro lado.

Por lo visto, mi noche no había comenzado muy bien y no parecía que fuera a cambiar. Elegimos el peor momento para acercarnos a los tres, justo en el que, gracias a mis reflejos, conseguí saltar hacia atrás para alejarme de la chica que se giró de repente hacia nosotros.

No nos vio porque estaba muy entretenida en doblarse hacia delante para vaciar todo el alcohol que tenía en el estómago.

—Joder, tío. Te ha ido por los pelos —me susurró Matías, divertido.

Lo miré de una manera que lo hizo apartar la vista rápido, para dejar de mirarme a mí.

—Espero que estéis dispuestos a limpiar todo este desperfecto —dije lo suficientemente alto para que me escucharan.

Lo hicieron, por supuesto. Hablé con fuerza, profundidad y autoridad. Hasta la chica que estaba vomitando dio un pequeño salto en la postura que estaba.

El hombre y la otra mujer, a la que le quedaba muy poco para seguir los pasos de su amiga, nos miraban a Matías y a mí con los ojos abiertos al máximo.

Mi amigo pasó por al lado de ella, rodeándola para ir al banco. En él estaba el móvil del que sonaba la música, la que paró. La calle se quedó en completo silencio.

La chica que casi me había vomitado en los pies se incorporó despacio, gracias a la ayuda de su amigo. La sostuvo lo mejor que pudo, porque él también iba afectado por la bebida, aunque no tanto desde que nos había visto.

Solía suceder. Con nuestra imagen, hasta habíamos cortado de golpe alguna borrachera que otra.

La chica más afectada no se dio cuenta de nuestra presencia. Miró a su amigo y le sonrió, como agradecimiento por ayudarla. Él le devolvió el gesto sonriente.

—¿Cómo estás? —se preocupó él.

Matías y yo nos volvimos completamente invisibles por unos minutos. Nos mantuvimos callados, lo que no duraría mucho.

—Me encuentro fatal —le contestó ella, haciendo una mueca graciosa.

—¿Ya habéis terminado el numerito y de liarla?

Ella agrandó los ojos al oírme de nuevo, pero no apartó la mirada sorprendida de su amigo.

—¿No estamos solos? —le preguntó a él, alargando las palabras que quiso que parecieran un susurro.

No lo consiguió.

—Eso quería decirte cuando te he llamado —carraspeó él—. Ya no estamos solos, no, y la compañía no ha llegado para unirse a nuestra fiesta.

—¿No? —Se sorprendió ella, sin entenderlo—. ¿Por qué? Si nos lo estamos pasando muy bien. No me digas que es Damián porque, como sea él y haya venido para…

Ni puñetera idea de quién era Damián. No había nadie más cerca, éramos los únicos en toda la calle a estas horas de la noche.

—Compruébalo tú misma —le pidió su amigo, con otro carraspeo.

Ella frunció el ceño y se agarró con más fuerza a él. No se dio cuenta.

—Necesito enjuagarme la boca —le dijo la chica, haciendo un puchero.

—Lo imagino —le sonrió con cariño él y se inclinó.

Lo siguiente que le dijo no pudimos oírlo, ya que le habló a ella al oído.

—¿Por qué? —insistió ella, cuando él se separó.

El chico movió la cabeza hacia Matías y hacia mí, señalándonos, justo cuando su otra amiga se recompuso de la impresión lo suficiente como para tirar del brazo de la única que todavía no se había enterado de que tenían un problema.

Podía ser leve o complicarlo todo, según actuaran a partir de ahora.

La chica soltó un suspiro y se giró hacia su amiga, para saber qué quería. Fue en ese instante, en el que giró la cabeza, cuando descubrió quiénes eran sus nuevos acompañantes.

Se quedó con la boca abierta, con los ojos abiertos al máximo al mirarnos a Matías y a mí. O más bien a nuestros uniformes de policías.

Su amigo tuvo que rodearle la cintura para que mantuviera el equilibrio porque se tambaleó delante de mí.

Capítulo 9



Gloria

Agradecí que Julio me agarrara de la cintura porque noté que las piernas no me sostendrían por mucho más tiempo. Las sentía como si las tuviera de gelatina.

Entre el alcohol y los nervios… No podía apartar la mirada de los dos hombres que tenía delante, vestidos con uniformes de policía.

El más serio se cruzó de brazos. Era el que estaba justo enfrente de mí y parecía que quería hacerme desaparecer de su vista. Bajé la mirada lentamente, para no marearme más, y efectivamente, ante mis ojos aparecieron el par de botas que pensé que había imaginado.

¿Por eso estaba tan enfadado? ¿Por qué había faltado poco para mancharle sus relucientes botas? Parecían nuevas, no como las de su amiguito. Este, su compañero, se encontraba justo a su lado.

También estaba serio, pero su seriedad se notaba diferente. Como más cercana y amigable. ¿Eso era una locura?

Cuando levanté la mirada, me encontré otra vez con la del policía arisco.

—¿Qué sucede, señor agente? —le pregunté.

Intenté parecer simpática y hablar lo más normal posible.

—Nena, ¡qué es un policía! —exclamó Tania.

La miré como si le hubieran salido varias cabezas.

—No sé cómo no me he dado cuenta. Fíjate tú —le dije, exagerando mi reacción.

Me salió de manera natural. No tuve que esforzarme porque, por muy vacío que tuviera ahora el estómago, continuaba con los mismos síntomas y sensaciones por el alcohol.

—¿Y qué haces hablándole con tanta chulería? Ay, madre… ¡No son Celia ni Damián! —Gimió Tania.

Julio, a mi otro lado, soltó una carcajada. Me pareció muy gracioso y me puse a reír con él. Tania no pudo contenerse y también se unió.

Los tres nos doblamos un poco, agarrados, mientras que los agentes no variaron su expresión. Aunque el compañero del «simpático» miró hacia otro lado, varias veces.

—¿Por qué se contiene para no reír, si tiene tantas ganas? —les pregunté a mis amigos, mirando a ese hombre con mucha curiosidad.

Tanto Tania como Julio y los policías supieron a quién me refería. El policía en cuestión apretó los labios y miró a su compañero, para no caer en la tentación.

—¡Ya está bien! —habló de nuevo el «simpático».

—Uy —dije, con los ojos abiertos al máximo—. Ya te entiendo. Miré al otro.

Negué con la cabeza, con pesar hacia el que no había hablado todavía.

—Te compadezco. —Me llevé una mano al pecho—. Debe ser horrible tener que trabajar con un compañero así, tan insoportable y que se impone siempre por encima de ti. —Señalé al «simpático»—. ¿Te hace sentir cohibido? ¿No te deja expresar cómo eres? ¿Te tiene amenazado de alguna manera? Puedes hablar en confianza con nosotros. ¿Necesitas que te ayudemos?

A Tania le pareció divertidísimo todo lo que dije. Julio no rio, lo que no entendí porque yo tenía muchas ganas de hacerlo.

—Gloria… —me susurró Julio.

—Así que Gloria… —habló el agente «simpático».

Di un pequeño respingo al escucharlo de nuevo y busqué su mirada.

Tenía la mandíbula apretada, muy marcada. Parecía mucho más enfadado que al principio. Tampoco lo comprendí porque no había dicho ninguna mentira sobre él.

—Sí —le confirmé, levantando la barbilla.

Todos los movimientos eran los que creía hacer, porque en mi estado dudaba que me salieran tan bien como estando lúcida.

—¿Tú cómo te llamas?

—Vale.

La interrupción de Julio me sorprendió. Sobre todo, porque me apartó y se puso delante de mí, frente al policía.

—Disculpen a mi amiga —les pidió por mí.

Hice un puchero porque me entraron ganas de llorar. Julio era tan mono y buena persona. Adorable. No como su supuesto mejor amigo Damián, que de mejor amigo no tenía nada.

Pensar en ese y en cómo había pasado de Julio y lo que le había hecho a Tania me hizo bufar con fuerza.

Me sorprendí cuando todos me miraron al mismo tiempo y me dio la sensación de que no fue el mejor momento para bufar. Julio volvió a salvarme y a la situación, también.

—¿Qué quieren, agentes? ¿En qué podemos ayudarles? —les preguntó muy sereno Julio.

No lo estaba, pero lo aparentó bien.

Me agarré a su camiseta por su espalda. Era eso o dejarme caer en el banco, pero si no daba un paso atrás, me sentaría directamente en el suelo. Había una pequeña distancia y no me veía capaz de eliminarla sola.

Tania no se soltó de mi brazo en ningún momento, pero con su atención en los agentes. Bueno, la realidad era que sí, miraba a ambos agentes, pero más de la cuenta al calladito, al que yo había intentado defender de las garras de su compañero el «simpático».

—Habéis molestado a los vecinos de esta zona —habló por primera vez al que Tania le ponía ojitos.

Él, por supuesto, se dio cuenta y dejó salir una sonrisa de medio lado.

—Hemos recibido varios avisos alertándonos de música alta, gritos y fiesta en la calle —continuó explicándonos.

—Oh, Dios mío. —Jadeó Tania.

Se llevó una mano al pecho, asustada.

—¿Hemos sido nosotros? —Frunció el ceño, pensativa, pero acabó agrandando los ojos—. Han venido a por nosotras —me dijo, tirando con fuerza de mi brazo.

—Joder. ¡Es mío, no tuyo! —me quejé, mientras me la quitaba de encima para que no me hiciera daño.

—Tranquilizaos —nos pidió Julio.

—Hacen bien de estar nerviosas —habló el «simpático».

Entrecerré los ojos, observándolo fijamente. Ante mi reacción, él elevó las cejas.

—¿Algo más que decir? —me preguntó directamente—. Porque con todo lo que has dicho hasta ahora…

Solté una carcajada, desconcertándolo.

—Dios… ¡No le preguntes! —le pidió Tania al policía, exclamando.

Julio apretó los labios, mirándome por encima de su hombro. No salí de mi escondite, pero ni falta que hizo para hacerme notar.

Lo del escondite lo pensarían los demás. Yo solo continuaba a la espalda de mi amigo para no caerme y para tenerlo a él de punto de apoyo. Aunque a veces Julio se fuera para los lados, también.

¡Qué mal disimulábamos, joder!

—No tienes ni idea de lo que puedo llegar a decirte —le hablé al agente y sonreí de medio lado—. Ni te lo imaginas.

La sonrisa apareció en mis labios muy lentamente, como si estuviera planeando alguna travesura.

—Oh, joder. ¡Tú no contestes! —me pidió a mí Tania.

Julio rio, sin poderse contener más.

—Si no tuvieras ese uniforme… —Continué, sin apartar la mirada del agente.

El otro había dejado de existir para mí hacía rato. Al menos por el momento.

—Parece que la mente se te está despejando —me habló él.

No dije nada al respecto porque no era verdad, aunque sí que podía ver con más claridad ciertas cosas. Todavía no del todo ni todo el tiempo. A veces se me iba, pero sentía que estaba en el buen camino.

A pesar de ello, no me encontraría nada bien hasta el día siguiente. En cierta manera, porque pasaría un día horrible, por otros motivos derivados de beber tanto.

Nos habíamos pasado y las consecuencias estaban claras.

—¿Gloria? —me llamó Tania.

—¿Qué?

—Cállate, por lo que más quieras —me pidió susurrando.

Sopló hacia arriba y, con el aire, se le movió un mechón que le tapaba una parte de la cara. No lo hizo lo suficientemente fuerte para apartárselo y ella no lo hizo con las manos, porque no me soltó del brazo.

—¿Quieres relajarte? —le pedí yo—. ¡Todo está bien!

Bufé.

—Bien dice —lloriqueó—. Yo solo veo a dos borrones con uniformes de policías y, por más que parpadeo, no desaparecen.

—Joder… —dijo Julio.

Él y yo reímos con ganas, sin poder contenernos. Tania comenzó con una risa nerviosa, pero al final consiguió llegar al banco, donde se sentó riendo.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunté sorprendida.

—Eh… ¿El qué? —Me miró sorprendida.

Había cogido de nuevo su botella. ¿O era la mía o la de Julio? Bah, qué más daba. El caso era que tenía una botella en una mano y la dejó a medio camino de llevársela a la boca para hablarme.

—Llegar hasta el banco y sentarte —le contesté.

—Ah…

Me miró a mí, después al suelo, de nuevo a mí, otra vez al suelo y terminó observando el banco.

—Ni puñetera idea —me aclaró, encogiéndose de hombros.

Reímos.

Dio un buen sorbo, puso cara de asco, como si comenzara a beber esta noche, y cerró los ojos, con una pequeña sonrisa.

No me lo pensé cuando me solté de la camiseta de Julio y me giré despacio, para lanzarme hacia el banco. Por suerte, mi amiga no me falló.

Tania me esperaba con un brazo abierto, porque con el otro protegió su botella, y sorprendentemente conseguí sentarme de lado en el banco.

No quedé en la mejor postura, pero me dio igual y la risa, como a Tania.

—Necesito la mía para quitarme el sabor de la boca —suspiré.

Cogí una de las dos botellas que quedaban.

—¿Cuánto hacía que no vomitabas por una borrachera? —me preguntó con una risilla.

—No me acuerdo.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cuándo terminamos la carrera? —le pregunté.

Oírnos hablar debía ser divertido. Entretenido seguro, ya que no vocalizábamos bien y saltábamos de un tema a otro, desvariando.

—Joder, ¡es verdad! —Recordó.

Reímos.

—Dios, ahí la cogimos bien grande también —dije.

Volvimos a reír.

—Gloria…

—¿Qué?

Cerré los ojos.

—He hecho el tonto con Damián, ¿verdad? Estará riéndose de mí.

Abrí despacio los ojos y evité encontrarme con otros que tenía la sensación de que no se apartaban de nosotras.

Con la cabeza apoyada en el banco, la giré hacia mi amiga.

—Damián ha sido un imbécil rematado esta noche, por decirlo suavemente.

—Sí. Viniendo de ti eso es muy suave e incluso bueno —rio.

Sonreí.

—Que le den y deja de pensar ya en ese tío. ¿Qué te ha dado con él? Hasta hace poco ni te acordabas de su existencia.

—Ya… Comencé a obsesionarme con verlo cuando Marina me llamó para organizar lo de esta noche.

Bufó.

—¿Nos deshacemos de los polis? —le pregunté.

Tania agrandó los ojos, pero la sorpresa se le pasó enseguida y comenzó a asentir. Estuvo muy de acuerdo conmigo.

Me llevé la botella a la boca, con la necesidad de…

—¡Oye! —me quejé, cuando alguien me la quitó de la mano—. ¿Qué mierda te crees que haces?

—Gloria… —Carraspeó Julio.

—Y una mierda, Julio. Esa botella me la has regalado tú, por lo que es mía. No estoy haciendo nada malo.

Me incliné hacia delante para recuperar mi botella, pero el policía «simpático», que era el que me había quitado la posibilidad de enjuagarme la boca, me lo impidió.

No lo había escuchado acercarse. Tampoco lo había visto moverse. Todos los sentidos me fallaban, pero lo más bochornoso fue cómo me retuvo para evitar que la botella fuera mía de nuevo.

Yo continuaba sentada en el banco, mientras que él estaba parado de pie junto a mis piernas y con una mano apoyada en mi frente, bloqueándome todo el largo de su brazo.

Tania, después de soltar un jadeo al ver a un policía agarrarme de la cabeza y retenerme casi de los pelos, por cómo me movía yo, pasó a reírse a carcajadas a mi lado.

Hasta que a ella también le quitaron de golpe la diversión. El otro policía, el que le gustaba, le quitó su botella antes de que volviera a beber.

Capítulo 10



Sergio

—Dámela —me pidió la botella la chica, con un resoplido.

—No vais a beber más en una vía pública —le dije con autoridad, sin soltarla—. Y hablad más bajo —les exigí, mosqueado—. Hemos venido aquí para evitar que hicierais más ruido, no a sumar más.

—Pues dejadnos tranquilos y nos calmaremos. Sois vosotros los que nos estáis haciendo hablar —se quejó.

Parecía no tener fin, por muy bebida que estuviera.

—O me sueltas o me pongo a gritar —me amenazó.

—Insultos, negación de seguir las normas, amenazas y chulería hacia unos agentes de policía… No creo que esta sea tu mejor noche.

Frunció el ceño por lo que le dije.

—Gloria, yo creo que…

Su amigo intentó hablarle, pero ella comenzó a mover la cabeza de lado a lado, negando. Que lo hiciera le valió para que se mareara, por lo que cerró los ojos con fuerza.

Retiré la mano de su frente, despacio, y di un paso hacia atrás con las botellas. Cogí también la otra solitaria en el banco, cuando vi la intención que tenía de agarrarla.

Soltó un bufido, por no salirse con la suya.

—Tenéis dos opciones y espero que seáis listos —les habló Matías.

Cuando los tres lo miraron, mi amigo continuó.

—Aceptar iros a vuestras casas sin hacer ruido y sin quejaros, o…

—¿Por qué tengo que irme a mi casa cuando no he hecho nada? —le preguntó la que acababa de soltar yo, interrumpiéndolo.

—Tú lo has querido y has decidido la suerte de tus amigos también —le dije.

—¿Cómo? ¿Qué he…? —soltó un gritito cuando la levanté del banco —. ¿Qué haces? ¡Suéltame!

—Te aconsejaría que dejaras de darle golpes —le dijo Matías—. Mi compañero ahora mismo no está de muy buen humor y, si lo pones peor, no será bueno para vosotros.

Terminó de hablar dejando ver la diversión que le provocaba la situación. Lo miré de reojo y puse los ojos en blanco.

—¿A dónde la llevas? —me preguntó con un gritito y preocupada su amiga.

Matías la ayudó a ponerse de pie y después ella se acercó a su amiga y a mí, cuando comencé a caminar por la acera, para llevarla al coche.

—¿No podemos hablar tranquilamente? —probó suerte el amigo de ambas.

—Demasiado tarde —le contesté, sin pararme—. Todos al coche. Ya.

Fue una orden muy directa que a ellas las hizo soltar un grito y a él un bufido, después de murmurar algo.

—No puedes estar hablando en serio —me dijo la que llevaba conmigo—. ¿Verdad, Julio? No puede hacer esto.

—Gloria… son policías. Pueden hacerlo y lo están haciendo —le contestó con un suspiro.

—Oh, Dios mío.

—¿Tu nombre? —le preguntó Matías a la otra chica, cuando ella se tambaleó y él la agarró para que no se cayera.

—Tania. ¿Y el tuyo?

Mi amigo se contuvo para no reír.

—Bueno, yo creo que ahora que sabemos sus nombres es justo que sepan los nuestros, ¿no? —me preguntó Matías.

—No sé para qué me preguntas —le dije, negando con la cabeza—. Si no es ahora harás lo que quieras en cualquier otro momento.

Mi amigo rio y Tania soltó un suspiro, mirándolo.

Abrí el coche con el mando, a unos pasos de él, y cuando me paré frente a la puerta trasera, la abrí.

—Mi compañero se llama Sergio y yo Matías —nos presentó mi amigo.

—Matías —repitió Tania.

—Entra —le pedí a Gloria.

Ya era hora de que me refiriera a ella por su nombre, aunque por el momento fuera en mi cabeza.

—O lo haces tú o lo hago yo, y créeme, no te gustará cómo te meta dentro —continué hablando.

Intenté no reírme cuando quiso fulminarme con la mirada, con los ojos casi cerrados porque le costaba mantenerlos abiertos.

—¿A dónde vamos? —quiso saber.

—Vosotros a pasar la noche en un sitio muy cómodo donde estaréis protegidos y no provocaréis más problemas, hasta que se os pase la borrachera. Mi compañero y yo, una vez os dejemos, a continuar trabajando.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —me preguntó con el ceño fruncido.

Estuve a punto de soltar una carcajada, pero me contuve a tiempo. No la saqué de su error y la empujé suavemente hacia abajo, invitándole a la fuerza a entrar en el coche.

La ayudé a hacerlo porque estaba muy inestable, lo mismo que hice con los demás.

Tania y Julio entraron sin decir nada. Cuando los tuvimos a los tres sentados en la parte trasera del coche, Matías llevó las botellas a un contenedor que había a unos metros de distancia y, después de deshacerse de ellas, regresó para sentarse directamente en el asiento del copiloto.

Yo, mientras tanto, observé hacia la zona donde habíamos estado. Me aseguré de que en el banco y en el suelo de alrededor no se quedara nada y rodeé el coche, para ir al asiento del conductor.

Las chicas llevaban los bolsos colgados y cruzados al pecho, por lo que no se dejaban nada atrás.

Una vez estuve frente al volante, arranqué mientras miraba hacia atrás por el espejo retrovisor.

Los tres se veían muy cansados en este momento, lo que nos favorecía a Matías y a mí.

Hicimos el camino en silencio y el problema vino cuando llegamos a la comisaría. Ninguno se durmió y entonces fueron conscientes de dónde los habíamos llevado, a pesar del estado que mantenían. Pusieron caras asustadas.

—Creo… creo que os habéis equivocado.

Gloria fue la primera en reaccionar al hablar, cómo no.

—En absoluto. Os vendrá bien un rato en el calabozo.

Tania soltó un jadeo fuerte, mientras que Gloria agrandó los ojos al máximo y Julio se tapaba la cara con las manos y se la frotaba.

—No os preocupéis —les dijo Matías, cuando yo me bajaba del coche—. No podéis dormir en un lugar más seguro que al que os llevamos.

—¿Tú estás de acuerdo? —le preguntó Tania a Matías.

Abrí la puerta trasera y me encontré con la mirada de Gloria, cuando levantó la mirada hacia mí. Todavía sorprendida. Por primera vez la había dejado sin palabras.

—Mi compañero es el que manda y ha tomado ya la decisión, así que… —le contestó Matías, girado hacia ella.

Después se bajó del coche y abrió la otra puerta trasera, como yo. Ayudó a Julio a salir y después a Tania, y los mantuvo apoyados en el lateral del vehículo.

—Esto es abuso de poder —me dijo Gloria, susurrando.

Me incliné para agacharme, hasta que mi cara quedó a la altura de Gloria, pero sin acercarme demasiado. Mantuve una mano en la puerta y la otra en el techo del coche.

—Aunque no te lo creas, has tenido mucha suerte de que mi compañero y yo estuviéramos cerca para atender el aviso sobre vosotros.

Le hablé muy calmado, pero sin perder la seriedad que le había mostrado desde el principio.

—Si otros compañeros os hubieran recogido, y les hubieras hablado como me has hablado a mí, te aseguro que ya haría rato que estaríais detenidos por esta noche. Sí, sería provisional, pero os sentiríais bastante peor que al traeros nosotros al calabozo, de buenas.

—Yo no he aceptado nada —dijo con los ojos entrecerrados.

—Es que no tienes opción a aceptarlo. Es lo que es y punto. Sal.

Me incorporé y me aparté, dando un paso atrás. Gloria se cruzó de brazos y no se movió, por lo que, negando con la cabeza, no me quedó más remedio que agarrarla de un brazo y tirar de ella de nuevo.

No le sirvió de nada resistirse. Cerré la puerta de golpe y, cuando los demás llegaron a nuestro lado, me dirigí hacia la comisaría, llevándola conmigo.

—Hola, chicos —nos saludó Roberto desde la recepción, mirando con curiosidad a los tres que nos acompañaban—. Ya veo que habéis dado con el motivo del alboroto.

—Esto es una injusticia —soltó Gloria.

—No hay derecho —la apoyó su amiga Tania—. ¿Cómo vamos a pasar la noche en un calabozo? —preguntó con un jadeo—. Dios mío, vamos a quedar marcados de por vida —lloriqueó.

Si no fuera porque Matías la sujetaba con fuerza, no se mantendría en pie. No sabía cómo podía hablar todavía, cuando apenas tenía los ojos abiertos. Estaba a punto de dormirse, a pesar de la situación.

—Tranquilas, que saldremos mañana temprano y no quedaremos marcados para siempre, porque esto es solo como un escarmiento. ¿No? —preguntó Julio, mirándome.

—Enhorabuena, eres el único que lo ha entendido —le dije con un asentimiento.

Las chicas soltaron un suspiro.

—¿Al calabozo? —preguntó con curiosidad Roberto.

—Efectivamente. Dame las llaves para no ir a buscarlas —le pedí.

Las sacó de un cajón y me las dio mirándome con diversión. Le hice un guiño y me dirigí con Gloria hacia el pasillo, con los demás siguiéndonos de cerca. Julio no necesitaba ayuda para seguirnos el ritmo, aunque a veces pareciera que lo perdía.

Al final del pasillo estaban las escaleras que bajaban hasta los pocos calabozos que había en la comisaría. Hacía bastante que no los utilizábamos y menos solo para unas horas, porque al día siguiente los tres podrían irse como si no hubiera pasado nada.

El informe que haría sería solo explicando el motivo por el que tomé mi decisión, pero no iba a detallar mucho lo sucedido para evitarles problemas. Yo también había estado al otro lado, como ellos, y sabía lo que era que una noche te descontrolaras bebiendo.

Y tanto Matías como yo tuvimos claro, en cuanto vimos a los tres desde el coche, que no eran personas conflictivas, así como tampoco buscaban problemas. Ni mucho menos. Aunque a Gloria se le soltara la lengua con varias copas de más, lo que también era entendible.

La música alta, sus gritos y sus risas, fueron el resultado de estar pasándoselo genial y en buena compañía. No fueron conscientes de nada más.

Por eso mismo me lo estaba tomando bastante bien, aunque en algunos instantes lo que había dicho Gloria de mí me había tocado las narices.

Le eché mucha paciencia debido a cómo estaba, aunque no voy a negar que la idea de lo del calabozo era como una especie de escarmiento que me estaba sentando estupendamente.

Sin rencor.

Cuando llegamos abajo, al final de las escaleras, las chicas soltaron un gritito.

—No os dejéis intimidar ni impresionar —les pidió Matías, hablando calmado para transmitirles tranquilidad.

Capítulo 11



Gloria

—Quiero hablar con alguien más —pedí, sin dirigirme a nadie en particular.

Los dos policías acababan de meternos a Julio, a Tania y a mí en el calabozo. Aún no entendía cómo habíamos acabado de esta manera, y eso que la mente ya comenzaba a aclarárseme.

—Vendrán, pero todavía no —me contestó el policía «simpático», Sergio—. Toma.

Cogí las mantas que me dio. Era una para cada uno y busqué su mirada.

—Aquí abajo hace fresco —me aclaró.

—Pues sácanos —dije bufando.

—¿Lo pedirías, por favor?

Su pregunta me sorprendió, la que hizo apoyando el brazo en el marco de hierro de la puerta que en breve cerraría, dejándonos encerrados dentro.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —le devolví la pregunta, con el ceño fruncido.

—Por eso mismo vais a pasar la noche tranquilamente aquí. Que descanséis.

—Pero…

Cerró la puerta con llave, sin apartar la mirada de la mía, y cuando me dio la espalda y comenzó a alejarse, bufé.

—Imbécil —dije cabreada.

El policía se paró de golpe y me miró por encima de su hombro.

—¿Me has dicho algo? —me preguntó.

Mi silencio fue su respuesta, con la que se encogió de hombros y volvió a caminar hacia la escalera.

Me quedé de pie frente a la puerta de reja, hasta que desapareció y nos quedamos completamente solos.

—Al menos ha tenido el detalle de traernos mantas.

La voz de Julio me hizo girarme hacia él, haciendo una mueca.

Fui hacia el banco en el que estaba sentado, el mismo en el que Tania se había tumbado. Al poco de entrar, no había podido aguantar más y ya se había dormido, sin importarle dónde nos encontrábamos.

Le di una manta a Julio. La mía la dejé a su lado y con la otra tapé a Tania, para que no pasara frío. Una vez que le cubrí el cuerpo, me senté entre la cabeza de mi amiga y el cuerpo de Julio.

Yo también me tapé con la manta, lo mejor que pude, y le moví la cabeza a Tania, para colocársela sobre mi pierna. Mi amiga no tardó en abrazarse a mí y sonreí.

Apoyé la espalda y la cabeza en la pared y cerré los ojos.

—¿Estás bien? —me preguntó Julio.

—Sí —contesté, con un suspiro—. Lo siento —me disculpé, girando la cabeza hacia él—. Si no fuera por mí, no estaríamos aquí.

—No digas tonterías. Ahora estamos más espabilados, pero, aunque podamos controlarnos, todavía no estamos bien por haber bebido tanto. Los tres estábamos igual.

—Ya… pero soy yo la que ha cabreado al policía más borde.

Bufé.

—Podríamos haber sido Tania o yo y tú nos hubieras seguido, ¿no?

—Claro.

—Pues ya está.

Cerró el tema y nos sonreímos.

—Me alegro de haberme reencontrado contigo, aunque estemos metidos en este lío —le dije con sinceridad—. Eres lo único bueno de esta noche. No sé por qué perdimos el contacto.

—Gracias, preciosa. Yo siento lo mismo. —Me hizo un guiño—. No sé, éramos jóvenes todavía y no teníamos ni idea de cómo nos iría ni lo que nos depararía la vida —comentó pensativo—. Supongo que creímos que nos veríamos por la calle cualquier día, después de tantos años viéndonos diariamente en las clases.

—Sí —sonreí—. Madre mía, de cómo hemos empezado la noche a cómo la hemos terminado.

Soltamos una carcajada.

Bajé la mirada a Tania, para comprobar lo que ya sabía: continuaba dormida.

—¿Crees que se le pasará rápido lo de Damián? —me preguntó, observándola.

—Espero que sí, porque es una tontería que le ha entrado.

Le retiré un mechón de la cara a Tania.

—Te prometo que hasta que no supo lo de esta noche no se acordaba de él.

Me encogí de hombros y seguí hablando.

—Yo creo que tuvo añoranza de cuando estaba enamorada de él en su juventud. De todas maneras, da lo mismo, porque Damián se ha encargado de cargarse lo poquito que había despertado en ella. Con todos mis respetos, por ti, no por él, hubiera preferido que ni siquiera nos mirara a la cara.

—Es un buen tío, aunque te cueste creerlo.

—Un buen tío que deja colgado a su mejor amigo.

Negué con la cabeza.

—Seguro que mañana me da una buena razón.

—Claro… si quieres te la digo yo ya.

Lo miré de reojo.

—No hace falta. Gracias —dijo con diversión—. Sería bueno que intentáramos dormir un poco. Con lo cansados que estamos y el bajón del alcohol, tendríamos que aprovechar para descansar. Mañana debemos salir rápido de aquí, en cuanto nos den permiso.

Bufé.

—Joder, es que cuando pienso dónde estamos…

—Olvídate de eso. Piensa que podemos dormir tranquilos y tapados. No será cómodo, pero con más ganas cogeremos mañana nuestras camas.

—Como alguna vez se enteren mis padres o mi abuela de esto…

Reí, nerviosa.

—Pues será mejor que no salga de aquí.

—Sí —sonreí.

Ambos nos quedamos callados y yo apoyé la cabeza en su hombro, con los ojos cerrados.

—¿Por qué no te tumbas también?

—No quiero moverme más. Así estoy bien —susurré.

—De acuerdo.

—¿Tú estás cómodo conmigo apoyada en tu hombro?

—Estoy perfectamente —me confirmó en un murmullo.

Sonreí sin abrir los ojos. Fue el último recuerdo que tuve, hasta que una sensación diferente, cuando me estiré y pude hacerlo, me hizo entreabrir los ojos.

En ese instante me di cuenta de varias cosas. La principal fue el dolor fuerte que me pinchó en la cabeza. Después llegó el verme tumbada en un banco del calabozo. Porque sí, eso no lo había soñado y estaba en uno. Por primera vez en mi vida y esperaba que por última.

No solo estaba tumbada en un banco, sino también tapada con la manta.

Sin hacer ruido y sin moverme, miré hacia el lado opuesto al que estaba yo, donde había otro banco. En él se encontraba tumbada Tania, tal y como me acordaba de haberla dejado tapada. Y Julio estaba más arriba de la cabeza de mi amiga, también tumbado y tapado.

El sonido de una cerradura me hizo mirar hacia la puerta de reja y entonces me sorprendí al ver al policía «simpático», Sergio. Cerró y se fue, sin darse cuenta de que yo lo observaba desde la poca claridad que había aquí dentro.

Abrí la boca, para decirle algo, pero la cerré porque me arrepentí. ¿Qué iba a preguntarle? ¿Si había sido él el que nos había colocado como estábamos?

Solos no nos habíamos puesto, y menos yo, porque tendría que haber caminado hasta el banco del otro lado, tumbarme y taparme.

Me pregunté por qué lo había hecho. Por qué le importábamos, cuando nos había encerrado él en este sitio.

Me subí la manta al cuello y solté un suspiro, al notar el calor. Agradecía que Sergio también hubiera tenido el detalle de dejarnos mantas, antes de desaparecer. Bien sabía él que aquí abajo hacía fresco y que de madrugada la sensación empeoraba.

Quería saber qué hora era, pero para eso debía moverme para abrir el bolso que todavía llevaba cruzado al pecho y sacar el móvil. Todo eso suponía demasiado esfuerzo y ni me planteé hacerlo.

Entendí que debía ser de madrugada y que todavía teníamos unas horas para descansar más.

Los ojos se me cerraron de nuevo, lentamente, hasta que volví a dormirme. Esta vez profundamente y con una sonrisa que no supe a qué vino.

La situación no era para estar contenta, pero aquí estaba yo, tumbada en un banco de un calabozo y tapada con una manta, gracias al policía culpable de estar metida aquí.

Era contradictorio, pero, a pesar de todo, la sonrisa no se me borró mientras pensaba en que el policía me había cogido en brazos para ponerme más cómoda.

Sí, a Julio lo había ayudado de la misma manera, pero era yo la que había estado en sus brazos. Cosa que a Julio no le importaría ni quizás le diera importancia cuando yo se lo contara a él y a Tania por la mañana. Y no le daría importancia porque la primera en no dársela sería yo, de cara hacia ellos.

Solté un suspiro, porque era una pena que no recordara cómo había pasado de estar en el otro banco sentada a este tumbada. Y también lamenté no haberme despertado hasta que él se iba, pero, por otro lado, había sido lo mejor porque no habría sabido qué decirle.

Mucho más cómoda que antes y apretando la manta a mi cuerpo, soñé con una comisaría y con un policía que venía a visitar el calabozo, donde yo lo esperaba más que encantada, aunque no lo reconociera.

No iba a reconocer en voz alta que Sergio era un hombre que cortaba la respiración y que te hacía seguirlo con la mirada. Tal vez me había afectado más de la cuenta su uniforme.

Claro, debía ser eso. No podía haberme afectado tanto como para no querer subirme encima de él para dejarlo calvo, por lo que nos había hecho. Por culpa de Sergio estábamos pasando la noche en el calabozo. En un puñetero calabozo.

Me cubrí la cara con la manta, al notar frío. Justo en ese instante me pareció escuchar un ruido, pero no fui capaz de abrir los ojos más. Estaba agotada y mi cuerpo se negó a reaccionar de ninguna manera.

También me pareció notar más peso sobre el cuerpo y eso me hizo soltar un largo suspiro porque noté más calorcito. Me abracé a él y me acurruqué todo lo que pude en la manta, sobre el banco.

Capítulo 12



—Joder. Me duele todo.

Entreabrí los ojos al oír a Tania.

Lo primero que vi fue el techo. En algún momento de la noche me había puesto bocarriba.

Me costó un rato darme cuenta de dónde estaba y lo que era la superficie dura que soportaba mi peso. Porque mi cama blanda no era.

Solté un suspiro cansado.

No sabía cómo continuaba sobre el banco porque este no era muy ancho y con lo que yo me movía dormida… Era un gran mérito no haber terminado en el suelo.

—A mí también —dijo Julio, con la voz ronca.

—¿Os apetece un buen desayuno? —le pregunté—. Os invito.

Tania rio, pero no tardó en insultar a todo lo que bebió la noche anterior.

Me incorporé despacio del banco, haciendo una mueca. Si me dolía todo el cuerpo de mi experiencia nocturna, solo faltaba sumarle lo «maravillosamente cómoda» que había descansado.

—Mierda, me duele todo el puñetero cuerpo —me quejé.

Me eché hacia delante para apoyar los brazos en las piernas y la cara en las manos.

—A eso se lo conoce como a una resaca de campeonato, de las que hacen historia —dijo Julio.

—Me cago en la puñetera historia. —Bufó Tania y sonreí.

—Menos mal que me espabilé lo suficiente como para recordar qué haces aquí. Si no, me habría dado algo al vernos encerrados tras esos barrotes —comenté.

Levanté la mirada despacio, para observar a través de los barrotes lo solos que estábamos.

—La liamos un poquito —carraspeó Julio.

—Ya te digo. ¿Y lo bien que lo pasamos? —nos preguntó Tania.

Los tres sonreímos.

—¿Os va a reventar la cabeza?

Ambos asintieron, antes de que cerrara los ojos para buscar un poco de alivio. No lo encontré, pero me hubiese quedado dormida si no hubiera sido por la voz de una mujer.

—Buenos días —nos saludó.

Mis amigos y yo nos pusimos de pie de golpe. Fue un error, pero conseguimos, pero nos mantuvimos estables a pesar del malestar.

—Buenos días —le correspondimos nosotros.

Era otra agente de policía. Rubia, pelo largo recogido en una coleta alta y con un cuerpo perfecto con curvas.

—¿Te envía tu compañero Sergio para terminar de rematarnos? —me dio por preguntarle.

—Tú debes de ser Gloria —me dijo.

Elevé las cejas.

—Vaya, no voy a largarme de aquí sin que todos me conozcan.

—Ya ves… Al menos yo no.

Sonrió de medio lado.

—Espero que hayáis tenido buena noche.

Pasó la mirada por cada uno de nosotros.

—Os aconsejo que cambiéis los bancos por sofás, aunque sean los más baratos del mercado —le dije.

—Eso sería increíble —habló Tania, con una risilla y apretándose la cabeza de un lado—. ¿Te imaginas? —Se dirigió a mí.

—Pues no, y no me quedaré para comprobar si me hacen caso. —Negué con la cabeza.

—Un calabozo no se caracteriza por su comodidad —dijo la policía —. Tenéis suerte porque en los otros espacios no hay ni bancos.

Julio, Tania y yo, ahora que había más luz, nos fijamos bien y observamos lo que teníamos alrededor.

—Joder. El policía de ayer nos metió en una suite —habló sorprendida Tania.

—Aquí abajo, sí —nos confirmó la chica.

El sonido de unas llaves nos hizo mirarla de nuevo.

Abrió la puerta y entró con calma y seguridad.

—Sergio me ha dicho que no mordéis —nos dijo.

—Mira qué gracioso tu compañero. —Bufé—. Si yo fuera él, no lo tendría tan claro.

La policía sonrió de medio lado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no ha venido él a sacarnos? Claro, tienes remordimientos de habernos metido aquí —comenté.

Me crucé de brazos.

—Sergio no es un hombre que retroceda en sus decisiones ni mucho menos que se lamente de ellas. No sucede en su trabajo ni tampoco en su vida lejos del uniforme. Cuando toma una decisión es porque la tiene muy clara y va hasta el final con ella.

Fruncí el ceño.

—Y tú lo conoces muy bien, ¿no?

Mis amigos me miraron sorprendidos. Bufé para disimular.

—¿Qué? —continué escondiendo la verdad—. Le tengo mucha rabia a ese policía.

—Olvídalo ya, cariño —me dijo Tania—. Ya se ha acabado. Estamos a punto de salir de aquí y de olvidarnos de esta experiencia.

Me agarró de un brazo y le sonreí, mientras asentía.

—Olvidarnos, lo dudo —comentó Julio, con diversión—. Eso sí, cuando hablemos de esto será para echarnos unas risas.

Nos hizo un guiño.

—¿Necesitáis ir al baño? —nos preguntó la chica.

—¿Hay una cafetería por aquí cerca? —le devolví la pregunta.

—Sí, a unos metros de aquí. Y varios bares.

—Pues no, gracias. Yo no necesito ir al baño. Lo que quiero es salir de aquí cuanto antes —le dejé claro.

—Yo también puedo aguantar —comentó Tania.

Miramos a Julio y él asintió, de acuerdo con nosotras.

—Vale. Os han venido a buscar.

Tania soltó un jadeo y yo agrandé los ojos.

—¿Cómo? ¿Quién nos ha venido a buscar? —le pregunté de manera precipitada—. Dios mío, como sean mis padres o mi abuela… Oh, joder, como se os haya ocurrido llamar a…

—No son ellos —me sacó del error.

—¿Por qué no estás sorprendido? —le preguntó Tania a Julio.

Busqué la mirada de mi amigo reencontrado después de mucho tiempo y fruncí ligeramente el ceño. Anticipé su disculpa antes de que hablara.

—No me lo puedo creer —reí sin ganas.

—¿Qué? —quiso saber Tania.

—Que te responda él —le contesté, con un bufido.

Me alejé de ellos mientras mi cabreo aumentaba de nivel. Volví al banco en el que había dormido y cogí la manta.

Cuando escuché el grito de Tania, la mirada se fue hacia una esquina y entrecerré los ojos.

—Mira qué puñetera gracia —siseé, al ver una cámara de vigilancia apuntando hacia el interior del calabozo.

Algo se me resbaló de las manos y entonces me di cuenta de que no lo soñé, que la sensación que tuve cuando noté más calorcito en el cuerpo y se me quitó el frío fue porque tenía encima dos mantas, no una.

La de abajo se me resbaló y tuve que agacharme para cogerla. Volví a mirar a la cámara de vigilancia. No quería ablandarme, pero había sido todo un detalle que el policía de anoche se preocupara tanto.

No, no iba a ablandarme. Más que nada porque quería mantener la rabia para decirle varias cosas a Damián. Pensar en él me hizo bufar y estirar una de las mantas con rabia.

La tensé de golpe y le di varios tirones, mientras la doblaba. Cuando terminé, hice lo mismo con la segunda, mientras escuchaba cómo Julio se justificaba por lo que había hecho.

Yo no lo culpaba a él, aunque en este momento no lo entendí. ¿A qué venía que llamara corriendo a su amiguito, cuando este había pasado de él, olvidándolo completamente durante la noche?

Sacudí la cabeza, dejé las mantas una encima de la otra bien dobladas y me senté en el banco.

—Lo siento, Tania. Si queréis, salgo yo primero y me llevo a Damián. No es que lo necesitemos para salir de aquí, como si hubiera tenido que pagar una fianza —le dijo Julio.

—No me jodas —se quejó mi amiga.

—He sido el primero en despertarme y cuando he mirado mi móvil tenía muchas llamadas y mensajes de Damián. Estaba preocupado.

—A buena hora —dije riendo.

—Entiendo vuestro enfado. —Julio habló mirándome a mí—. Yo también estoy enfadado, pero vosotras, aunque os enfadéis, no os dais la espalda la una a la otra.

Solté un suspiro, levantándome despacio.

—Me ha pedido perdón por desaparecer y yo le he dicho dónde estaba. Se ha preocupado, aunque le he remarcado que todo estaba bien. Por eso ha venido y está aquí.

—A lo mejor ha venido de la mano con su querida Celia —dijo con retintín Tania.

—Ha venido solo —le confirmó Julio.

—¿Algún problema serio con el hombre que está arriba? —le preguntó la policía a Tania, cruzándose de brazos—. Porque puedo hacer que pruebe cómo se está en este calabozo.

Lo que dijo nos sorprendió a los tres y Tania enseguida rio.

—No hará falta —se apresuró a decir Julio.

La policía le hizo un repaso rápido visual. La verdad era que imponía. Definitivamente, debía ser todo por el uniforme.

No intimidó a Julio, por lo que cuando ella dejó la mirada fija en la de él, se observaron durante unos largos segundos. Se retaron, hasta que pasé entre ellos.

—Vámonos ya de aquí. —Me paré—. Porque podemos irnos, ¿no? ¿Has venido para eso o debemos hablar con alguien antes? —me dirigí a la policía.

—Podéis iros. Sergio y Matías lo dejaron todo preparado anoche para que tuvierais una salida rápida —me confirmó ella.

—Estupendo —susurré—. Seguro que ellos están durmiendo plácidamente en sus camas.

Respiré profundo, antes de volver a caminar.

Me dirigí rápido hacia la escalera, ya que no veía el momento de salir de este sitio. Comenzaba a asfixiarme, a sentirme muy agobiada, a pesar de que nos habían tratado bien.

Esa era la realidad y no podía decir lo contrario. Otra cosa diferente era lo que podía llegar a decir para fastidiar a ciertas personas. A una de ellas no volvería a verla más. Por suerte. A la otra, estaba a punto de tenerla frente a mí.

Subí decidida las escaleras, escuchando a los demás moverse detrás de mí. La mujer policía se puso a mi lado y la miré de reojo. Ella no apartó la vista de delante y entonces me di cuenta, al verla de lado, de la curva de su barriga que empujaba su camisa del uniforme.

Estaba embarazada, pero no le hice ninguna pregunta ni comentario.

Capítulo 13



—Gloria… —dijo Damián.

Fui la primera a la que vio.

Elevé las cejas y desvié la vista de él.

—¿Cómo estás? —se interesó.

—Hazme un favor e ignórame —le pedí.

Me paré para esperar a Tania.

Mi amiga era muy capaz de enfrentarse o pasar de él, dependiendo del impulso que le diera, pero, aun así, no quise adelantarme y dejarla sola.

—¿Cómo? —me preguntó Damián, extrañado.

—Damián… —Lo llamó Julio desde mi espalda.

—Eh, tío.

Damián se acercó rápido a su amigo y se abrazaron.

—¿Todo bien? —me preguntó la mujer policía.

—De maravilla —le contesté, sonriendo.

—Vale —me devolvió el gesto—. Si necesitáis ayuda, ya sabes…

Asentí.

—A partir de aquí ya podéis continuar solos.

Señaló la salida de la comisaría que se encontraba a tan solo unos metros de distancia. Habíamos llegado al vestíbulo donde estaba la recepción.

Al otro lado del mostrador de esta, había un hombre de pie del que supe pronto cómo se llamaba.

—Me voy con mi compañero Roberto —me dijo la chica—. Por cierto, mi nombre es Ingrid.

Me ofreció una mano y acepté el gesto, correspondiéndole.

—Mi nombre ya lo saben más personas de las que me gustaría, así que…

Sonrió de medio lado.

—Que tengas un buen día, Gloria.

—Igualmente, Ingrid. Y… enhorabuena por tu embarazo.

—Oh. Muchas gracias.

Su sonrisa se amplió y fue contagiosa.

Ingrid se fue hacia el mostrador de la recepción, donde se reunió con su compañero Roberto.

—A mí ni me hables —dijo Tania.

Me giré hacia mi amiga. Tenía delante de ella a Damián y a su lado a Julio.

—Pero ¿qué os pasa a ti y a Gloria? —nos preguntó.

—Hay que ser muy tonto para hacer esa pregunta —se quejó mi amiga.

—O demasiado listo. ¿Verdad, Damián?

Se giró hacia mí, para mirarme.

—Siento haberos dejado solos anoche —me dijo.

—A mí no tienes que decirme nada, básicamente porque me importa una mierda. Tú, la excusa que vayas a dar y tus pensamientos. Así que ahórrame el numerito y cuéntale lo que quieras a Julio. Él sí que es un buen amigo y te advierto una cosa.

Señalé a Damián, dando un paso hacia él. Me importó otra mierda que fuera de mala educación.

—Cuídalo, porque como me entere de que lo tratas mal, de la forma que sea, te aseguro que me cobraré lo de esta noche y todo lo que hagas de más —le advertí.

Me crucé de brazos, antes de continuar.

—Porque me enteraré… —sonreí—. Julio y yo nos hemos intercambiado los números de teléfono. No vamos a perder el contacto otra vez, porque para mí lo único bueno del reencuentro de anoche es él.

—¿Te cobrarás lo de esta noche? ¿Qué se supone que he hecho yo tan grave? Porque los que habéis pasado la noche en un calabozo sois vosotros.

—Damián… —le llamó la atención Julio—. No lo estropees más.

—¡Pero si no sé qué he hecho! —se quejó el otro.

—Oh, por favor —dijo Tania, con un soplido.

—Oye —llamé la atención de todos—. Me duele muchísimo la cabeza y de lo único que tengo ganas es de perderte de vista, para siempre —le dije a Damián.

Solté un bufido, cansada con todo.

—Quiero salir de este sitio para no volver a pisarlo nunca más, e ir a desayunar porque estoy hambrienta. Después pienso encerrarme en mi piso y olvidarme del mundo entero, acurrucada en mi cama.

Comencé a caminar hacia la salida.

—Estás siendo muy injusta —volvió a hablarme Damián.

Me paré y me giré hacia él.

—¿Me lo has dicho a mí? —Me señalé, sorprendida.

—Sí —me confirmó.

Julio soltó un bufido y se pasó las manos por el pelo, agobiado.

—El injusto eres tú, que dejaste anoche tirado a tu mejor amigo. Ni siquiera le dijiste que desaparecerías y te hubiera bastado con eso para no tenerlo preocupado durante un buen rato.

Elevé las cejas.

—Perdona que me sorprendiera porque, después de escucharte durante toda la cena criticar a la insoportable de Celia y comiéndole la oreja a mi amiga, casi literalmente, una vez que llegamos a la discoteca, te faltó tiempo para desaparecer y para que Celia te calentara.

—¿Qué…? —Damián miró a Julio.

—Tania y yo fuimos a buscarte —le aclaró su amigo Julio—. Nos preocupamos por si te había pasado algo y te encontramos con Celia casi encima. Donde estaba más oscuro. Después de eso no regresaste nunca, así que está claro en lo que te entretuviste.

—Por todo eso, ni se te ocurra volver a decirme que soy injusta, cuando tú te llevas de cabeza el primer puesto. Tuviste parte de la culpa para que comenzáramos a beber una copa detrás de otra y así terminamos, porque nos animamos demasiado.

Hice una respiración profunda y me presioné el puente de la nariz.

—Aunque no hicimos nada grave para acabar aquí, solo nos divertimos sanamente —dije en tono más bajo.

Cuando me alivié un poquito el dolor de cabeza, extendí los brazos hacia los lados, como si quisiera abarcar todo el lugar.

—Lo único que hicimos fue excedernos con el volumen de nuestras voces, risas y la música, por lo bebidos que nos encontrábamos. Pero a nuestro favor debo decir que no estábamos para mucho más anoche. Y no me avergüenzo ni me quejo de haber pasado la noche aquí. Podría haber dormido en mi cama muchísimo más cómoda, por supuesto.

Hice una mueca y cogí una bocanada de aire.

—Pero si lo pienso mucho, pero que mucho, puedo llegar a entender por qué los policías nos trajeron a esta comisaría, donde en todo momento nos trataron muy bien. A pesar de que me encantaría tener algunas palabras con uno de los policías ahora que estoy en plenas facultades.

Julio carraspeó y Tania se movió nerviosa, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro. Cuando supe por qué, agrandé un poco los ojos.

Me di cuenta entonces de que en el mostrador de la recepción ahora había más personas. Los dos policías que nos trajeron amablemente hasta el calabozo, para pasar una noche a gastos pagados, porque me negaba a decir que nos detuvieron… pues esos dos, Sergio y Matías, estaban junto a Ingrid y Roberto.

Los cuatro miraban hacia nosotros y Sergio y Matías debían llevar tiempo observando y escuchando, por sus expresiones. Iban vestidos de calle, por lo que entendí que en breve se irían de la comisaría para descansar del turno de noche.

Crucé la mirada con Sergio, mientras él bebía de un vaso desechable.

Me prohibí desviar la mirada hacia su pelo húmedo, así como también me negué a fijarme mucho en lo bien que le quedaba la camiseta de manga corta que se adaptaba a su pecho y a sus brazos, que era una maravilla. Y claro que pasé por alto lo genial que le sentaban los pantalones vaqueros.

Me obligué a no apartar la vista de la suya, hasta que fui yo la que tuvo que retirarla.

Me hubiese encantado hacer lo que había dicho, lo de hablar con él ahora que me encontraba relativamente bien, pero dejé pasar la oportunidad, a pesar de que él me había oído. Me urgía más terminar con lo que estaba pasando, para poder sentarme cuanto antes. Me temblaba todo.

Dirigí de nuevo la atención a Damián, para decirle las últimas palabras que malgastaría en él.

—No pensaste ni en despedirte de nosotras anoche, después de pasar una cena muy divertida y guay, y más sabiendo que a partir del día siguiente no volveríamos a vernos porque en ese momento no tenías ni idea de que Julio y yo sí que querríamos mantener el contacto.

Elevé las cejas.

—Por lo que te pido que no muestres por Tania y por mí interés y preocupación ahora, ni mucho menos te hagas el molesto por lo que te he dicho. Todo es verdad y la verdad jode escucharla. Lo sé —sonreí de medio lado—. Tu actitud me la paso yo por…

—Gloria —me llamó Tania, evitando que terminara.

Mi amiga se puso a mi lado y se agarró a mi brazo. La miré y lo tuve fácil para saber lo que me pedía.

—Sí. Lo mejor es que nos vamos —suspiré—. Ya he tenido bastante y no vale la pena. Me va a estallar la puñetera cabeza.

Julio vino hasta nosotras para despedirse. Nos abrazó y cuando fue mi turno, me susurró al oído.

—Lo has hecho muy bien —me dijo y sonreí.

Mi sonrisa sí que se vio, pero me dio exactamente igual.

—En unos días te llamaré o escribiré. ¿De acuerdo? —me preguntó cuando nos separamos para mirarnos a la cara.

—Vale. Si ves que no te respondo es porque estoy trabajando y no puedo.

—Tranquila. Esperaré —me dijo con un guiño.

—Descansa mucho, Julio.

—Igualmente, preciosa.

Me dio un beso en la mejilla.

—Y tú también —se dirigió a Tania.

—En cuanto llegue a mi piso, bloquearé la cerradura y desconectaré el timbre.

Reímos y los tres hicimos una mueca, por nuestras cabezas.

—No vale todo en esta vida, Julio —le dije.

—¿Qué…?

—Solo recuérdalo.

—Entiendo. —Asintió.

Tania y yo caminamos hacia la salida, pero antes de traspasar la puerta e irnos de la comisaría, nos paramos y miré hacia la zona de la recepción.

En ella continuaban las tres únicas personas de la comisaría con las que había hablado, y también Roberto.

Levanté la mano hacia ellos, sin ganas de acercarme más, y Matías, Ingrid y Roberto me correspondieron, sonrientes, pero Sergio se quedó mirándome fijamente, sin hacer absolutamente nada.

Me encogí de hombros y, después de que Tania también se despidiera de ellos desde la distancia, salimos por fin a la calle.

—Joder. Somos libres —me dijo y sonreí—. ¡Somos libres!

—Mierda. —Bufé—. ¿Por qué tienes que gritar? ¿Y quieres hacer el favor de no decir eso en voz alta? Ni que hubiéramos hecho algo malo.

Puse los ojos en blanco.

—Anda. Vamos a buscar una cafetería o un bar para desayunar, a ver si te cambia el carácter —dijo con una risilla.

Tiró de mí hacia una dirección y no me molesté en preguntarle si sabía a dónde iba. La seguí con las poquísimas ganas que tenía.

Capítulo 14



Me llené la boca de agua, para enjuagármela. Lo hice varias veces, hasta que sentí algo de alivio.

Me hubiese encantado tener pasta de dientes a mano, como cuando Matías, uno de los policías, nos dijo amablemente si necesitábamos ir al lavabo antes de entrar en el calabozo.

Por supuesto, en ese momento mis amigos y yo le dijimos que sí. Ahí fue la primera vez desde que vomité que pude lavarme la boca con agua, enjuagándomela bien durante un buen rato.

Necesitaba más, pero hasta que no llegara a mi piso era lo que había.

Cuando acabé con la boca, me mojé la cara y, al terminar, me la sequé con papel. Lo tiré a la papelera y me miré en el espejo.

Tenía cara de cansada. Se me notaban las ojeras, pero no era exagerado, y tenía el pelo bastante alborotado, lo que intenté arreglar con las manos. A pesar de esas cosas, para haber pasado una noche de borrachera en un calabozo y después de haber dormido en un banco de madera, estaba bastante mejor de lo que esperaba.

Una vez que me quité con los dedos varios enredos, me hice una trenza para que el pelo suelto no me molestara. Por suerte, siempre llevaba una gomilla en el bolso. Daba igual cuál utilizara, tenía de repuesto en todos.

Salí del baño del bar en el que nos habíamos parado Tania y yo para desayunar, y recorrí el interior yendo hacia la terraza. En ella se encontraba mi amiga, sentada a una mesa en la que daba un poco de sombra.

—¿Mejor? —me preguntó cuando me senté frente a ella.

—Todo lo mejor que puedo estar con lo poco que he hecho y con todo lo que ha pasado —contesté.

Me encogí de hombros.

—Eso es mejor que nada —me dijo con un guiño y una risilla—. Los desayunos ya no tardarán —comentó.

—Sí —sonreí.

Al llegar, en cuanto entramos en la terraza y ocupamos una mesa, antes de ir yo al baño, un camarero apareció para atendernos. Después de que el hombre nos informara de lo que podíamos pedir para desayunar, con todas las opciones, Tania y yo le pedimos lo que queríamos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—De aquella manera.

—Al menos no has necesitado vaciar el estómago —sonreí.

—Porque tuve una buena borrachera —dijo hablando más bajo—. Toma —me pidió, buscando en su bolso—. Yo me he tomado una mientras estabas en el baño.

Me dio una pastilla para el malestar, pero, sobre todo, para el dolor de cabeza, y me la tomé rápido con un poco de agua de una botella de agua pequeña que había pedido.

—A ver si hace efecto —suspiré.

—Ya verás que sí. Así cuando lleguemos a nuestros pisos estaremos mejor y nos dormiremos pronto.

—Tania, para lo que menos necesito que se quite todo es para dormir. Te lo aseguro. Esté como esté, en cuanto me tumbe en mi cama me dormiré en pocos segundos. Ni me enteraré.

Me encogí de hombros.

—Pero si te duchas te espabilarás…

—Ni el agua puede obrar ese milagro —le aseguré.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué te crees que voy a comer tanto? —le pregunté—. Porque el desayuno también me servirá de comida. En cuanto me meta en la cama no pienso levantarme hasta que me despierte. Si es al día siguiente, pues mejor. Necesito descansar y recuperar fuerzas para la semanita completa de trabajo que me espera. Y tú lo mismo.

Para desayunar me había pedido un bocadillo grande de tortilla de patata y un café con leche. Mi estómago necesitaba alimento, estaba hambrienta, y mi cuerpo energía. Por suerte, entre lo que iba a comer y lo que descansaría una vez estuviera en mi piso, me recuperaría bien.

Estaba deseando llegar.

El camarero que nos atendía se acercó con una bandeja y nos dejó los desayunos en la mesa. Se lo agradecimos antes de que se fuera.

—Puedo pedir el taxi ya —me dijo Tania.

—Ahora come tranquila. No hay prisa, vienen rápido.

—Sí. —Asintió.

El bocadillo de mi amiga era de lomo con queso y del mismo tamaño que el mío. Ambas terminaríamos bien servidas de comida, para unas buenas horas.

Cuando dimos el primer mordisco, hicimos varios soniditos de placer.

—Joder. No sé si está tan bueno como me parece o es que con el hambre y la nochecita pasada me sabe delicioso —habló con la boca llena y reí.

—Yo creo que se mezclan las dos opciones —le dije, antes de dar otro mordisco al mío—. ¿Quieres probarlo? —le ofrecí.

—Vale.

Nos intercambiamos los bocadillos y ambas probamos el de la otra. El de Tania también estaba buenísimo. Nos dimos la razón y seguimos comiendo.

—Gloria…

—¿Qué?

Busqué su mirada.

—Siento haberme comportado como una niña pequeña con lo de Damián.

Hizo una mueca con los labios.

—Cariño, no pasa nada. Sí, te dio bastante fuerte. Y sí, te hubiera hecho varias cosillas para que entraras en razón, pero ya está. No se te ocurra sentirte culpable por lo que bebimos anoche. Eso fue decisión de los tres y lo de Damián solo nos impulsó un poco. Sabíamos muy bien lo que hacíamos y quisimos continuar.

—Hasta el alcohol dirigió todas nuestras decisiones.

Apretó los labios.

—Efectivamente.

Reímos, sin alzar mucho el tono.

—A Damián le has echado en cara que él fue el motivo por el que bebimos tanto.

—Y le hubiera echado muchísimas cosas más, solo para fastidiarlo.

Le hice un guiño.

—Julio es increíble —dijo.

Sonreí, asintiendo.

—Lo es. He dicho en serio que no perderemos el contacto a partir de ahora.

—Sí. Menuda nochecita —dijo con una risilla—. Ni en nuestra juventud nos vimos así.

—Lo que ha pasado no podemos decírselo a nadie más que a Clara —comenté.

—¿En serio piensas que tu abuela no lo averiguará? —me preguntó riendo—. Sabrá que le ocultas algo en cuanto te pregunte cómo fue el reencuentro con los excompañeros y qué tal nos lo pasamos durante la noche.

—Mi abuela no me preocupa —suspiré—. Con ella hablaré, pero ¿con mi madre? Oh, Dios, no. Estaría haciéndome preguntas, asustada por lo de la policía durante yo qué sé cuánto tiempo. Me niego.

—Yo no voy a contar nada. A todos los que me pregunten les diré que todo fue bien y que disfrutamos de la noche. De lo que sí hablaré será de cada uno de los excompañeros, sobre todo de Celia. A esa la bajo de su pedestal como que me llamo Tania.

Bufó.

—No pasa nada por hablar de eso. Ya verás cuando se lo contemos todo a Clara.

Reímos.

—Va a flipar —dijo.

—Normal. Yo todavía flipo.

Volvimos a reír.

—¿Qué tal el dolor de cabeza? —me preguntó.

—Igual. Todavía no me ha hecho efecto la pastilla.

—¿Y qué me dices de los policías?

—¿Cuál de todos? —me hice la despistada—. En la comisaría hemos visto a varios. Por cierto, Ingrid me ha caído genial. He visto sus ganas de poner en su sitio a Damián si lo necesitábamos y se lo pedía —sonreí.

—Tú has hablado más con ella, pero a mí también me ha parecido maja —me dio la razón—. No te hagas la tonta.

Me señaló con la mitad de su bocadillo.

—Sabes muy bien a qué policías me he referido.

—¿Qué pasa con Matías y Sergio? —le pregunté tapándome la boca con la mano, mientras masticaba.

—¿Qué pasa? Joder —suspiró—. Puede que anoche no los vieras bien, por la que tenías encima, pero esta mañana, hace poquito, los hemos vuelto a ver. Madre mía, y vestidos de calle. No sé cómo están mejor, si con el uniforme o con ropa normal —suspiró de nuevo, más profundamente.

—De ambas formas —le confirmé y reímos—. Los vi perfectamente, Tania. Anoche, no durante todo el tiempo, pero sí recuerdo unos momentos en los que me quedé embobada mirando a los policías. Hasta que se me pasaba, claro.

Le di un sorbo al café con leche.

—Hubiera sido la noche perfecta si Matías me hubiese quitado las penas por Damián —dijo con una risilla.

—Claro que sí… Anda que…

Puse los ojos en blanco.

—No te quejes, que podría haber dicho Sergio. —Me miró con picardía—. Los dos están tremendos, pero debo reconocer que Sergio destaca un poco más.

—A ti el que te llamó la atención desde el principio fue Matías —dije despreocupadamente.

—Sí. Es que tiene algo que… No lo sé, pero me pone mucho.

Rio y sonreí.

—Anda, vamos a terminar de desayunar porque noto que me va a dar un bajón en cualquier momento —le pedí.

—Voy a pedir el taxi ya.

Asentí y, mientras nos acabábamos los bocadillos con los cafés con leche, Tania pidió por la aplicación del móvil un taxi a la dirección en la que estábamos.

Este llegó unos minutos después de que le pagáramos al camarero.

Durante todo el trayecto en el taxi hice un gran esfuerzo para no cerrar los ojos, porque si lo hacía, no conseguiría abrirlos por un buen tiempo. Entre mi amigo y yo nos mantuvimos despiertas.

Los peores minutos fueron cuando Tania se bajó antes. Me despedí de ella y quedamos en escribirnos un mensaje por la tarde. De esa manera comprobábamos si la otra tenía el móvil operativo o todavía estaba descansando.

En cuanto el taxi paró frente a mi edificio, le pagué y me bajé lo más rápido que pude. No fue mucho.

Me entraron ganas de llorar en el momento que comencé a subir a mi planta en el ascensor. Estaba muy agotada y con muchas ganas de olvidarme de todo lo que había sucedido. De todo menos de Julio.

Antes de cerrar la puerta de mi piso ya estaba quitándome las sandalias de tacón. Solté un gran suspiro al caminar descalza y de esa manera fui directamente al pasillo.

Lo recorrí hasta mi habitación, donde dejé caer al suelo las sandalias. Me quité la ropa, dejándola de cualquier manera en un sillón que tenía cerca de la ventana, y después de entrar un momento al baño y de bajar la persiana para que la luz no me despertara, fui directamente a la cama.

Hasta reboté al lanzarme.

Me olvidé de la ducha. Mi cuerpo no estaba para nada más, ya que me notaba en las últimas. La ducha me sentaría bien cuando me despertara y me vendría genial para espabilarme.

Capítulo 15



—Buenos días —saludé a uno de mis pacientes.

Entré en el box animada, como siempre me mostraba ante ellos.

—Buenos días —susurró el hombre.

—Quiero que cambies esa cara, Ernesto —le pedí—. Estás aquí de paso y quiero quedarme con el recuerdo de tu sonrisa.

Poco a poco apareció en sus labios.

—Así me gusta —le dije con un guiño.

Me paré al lado de la cama.

—Con lo atractivo que eres y…

—Tú eres única animando. A mi edad vas a decirme eso…

—Qué edad ni qué edad.

Puse los ojos en blanco.

—Y muy simpática. La más simpática de aquí —continuó.

Le acomodé la cabeza en la almohada, mientras esta la colocaba mejor.

—No has estado con muchas más enfermeras —le dije con diversión.

Lo agarré de la muñeca para controlar sus pulsaciones, mientras lo entretenía.

—Claro que sí, la enfermera de la noche. No se lo digas, pero si aprendiera a sonreír de vez en cuando, lo mismo se le quitaba la cara de amargada con la que se pasea por aquí.

Apreté los labios, para no reír.

—¿Te cuento un secreto? —le pregunté, inclinándome hacia él—. Yo pienso igual —le dije después de que asintiera a mi pregunta.

Su sonrisa se hizo más grande y yo le hice un guiño.

—Ahora vuelvo.

Salí del box, pero no fui muy lejos. Había dejado el carrito con todo lo que necesitaba para atender a Ernesto a un lado de la entrada del box.

Siempre que podía hacerlo, tanto por tiempo como por no haber ninguna urgencia, la primera vez del día que veía a los pacientes, me gustaba entrar con las manos vacías para ser más cercana con ellos.

Buscaba que se relajaran y se abrieran a mí, porque entrar con un carro lleno de medicación, jeringas y más cosas, no era muy agradable de ver recién despertado.

Después de comprobar que tenía todo lo necesario en el carro, tiré de él para entrar en el box.

Yo era enfermera de la unidad de cuidados intensivos y Ernesto era uno de los pacientes que mejor se encontraba. Como había comentado, solo estaba de paso y pronto lo subirían a una habitación.

Cogí la jeringa con la medicación y la pinché en la vía, para introducirle el medicamento extra despacio. Cuando terminé, le repuse las bolsas que colgaban del portasueros y continué haciéndole las curas, mientras revisaba que todo estuviera bien.

—Dentro de poco estarás corriendo, Ernesto.

—Ay, hija, si tuviera veinte años menos…

Sonreí.

—Pues lo dejamos en caminar, en los paseos que estoy segura de que te gusta dar.

Recogí lo último que había utilizado y lo coloqué en el carro.

—Eso sí —sonrió—. Pero lo veo tan lejano —susurró.

—No creas que tanto porque vas a portarte muy bien y la recuperación te irá genial.

—Sí.

Recuperó la sonrisa y le hice un guiño.

—Ahora voy a tomarme un café. Tengo un descanso. Cuando regrese paso a verte de nuevo.

—Gracias, Gloria.

—No me las des.

Le agarré la mano en la que no tenía la vía y le di un ligero apretón.

Salí del box con un nudo en la garganta, dejando a Ernesto solo. Me dolía pensar en eso porque, desde que ingresó en el hospital grave y entró en urgencias, nadie sabía nada de su familia.

Sabía que varias compañeras habían intentado ponerse en contacto con su hijo, el único que tenía, pero ningún intento sirvió para que tuvieran respuesta. Lo que se resumía en que Ernesto llevaba solo aquí desde que llegó mal. Sin visitas y con el miedo y la tristeza que debía haber pasado…

Me tragué el nudo de emociones, mientras desechaba lo que no valía del carro y dejaba repuesto lo que faltaba, para tenerlo preparado para cuando volviera de mi descanso. Cada enfermera de la UCI tenía su carro de trabajo.

—¿Ya te vas? —me preguntó María.

Era mi compañera y trabajaba en la pequeña recepción y control de acceso a la UCI.

—Sí —le confirmé.

—¿Estás bien?

—Claro —le sonreí.

Me dio mi caja, dentro de la que tenía un monedero pequeño y el móvil. Cogí ambas cosas y le devolví la caja. Aunque muchas veces no pagaba a diario en el bar del hospital, algunas semanas acumulaba todo lo que gastaba para pagarlo al final de la semana. Según me diera y me apeteciera.

—Hasta ahora —me despedí de María.

—Hasta ahora, preciosa.

Me alejé de mi zona de trabajo enviándole un mensaje a Tania. Mi amiga también trabajaba de enfermera de UCI, pero especializada en la neonatal. Estábamos en zonas diferentes del hospital.

Gloria: *Acabo de salir. Te espero en el bar.*

Todas las mañanas que podíamos cuadrábamos las pausas, para coincidir. Al igual que hacíamos con nuestros turnos y descansos.

Me guardé el móvil, sin esperar respuesta por el momento. Seguro que Tania se retrasaría unos minutos más en salir, por lo que sería el tiempo que tardaría en ver mi mensaje.

Me dirigí hacia el bar, hacia el que tuve que atravesar toda la planta baja del hospital y, cuando llegué, fui hacia la zona en la que siempre nos sentábamos, para ocupar una mesa.

—Hola, preciosa.

Levanté la mirada sonriéndole a Mauro, uno de los camareros.

—Hola, guapo.

—¿Qué va a querer tomar mi chica preferida? ¿Lo de siempre?

—Hoy un café con leche.

—¿Solo vas a desayunar eso?

—Por ahora sí. No tengo hambre.

—De acuerdo.

Negó con la cabeza.

—Enseguida te lo traigo.

—Gracias.

—¿Tania viene de camino?

—Todavía no lo sé, pero no te preocupes. Que pida cuando llegue, no vaya a ser que hoy se retrase más.

—Vale. Ahora vuelvo.

—¡Gloria!

Me sorprendí al escuchar a Clara y, cuando la busqué con la mirada y la encontré, más me sorprendí al verle una mano.

—Joder… Iba a preguntarte qué haces aquí —dije sorprendida—. ¿Qué te ha pasado?

Terminó de acercarse a mi mesa y nos dimos un abrazo, con un beso en la mejilla.

—Soy una torpe. —Bufó—. Eso es lo que me ha pasado. Odio la puñetera cocina, te lo juro.

—Me quedó claro cuando quisiste hacer la cena una noche en la que te quedaste en mi piso —le dije con diversión—. ¿Es preocupante?

Con un gesto de la cabeza le señalé la mano que llevaba vendada, mientras se sentaba frente a mí.

—Me he hecho un buen corte —me dijo con una mueca—. Me han dado puntos y me han dicho que debo estar así hasta que vuelva para la revisión.

Levantó la mano vendada.

—¿En una semana?

—Sí. —Bufó—. Con el trabajo que tenemos en el salón de uñas…

Hizo un puchero y sonreí.

—Pues lo siento mucho, pero en este caso tu prioridad eres tú. Tienes a Carmen, a Luisa y a Tamara.

—Si entre las cuatro no damos abasto…

—Es lo que hay, Clara. Tú no querías cortarte. ¿Cómo estás?

—Todavía un poco mareada —rio—. Es que no llevo muy bien ver sangre y hacerme algo, mucho menos.

—Ya… ¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana a primera hora, mientras me preparaba la comida para llevármela al salón.

Se encogió de hombros.

—¿Y has venido sola?

—Sí, no quería molestar a mi vecina. Me hubiera acompañado encantada, pero no he querido.

—Joder, Clara…

Negué con la cabeza.

—No pasa nada. Me he cubierto bien la mano, con varias toallas, y he venido en taxi. No he tenido que esperar mucho en urgencias.

Asentí.

—Iba a escribirte un mensaje cuando estuviera sentada a una mesa. Acabo de entrar en el bar y no sabía a qué hora haces los descansos, ni los de Tania tampoco.

—Pues has tenido suerte —sonreí—. Estoy recién llegada y Tania aparecerá en cualquier momento.

—Sí. Guay —imitó mi sonrisa—. Es que, como estoy mareada, he preferido tomármelo con calma y venir aquí. Necesito tomarme algo porque creo que me ha bajado la tensión con todo lo que he visto —suspiró.

Precisamente en ese momento Mauro, el camarero, volvió con mi café con leche y lo miré divertido, porque había añadido tres cruasanes pequeños. Dos con chocolate y otro normal.

Mi amiga le pidió otro café con leche.

—No tengo ninguna prisa por ir al trabajo —continuó Clara—. Total, en el salón poco más puedo hacer que compañía a las chicas. Ya les he dicho que he salido de urgencias y que todo está bien, dentro de lo normal que me he hecho.

—¿Dónde ha sido el corte?

—Empieza en el lateral externo de la mano y entra hacia la palma.

—Joder —dije con una mueca.

—Mi hermano va a matarme —rio—. Me tiene prohibidos ciertos cuchillos.

Bufó.

—Yo te prohibiría cualquier cosa afilada —sonreí.

—Oye, que en el salón trabajo con algunas y las domino a la perfección.

—No puedes compararlo. No es lo mismo —reí—. Y digamos que para ti las únicas excepciones que hay son las relacionadas con tu trabajo. En todo lo demás hay que temerte.

—Serás…

Soltamos una carcajada.

—¡Clara! ¿Qué te ha pasado? —preguntó preocupada Tania.

Capítulo 16



Clara y yo levantamos la cabeza hacia Tania, la que miraba sorprendida a Clara.

—Hola, preciosa —la saludó Clara.

Se levantó de la silla y se abrazaron.

—No te asustes. Es más aparatoso de lo que parece —le dijo sonriendo, Clara.

Tania me miró a mí.

—Ya… —carraspeó al final—. ¿Qué te has hecho?

—Un cortecito de nada con un cuchillo de cocina —le contestó poniendo los ojos en blanco—. Me fastidia mucho por el salón. Voy a estar varias semanas sin poder trabajar.

—Si ahora te fastidia, prepárate para dentro de un rato —le dije.

Mauro volvió con el café de Clara.

—Hola, preciosa —saludó a Tania.

Ella le sonrió de oreja a oreja.

—¿Un café con leche?

—Sí.

—¿Algo más?

—Por ahora está bien.

—Esto no puede ser. —Negó con la cabeza—. Debéis alimentaros mejor. Anda que me tenéis contento.

Reímos.

—Tranquilo, que en el siguiente descanso te dejaré sin comida en el expositor —le advirtió Tania, en broma.

—Eso me gustará verlo —rio él—. Enseguida te lo traigo.

Le hizo un guiño y se fue a por el último café con leche.

—¿Quieres el mío? —le preguntó Clara.

—No. Tranquila, tengo tiempo. Además, Pablo se da mucha prisa para atender al personal sanitario. Nunca sabemos si tendremos que irnos corriendo por alguna emergencia —le sonrió Tania.

—Ah, vale. ¿Cómo os está yendo la mañana?

—Normal y calmada —le contesté.

—Yo he estado muy entretenida, pero a partir de que vuelva, todo estará más tranquilo.

—¿Problemas? —le pregunté.

—Unos cuantos, pero ninguno que tengamos que lamentar —suspiró.

—Me alegro.

Nos sonreímos.

Mauro regresó con el café de Tania e impedimos que Clara pagara. Le pedimos a nuestro camarero preferido que huyera e ignorara a nuestra amiga. Él lo hizo encantado, entre risas.

—No sé cómo lo hacéis —dijo Clara.

Tania y yo la miramos.

—¿El qué? —quiso saber Tania.

—Estar tan enteras y controlando los nervios. Yo no podría. Las emociones me superarían cada día. De verdad, os admiro por todo lo que veis a diario y, aun así, seguís luchando.

—La recompensa vale más que el dolor —comenté.

—Lo que no quita que sea muy duro a veces —añadió Tania y asentí.

—Por eso mismo.

—Vamos a dejar el tema de los trabajos porque tú no puedes hacer el tuyo durante un tiempo y el nuestro tiene altibajos, sí, con unos bajos muy duros, pero es nuestra pasión y la tenemos asumida —dije con un guiño.

—Sí. Mejor —rio Clara—. Yo no quiero pensar en el salón.

Colocó en la mesa el codo del brazo que tenía la mano bien y apoyó la cara en la mano.

—Solo de pensar todos los cambios que voy a tener que hacer con las citas… —Bufó—. Luisa, que ha sido con la última que he hablado, me ha dicho que no me preocupara por las horas extras que iban a tener que hacer ella, Tamara y Carmen.

—Van a ayudarte en todo, Clara. Y tú actuarás con ellas en consecuencia —le dije.

—Claro —sonrió—. Pero es que son muchas citas y, por mucho que queramos atenderlas a todas, perderemos a bastantes porque no querrán esperar.

—Eso es problema de ellas —intervino Tania, después de beber un sorbo de su café.

Yo la imité.

—Que anulen una cita no significa que ya no vayan a volver —comenté.

—Me da miedo, por lo nuevo que es el negocio —suspiró.

—Todo irá bien —la animó Tania.

La agarró de la mano sana y se sonrieron.

—Se acabaron las tragedias —dijo Clara—. A ver, contadme cómo os fue el reencuentro con vuestros excompañeros, la cena y la fiesta del viernes por la noche.

Clara no sabía absolutamente nada de lo que nos pasó en la salida maravillosa que hicimos el viernes por la noche. El sábado, Tania y yo nos lo pasamos durmiendo y descansando, después de llegar a nuestros pisos de la comisaría y de desayunar.

Por la noche nos escribimos unos pocos mensajes para asegurarnos de que continuábamos bien, pero no tuvimos fuerzas para hablar más.

El domingo quedamos a las diez y media a desayunar. Se lo dijimos a Clara para estar las tres juntas, pero no pudo ser.

Hubiera sido un buen momento para contarle en lo que se convirtió nuestra aventurilla de la noche del viernes, pero como el sábado no tenía planes para el domingo porque Tania y yo estuvimos desaparecidas, y no quiso molestarnos, el domingo lo pasó con su hermano.

Se fueron a ver una zona muy visitada que se encontraba a unos cien kilómetros y pasaron el día juntos. Era muy bonita. Tania y yo habíamos ido varias veces y merecía la pena.

—Qué buena elección de palabras —dije.

Tania y yo nos miramos y soltamos una carcajada, mientras que Clara nos miraba sin comprender a qué había venido mi comentario.

—¿Qué? —preguntó.

—Has mencionado de una vez, muy junto, la palabra tragedia y nuestra maravillosa salida del viernes —le aclaré.

Por supuesto, continuó sin enterarse.

—Tenemos mucho que contarte y poco tiempo —le dijo Tania.

—Si empezamos ahora no llegaremos ni a la mitad. Te lo aseguro.

Me encogí de hombros.

—Joder, pero… —Pasó la mirada de una a otra—. ¿Fue bien o mal?

—Yo creo que podemos decir que, en la primera parte de la noche, hasta la cena, estuvo muy bien y casi rozamos el ochenta por ciento sobre cien —le contestó Tania.

Reí.

—Y para el resto de la noche, hablando de lo mal que nos fue, yo le pondría un doscientos por ciento sobre cien.

Clara agrandó los ojos y abrió la boca, sorprendida. Tania y yo volvimos a reírnos, con ganas.

—Hubo partes muy memorables, Clara —le dijo Tania—. Fliparás cuando las sepas. —Soltó una risilla.

—Menos mal que no te llamamos. Pensamos en hacerlo —comenté.

Puse los ojos en blanco, antes de coger la taza.

—Madre mía. ¿Tan mal os fue?

—Lo importante es que estamos aquí y bien. Fin —le respondió Tania y ella y yo volvimos a reírnos.

—Vais a dejarme con la intriga mucho tiempo —se quejó y se unió a sus risas.

—¿Te duele? —le pregunté.

Vi en su cara una pequeña mueca de malestar.

—Parece que lo que me han pinchado se está yendo. Está despertándose —susurró, con un suspiro.

—Cuando nos vayamos del bar, acompáñame y te doy una pastilla que te hará efecto muy rápido. Ya verás cómo te dejará descansar durante varias horas —le dije.

—Gracias —me sonrió.

—¿Tienes que pasar por la farmacia? —quiso saber Tania.

—Tengo una a unos metros de donde vivo.

—Ay, es verdad.

—Vamos a terminarnos los cafés para que puedas irte. Ni se te ocurra ir al salón desde aquí. Hoy tienes que descansar. ¿Se te ha quitado el mareo?

—Bastante.

—No sabía que estabas mareada —le dijo Tania.

—No me gusta la sangre —rio Clara, nerviosa.

—Vaya tela. —Agrandó los ojos Tania.

—Quería pasarme por el salón.

—Hazme caso. Hoy es mejor que te quedes en tu piso.

—Joder —suspiró.

—Mi consejo es el mismo, así que…

—Ya, ya… —sonrió.

—Cómete los cruasanes —le dije.

Le di uno para que empezara ya y los otros dos los puse sobre varias servilletas y los envolví.

—Para el camino. —Se los di—. Además, para el medicamento que voy a darte ahora necesitas tener algo en el estómago.

—Vale —susurró.

—¿Al mediodía pedirás la comida a domicilio?

—Es que no sé si iré a mi piso para quedarme o para coger las llaves del de mi hermano. Lo que menos me apetece es llegar y encontrarme con la cocina, el baño y algunas partes más, sobre todo, el suelo, llenos de sangre.

Hizo una mueca de asco.

—Mierda. No había caído en eso —comenté, pensativa—. Olvídate de ir a tu piso para quedarte. Llega, coge la llave de tu hermano y te vas para su piso. Que el taxi te espere en la calle.

—Sí —sonrió Clara.

—¿Mariana sigue teniendo copia de las llaves de tu piso? —le pregunté.

—Claro.

Mariana era su vecina. Se llevaba muy bien con la mujer. Era un encanto.

—Pues avísala de que sobre las cuatro y media iremos Tania y yo, para que nos deje las llaves. Te limpiaremos el piso, te lo dejaremos brillante y sin rastro de nada, y así podrás ir a dormir, o cuando te apetezca.

—No hace falta. Mi hermano…

—Ya está decidido —la interrumpió Tania.

—Muchas gracias, chicas —nos dijo emocionada Clara.

—De gracias nada, queremos un mes completo de uñas gratis —exigí, con diversión.

Soltamos una carcajada.

Nos terminamos los cafés y, cuando salimos del bar, Clara y yo nos despedimos de Tania. Ella se fue hacia su zona de trabajo y yo llevé a Clara a la mía.

Recorrimos la planta inferior.

—¿Aquí trabajas? —me preguntó con curiosidad Clara, intentando ver.

No iba a conseguirlo, la UCI estaba muy protegida. Como debía ser.

—Sí. O más bien, aquí es donde me tienen secuestrada durante muchas horas —comenté con humor, cuando me escuchaba mi compañera María de la recepción y el control de acceso.

Rio, sin alzar mucho el volumen.

—Lo mismo digo —dijo María y le hice un guiño.

—María, ella es Clara. Una buena amiga —las presenté.

—Encantada.

—Igualmente —le correspondió Clara.

—Está recién salida de urgencias y comienza a dolerle. Voy a por una medicación, cuídamela mientras tanto —le pedí a mi compañera.

—Hecho —me dijo con un guiño—. Lamento lo que te ha pasado —se dirigió a Clara.

—Gracias. Ha sido por una tontería en la cocina, por no fijarme bien, y mira cómo ha terminado. —Bufó.

—Suele suceder. Sobre todo, cuando una está más confiada y haciendo las cosas de diario.

Las dejé hablando y me alejé para ir a por la medicación. Tenía claro lo que iba a darle a Clara, por lo que no tardé en regresar junto a ellas.

—Déjame ver qué te ha recetado el médico —le pedí.

Era más rápido que comprobar su historial en el ordenador.

Mi amiga sacó del bolso los papeles que le habían dado y, después de echarles un vistazo rápido, me fui de nuevo a por más medicación.

—¿No tendrás problemas por dármela? —me preguntó preocupada Clara.

Llegué con varias cajas.

—Tranquila. Nunca malgasto, así que…

—No pasará nada —la tranquilizó María—. Gloria no hace esto nunca.

—Voy a darte dos tabletas de cada caja de pastillas —le expliqué.

Las saqué, dejando en total seis tabletas sobre el mostrador del punto de acceso de la UCI.

María me dio un rotulador permanente y escribí detrás de cada tableta, en las partes lisas que se rompían, la rutina de cómo debía tomárselas para que supiera cuáles eran, al no llevarse las cajas.

Lo ponía en el informe que le habían dado en urgencias, pero de todas maneras lo hice. Visualmente, era más rápido de esta manera.

—Ya está —le dije.

Le metí en el bolso las tabletas de pastillas y los papeles de urgencias.

—Tienes para cinco días con lo que te he dado. Así puedes ir sin prisa a la farmacia y cuando te encuentras bien.

—Gracias, Gloria.

Me abrazó y la apreté con fuerza.

—No tienes que dármelas —le susurré al oído.

Le di un beso en la mejilla antes de apartarme. Nos sonreímos.

—Tómate esta pastilla ahora —le dije.

La saqué de una de las tabletas que me quedaba yo. Era para el dolor y la inflamación y se la puse en la mano. María le llenó un vaso de agua de la máquina que teníamos a unos metros de distancia.

Clara se la tomó delante de nosotras y después se despidió.

Quedamos en que hablaría con su vecina para cuando Tania y yo fuéramos a limpiarle el piso y en que la llamaría más tarde, para saber cómo se encontraba.

Capítulo 17



Estaba saliendo de la cocina, cuando escuché la melodía del móvil.

Salí corriendo hacia mi habitación, pero cuando llegué solo me dio tiempo a ver que era una llamada de mi madre. Esta se colgó, por lo que se la devolví sentándome en el borde de la cama.

—Mamá, no he llegado a tiempo. Estaba en la cocina y tenía el teléfono en la habitación.

—Tranquila, cariño. Te llamo para saber cómo te está yendo el viernes de descanso. Ayer jueves sabía que no, pero hoy viernes pensaba que pasarías a vernos.

Desde que Clara se cortó la mano y Tania y yo estuvimos con ella en el bar del hospital, después de que la atendieran en urgencias, había pasado una semana completa de trabajo, más los tres primeros días del comienzo de esta semana.

Mis días habían sido más intensos de lo normal, ya que durante varios tuve que doblar turno. Arrastraba mucho cansancio.

Con el jueves de fiesta y lo que llevaba del viernes, todavía no me había dado tiempo a recuperarme. Notaba el cuerpo pesado, como si me fuera a cámara lenta y no pudiera hacer otra cosa.

—Lo siento, mamá. Lo he pensado, pero al final no me ha apetecido moverme.

—No pasa nada, cariño. Es solo que me ha extrañado.

—¿Qué te parece si voy mañana a comer?

—Oh, genial. O a cenar. Lo que más te apetezca para que descanses lo máximo posible durante el día. Porque imagino que esta noche saldrás un ratito con Tania y Clara, ¿no?

Mi madre conocía a Clara. Cuando le hablé de ella, de la amistad que habíamos iniciado Tania y yo con Clara, mi madre se presentó encantada en su salón de uñas y salió de allí con una invitación aceptada por Clara. Le pidió que fuera con Tania y conmigo a comer a su casa. Se llevaban muy bien, al igual que sucedía con mi padre.

—Sí —le confirmé—. Necesito despejarme un poco. Desde que llegué el miércoles del hospital no he salido de casa, aunque he hablado con las chicas.

—Claro que sí, cariño. Disfruta, que lo tienes más que merecido y necesitas tener vida más allá del trabajo, hija. ¿Cómo tiene la mano Clara?

—Esta noche vamos a estar en plan tranquilo. Vamos a cenar al japonés de la plaza y después a tomarnos unas copas en alguna terraza en la que podamos sentarnos tranquilamente. No quiero recogerme muy tarde.

—Suena muy bien —dijo.

Sonreí.

—Te noto sin fuerzas, hija.

—No es nada. Solo estoy adormecida, por eso necesito salir del piso —reí.

En cuanto me tranquilicé, cambié de tema para desviar la conversación. Mi madre se preocupaba por todo y en exceso. No se acostumbraba a mis horarios ni a verme cansada, según el ritmo de trabajo.

—Clara está terminando de recuperarse —le contesté a su última pregunta—. Le han quitado algunos puntos, pero todavía le quedan porque los tenía muy frescos. Así que necesita más tiempo. Para la mitad de la semana que viene estoy segura de que los tendrá todos fuera y recuperará la movilidad bien. Aunque tendrá que ir con cuidado con la zona más delicada.

—Menudo corte se hizo —suspiró.

—Sí. ¿Ves por qué te digo que la cocina es como el infierno?

Reímos.

—¿Eso es una indirecta para que te prepare varias fiambreras con comida?

—No me digas eso que me pongo a llorar solo de imaginármelo.

Volvimos a reírnos.

—No te preocupes, mamá. Con traerme lo que sobre mañana de comida, si haces de más, tengo más que suficiente. Por suerte, existen las ensaladas frías. Son mi salvación —le dije con diversión—. Prefiero ir a comer. Para cenar prefiero estar en casa y estoy pensando en decirles a las chicas que vengan a cenar a mi piso y que se queden a dormir.

—Podrás llevarte varios recipientes. —Me aseguró y sonreí—. Pues perfecto, te esperamos para comer. Ese plan para mañana por la noche también está genial, así os lo pasáis bien, pero no os cansáis.

—Sí. Esa es la intención. Voy a dejarte, mamá. Quiero ducharme y arreglarme tranquila.

—Vale, cariño. Diviértete esta noche. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Le lancé un beso y la hice reír.

Cuando colgué, dejé el móvil en la mesita de noche, de nuevo, ya que todavía no estaba cargado.

Me levanté de la cama para ir al armario. De él saqué una minifalda vaquera y una camiseta con escote de pico que se agarraba al cuello.

Coloqué la ropa en la cama, con la braga y el sujetador, y también las sandalias planas que iba a ponerme.

Como le había dicho a mi madre, esta noche quería que fuera tranquila y qué mejor que ir comodísima.

Me quité la ropa que llevaba y fui al baño, donde me di una ducha rápida, lavándome el pelo también.

Iba bien de tiempo, hasta que mis amigas picaran al timbre para avisarme de que habían llegado. Tanto Tania como Clara debían venir hasta aquí porque la plaza donde estaba situado el restaurante japonés se encontraba muy cerca de mi dirección.

Al salir de la ducha, me envolví el pelo con una toalla y me sequé el cuerpo, antes de ir a la habitación.

Me puse la ropa interior y fui hasta la mesita de noche para comprobar el móvil. No tenía nada nuevo y, como la batería estaba cargada, lo desenchufé y lo dejé en la cama, cerca de la ropa que iba a ponerme.

Volví al baño para cepillarme el pelo, una vez me quité bien el exceso de agua. Después me di una pasada rápida con el secador y di el trabajo por finalizado.

Volví junto a la cama y continué vistiéndome, con la minifalda vaquera y la camiseta. Lo último fue calzarme las sandalias y ponerme frente al espejo de cuerpo entero.

Sonreí al verme, porque me gustó la imagen que me devolvía.

Cogí del armario un bolso pequeño y en él metí el monedero con todo lo necesario y un paquete de pañuelos. Lo dejé en la cama, con el móvil encima, y finalicé la preparación maquillándome un poco y perfumándome.

Salí de la habitación con el bolso colgado al hombro y escribiéndoles un mensaje a las chicas. Teníamos un grupo para estar comunicadas.

Gloria: *Hola, preciosas. ¿Cómo lo lleváis? Yo acabo de terminar.*

No pasó ni un minuto y apareció la primera, justo cuando entré en la cocina y fui directa al armario donde estaban los vasos.

Tania: *Hola, cariño. Yo voy de camino. Calculo que llegaré en menos de cinco minutos.*

Me llené el vaso de agua y me lo bebí en varios sorbos.

Gloria: *Perfecto. Pues bajo ya, que me apetece que me dé el aire.*

Tania: *Mueve ese culito, preciosa, que como llegue a tu portal y tú no estés, invitas a la primera ronda. Ja, ja, ja…*

Salí del piso, sonriendo, y me guardé un momento el móvil en el bolsillo de la minifalda, para poder cerrar bien con llave la puerta.

Caminando hacia el ascensor, volví a la conversación.

Gloria: *Te advierto que esta noche no voy a beber mucho. Ni tú tampoco, que te veo venir. Necesito tomármelo con calma. Todavía estoy muy cansada, por lo que volveré al piso muy tarde.*

Tania: *Si te encuentras muy cansada podemos quedarnos en tu piso y pedir la cena.*

Sonreí, mientras bajaba a la planta principal.

Gloria: *Tranquila. Me apetece salir, pero en plan tranquilo.*

Tania: *¡Vale! Joder. ¡Lo sabía! Ja, ja, ja… Acabas de salir a la calle, te estoy viendo. ¿A que has corrido para llegar la primera? Ja, ja, ja…*

Gloria: *Pues no, listilla. Ja, ja, ja… He empezado la conversación diciendo que ya estaba preparada.*

Clara: *Chicasss… ¡Perdonad! Joder, voy con un poco de retraso. Ay, qué agobio.*

Tania llegó frente a mí y nos dimos un abrazo y un beso en la mejilla. Después le respondimos a Clara.

Tania: *¡Eh! No te agobies. No tenemos ninguna prisa.*

Gloria: *Exacto. No corras y cuidado con la mano que, si te das un mal golpe, los puntos que te quedan todavía los tienes blandos y doloridos. Ya estoy con Tania. Ven sin prisa, pero directamente al restaurante. Te esperamos en una mesa de la terraza.*

Clara: *Vale, chicas. Gracias.* Hasta *ahora.*

Gloria: *Nos vemos en nada.*

Tania: *Hasta ahora, a ti y a tu manita.*

Nos guardamos los móviles y comenzamos a caminar por la acera, yendo hacia la plaza donde estaba el restaurante.

—A ver si la próxima vez que la vean en el hospital la liberan de todos los puntos —comentó Tania—. ¿Cómo se los viste el otro día?

—Demasiados frescos y dos de ellos no me gustaron nada. Por eso le di antibiótico —le contesté.

—Joder, pobre. Se le va a hacer muy largo.

—Esas cosas pasan.

Me encogí de hombros.

—Ahora lo importante es que no se le infecte la herida.

El martes, un día antes de que yo terminara de trabajar esta semana, y un día después de que le quitaran parte de los puntos, le pedí a Clara que volviera al hospital para que yo viera los puntos y cómo los tenía.

—¿Los tiene bastante tiempo al aire? —me preguntó Tania.

—Sí. Solo se protege la herida cuando sale a la calle y, sobre todo, cuando va al salón.

Solo conseguimos que Clara estuviera apartada del salón de uñas unos pocos días completos. El primero, porque fue el accidente que tuvo, y los siguientes, porque tuvo dolores fuertes y no estuvo para moverse mucho.

Lógicamente, no trabajaba, pero daba apoyo a Tamara, Carmen y Luisa en todo lo que podía y atendía a las clientas que llegaban y a las llamadas.

Como bien anticipó, perdió varias citas de clientas, pero igualmente, las chicas no habían parado de trabajar y la agenda siempre se mantenía llena en las dos o tres semanas siguientes al día que nos encontrábamos. Era un no parar.

Capítulo 18



Cogí la copa y me la acerqué a los labios, para beber un sorbo de vino.

Estaba sola en la terraza. Tania había entrado al restaurante para ir al baño y a Clara le faltaba muy poco para llegar, según el mensaje que había escrito en el grupo.

En el momento en el que lo envió, el taxi pasaba por delante del edificio en el que yo vivía, por lo que la dejaría a una calle de la plaza, ya que esta se encontraba en una zona peatonal.

La noche estaba tranquila. La terraza del restaurante estaba al completo, por lo a gusto que se estaba al aire libre. En la plaza, delante de mí, había varios grupos de amigos que hablaban y reían entre ellos.

Bebí otro sorbo de vino. Estaba muy rico y entraba solo.

—Gloria. —Sonreí al escuchar a Clara y giré la cabeza hacia ella.

—Hola —la saludé.

Dejé la copa en la mesa y me levanté, para darnos un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Y Tania? —me preguntó mientras nos sentábamos.

—En el baño.

—Siento el retraso —suspiró.

—Deja de disculparte —le pedí, divertida—. ¿Cómo tienes la mano?

—Hoy me ha dolido un poco.

—¿Ha sido una molestia después de utilizar la mano o has sentido dolor sin hacer nada?

Cogí de la cubitera la botella de vino y le eché en su copa.

—¡Hola! —saludó animada Tania.

Clara se levantó para abrazarla y darle un beso en la mejilla, como hice yo segundos antes.

Cuando estuvimos las tres sentadas y con las copas en las manos, Clara me contestó.

—Me ha dolido de buenas a primeras, sin hacer nada. Pero debo decir que una hora antes, o así, he utilizado un poco la mano. Joder, es que es la derecha y no se me dan nada bien ciertas cosas con la izquierda.

Bufó.

—Entonces no es para preocuparse, pero sí tendría que revisarte los puntos y la herida. ¿Te estás tomando el antibiótico?

—Claro. Cada toma, sin faltar.

—Vale. —Asentí.

—Tengo ganas de que se acabe todo —suspiró.

—Cuanto mejor te portes, más pronto pasará —le recordó Tania.

—Me porto bien, pero es inevitable que mueva un poco la mano —dijo Clara, haciendo una mueca.

—¡Oh, joder! —exclamó Tania.

—¿Qué? —le preguntamos Clara y yo, al unísono.

—¿Cómo que qué? ¡No puedes beber alcohol con la medicación!

—Madre mía, qué susto me has dado —dijo riendo Clara, con la mano buena en el pecho—. Ya sé que no puedo beberlo y Gloria también, por eso solo me ha puesto un dedo de vino para que me moje los labios. La cantidad no da para mucho.

—Buenas noches —nos saludó la camarera y nos quedamos calladas

Se llamaba Katia.

—¿Ya sabéis lo que vais a pedir? —nos preguntó, sonriente.

Nos gustaba mucho este restaurante japonés. Veníamos bastante a menudo, siempre que podíamos, de ahí que conociéramos a casi todo el personal que trabajaba aquí. Los únicos que se libraban eran los que trabajaban en la cocina.

—Sí —le confirmó Tania.

Abrió la carta y fue señalándole todo lo que siempre pedíamos. Le dijo lo que era fijo.

—¿Os apetece algo más, diferente? —quiso saber Tania.

—Por el momento para mí está genial así —comenté.

—Estoy de acuerdo. Si nos quedamos con hambre, ya pediremos más —habló Clara.

—Vaya… ¿Cómo estás? —le preguntó Katia.

—Casi recuperada. Lo mío es ir a los sitios a comer y que me lo pongan todo por delante. Lo de meterme en la cocina no va conmigo —le dijo Clara, levantando su mano vendada.

Ya no llevaba un vendaje aparatoso, como los primeros días.

Reímos.

—Me alegro de que quede poco para que estés bien. —Le hizo un guiño—. Hasta ahora.

Katia nos dejó solas y, como nos quedamos en silencio, hablé yo para que no se me olvidara lo que tenía en mente.

—¿Qué os parece si mañana cenamos tranquilas en mi piso y os quedáis a dormir? —les propuse.

—Me parece una idea genial —comentó Tania.

—Sí. Me gusta. —Asintió Clara—. Y estaremos tranquilas. ¿Cómo llevas el cansancio? —se dirigió a mí.

—No he notado mucho lo que llevo descansado desde ayer, pero bueno, aunque me queda el sábado y el domingo. Aunque mañana iré a comer a la casa de mis padres.

—Se te acumula la faena. Tu abuela lleva días queriendo hablar contigo —me dijo Tania.

—Ya, pero sabe cómo voy.

Me encogí de hombros.

—Mañana la veré, mi madre le dirá lo de la comida y estaremos todos juntos.

Estaba convencida de ello.

—En casa de tus padres no podrás contarle bien lo que os pasó la noche de la cena con los excompañeros del colegio —habló Clara.

—Qué va. Si mi madre se entera, le da algo. Y eso que han pasado dos semanas.

Reímos.

A Clara hacía días que la pusimos al corriente de lo que nos pasó y de cómo nos fue aquella noche. Alucinó bastante cuando oyó lo que le dijimos y nos reímos mucho en la parte de pasar la noche en el calabozo.

Tania y yo habíamos pasado la fase mala, la de la vergüenza. Ya lo veíamos de otra forma, una mucho más divertida e increíble, porque todavía nos costaba creernos que pasáramos la noche en una comisaría, detrás de unas rejas.

—Oye, ¿Julio te ha vuelto a escribir? —me preguntó Tania.

Mi recién encontrado amigo me había escrito varias veces, desde que nos despedimos antes de salir de la comisaría.

Con el fin de semana que tuve de desconexión y después, con los días intensos de trabajo, no había podido estar por él como se merecía.

El último mensaje que le envié fue para decirle que estaba doblando turnos y que lo tenía complicado para mi vida fuera del trabajo.

—No, porque le dije que le escribiría yo o le llamaría cuando estuviera libre, para no marearlo —contesté—. Mañana hablaré con él. Es que no he pensado en nada desde que me fui del hospital el miércoles, aparte de en mí y mi descanso.

Me encogí de hombros.

—Y has hecho muy bien —me sonrió Clara.

—No lo sé, pero era lo que más necesitaba.

—Tus amigos y tu familia no van a irse ni a alejarse. Ni mucho menos se molestarán por tus ausencias —me dijo Tania.

—Tienes razón y eso también va para ti —le recordó Clara—. No tenéis trabajos fáciles y adaptables.

Nos hizo un guiño y le sonreímos.

Katia regresó con la primera tanda de platos de comida y, en cuanto nos los puso en la mesa, se nos abrió el apetito.

Todo tenía una pinta estupenda, como siempre.

—Gracias, guapa —le dijo Tania, antes de que se fuera.

Dejamos apartada la conversación para comer. Los únicos comentarios que fuimos haciendo fueron cuando probábamos bocados diferentes. Durante un buen rato estuvimos centradas en la cena y, cuando terminamos, después de los postres y muy saciadas, Katia nos trajo una botella de licor y tres vasos de chupito para tomarlo.

Clara no pudo beber. Tania y yo nos bebimos uno, para no hacerle el feo a Katia.

—Chicas —las llamé—. Lo siento, pero no me apetece ir a ningún lado ahora. Necesito llegar a mi piso y tumbarme en la cama. Seguro que mañana estaré mucho mejor.

—No tienes que disculparte —me dijo Clara—. A mí también me vendrá bien estirarme para descansar la mano.

—Pues no se hable más. Por esta noche ya está. La de mañana la pasaremos en tu piso —dijo Tania y asentí.

—Vamos a pagar y nos vamos —comentó Clara, levantándose de la silla—. Te cuesta mantener los ojos abiertos —me sonrió.

—Sí —reí sin fuerzas.

Clara no tuvo que ir a buscar a Katia. La camarera se acercó rápido al verla de pie. Le pagamos a medias, como muchas veces hacíamos. De vez en cuando una invitaba a las demás.

Cuando Katia nos trajo la vuelta del dinero que sobró, nos despedimos de ella hasta la próxima vez.

Mis amigas pidieron un taxi en mi dirección, de manera que me acompañaron hasta donde vivía, dando un paseo tranquilo.

—¿Mañana a qué hora? —me preguntó Clara.

—¿A partir de las siete? —les propuse.

—Genial —me contestó ella.

—A esa hora vendremos —me dijo Tania.

Me abrazó con fuerza, mientras me decía que entrara ya al edificio. No quise dejarlas solas en la calle y ellas tampoco quisieron entrar para ver llegar al taxi desde la entrada.

De manera que nos quedamos las tres en la calle a esperar el taxi. Entonces sí, cuando llegó y mientras ellas se montaban, yo me dirigí hacia el portal. Me despedí por última vez esa noche diciéndoles adiós con la mano y entré en el edificio.

Subí sin fuerzas en el ascensor, con los ojos cerrados, y en cuanto cerré con llave la puerta de mi piso, me dirigí a mi habitación sin pararme a mirar hacia ningún lado.

Ni siquiera fui a la cocina, con la sed que tenía.

En la mesita de noche de mi habitación tenía una botella pequeña de agua y, aunque faltaba más de la mitad, con lo que había me valía.

Fue lo primero que hice al rodear la cama, beber. Después me desnudé, me puse el pijama, fui al baño, y me metí en la cama. Por fin.

Los ojos se me cerraron al instante, no me dio tiempo a nada.

Capítulo 19



—Estoy yendo a la casa de mis padres. Hoy toca comida familiar —le dije a Julio.

Era la una del sábado e iba conduciendo. Faltaban pocas calles para llegar a la casa de mis padres y me había parecido un momento perfecto para llamar a Julio y poder hablar tranquilamente con él. Por fin.

Mi recién reencontrado amigo descolgó al segundo tono, feliz porque lo llamara.

—Eso está genial —comentó.

Me lo imaginé sonriendo.

—Sí. El jueves y el viernes no tuve ganas de nada, aunque anoche salí un poco con Tania y Clara.

—Eso también te viene bien y es necesario para que te dé el aire.

—Me sentó genial y dormí mucho mejor. Esta noche las veré otra vez. Vienen a cenar y a dormir a mi casa. ¿Qué te parece si quedamos para desayunar los cuatro el domingo? Así Clara y tú os conocéis.

—Me apunto —me confirmó y sonreí.

—Estupendo.

Llegué a la casa de mis padres y, como no había sitio para estacionar cerca, decidí meter el coche en el garaje de mis padres.

Me paré a pocos metros de distancia de la puerta.

—¿Tienes algún lugar al que te guste ir? —le pregunté.

—Ninguno en especial. Os lo dejo a vuestra elección, que sois mayoría.

Reímos.

—A nosotras nos gusta ir los fines de semana al bar del mirador. Se está genial y es como un cambio de aires. Parece que estamos en otra parte.

—Solo he estado una vez y hace muchísimo tiempo.

—¿En serio? —me sorprendí—. Pues mañana va a cambiar eso —sonreí—. Te van a encantar los desayunos que hacen. Bueno, si vas a cualquier otra hora del día, para comer o cenar, la gente también habla muy bien de la comida que preparan. Yo solo he estado por las mañanas.

—Iremos juntos a comer o a cenar. ¿Qué te parece?

—Me encanta la idea y, si pagas tú, me flipará.

Soltamos una carcajada.

—Es broma —le dije entre risas.

—Ya veremos —carraspeó él.

—Ni se te ocurra. He dicho que es broma. ¡A ver si no voy a poder hacértelas!

—¿Has llegado a la casa de tus padres? —me preguntó para desviar la conversación.

—Serás…

Reímos otra vez.

—Sí. Un momento.

Me bajé del coche y abrí la puerta del garaje, con la llave que siempre llevaba con las mías. Al igual que la de la casa de mis padres, la de la puerta principal.

Cuando tuve el acceso libre, volví al coche.

—Ya estoy —le hablé, al mismo tiempo que aceleraba.

Entré en el garaje y esperé a despedirme de Julio, para parar el motor.

—Pues nos vemos mañana a las diez en el bar del mirador —le dije animada—. Tendremos unas vistas relajantes y muy bonitas.

—Suena genial. A las diez estaré allí.

—Guay. —Hice una pequeña pausa—. Oye, Julio…

—¿Sí?

—¿Con Damián todo bien? Como no hemos podido tener una conversación tranquila…

—Todo como siempre, Gloria. No tienes que preocuparte.

—¿Qué significa, todo como siempre?

—Que mi relación con Damián no ha cambiado. Anda, deja de pensar —rio—. Ya te contaré con calma. Hablé con él, o más bien le eché una buena bronca por cómo se comportó la noche de la cena y a la mañana siguiente, en la comisaría. Terminó dándome la razón y disculpándose, pero como le dije, no es conmigo con quien debe disculparse.

—Pues claro que sí. Al menos por la parte que te toca. —Bufé—. Y a mí no hace falta que se me acerque. No lo necesito en mi vida.

—Colabora un poquito, ¿no?

—Ya veremos —le contesté riendo—. Si lo hago, será por ti. Después será Damián quien tenga que ganarse que lo vea de otra manera.

—No esperaba menos de ti —dijo con diversión.

—Me alegro mucho de que vosotros estéis bien.

—Gracias, preciosa.

—Te dejo, ¿vale? Ya he metido el coche en el garaje.

—Claro. Disfruta con la familia.

—Gracias, guapo. Nos vemos mañana en el mirador.

—Allí estaré. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Corté la llamada y entonces apagué el motor.

Me bajé del coche, fui a cerrar la puerta del garaje y, una vez la dejé asegurada, me dirigí hacia la puerta pequeña lateral que daba acceso a la vivienda.

En cuanto entré, antes de cerrar la puerta, me encontré de frente con mi abuela.

—No me pierdo, ¿eh? —le dije con diversión.

—Nunca se sabe, que la juventud cada vez estáis peor.

Reímos, mientras nos abrazábamos. Antes de separarnos, nos dimos un beso en la mejilla y, sin soltarnos del todo, recorrimos el interior de la casa.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien —le contesté con un guiño.

—¿Los días de trabajo bien?

—Estupendamente.

Le di un beso en la mejilla.

—Ya he descansado, abuela. Y hasta el lunes lo haré más. No te preocupes.

—Vale —me sonrío.

Mi abuela me llevó por el pasillo y comprendí que mis padres estaban en el porche trasero.

—Tienes que contarme cómo fue el reencuentro con tus excompañeros.

—Cuando te cuente lo que pasó ese viernes por la noche, dónde terminamos, con quién, y cómo salimos a la mañana siguiente del sábado, vas a alucinar —le susurré al oído.

—¿No dormiste en tu piso? —me preguntó sorprendida, hablando muy bajo.

—No. Hasta que llegué un poco antes de media mañana y ya no me desperté casi hasta el domingo.

Reí, al ver su cara de asombro.

—Pero, ¿qué hicisteis?

—Cuando estemos solas te lo cuento —le contesté con un guiño.

Mi abuela negó con la cabeza, pero sonriendo.

—Hija —me dijo mi madre, cuando llegamos a la parte de atrás de la casa.

Se levantó de la silla y me recibió con un fuerte abrazo y varios besos que me hicieron reír.

—Hola, papá —lo saludé después que a mi madre.

Cerré los ojos abrazándolo, mientras la protección de sus brazos y su pecho me acunaban.

—Tenía ganas de verte —me dijo, antes de darme un beso en la cabeza.

Nos sonreímos cuando nos separamos.

—Aquí tienes.

Me giré hacia mi abuela y reí con ganas, mientras ella me ofrecía un botellín de cerveza.

—Es mejor que empieces rápido, así cuando te vayas han desaparecido todos los efectos —me dijo con picardía.

Cogí el botellín, aunque no me apetecía mucho en ese momento.

—Voy a poner un picoteo, así nos sentará mejor —comentó mi madre.

—Te ayudo. —Me hizo un guiño mi padre.

Le puso las manos en los hombros a mi madre y la empujó ligeramente, para que entrara en la casa.

Mi abuela y yo ocupamos dos sillas junto a la gran mesa ovalada del porche. Ella se sentó en la misma que había estado hasta que fue a buscarme.

Me encantaba el porche de mis padres. Era amplio y en una buena parte de él daba la sombra todo el día. Delante del porche estaba un jardín mediano, con dos árboles hacia los laterales que protegían del sol.

La hierba estaba muy verde, a pesar del calor que hacía. Y las flores que mi madre tenía en los maceteros que rodeaban el jardín destacaban por la variedad de sus colores.

Era un pequeño espacio de paz y tranquilidad.

Algunos veranos montaban una piscina que era perfecta para refrescarse, pero este año no se habían animado a sacarla.

—Cuéntame más de esa noche —me pidió mi abuela, hablando casi en susurros.

Le hice un buen resumen, aprovechando que mis padres tardarían un poco en regresar.

Cuando mi madre decía de poner picoteo o de preparar la merienda, aparecía con media despensa. Por ese motivo mi padre se había ido con ella, para controlarla, aunque también para dejarme mi espacio con la abuela.

Sabía lo que nos gustaba a ambas estos momentos.

—No me lo puedo creer —dijo mi abuela, muy sorprendida, cuando terminé de contarle todo.

—Ya ves —reí—. Tienes una nieta a la que detuvieron. Pero de buen rollo, ¿eh? —solté una risilla—. Y que pasó la noche en un calabozo. ¿Qué te parece?

—Pues sí que me has dejado alucinada.

Reímos.

—Nos pasó un poco de todo, pero siempre estuvimos bien. El único peligro que me amenazó durante toda la noche fueron los tacones de las sandalias.

Volvimos a reír.

—¿Seguro que en la comisaría fue bien? —me preguntó susurrando.

—Sí —le sonreí.

Miré hacia la hierba, para dejar la vista perdida en ella.

—A pesar de cómo suena y de lo que me pareció en algunos momentos, porque bebida lo veía de manera diferente, a pesar de todo nos trataron correctamente y el pequeño escarmiento nos vino muy bien. No es que me hiciera cambiar de opinión, cuando pude tenerla, pero entendí el comportamiento de los policías.

—Si tú hubieras estado en el lugar de ellos, encontrándote con alguien con tu carácter, y encima con la lengua suelta por el alcohol, los habrías mantenido detenidos mínimo varios días —dijo con seguridad.

Soltamos una carcajada.

—Es posible —confirmé.

Sonriendo, me llevé el botellín de cerveza a los labios.

—Después de todo me llevé una buena amistad, a Julio.

—Me acuerdo de él.

—¿De verdad? —me sorprendió.

—Claro. Erais amigos. No tanto como Tania y tú, porque llegar a vuestro nivel es complicado, pero recuerdo que me mencionabas mucho a Julio e incluso alguna tarde estuvisteis en mi casa merendando.

—Sí —sonreí, al retroceder en el tiempo—. No vamos a perder el contacto más —dije convencida.

—Me alegro, cariño. Y más si encajasteis de nuevo tan bien.

—Volvimos a conectar perfectamente. Estoy muy contenta. Mañana iré con las chicas a desayunar al bar del mirador y he quedado con Julio allí. Tengo ganas de que Clara y él se conozcan y de que comencemos a quedar en grupo. Me encantaría, cuando los horarios del trabajo nos lo permitan a Tania y a mí.

—Ya verás como sí. Lo importante es querer, el resto llega solo —me dijo con un guiño.

Me acerqué a ella para darle un beso en la mejilla y justo en ese momento aparecieron mis padres.

Cargaban con una bandeja cada uno.

Capítulo 20



—En media hora hay que salir —grité, avisando a mis amigas.

Salí al balcón de mi piso, con mi taza. No me quedaba mucho café, pero hasta la última gota era buena para lo poco que había dormido.

Y no había sido porque estuviéramos hasta las tantas de cachondeo. Nos fuimos a dormir pasada la medianoche, cuando terminó la película que pusimos después de cenar.

Pedimos comida mexicana y disfrutamos mucho comiéndola, sentadas sobre cojines en el suelo y frente a la mesa baja de la zona del sofá.

Como siempre que estábamos juntas, sin importar dónde, nos lo pasamos muy bien.

Clara y Tania estaban terminando de arreglarse. Íbamos a ir en mi coche al mirador, para encontrarnos con Julio en el bar de allí.

Cuando les conté a las chicas que desayunaríamos con Julio, les hizo mucha ilusión.

Yo hacía unos minutos que estaba preparada para irme. En cuanto me desperté, me duché y me vestí, para tomarme el primer café del día tranquila. Ya iba por el segundo.

Era domingo y todo estaba bien.

—Yo ya estoy.

Me giré hacia Clara y sonreí.

Salió al balcón y se puso a mi lado. Apoyó los brazos en el pasamanos y miró hacia abajo, a la calle.

Mi vista se fue hacia su mano. Cuando salió de la ducha, le curé la herida y le revisé los puntos. Por el momento parecían estar cicatrizando bien, aunque demasiado lento.

Llevaba puesto un apósito que le hice comprar el día anterior. Era mucho más cómodo y práctico que llevar la venda, aunque el vendaje no fuera tan aparatoso como al principio.

—¿Bien? —le pregunté.

—Sí —me confirmó, sonriendo.

—Me alegro. ¿Llevas mejor no trabajar con las uñas?

El médico se lo había prohibido, hasta que no le quitara todos los puntos. Pero igualmente, Clara abría y cerraba el salón de uñas cada día, porque, aunque no podía utilizar mucho la mano, sí que podía hacer otras cosas, como compañía a sus chicas.

—Le estoy cogiendo el gustillo, no te creas —me contestó.

Soltamos una carcajada.

—A ver si al final, cuando puedas, no vas a querer trabajar —le dije en broma.

—No —rio.

—Estarías en todo tu derecho y si no lo haces es porque no quieres —le dije de verdad, seria—. Solo necesitarías contratar a otra persona para que cubriera tu puesto y tú llevar el salón de otra manera diferente. ¿No te lo has planteado? Podrías permitírtelo sobradamente.

—¿El qué? —preguntó Tania.

Se unió a nosotras en el balcón, también preparada para irse.

—Le estaba comentando si no le gustaría trabajar en el salón atendiendo a las clientas, a las llamadas y todo el papeleo. En definitiva, hacer de jefa y tomárselo todo con más calma. Eso no quitaría que cuando le apeteciera hiciera algunas uñas a las clientas. Porque a mí me las haces tú o no voy a tu salón —dije con diversión.

Reímos.

Era broma. Claro que me encantaba que Clara me hiciera las uñas, pero no iba a hacerles el feo a Tamara, a Carmen o a Luisa. A la que me atendiera de las tres en cada ocasión que fuera, si Clara se dedicaba a otras cosas.

—Podrías ir alternándolo —le comentó Tania—. Yo lo veo muy bien.

—Si hiciera uñas de vez en cuando, podría compaginarlo —dijo pensativa Clara.

Tania y yo nos miramos sonriendo.

—Vamos al mirador, que al final Julio pensará que lo hemos dejado olvidado —habló con humor Tania.

Entramos al salón. Cerré la corredera del balcón, llevé mi taza vacía a la cocina y cogí el bolso de la mesa alta del salón.

Salimos de mi piso y bajamos al aparcamiento del edificio, para ir hasta mi plaza donde nos esperaba mi coche.

Montadas en él, salimos a la calle y nos alejamos por la carretera.

No habíamos hecho planes para cuando nos fuéramos del mirador, pero seguramente, siendo domingo y después de estar muchas horas seguidas juntas, decidiríamos irnos a nuestras viviendas a descansar.

La semana de trabajo volvería a ser muy larga para Tania y para mí, pero al menos, por el momento, mis turnos serían los normales. No tenía previsto doblarlos, a no ser que sucediera algo grave.

A las chicas no les hacía falta regresar a mi piso, ya que llevaban con ellas las mochilas con las que vinieron la tarde anterior. No llevaban mucho dentro de ellas, ya que siempre se dejaban cosas en mi piso. Hacíamos lo mismo en los pisos de cada una, para tener ropa de repuesto.

De manera que si Clara y Tania querían que las llevara a sus direcciones cuando termináramos en el bar del mirador, las dejaría de camino a la mía.

Quince minutos después estábamos en una de las zonas más altas de la ciudad, donde se encontraba el mirador.

Me desvié de la carretera principal, para acceder al camino asfaltado, y lo recorrí despacio, viendo el paisaje tranquilo y relajante que nos rodeaba.

Clara se había acostumbrado a venir a este sitio todos los fines de semana que podíamos. La entendía, era una maravilla. Conoció el lugar cuando Tania y yo la trajimos y desde entonces era uno de sus preferidos.

Estacioné en la zona reservada para los vehículos y cuando salimos del coche nos dirigimos hacia el bar.

—¿Te ha escrito Julio? —me preguntó Tania.

—Eso estaba mirando. No tengo nada de él —le contesté, antes de bloquear la pantalla del móvil—. Hemos llegado unos minutos antes.

—Joder. Eso es rarísimo en nosotras —comentó Clara.

Soltamos una carcajada.

La terraza del bar estaba ubicada en una parte que era un lujo. Estaba dirigida hacia unas vistas preciosas, mientras respirabas el aire de la montaña y tenías hacia los lados arboledas.

El bar se complementaba perfectamente con la naturaleza, sin dañarla y utilizando sus recursos de manera natural.

En cuanto llegamos e hice una pasada rápida visual por las mesas, sonreí al encontrar a Julio un poco apartado, observando las vistas de pie.

—Está allí —les dije a las chicas, señalando en su dirección.

Caminamos entre las mesas, yendo directas hacia él.

—Julio —lo llamé.

Se giró rápido, sonriendo.

—Hola —nos saludó a las tres.

Tania y yo lo abrazamos. Nos dimos un beso en la mejilla y después se lo presenté a Clara.

—Él es Julio. Mi amigo perdido durante años —le dije.

—Perdido, no. Más bien, olvidado. Es muy distinto —comentó con humor.

Nos miramos con ganas de reír.

—Hola, Clara —se dirigió a ella—. Gloria me ha hablado un poco de ti. Poco, porque no le ha dado tiempo a más.

—Hola, Julio. Encantada. A mí también me ha hablado de ti.

—Igualmente. Es un placer —le correspondió él.

Asintió, sin perder la sonrisa.

Se acercaron para darse dos besos en las mejillas.

—Hechas las presentaciones, vamos a ocupar una mesa —comentó animada Tania—. ¿Cómo vas, Julito?

Se agarró del brazo de él y lo llevó hacia una de las mesas.

—Con vosotras genial —le contestó entre risas.

—Eres bueno, ¿eh? Siempre sabes qué decir —rio Tania también.

Ocupamos una buena mesa, por la posición que tenía hacia las vistas, y cuando el camarero vino a atendernos, le pedimos nuestros desayunos.

Yo elegí una tostada con tomate en rodajas, aguacate y huevo frito. Me gustaba ir variando cada vez que venía.

El chico se fue con todo anotado y cuando nos quedamos solos, nos entretuvimos observando las vistas y el paisaje, en silencio.

El camarero no tardó mucho en regresar, con los botellines de agua y los cafés con leche.

—¿En qué trabajas? —le preguntó Clara a Julio, para romper un poco el hielo.

—Buena pregunta. Yo no he caído en hacérsela —comenté.

—No me lo puedo creer… —dijo sorprendida Clara—. Si es la…

—La típica pregunta que se hace al principio de todo, cuando no sabes qué más decir —terminó Julio por Clara, con una sonrisa de medio lado.

Ella se ruborizó un poco.

—Sí —rio Clara.

La sonrisa de Julio se hizo más grande.

—Algo que Julio siempre resalta… —dije, con un carraspeo.

Tuve la atención de los tres y me dirigí a Clara.

—Por si te gusta, te hace tilín, o sientes algo especial cuando lo miras, como Julio dirá en cualquier momento, para que no te pille de sorpresa, él será un calvo muy atractivo. Lo último es cosa mía porque ya lo es y punto.

A Tania le faltó muy poco para escupir el sorbo de café que tenía en la boca. Al final consiguió tragarlo con esfuerzo.

—Joder, ¡esa ha sido muy buena! —dijo entre risas, una vez se recompuso.

A Clara el rubor de la cara se le intensificó, mientras sonreía con vergüenza.

—Si te lo hubiera dicho Julio, habrías terminado peor —le dije a Clara, entre risas.

—Tienes razón —rio conmigo.

—Pues ya está —habló Julio, mirando a los ojos a Clara—. Acaba de revelarte mi mayor secreto. —Le hizo un guiño.

El rubor de Clara subió más y la observé con diversión, bebiendo de mi café con leche.

Estaba a punto de tragar uno de los sorbos, después de dejar la taza en la mesa, cuando me pasó como a Tania. La gran diferencia entre nosotras fue que yo no pude contener el líquido en mi boca y este salió despedido hacia delante.

Por suerte, conseguí apartarme lo suficiente de la mesa para que cayera al suelo. Tania también se separó, para no mancharse.

El motivo impactante para mí fue escuchar una voz a mi espalda. Una voz que reconocí sin problema, a pesar de que la mayor parte del tiempo que la oí estuve muy borracha.

Levanté la mirada despacio y me encontré con la cara sorprendida de Tania. Julio debía estar igual. No me hizo falta volverme hacia él para saberlo.

Giré la cabeza despacio hacia Clara, para encontrarla sonriéndole a quien estaba detrás de mí.

Capítulo 21



Sergio

—Tu hermana y sus amigas saben elegir muy bien —comentó Ingrid, mientras observaba el paisaje por la ventanilla.

—Con lo cerca que lo tenemos y nos olvidamos de venir aquí —dijo Matías, desde los asientos traseros.

Íbamos en mi coche, conmigo conduciendo hacia el mirador donde había un bar.

En él estaría mi hermana. Me lo había contado unas horas antes, al escribirme varios mensajes al poco de despertarse. En ellos me había resumido lo bien que lo había pasado.

Ya lo daba por hecho porque siempre era igual. Hablaba de maravilla de todo lo que me contaba de pasada de sus nuevas amigas.

Y también me contó que iba a ir a desayunar al bar del mirador y, para mi sorpresa, porque hasta ese momento no me había dicho que le gustaría que conociera a sus amigas, me pidió en uno de los mensajes que me encontrara con ellos allí.

Ellos, porque habían quedado con un amigo de sus dos amigas para que mi hermana y él se conocieran, y para desayunar juntos.

Yo, como cada domingo, había quedado con Ingrid y Matías para desayunar. Era nuestra rutina los fines de semana, como también ir al mismo bar. Hoy habíamos variado nuestra rutina porque yo no había querido negarme a conocer a los amigos de mi hermana.

A ella le hacía mucha ilusión y yo por mi hermana hacía lo que fuera por verla feliz.

No sabía ni los nombres de sus amigos. Sinceramente, había tenido suficiente con escucharla hablar de sus dos amigas, de lo bien que la trataban y cuidaban, y de lo que se divertía con ellas.

Y cuando se accidentó la mano y me contó que iban a limpiarle el piso, porque mi hermana no podía ver más sangre… ahí terminaron de ganarme, sin conocerlas.

Me desvié hacia el camino del mirador y dirigí el coche hacia el estacionamiento. No me extrañó ver muchos vehículos a esta hora de la mañana, ya que esta zona era una buenísima elección.

Tanto por el sitio donde estaba como por todo lo que lo rodeaba, y el bar, que era un punto perfecto para perderse en las vistas y la calma que ofrecía el lugar.

Cuando nos bajamos del coche, antes de ir a encontrar a mi hermana, me dirigí con mis amigos hacia una de las barandas de madera que delimitaban el final del mirador.

—Se me había olvidado lo mucho que echo de menos ir de acampada —me dijo Matías, con la vista perdida hacia delante.

Sonreí de medio lado.

—Podríamos planteárnoslo, ¿no? Hace muchísimo que no vamos.

—Por mí, vale, si queréis ir pronto —contestó Ingrid—. Mientras pueda moverme bien con la barriga, contad conmigo. Eso sí, no puede cuadrarme con las visitas al ginecólogo.

—¿Tú qué dices? —me preguntó Matías—. Es el momento perfecto porque después, cuando nazca el bebé, sí que no podremos en una buena temporada.

—No sé… —Los miré de reojo—. No me gusta irme a la naturaleza estando Ingrid como está, la verdad. Se encuentra bien y el embarazo le va genial, pero en su estado puede necesitar ayuda de algún tipo, en cualquier momento.

—Sí. —Negó con la cabeza Matías—. No ha sido una idea brillante —suspiró.

—Oye, ¡que por mí no os quedéis aquí! —nos dijo ella—. Pediros unos días libres e id vosotros, hacedme ese favor.

—Ya veremos, preciosa. Si llevo mucho tiempo sin ir, no me va de un poco más.

Le rodeó los hombros y continuó hablando.

—Es que nos estoy viendo allí, con el pequeño o la pequeña gateando por la hierba, cerca de nosotros, mientras que los tres estamos sentados cómodos en sillas o sentados en la misma hierba, con una cervecita en la mano, charlando, riendo, quedándonos embobados con el bebé y disfrutando de la tranquilidad y la paz que ofrece la naturaleza.

—Cállate —le pidió Ingrid, riendo—. Joder, que me han entrado muchas ganas de ir. —Bufó.

Matías soltó una carcajada y yo sonreí.

—Iremos cuando sea el momento —comenté.

—Sí —suspiró Ingrid.

Se apartó de la baranda de madera, cuando su móvil comenzó a sonar.

—Te dejamos para que hables tranquila —le comenté—. Vamos a la terraza.

—Vale. Ahora voy —nos dijo sonriente, antes de descolgar.

Matías y yo nos alejamos de ella, mientras que Ingrid iba hacia mi coche, para apoyarse en él.

Aparecimos rápido en la terraza del bar y, después de devolverle el saludo a un camarero, nos paramos a unos metros de distancia de la mesa en la que estaba mi hermana.

—Joder —dijo Matías, con sorpresa—. ¿Esos son…?

—Los de la borrachera y la noche en el calabozo, sí —le confirmé serio.

Con el ceño fruncido, observé cómo interactuaban entre todos.

—¿Ellas son las amigas de tu hermana? —preguntó mi amigo y después silbó.

También rio, sin salir del asombro.

—Qué fuerte, tío. ¿Vas a decir algo o se te ha olvidado cómo se habla? —me preguntó, con diversión.

—No me calientes —le pedí y volvió a reír.

Me agarró de un hombro y me dio un apretón.

—A ver cómo salimos de esta, porque en cuanto nos vean… —carraspeó.

Comencé a caminar hacia la mesa, bastante descolocado con la situación que se había presentado de repente. No esperé más para acercarme a la mesa.

Ninguno de los cuatro nos prestó atención a Matías y a mí, cuando nos paramos a la espalda de Gloria. Nos quedamos a unos pasos de distancia.

—Clara —llamé a mi hermana.

Y al hacerlo, provoqué que Gloria, al escuchar mi voz, se atragantara con el sorbo de café que había bebido. Terminó escupiéndolo en el suelo.

Por suerte le dio tiempo a no mojar a nadie de la mesa. Ni ella ni Julio ni Tania tuvieron problema en reconocer mi voz, con una simple palabra.

Era lo que tenía pro

No volví a hablar, mientras me acercaba despacio.

—Joder, ¡qué efecto ha tenido decir el nombre de tu hermana! —me dijo Matías, a mi lado—. Menuda entrada —sonó divertido.

—¿Tu hermana? —preguntó con voz aguda Tania, con un chillido.

—Oh, joder —habló Julio.

Miró sorprendido a Clara.

—Sí —confirmó ella—. Sergio es mi hermano —respondió ella con naturalidad—. ¿Qué pasa? ¿Os conocéis?

Observó con curiosidad a todos los que la acompañaban en la mesa y después a mí. Elevé una ceja, por la sonrisa que mostró. La misma que yo conocía muy bien.

—Le he pedido que viniera porque me hacía ilusión que lo conocierais y presentároslo —dijo Clara—. Pero parece que habéis visto a un fantasma.

Matías soltó una carcajada, antes de rodear la mesa para ir hacia mi hermana. Ella se levantó de la silla y se abrazaron.

—Él es Matías, el mejor amigo de mi hermano y también compañero de trabajo —lo presentó Clara.

—Clara… —Carraspeó Gloria.

—¿Sí? —le preguntó inocentemente ella.

Me crucé de brazos, pensando en qué momento mi hermana se dio cuenta de que sus amigos y yo nos habíamos conocido de una manera nada convencional.

Llegué rápido a la respuesta: en el momento en el que Gloria y Tania le contaron la experiencia que vivieron aquel viernes por la noche. Si ellas le dieron detalles de nosotros y le dijeron nuestros nombres, se lo pusieron muy fácil a Clara para saber quiénes eran los dos policías que las detuvieron. A Julio también, aunque Clara lo había conocido hoy.

Y si a esa información le añadía la de la comisaría donde estuvieron…

Como ya esperaba, mi hermana me miró con picardía. Yo sacudí la cabeza, haciéndola apretar los labios.

—No hace falta que le digas a mi hermana lo que está pasando —le hablé a Gloria.

Se giró hacia mí en la silla.

—Lo sabe muy bien —le aclaré.

—¿Cómo?

Frunció el ceño.

—Oh, joder. ¡Pues claro! —exclamó Tania—. Con todo lo que le contamos de lo que nos pasó y con lo que ella sabía, pues estaba cantado que lo enlazara todo.

Tania terminó de hablar dándole un manotazo a Gloria. Se le fue un poco de las manos y rio nerviosa, por la mirada que le echó Gloria.

—¿Por qué no nos dijiste que uno era tu hermano y el otro un buen amigo? —le preguntó Gloria a Clara.

—Quería daros una sorpresa. A todos —sonrió.

Esa sonrisa hacia Gloria fue de cariño.

—Pues sí que nos has sorprendido —comentó Julio, negando con la cabeza.

—Lo siento —rio Clara—. Jo, es que me parecía bonito aguantar hasta el momento en que os pudiera presentar.

—Qué flipe —rio Tania—. Mira, aquí hay sitio —le dio a Matías.

Movió su silla hacia Gloria, dejándole a Matías un espacio entre ella y mi hermana.

—Hostia —dijo Ingrid.

Se mostró igual de sorprendida que habíamos estado los demás hasta hacía unos segundos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¡Ingrid! Oh, déjame ver esa barriguita —le pidió mi hermana.

Se acercó a ella. Después de que se dieran un abrazo, Clara le puso la mano en la barriga a Ingrid.

—No se nota casi —le dijo mi amiga, divertida.

—Qué ganas tengo de que salga.

—¿La barriga para fuera o el bebé?

—Las dos cosas —le contestó mi hermana, riendo—. Chicos, aunque ya lo sabéis, ella es Ingrid, una buenísima amiga y también policía.

—Ya, ya… —susurró Gloria.

Al final se levantaron todos para completar la presentación oficial, por así decirlo.

Julio nos dio la mano a Matías y a mí, y un beso en la mejilla a Ingrid. Tania y Gloria repartieron besos a mis amigos y a mí.

Cuando fue mi turno con Gloria y se quedó delante de mí, nos quedamos mirándonos fijamente durante demasiado rato. Hasta que ella desvió la vista y se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla.

Lo hizo tan rápido que dudé si sus labios me habían tocado la piel.

Cuando terminamos, nos sentamos todos alrededor de la mesa. No supe cómo narices terminé sentado al lado de Gloria, pero así fue. Notaba la tensión de ella.

—Perdonad el retraso —dijo el camarero que llegó cargado con comida—. Hemos tenido un problemilla en la cocina, pero ya está solucionado.

Dejó sobre la mesa los platos con los desayunos de mi hermana y sus amigos. Eran diferentes y todos tenían muy buena pinta.

Una vez le dijeron al camarero que no se preocupara, Ingrid no perdió el tiempo para pedirle al chico la tostada que se le antojó, de las que vio. Matías y yo pedimos también nuestros desayunos.

Capítulo 22



Gloria

Cada movimiento que hacía lo calculaba antes y medía las consecuencias que podía tener.

Consecuencia como que mi brazo y el de Sergio se rozaran sin querer, o incluso nuestras piernas. Aunque esto último era más difícil.

Me estaba costando tragar cada bocado que le daba a la tostada, pero estaba tan buena que no podía resistirme a la tentación de continuar comiéndomela.

Sergio, Ingrid y Matías también disfrutaban de sus desayunos. Hacía un rato que se los había traído el camarero.

El nudo que se me formaba en la garganta para tragar lo pasaba con un sorbo de agua o de café con leche. Iba por el segundo, ya que, como el camarero tardó tanto en traer los desayunos, me bebí solo el que me sirvió al llegar.

Todavía estaba asimilando la situación inesperada en la que nos encontrábamos. Joder, cada vez que pensaba en lo callada que había estado Clara, con el bombazo que tenía para darnos…

La entendía. Aunque al principio del impacto no comprendí su decisión de callarse, al final había acabado haciéndolo. Comprendía por qué Clara había querido sorprendernos a todos para hacer una presentación especial y en un ambiente tranquilo y relajado, para que saliera todo bien.

Había visto la ilusión en la expresión de ella. De hecho, todavía tenía la misma cara.

Pero a pesar de comprenderla, joder, me hubiese encantado que nos adelantara algo. Por mínimo que fuera, para minimizar el impacto.

A estas alturas ya daba igual. Estaba hecho y ni mucho menos iba a enfadarme con ella por cómo había sucedido este encuentro.

—¿Qué tal, Julio? —le preguntó Ingrid.

—Eso tendría que preguntártelo yo —se refirió a su embarazo—. Créeme, mi vida es muy rutinaria y aburrida la mayor parte del tiempo. Trabajo, piso, descanso, vuelta al trabajo… hasta que quedo con mis amigos, como hoy, y me vengo arriba.

Le hizo un guiño e Ingrid sonrió de medio lado.

—Yo estoy bien —sonrió—. Estoy segura de que no. Si descubro un poco tu vida, no será tan aburrida como dices.

Le devolvió el guiño ella.

—No es por ofender, pero… —carraspeó él—. Siendo tú policía, prefiero que no descubras mucho. Ya si eso te cuento yo lo que quieras saber.

Ingrid soltó una carcajada y Julio la acompañó.

Los demás continuamos muy atentos a ellos, observándolos con mucha curiosidad.

Por un lado, fueron los comentarios de ambos, pero lo que más nos llamó la atención a todos, lo que de verdad destacó en ellos, fue como una especie de energía que desprendían mientras se miraban y hablaban.

Era muy interesante.

—¿Y tu amiguito? ¿Sigue tan simpático y agradable como cuando fue a la comisaría a buscaros? —le preguntó, sin cortarse.

Se refirió a Damián.

Me encantaba Ingrid. Me gustó desde el principio y una vez más me daba motivos para querer levantarme y lanzarme encima de ella, para darle un abrazo.

—Que yo sepa, sigue como lo dejé ayer, al despedirme de él —le contestó Julio, con gracia—. Si quieres, lo llamo y te lo paso, ya que te veo muy preocupada e interesada por Damián. Lo entiendo, ¿eh? Les sucede a muchas mujeres y hombres.

—No tienes ni idea —le dijo ella, con una sonrisa ladeada—. A mí tu amigo ni me va ni me viene. Me interesa menos que nada. Si te he preguntado, ha sido por cómo se comportó, ya que me cayó mal en cuanto abrió la boca. —Elevó las cejas—. Si me preguntas y sientes curiosidad, para mí tú estás muy por encima de tu amiguito.

La mesa se quedó en completo silencio, mientras Ingrid y Julio no apartaban la mirada del otro. La de Julio se volvió más intensa y eso me hizo sonreír.

Miré a Clara, ya que por un momento me pareció notar que al conocer a Julio le gustó mucho. De ahí la broma que le hice diciéndole lo de que él se quedaría calvo. Palabras de Julio.

Pero Clara sonreía de oreja a oreja, mientras agarraba con las dos manos su taza de café con leche. Se notaba el cariño que le tenía a la amiga de su hermano, Ingrid. Con Matías sucedía lo mismo.

Tania estaba sorprendida mirando a Ingrid y a Julio, pero también sentía mucha curiosidad por saber cómo iban a acabar. Y Sergio observaba la escena con un inicio de sonrisa, aunque la disimulaba bastante bien.

Hasta ahí pude ver de él, mirándolo de reojo, ya que no me atreví a girarme. Con eso solo conseguiría que mis nervios se dispararan de nuevo, al quedarnos viéndonos demasiado cerca. Y ahora que había conseguido tranquilizarme un poco…

—Gracias. Está muy bien saberlo —le dijo él.

La sonrisa de Ingrid se hizo más grande, hasta que miró a su plato y continuó comiendo.

Yo dirigí la vista al mío y me quedé observando el último bocado de tostada que me quedaba.

De repente me vino a la cabeza cómo sería tener una conversación con Sergio, lejos de que él fuese policía y de lo que pasó varios viernes atrás.

No habíamos hablado entre nosotros, pero yo tampoco tenía la intención de iniciar nada, ya que…

El sonido de la melodía de mi móvil despejó mi mente.

Cogí el bolso y busqué rápido el teléfono dentro. Cuando lo tuve en la mano, fruncí el ceño y busqué la mirada de Tania.

—¿Qué? —me preguntó ella, extrañada.

—Es del hospital —le contesté.

—¿Te pasa algo? ¿Es preocupante? —preguntó Matías, al ver mi reacción.

—No, tranquilo —le dijo Tania—. Somos enfermeras de UCI. Trabajamos allí —le aclaró, a él y a los que no lo sabían.

—Ah. Joder —rio Matías—. Entonces es trabajo.

Tania no lo sacó de su error y tampoco le sonrió, como hubiera hecho en otra ocasión. Volvió a mirarme y me pidió con un gesto serio que descolgara.

Lo hice sin perder más tiempo.

—Hola —dije al descolgar.

—Gloria…

Al escuchar a Miriam me puse en tensión, al instante.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Sobresalté a todos cuando me levanté con tanto ímpetu de la silla que la arrastré hacia atrás, a bastante distancia. Vi de reojo cómo Sergio la agarraba a tiempo de que cayera al suelo o le diera a alguien.

—¿Miriam? —la llamé.

—Mierda —escuché decir a Tania.

Sabía quién estaba al otro lado de la línea y lo que podía significar. Se puso de pie también, despacio y sin dejar de mirarme.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara, preocupada.

—Lo siento mucho, Gloria.

—¿Qué? —pregunté en un susurro.

Cerré los ojos y los apreté con fuerza.

—¿Qué sientes, Miriam?

—Es Ernesto. Nadie se lo explica. Tú misma has seguido su evolución, cómo iba mejorando cada día que subías a verlo.

—¿Qué le ha pasado?

—Miguel nos ha confirmado que no le queda mucho —me contestó muy emocionada.

Miguel era el médico que llevaba a Ernesto.

—No puede ser… el miércoles… el miércoles me despedí de él riendo, Miriam.

—Lo sé, preciosa. Te llamo porque tenías una relación muy bonita con él y nunca faltabas a tus citas diarias para hacerle compañía.

—No le importa a su familia, a su único hijo —susurré.

—También lo sé —susurró.

—¿Llego a tiempo?

—Si no te entretienes mucho, sí. Pero ten cuidado.

—Gracias por llamarme.

—No podía hacer otra cosa.

Me despedí de ella y colgué la llamada. Me quedé mirando hacia abajo, a la pantalla del móvil.

—Gloria…

Levanté la cabeza y me encontré con mi mejor amiga preocupada. Tania se había puesto delante de mí. De los demás notaba sus miradas y las preguntas no dichas.

Colocó las manos en mis mejillas y me retiró con cariño las lágrimas. Hasta ese momento no me di cuenta de que se me habían escapado de los ojos.

—¿Qué ha sucedido? —me preguntó con suavidad, como si estuviera hablándole a los familiares de sus pacientes neonatos.

—Nadie sabe qué ha pasado, pero… pero no le queda mucho tiempo, Tania.

—Joder. —Agrandó los ojos—. Pensaba que me dirías que había empeorado o yo qué sé, pero no que era tan grave.

Me abrazó con fuerza y yo hice lo mismo, escondiendo la cara en su cuello.

—Te llevo —me dijo.

—No. Quédate aquí con los demás y continuad…

—Si te piensas que quedándome aquí voy a estar tranquila y bien, estás muy equivocada. Como al pensar que voy a dejarte sola. Ni hablar. Vámonos ya, no perdamos más tiempo.

Asentí emocionada y le di un beso en la mejilla.

—Dame la llave —me pidió, con la mano extendida hacia arriba.

Solté un suspiro y la saqué del bolso, pero la llave de mi coche no llegó a las manos de Tania. La de otra persona la cogió al vuelo y me la quitó.

—¿Qué…? —le pregunté a Sergio.

La tenía él y se la guardó en un bolsillo.

—Yo os llevo. Después te la devuelvo —me dijo.

—Pero…

—Hazle caso, Gloria —me pidió Clara—. Mi hermano se sabe todos los atajos para llegar antes a cualquier sitio y él es de los pocos que estamos aquí que puede saltarse las prohibiciones, sin que le pase nada.

—Te aseguro que llegarás mucho antes con Sergio al volante —me dijo Ingrid—. Lamento lo que sea que ha pasado.

—Gracias. —Le sonreí un poco, con tristeza.

—Vamos —nos pidió Sergio.

Comenzó a caminar por la terraza del bar.

Tania y yo nos despedimos apresuradamente de los demás y quedamos en hablar con Clara y Julio más tarde. A Clara le había hablado de Ernesto, por lo que sabía quién era, por lo que, aunque no había dicho el nombre, ella intuía dónde estaba la urgencia.

Capítulo 23



Con lo mal que me encontraba y lo nerviosa que estaba por la noticia que me había dado Miriam, no pensé que me pondría peor al compartir espacio en el coche de Sergio.

Iba sentada a su lado, en el asiento del copiloto, mientras que Tania entró directamente en los asientos traseros, antes de pedirme que me pusiera delante.

No estaba para discutir con ella y tampoco quería, por lo que obedecí sin rechistar.

Bajé la mirada al móvil. Era buena señal que mi compañera no me hubiera llamado más, lo que quería decir que no había novedades.

—¿Cómo estás?

La pregunta de Sergio me sorprendió y giré la cabeza hacia él.

—No muy bien y dentro de poco estaré peor —le contesté con sinceridad.

Asintió serio y se mantuvo en silencio durante unos minutos.

—Estamos llegando —nos dijo.

—Ingrid tenía razón. Hemos llegado muy rápido —comentó Tania.

Sergio sonrió de medio lado antes de reducir la velocidad y estacionar en un espacio que tuvo la suerte de encontrar. Debía acabar de irse alguien, porque era bastante difícil aparcar donde él dejó el coche.

Nos bajamos y fuimos rápido hacia la entrada principal del hospital. Al ir acompañado por Tania y por mí, a Sergio nadie le dijo nada cuando se adentró en el hospital detrás de nosotras.

Subimos hasta la primera planta, que era donde le dieron una habitación a Ernesto, y en cuanto las puertas del ascensor se abrieron, me lancé hacia la recepción.

—Gloria… —me dijo Miriam.

Se levantó de detrás del mostrador.

—¿Alguna novedad? —le pregunté.

—Todo sigue igual. Miguel está con él y yo volveré enseguida.

Asentí.

—Hola, guapa —la saludó Tania y se sonrieron.

—Hola. Lamento veros hoy para esto.

—Nosotras también.

—Él es Sergio. Viene con nosotras.

Se lo presenté a Miriam, mientras varias enfermeras más lo observaban con curiosidad.

—Encantada, Sergio. Me llamo Miriam.

—Gracias. Igualmente, Miriam.

Sin decir nada, los dejé en la recepción y me dirigí hacia la puerta de la habitación de Ernesto.

Entré silenciosa y tragué saliva al verlo con los ojos cerrados. En mi profesión había visto muchísimas cosas, buenas, maravillosas, increíbles, malas, malísimas y pésimas, por lo que estaba preparada para afrontar cualquier situación, aunque más tarde me rompiera por la pena.

Pero esto era muy diferente a que se me fuera un paciente. No me unía nada a Ernesto, solo la conexión que habíamos ido reforzando con el paso de los días.

Como bien había dicho Miriam, desde que lo subieron a planta y dejé de atenderlo, comencé a verlo cada día. Me daba muchísima tristeza que no recibiera ninguna visita. Se me partía el corazón al saber que tenía un hijo y que a este no le importaba lo que le sucediera a su padre.

No quise dejarlo solo, por lo que, cuando terminaba mis turnos de trabajo, subía a la habitación de Ernesto y me quedaba bastante rato con él. Hablando y haciéndole compañía, despierto o dormido.

Y ahora todo estaba a punto de terminar, de finalizar de una manera que no entendía. Me retiré las lágrimas de la cara porque para mí Ernesto se había convertido en alguien importante.

—Miguel… —Llamé al médico.

—Gloria.

Todos los que trabajábamos en el hospital nos conocíamos, en mayor o menor medida.

En este caso, Miguel y yo podíamos decir que nos conocíamos bastante bien. No en profundidad, pero sí lo suficiente para darnos el abrazo que nos dimos cuando me acerqué a él.

Miguel y yo comenzamos a tener trato cercano en una cena de Navidad a la que asistimos hacía ya cuatro años. Desde entonces, desde que coincidimos en la misma mesa y nos lo pasamos genial, dándonos cuenta de que nuestros caracteres encajaban de maravilla, nos convertimos en amigos.

—Lo siento —me dijo, con la barbilla apoyada en mi cabeza.

Asentí y tragué con dificultad.

—¿Qué le ha pasado? El miércoles estuvimos riéndonos y me fui dejándolo contento y tranquilo.

—Esta mañana le colapsó un órgano de los principales y después fueron en cadena varios más vitales.

—Joder —susurré.

Me separé de él, para mirarlo a la cara.

—Lo hemos intentado todo, pero su cuerpo no responde. Es como si se hubiera rendido.

Negó con la cabeza.

Intenté contener las lágrimas, pero no pude. Se me desbordaron de los ojos y, cuando me giré, vi a Ernesto muy borroso tumbado en la cama.

Me froté los ojos y me acerqué a él, por un lateral.

—Te dejo sola con él. Cualquier cosa…

—Sí. Gracias.

Miguel se fue y Miriam no entró, para respetar mi tiempo con Ernesto y nuestra privacidad.

La que sí entró en la habitación fue Tania. Mi amiga se quedó con la espalda apoyada en la pared, cerca de la puerta por si debía gritar por ayuda, y no muy alejada de la cama, por si yo la necesitaba.

Sergio se puso a su lado. Ambos observándonos desde la pared.

—¿Por qué te has rendido? —le pregunté a Ernesto—. No es justo, ¿sabes? Nada justo.

Le retiré el pelo de la frente y recordé la primera vez que hablé con él.

—Se te ha olvidado que teníamos planes. Hablamos de que, cuando salieras de aquí, para lo que te esforzarías, te llevaría a mi piso para enseñártelo y tú me invitarías a tu casa. Y cuando tuvieras fuerzas, te presentaría a mis padres y a mi abuela. ¿Por qué te has rendido? —repetí.

Le agarré ambas manos y se las junté con las mías, teniendo cuidado con la vía. Sabía que no se enteraba, pero aun así no quise pensar en que podía hacerle algún daño.

—Voy a echarte mucho de menos.

Tuve que parar porque llorando no pude continuar.

Durante unos minutos en la habitación, lo único que se escuchó fue el sonido de las máquinas que tenía conectadas a él.

—Espero que tu hijo viva atormentado el resto de su vida, por lo que te ha hecho —susurré—. Me va a ser muy difícil cumplir la promesa que te hice, la de que, si lo veo alguna vez, me contendré. Pero ahora te hago otra. Me esforzaré en conseguirlo para que te vayas tranquilo. ¿Vale? Aunque ya sabes que cuando me pongo nerviosa o me duele algo…

Respiré profundo, porque me faltó el aire.

Tania se puso a mi lado. Después de darme un pañuelo para que me limpiara la cara y los mocos, me abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en mi brazo.

—Tuvo la suerte de conocerte, Gloria —me susurró mi amiga—. Eso es lo más bonito que pudo pasarle.

—Un fallo multiorgánico —le dije.

—Joder.

Cerré los ojos y me dejé mimar por Tania.

No le solté en ningún momento las manos a Ernesto y, para mi sorpresa, una de las veces que abrí los ojos me encontré con los de Ernesto también abiertos.

—Ernesto…

—Oh, Dios… —Jadeó de la impresión Tania—. Voy a avisar.

Intentó hablar, pero le dije que no se esforzara.

—Sí. Debo hacerlo.

Tragué saliva y asentí.

Noté una presencia nueva a mi espalda. Sergio me puso las manos en los hombros, dándome el apoyo que necesitaba. Solo me dio su presencia, lo que necesitaba. Se mantuvo callado.

Se lo agradecí porque, en realidad, no nos conocíamos, pero aquí estaba él. No solo nos había traído al hospital, después de casi no darme elección, sino que me reconfortaba de la única manera que podía.

—Me voy, Gloria.

Asentí, sin poder parar de llorar.

Miguel entró rápido, con Miriam casi corriendo detrás de él. Tania fue la última.

Mi amiga, al ver que Sergio estaba conmigo, prefirió quedarse de nuevo en la pared, apartada para no sobrecargar la zona de la cama.

—No sabes cómo me alegro de poder despedirme de ti. Me has dado tanto en poco tiempo… Yo…

—Tú te lo merecías, todo —lo interrumpí, cuando no pudo continuar.

Me incliné sobre él y le di un beso en la frente.

—Estoy muy cansado —me dijo casi sin voz.

—Duerme feliz —susurré—. No dejaré de velar tu sueño, nunca.

Ernesto se fue con una pequeña sonrisa en los labios y yo me prometí que lo haría, que velaría por siempre su descanso.

Miguel y Miriam se dijeron algo, pero hablaron muy bajo para no molestar.

La habitación volvió a quedarse en silencio cuando mis compañeros del hospital se fueron, dejándonos solos. Tania y Sergio también salieron de la habitación. Todos me dieron mi último tiempo con Ernesto, aunque él ya no estuviera conmigo.

Al cabo de unos segundos salí dejando parte de mi corazón en la habitación. No esperé a nadie, me dirigí hacia el ascensor del personal y cuando entré, pulsé el botón de la última planta.

Solo había un sitio en el hospital en el que encontraba un poco de paz. No era mucho, porque la mayoría de las veces que iba era porque no estaba bien, como en este momento.

El sitio era la terraza del hospital, a la que poquísimas personas subían.

Mientras subía, le envié un mensaje a Tania.

Gloria: *Necesito un rato a solas. No sé cuánto. Sé que por eso no me has parado cuando he salido de la habitación. Vete con Sergio, Tania. Que le deje la llave de mi coche a algún camarero del bar. Iré hasta allí en taxi. Te quiero. No te preocupes por mí, sabes cómo va esto.*

Tania vio el mensaje al momento, pero no esperé respuesta de ella. Mi amiga sabía muy bien lo que necesitaba en este momento, ya que no estaba para nada.

Salí del ascensor en la última planta y fui hasta la puerta de la terraza. Había varias, pero yo siempre utilizaba la misma.

En la planta en la que estaba no había habitaciones ni pacientes. Tampoco maquinaria para hacer pruebas. La zona estaba vacía de todo, por eso me gustaba venir aquí cuando lo necesitaba.

No tenía ganas de estar con nadie.

Desbloqueé la puerta sin problema y la dejé lo suficientemente encajada para que no se abriera.

Caminé por la terraza, buscando las sombras, y al llegar donde siempre me ponía, protegida también del sol, me senté en un muro de poca altura y crucé las piernas, para mirar desde las alturas.

Capítulo 24



Cuando comencé a notar mucho calor, saqué el móvil del bolso, para mirar la hora.

Me sorprendió ver que era la una y media, aunque debía haberlo supuesto porque llevaba un buen rato en la terraza del hospital y el sol calentaba mucho.

A mí continuaba dándome la sombra, pero aun así necesitaba entrar al edificio y beber agua.

Estiré las piernas, para moverlas un poco, y me bajé del muro.

El tiempo sola me había venido muy bien. Le había hecho una despedida a Ernesto, lo había llorado más, y al final terminé sonriendo al recordar nuestros momentos compartidos.

A veces era tan injusto todo…

Solté un suspiro de alivio cuando entré en el edificio. Dejé la puerta asegurada, como me la había encontrado, y bajé en el ascensor hasta la planta principal.

Al llegar, me dirigí al bar y en él me acerqué a Mauro.

—Hola —lo saludé.

—Eh, Gloria —dijo, sorprendido—. ¿Qué haces aquí? Nos despedimos el miércoles hasta el lunes.

—No he venido por nada agradable, así que prefiero no hablar de ello —le contesté—. En otro momento.

—Lo siento, no quería…

—No te preocupes. El problema soy yo, no tu interés. El que te agradezco —le sonreí—. Quiero una botella de agua. Necesito beber ya.

—Claro —me devolvió la sonrisa.

Lo seguí hasta la barra y cuando se puso al otro lado de ella, sacó una botella grande para mí.

—Invita la casa —me dijo.

—Entonces dame una pequeña.

Deslicé la botella hacia él, por encima de la barra.

—Claro que sí, tú vas a decidir a lo que se te invita.

Negó con la cabeza, deslizándola de vuelta hacia mí.

—Algún día te meterás en problemas —le hablé muy bajo, inclinada sobre la barra—. Y no quiero eso.

—Para tu información, ese día no va a llegar nunca, así que relájate, coge la botella y ábrela de una vez —me pidió con un guiño.

Dejé de insistir y lo hice, porque no podía esperar más para beber. El agua cayó en mi boca como si fuera la mayor delicia que había probado en mi vida.

—¿Has venido sola?

—No, pero ahora sí que lo estoy. Me voy ya.

—De acuerdo. Si quieres esperar, puedo llevarte en coche donde vives. Tengo el descanso en unos minutos.

—Gracias, Mauro, pero tengo que ir a otro sitio primero. Me moveré en taxi tranquilamente y ya está.

—¿Seguro?

Asentí.

—De acuerdo. Espero que cuando vengas mañana estés un poquito más animada, aunque no haya pasado casi tiempo. No me gusta ver tu mirada tan apagada, preciosa.

—Gracias, guapo.

Después de unos minutos hablando, en los que pedí el taxi, me despedí de Mauro hasta el día siguiente.

Me fui de la cafetería con la botella de agua grande y con el taxi a punto de llegar. Tuve que esperar muy poco para que apareciera.

Me monté y le dije que me llevara al mirador. El trayecto se hizo mucho más largo que cuando Sergio nos trajo a Tania y a mí.

Con mi decisión de quedarme sola, había obligado a mi amiga a irse con Sergio. Pero no dudaba de que Tania había enfrentado la situación estupendamente.

Pensando en que cuando estuviera en el piso llamaría a Julio y después a Clara, el taxista se desvió hacia el camino del mirador.

Clara sería la última porque a la conversación se uniría Tania y con las tres se alargaría mucho más.

También estaba segura de que Tania les había contado, al menos por encima, el motivo que me había hecho irme corriendo del bar. Poco tenía que decirles yo, pero igualmente hablaría con mis amigos.

Cuando el coche paró casi al final del camino, antes de hacer el giro hacia el estacionamiento, que era por donde debían salir los vehículos, le pagué.

—Gracias —le dije, abriendo la puerta trasera.

—A usted. Que tenga buen día —me deseó.

—Igualmente.

Me bajé para dirigirme hacia el bar, para preguntar y pedir la llave de mi coche. Todo el personal que atendía nos conocía muy bien a Clara, a Tania y a mí, de todas las veces que veníamos los fines de semana que podíamos.

Sobre todo, a Tania y a mí, debido a que nosotras hacía años que teníamos la misma costumbre. De manera que la llave de mi coche estaba bien protegida.

Cuál fue mi sorpresa que no tuve que acercarme a nadie, ya que, al mirar hacia las mesas, me encontré con la última persona que esperaba volver a ver.

Me paré de golpe, mirando fijamente a Sergio. No había nadie más. Estaba él solo, tomándose una cerveza.

Extrañada, caminé hacia él.

—Hola.

—Hola —me correspondió.

Estaba serio. En este instante imponía tanto como si llevara el uniforme de policía.

—¿Qué haces todavía aquí? —le pregunté ignorando mis nervios.

La curiosidad era más grande. Por ahora.

—Esperarte.

Su respuesta me sorprendió y agrandé los ojos.

—Le dije a Tania que le dejaras la llave de mi coche a…

—Lo sé —me interrumpió—. Me dijo exactamente eso y me lo repitió, cuando yo le dije que iba a esperarte para dártela en mano —me aclaró.

—Pero… He tardado mucho.

—Es domingo. No tengo ninguna prisa por nada.

—No creo que estar aquí fuera tu mejor opción.

Negué con la cabeza.

—Gloria…

Apoyó los brazos en la mesa y juntó las manos, para entrelazar los dedos.

—He querido quedarme y ya está. No hay más. Si hubieras tardado mucho más, quién sabe, lo mismo habría terminado haciendo lo que le pediste a Tania. Pero no ha sido el caso y ahora estás aquí, delante de mí. Puedes sentarte.

—Yo… Te agradezco todo lo que has hecho y la invitación. No es por rechazar el sentarme contigo, es que necesito llegar a mi piso y…

—Lo primero que necesitas hacer a esta hora es comer. Pasan de las dos y yo tampoco he comido. Quédate conmigo.

—No tengo hambre.

—Necesitas coger fuerzas y comer no te llevará mucho tiempo —insistió.

—Estoy desconcertada con esto —le dije, señalándonos.

—Esto significa firmar la paz por mi parte. Necesito llevarme lo mejor posible con una de las mejores amigas de mi hermana. Para mí Clara lo es todo.

—Todo está bien, Sergio.

Solté un suspiro, sentándome frente a él.

—No tienes que firmar ni arreglar nada. En serio —le aseguré—. La verdad es que es extraño cómo nos conocimos, lo que pasó y dónde hemos terminado, con una persona importante en común, pero las cosas pasan sin más y ya está.

—¿No estás enfadada porque os hice pasar la noche en el calabozo?

—En ese momento te hubiera dado una buena patada en los huevos, pero una vez en frío… ¡Qué pereza!

Moví las manos en el aire. Él sonrió de medio lado.

—Hola, Gloria —me saludó una camarera y le correspondí—. ¿Quieres tomar algo?

Miré a Sergio, pensando bien en lo que hacer. Al final me decanté por aceptar su invitación a quedarme a comer con él. No quería hacerle un feo y se había portado muy bien conmigo, por lo que no le di más vueltas.

—Un refresco de limón.

—Perfecto.

—¿Nos traes la carta? —le pedí—. Vamos a comer.

—Claro. Enseguida —me dijo con un guiño.

Cuando busqué de nuevo la mirada de Sergio, me hizo contener la respiración durante unos breves segundos. Me observaba tan fijamente, dejando ver lo intenso que era a veces que…

Agradecí que la camarera regresara para dejar dos cartas en la mesa y mi lata de bebida con un vaso.

—Es la primera vez que como aquí —le dije—. Siempre venimos por las mañanas, para desayunar.

—Así compartimos una primera vez —comentó.

Me obligué a coger una carta y a abrirla. Comencé a mirar las opciones que había.

—Creo que hemos tenido varias primeras veces —carraspeé—. Fuiste el primero en detenerme y serás el último —reí, mirándolo por encima de la carta—. También fuiste el primero en encerrarme y al que quise dejar calvo. Esto último puede ser porque Julio estuvo hablándome de eso gran parte de la noche —sonreí.

—Vaya… Está bien saberlo. Me emocionan todas nuestras primeras veces.

Nos miramos y reímos. Hacerlo con él me sentó más bien de lo que esperaba. Me gustó muchísimo el cambio que habíamos dado, aunque era mínimo por ahora.

Tuve claro rápido lo que quería comer. Cuando Sergio hizo su elección, llamó a la camarera y le pedimos la comida.

Abrí la lata de refresco y me eché en el vaso. Me sentó de maravilla el primer sorbo, al estar fresco.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Dejé el vaso en la mesa, despacio.

—Bien.

—¿Cómo estás? —insistió, repitiéndose.

Fruncí el ceño.

—Acabo de decirte que…

—Ya… que estás bien. Pero ¿sabes qué pasa? Que eso no hay quien se lo crea. Tienes los párpados hinchados de llorar, todavía no se te ha quitado la rojez de los ojos, y tienes cara de tristeza. Por no decir que he visto lo que ha pasado… Puedo seguir con algunas más, si quieres e insistes en que estás bien.

Bajé la mirada a mi vaso.

—No lo estoy, pero es normal —susurré—. Es duro, a pesar de que conocía a Ernesto desde hacía unas semanas. Cuando terminó en la UCI por una operación.

Lo miré a los ojos y noté como se me nublaban por las lágrimas.

—Así que no. Lo de que estoy bien es una mierda y una gran mentira, pero piadosa y sin maldad. Estaré bien.

Me encogí de hombros.

Capítulo 25



Sergio

—Claro que estarás bien. Ese no es el punto —le dije.

—Es que… No lo entiendo —susurró.

—Has dicho que estuvo en la UCI, por lo que entiendo que estaba bastante mal.

—Lo estuvo. —Negó con la cabeza y soltó un suspiro—. Ernesto llegó a urgencias grave, pero la operación que le realizaron salió estupendamente y él la aceptó genial —recordé, pensativa—. Algunos médicos, dependiendo de lo delicadas que sean las intervenciones, nos mandan a los pacientes para que estén controlados todo el tiempo.

—Entiendo.

—Ernesto solo estaba de pasada, en unos días lo subieron a planta. Estaba recuperándose bien y… el miércoles, cuando fui a verlo al terminar mi turno de trabajo, estuvimos riéndonos. Me habló animado y con fuerza. No… Por eso no entiendo qué mierda ha sucedido para que su cuerpo se haya rendido y haya colapsado.

Agarró con fuerza su vaso de refresco, con las dos manos.

—Tú eres la que entiendes de eso. No puedo darte una respuesta, por mucho que me gustaría para aliviar tu malestar. Y a lo mejor si la tuviera, no te gustaría oírla.

—¿Qué quieres decir?

Frunció el ceño.

—Quiero decir que esas cosas deben ocurrir más veces de las que os gustaría a todas las personas que trabajáis salvando vidas. Me refiero a que, los cuerpos son un misterio y, por eso, tal vez no debes buscar una explicación a lo que ha pasado.

Hice una pausa en la que ambos bebimos. Gloria de su refresco, yo de mi cerveza.

—¿No crees que, si las pruebas estaban bien, si todo estaba bien, no puedes saber qué falló?

Apretó los labios y asintió, antes de desviar la mirada.

La camarera llegó en ese momento a nuestra mesa, cargada con la comida que le habíamos pedido. Se lo agradecimos cuando nos dejó los platos delante y, antes de que se fuera, le pedí una botella grande de agua.

Me terminé la cerveza que me quedaba en el botellín y lo dejé vacío a un lado. Desapareció rápido. Se lo llevó la camarera cuando nos trajo la botella de agua.

—Gloria —la llamé cuando volvimos a quedarnos solos, para que me mirara—. Tienes que dar gracias por haber podido despedirte de él. Habéis escuchado vuestras voces por última vez y se ha esforzado mucho para decirte lo importante que eras para él, aunque no pudiera hablar mucho. Eso es un gran regalo, te lo aseguro. Ha sido como si Ernesto estuviera esperando para verte antes de irse.

Se retiró las lágrimas de la cara y me pidió un momento, para ir al baño.

Cogí mi móvil y llamé a mi hermana, para dejarla tranquila.

—Sergio… —dijo al descolgar rápido.

—Ya ha llegado al bar del mirador. Hace un rato. Me ha encontrado esperándola en la terraza y la he convencido para comer aquí, por la hora que es. No te preocupes. Dentro de lo malo, Gloria está bien.

—Gracias.

—No tienes que dármelas. Ahora está en el baño.

Miré hacia la entrada del bar.

Cuando llegué con Tania del hospital, sin Gloria, como ya esperaba, nos encontramos con los demás aquí. No se fueron, y no fue porque los dejé sin transporte al llevarme mi coche y la llave del de Gloria. Bien podían haber pedido cualquier otro transporte.

La preocupación los hizo quedarse para esperar a que volviéramos. Al final se fueron, Tania incluida, pero cuando ella les dijo que Gloria podía pasarse horas en el hospital porque necesitaba estar sola.

Fue una manera delicada de pedirles a Clara y a Julio que le dieran espacio y de que no la llamaran. Ambos lo comprendieron.

Como ya había comentado, yo ignoré todo lo que me dijo Tania y me quedé aquí solo. Pero eso fue una vez que regresé, porque llevé a mis amigos a sus casas. Julio se encargó de llevarse a mi hermana y a Tania, ya que ellos tres iban a estar un rato más juntos, por una zona más céntrica.

Yo llevaba sentado a esta mesa, en la terraza del bar del mirador, desde que volví solo un tiempo atrás.

—Le costará superarlo más que otras veces, pero lo hará —me dijo Clara, al teléfono.

—Por supuesto —hablé con seguridad—. Imagino que debe estar acostumbrada a cualquier cosa trabajando en la UCI de un hospital.

—Ni te lo imaginas. —Hizo una mueca—. Aunque tampoco es que me cuenten muchas cosas de sus trabajos. Me pasa igual con Tania. Ella trabaja en otra UCI, la destinada a los neonatos.

Cogió una bocanada de aire.

—Desde que las conozco, solo he vivido junto a ellas varias ocasiones en las que las he visto mal. Las que ellas me han dejado ver. Por eso sé lo que les duele, sufren y les cuesta superar las peores cosas de su profesión. Hoy, por lo de Ernesto, Gloria debe estar muy mal. Aunque tú no lo sepas ver porque no va a mostrarlo hasta que no esté sola o con Tania y conmigo.

—Estaré pendiente.

—Gracias —susurró—. Las admiro muchísimo porque, a pesar de todo, cada nuevo día llegan al trabajo con una sonrisa para sus pacientes. Por muy mal que estén. Los de Tania no se enteran, al ser neonatos, pero debe transmitirles mucho con su energía positiva.

—Te dejo. Ya viene.

—Vale. Hablamos más tarde.

—Claro. Hasta luego. Te quiero.

—Hasta luego. Te quiero —me devolvió.

Colgué la llamada y dejé el teléfono en la mesa.

—Perdón —se disculpó al sentarse de nuevo frente a mí.

—No tienes que disculparte.

Me sonrió.

—Tiene muy buena pinta —dijo, mirando toda la comida.

—Sí —estuve de acuerdo—. Vamos a comenzar.

Eso hicimos y durante bastante rato los dos nos ignoramos, en el buen sentido, porque pusimos toda nuestra atención en comer hasta dejar los platos vacíos.

Todo lo que pedimos estuvo muy rico. Gloria se empeñó en que probara lo que ella se había pedido y me dejó en mi plato pequeñas porciones de todo lo que comió. Yo hice lo mismo, para que probara mi comida, ya que para ambos era la primera vez en este bar.

Nos salió de manera natural actuar de esa forma, como si fuera algo cotidiano entre nosotros. Fue curioso y desconcertante al mismo tiempo, pero no dijimos nada al respecto.

Con todas las veces que pasaba por aquí, porque era una zona por la que me gustaba correr siempre que podía permitirme el lujo de no tener prisa, pues en ninguna de esas veces me dio por pararme en este bar más de los minutos necesarios para pedir un café para llevar y que me lo sirvieran.

Me gustó la experiencia, o tal vez me gustó estar con Gloria y lo de la experiencia era un extra por estar compartiéndola con ella.

Estuve muy pendiente de sus gestos y reacciones, pero, como me adelantó mi hermana, Gloria no mostró más cómo se sentía. Sí, tenía la mirada triste y a ratos ausente. Y su sonrisa no era todo lo grande que sabía que podía ser. Ocultó bastante bien sus emociones, desde el momento en que volvió del baño y no hablamos más de lo que había sucedido.

—¿Siempre quisiste ser enfermera? —le pregunté, para alargar un poco más el momento.

Me sentía muy a gusto, pero sabía que la despedida llegaría pronto. Gloria necesitaba descansar y estar sola para recomponerse lo máximo posible y así comenzar mañana con las máximas energías la semana de trabajo.

No quería que se esforzara por mi culpa. Ya me había dado más de lo que se imaginaba.

—No —contestó y sonrió—. Estuve muchos años queriendo ser algo imposible.

—¿El qué?

—Te vas a reír.

—Te prometo que intentaré que no.

—Sí, te vas a reír.

Y para mi sorpresa, rio ella.

—Quería ser astronauta —me confesó, encogiéndose de hombros.

—Ya veo lo imposible que era —carraspeé.

—Y si encima le sumas que tengo vértigo a un palmo del suelo…

Reímos y negué con la cabeza.

—Más complicado aún. Sí —dije.

—Pero yo soñaba con ser astronauta y me daba igual todo lo demás —sonrió—. Soñaba con ver de cerca algún día el espacio y descubrir cosas maravillosas. Sentirme importante.

Hizo una pausa para beber un sorbo de agua.

—Mis padres nunca me quitaron las ilusiones, sabían que se me irían poco a poco conforme creciera. Mi abuela siempre me ha animado a perseguir mis sueños. Recuerdo que, durante años, cada día de Reyes en su casa me esperaba un regalo de lo que más me gustaba. Un año fue el casco de astronauta, otro, el traje, y así podía seguir.

—¿Y cuándo cambiaste de opinión? —me interesé.

—Sinceramente, no te sabría decir —dijo pensativa—. No me daba cuenta de que cada vez que veía una herida o raspadura, me llamaba mucho la atención. Una vez Tania se cayó de la bici y se hizo un corte un poco profundo en la pierna y lo primero que se me ocurrió fue coger una aguja de coser de mi abuela, para curarla.

Rio y sonreí.

—Por suerte, mi abuela me vio a tiempo. —Negó con la cabeza—. Si no, Tania tendría una buena cicatriz por mi culpa, no por la caída de la bici. Mis ganas de aprender y experimentar fueron creciendo conmigo y, cuando tuve que elegir, sabía muy bien a qué me quería dedicar. La especialización en la UCI vino un poco más tarde.

—Gracias por contarme una parte importante de ti.

—No ha sido nada —me sonrió—. Sergio…

—Es hora de irnos —me adelanté y asintió.

Le pedí la cuenta a la camarera y cuando se acercó a nuestra mesa con ella, le pagué. Ignoré las quejas de Gloria.

—No tenías por qué —me dijo.

—Lo sé.

—Gracias —dijo y asentí.

Nos fuimos de la terraza del bar y nos dirigimos hacia el estacionamiento.

—Toma. Vuelve a ser tuya —le dije, con la llave de su coche en alto.

—Muchas gracias, hombre.

Sonreí de medio lado.

—Tania y mi hermana han cogido sus mochilas antes de irse con Julio —le comenté.

—Vale —suspiró.

Nos paramos al lado de su coche, junto a la puerta del conductor.

—Cuídate, Gloria.

—Igualmente, Sergio.

No le di tiempo a ponerse nerviosa. Me incliné hacia ella, le di un beso rápido en la mejilla que me hizo cosquillear los labios, y me aparté para caminar hacia mi coche.

Noté su mirada a mi espalda, durante un rato, mientras que el hormigueo en los labios no desaparecía. Me los humedecí y fue peor.

Capítulo 26



Gloria

—¿Puedo mirar ya? —me preguntó Clara.

—No. Impaciente —le contesté, sonriendo.

Bufó.

—Has tenido suerte. Ya no tienes que preocuparte por la mano, cuando te bañes en la piscina.

—Amo a tu abuela —me dijo.

Solté una carcajada.

—Yo también. Es la mejor.

—¡Ay!

Dejé la mano parada.

—¿Te duele mucho?

—No más de lo normal.

—¿Te he hecho daño?

—No —volvió a negar.

—¿Entonces, por qué te has quejado?

Fruncí ligeramente el ceño.

—Porque me he anticipado, por si acaso llegaba el dolor intenso.

—No me lo puedo creer… —dije sorprendida.

Solté una carcajada.

—¿Qué? Jolín, tengo tolerancia menos cien al dolor. Como mínimo.

Curvó los labios hacia abajo, pero solo la vi de perfil.

Clara tenía el cuerpo ladeado y su brazo lo tenía yo. Le estaba quitando los puntos de la mano. El día por fin había llegado.

Cuando dos días atrás vi cómo tenía la cicatriz, le dije que no retrasara más el venir al hospital para que le quitaran los puntos. En ese momento me pidió, por favor, si podía encargarme yo, ya que cuando le quitaron los primeros no lo pasó nada bien.

No fue porque se lo hicieran mal.

Algunas de las marcas de los puntos las tenía muy enrojecidas, por lo que le dolían. La infección estaba descartada, gracias al antibiótico que se tomó cuando se lo dije. Esas marcas enrojecidas e inflamadas se debían a la manera de cómo le cosieron ciertos puntos.

Era como todo: existían artistas que creaban obras de arte sin esfuerzo, de la manera más natural y perfeccionista, y después estaban los demás que lo intentaban, pero que se quedaban en la media artística.

Por así decirlo. Pues los médicos no eran una excepción y a Clara le tocó uno que no se esmeró mucho a la hora de darle los puntos.

No era una crítica, sino una realidad que estaba en el día a día y en todo en general. Igual que había unas enfermeras más cuidadosas que otras. Así de simple y cierto.

Y aquí estábamos, Clara evitando mirarme y ver lo que le hacía, y yo yendo con mucho cuidado con cada uno de los puntos. Ya solo me quedaban los dos últimos.

—No me había dado cuenta de lo de tu tolerancia al dolor —le dije, con diversión—. No te muevas, que estoy terminando.

—Menos mal —suspiró.

Sonreí mientras me ponía a trabajar en su mano otra vez.

—¿Bien? —le pregunté.

—Sí. Siento alivio.

—Normal. Los puntos te pellizcaban mucho la carne. Ya está.

—¿Ya? —se sorprendió.

—Sí —reí.

—Joder… qué maravilla de manos tienes. No me he enterado.

Hizo un puchero, mientras yo le desinfectaba con cuidado la palma de la mano.

—Ahora que nada está aprisionando aquí. —Acaricié los exteriores de las peores zonas—. En unos días verás como baja la inflamación y cómo cambia de color.

—Gracias, Gloria.

—No digas tonterías.

—Te he quitado tiempo de tu descanso.

—¿Y? No pasa nada. Además, hemos estado aquí poco rato. Voy a desayunar igual —le dije con un guiño

—Madre mía, qué descanso —suspiró, mirándose la mano.

—¿Te quedas a desayunar? —le pregunté, mientras me lavaba las manos.

—Claro —contestó animada.

—¿Sabes quién me ha preguntado aquí por ti, varias veces? —La miré de reojo.

Se quedó pensativo.

—No caigo. Solo os conozco a ti y a Tania. Los demás que alguna vez he visto, no sé ni sus nombres.

—El nombre que voy a decirte sí que lo sabes.

Frunció el ceño.

Abrí la puerta del box para que saliera primero y después lo hice yo. Caminamos por el pasillo y guie a Clara porque la había traído a una zona en la que hasta hoy no había estado.

—¿Lo vas a decir de una vez? —me preguntó nerviosa y reí.

—Mauro.

—¿Mauro?

—El camarero del bar del hospital. Vamos a verlo ahora.

—Ya sé quién es el Mauro de este hospital. ¿En serio? ¿Y qué te ha preguntado exactamente?

—Se ha interesado por cómo estás y en si tenías planeado volver. También ha querido saber cómo llevas la mano.

—Qué raro.

—¿El qué?

La miré de reojo, sonriendo.

—Que siempre que lo he visto en el bar no me ha mirado más de unos segundos. Me ha atendido como a cualquier otra clienta.

—¿Qué querías que te hiciera al atenderte? —le pregunté riendo.

—Joder, ¡yo qué sé! —rio conmigo.

—Es como has dicho, pero porque no te has dado cuenta de nada más —dejé caer—. Está claro que sí te ha mirado más de lo que creías.

Amplié la sonrisa.

—¡Ahora me da vergüenza ir allí! —Exclamó.

Reí.

—Tengo mucha hambre, así que me importa poco Mauro. Tú actúa como siempre y ya está. Eso sí, estate un poquito más atenta porque lo mismo descubres cosas.

Apreté los labios y Clara puso los ojos en blanco.

—Me encanta verte así de animada —me dijo.

Se agarró de mi brazo.

—Gracias.

—Y el fin de semana en la fiesta, en la casa de tu abuela, nos lo vamos a pasar genial. Va a ser un fin de semana increíble.

—Ese es el plan —le confirmé sonriendo.

Mi abuela acababa de irse de viaje y estaría fuera dos semanas. Ese era el tiempo que iba a disfrutar junto a sus dos amigas. Una de ellas era Marga, su mejor amiga y vecina, a la que yo quería muchísimo.

Entre unas cosas y otras llevábamos tiempo sin vernos.

Era Marga la que tenía una casita preciosa y coqueta en un pueblo costero, donde habían ido a desconectar de todo. La casa estaba situada cerca del mar, en una zona muy tranquila.

No se irían solo esta vez. Tenían planeado para más adelante pasar un mes en ese pueblo. Bien que hacían.

Lo de la fiesta en la casa de mi abuela me lo propuso ella misma. Tanto mi madre como yo teníamos las llaves de su casa, por lo que me pidió que organizara algo con mis amigos.

La propiedad de mi abuela tenía piscina, barbacoa y jardín lateral. Lo ideal para pasar buenos momentos con amigos. Al principio no lo tuve muy claro y le dije que me lo pensaría, pero hasta que no consiguió que le dijera que iba a invitar a mis amigos a su casa, no paró.

Era muy insistente, y más cuando quería verme feliz. Faltaban tres días para que hiciera una semana de lo de Ernesto y, aunque era muy poco tiempo, todo se había calmado.

Mi familia sabía lo sucedido, de ahí que mi abuela quisiera que disfrutara y me olvidara de todo lo malo. Yo tenía mis días, o más bien mis momentos.

Para mí no había ningún sitio mejor que la casa de mi abuela, para el plan que al final estaba saliendo bien. Más que nada por la piscina rectangular y preciosa que había en el jardín.

Al final me había propuesto que fuera un fin de semana inolvidable y había invitado a mis amigos, no solo a pasar un día completo de piscina, barbacoa, o la comida que nos apeteciera hasta la cena, sino que también se quedarían a dormir hasta el día siguiente, en el que seguramente alargaríamos el estar juntos hasta después de comer.

Esto último estaba por verse. Al menos desayunar sí que desayunaríamos cuando nos despertáramos. Algo bueno también era que en el interior de la casa había espacio de sobra para poner colchones repartidos por las habitaciones que ya estaban montadas con sus camas y mobiliario.

Nadie se quedaría sin dormir cómodamente.

Yo tenía mi habitación propia, con una cama grande. Después, sin contar la habitación de mi abuela, que estaría cerrada o, como última opción, en ella dormiría yo con Tania y Clara si querían; aparte había tres habitaciones más. Nos repartiríamos donde pudiéramos y nos apeteciera. Eso no era un problema.

Los primeros de la lista de invitados eran Tania, Clara y Julio. Ellos aceptaron al instante de decirles mi idea. Después, todavía no sabía cómo me había atrevido, pero le pedí a Clara que se lo comentara a su hermano, a Matías y a Ingrid. Por si les apetecía el plan de pasar un fin de semana diferente.

Para mi sorpresa, Clara me confirmó al día siguiente que los tres habían aceptado. En ese instante me fallaron las piernas porque estaba convencidísima de que Sergio se negaría a venir, poniendo cualquier excusa.

Desde que me despedí de él en el mirador no había vuelto a saber nada de Sergio, ni Clara había mencionado a su hermano. Ella se encargaría de llevarlo a la casa de mi abuela, junto a Matías e Ingrid, ya que Clara había estado más de una vez.

—Tenemos que pensar en todo para el fin de semana —me dijo y sonreí.

—Claro. Tenemos tiempo de sobra. En el bar hablamos de ello. Esta tarde o mañana podemos ir a comprar todo lo que vamos a necesitar y, si nos falta algo, cerca de la casa de mi abuelo hay un supermercado pequeño.

—Guay. Ahora hacemos la lista de las bebidas y de la comida.

—Y de todo lo que nos ocurra —añadí.

—En los gastos vamos a medias, ¿eh?

—Sois mis invitados, de eso nada.

—Mi hermano me lo dejó muy claro.

—¿El qué?

Con solo hablar de él, me dio un vuelco algo dentro de mi cuerpo.

—Me dijo que impidiera como fuera que tú cargaras con todos los gastos. Me dejó muy clarito que todo lo que se comprase lo pagaríamos entre todos.

—Bueno —carraspeé—. Ya veremos.

—Ya lo verás tú —dijo riendo.

—Ríe, ríe, que ahora la que va a reírse soy yo.

Y así fue porque llegamos al bar y al entrar se quedó callada de golpe. Fue mi turno para reírme con ganas, por cómo buscó con la mirada a Mauro, con las mejillas ruborizadas.

Cuando nos sentábamos a una mesa y vi venir a Mauro, con una sonrisa de oreja a oreja mirando hacia nosotras, se me ocurrió una grandísima idea que me guardé para mí.

Fue divertido presenciar el comportamiento de Clara hacia Mauro. No lo trató de manera diferente, pero su vergüenza yo sí que la noté. Después de hablar un rato con él y de que Mauro se alegrara de verle la mano sin puntos, le pedimos dos desayunos.

—¿Tania seguirá sin poder venir? —me preguntó Clara, cuando Mauro se fue.

—Me ha dicho que, si podía, aparecería por aquí. Pero por su voz lo dudo. Desde que ha entrado hoy a trabajar ha tenido una mañana complicada y no creo que pueda. Va a tener un último día de trabajo de la semana intenso.

Para nosotros hoy cerrábamos la semana de trabajo, al ser miércoles. Estábamos en nuestra semana corta.

—Jo, espero que lo que la está reteniendo no sea nada malo.

No le di detalles, tampoco los sabía, pero no me hacía falta para saber que un neonato estaba luchando por su vida, al igual que todo el personal que lo cuidaba. Como Tania.

Clara supo interpretar mi expresión y soltó un suspiro con pesar.

Capítulo 27



—¿Todo bien? —le pregunté a mi abuela.

La había llamado por teléfono.

—Estupendamente, cariño —me contestó—. Aquí se está genial y el olor a mar lo envuelve todo.

—Jo. Qué bien. No me digas más que me presento ahí —reí.

—A ver si es verdad. Verás… En la casa se está de maravilla, es muy fresca. Y ahora vamos a ir al paseo a comer en uno de los restaurantes que dan al mar. Nos sentaremos en la terraza, sin pasar calor, y disfrutaremos de nuestra primera mariscada.

—¡Para! ¡No tienes corazón! —exclamé.

Soltamos una carcajada.

—Me encantaría que vinieras unos días. A Marga le haría muchísima ilusión y a Mabel también.

—Lo sé, abuela. Pero esta vez ya no me da tiempo. El único fin de semana libre que tengo es este. La semana que viene sabes que la trabajo entera, y después ya vuelves.

—Entonces, ¿cuándo esté aquí más tiempo? ¿Para la próxima vez? Díselo a las chicas y a Julio también. Venid todos, hay sitio de sobra.

—Yo creo que les encantará la idea —sonreí—. Para el mes que estéis allí lo organizamos, ¿vale?

—¡Genial, cariño! Me has puesto muy contenta.

—Pues más te voy a poner porque ya está todo en marcha para ocupar tu casa este fin de semana —reí.

—Oh, cómo me alegro.

—Todos a los que he invitado me han confirmado que vendrán. Seremos ocho en total. Esta tarde o mañana iré con Clara a comprar al supermercado. Estoy esperando que me diga cuándo le viene mejor.

—¿Y Tania?

—Hoy no sé si podrá o tendrá ganas —contesté pensativa.

—¿Qué pasa?

—No te preocupes, algo del trabajo.

—Ay… —suspiró.

—Todo irá bien, como siempre. Te dejo, abuela. Te he llamado nada más llegar al piso y quiero quitarme la ropa, darme una ducha para no comer muy tarde.

—Vale, cariño. ¿Qué vas a comer?

—Una ensalada de patatas. La dejé anoche preparada, así que tiene que estar buenísima.

—Pues sí. No te retrases más, haz tus cosas. Te quiero.

—Yo también te quiero. Disfrutad mucho y dales recuerdos a Marga y a Mabel.

—De tu parte, cariño.

Colgamos la llamada, revisé que Tania no me había contestado al mensaje que le envié al terminar mi turno, y como todavía no tenía respuesta de ella, dejé el teléfono en la cama y fui al baño.

Me quité la ropa dentro, la metí en el cesto para lavarla, y me metí en la bañera para darme una ducha rápida. Me lavé el pelo, pero no me retrasé.

Cuando salí, con el cuerpo seco y sin el exceso de agua en el pelo, me lo dejé suelto para que se secara al aire y me refrescara mientras tanto.

En la habitación fui hasta la cómoda, de donde cogí una braga y una camiseta muy ancha con el cuello muy abierto. Al ponérmela, me caía por un hombro.

Me coloqué ambas cosas y, con el móvil en una mano, salí de la habitación para ir a la cocina.

Dejé el teléfono sobre la encimera y fui a la nevera.

En el mensaje que le envié a Tania le pregunté cómo estaba y cómo lo llevaba. No esperé que me respondiera para irme del hospital e hice bien porque aún no había podido responderme.

La semana corta de trabajo por fin había terminado, de manera que comencé a pensar en la lista que habíamos hecho Clara y yo, y en cómo me gustaría que fuera el fin de semana.

Todavía no me creía que fuera a pasar un fin de semana con Sergio. Me parecía una locura total. No estaríamos solos, lógicamente, pero para mí con tenerlo cerca y en la casa de mi abuela, ya era lo suficientemente importante.

Eso me tenía alterada y, conforme se acercaba el día, era mucho peor.

Estaba apartándome ensalada en un plato cuando sonó el timbre.

Me limpié las manos con el trapo de cocina y lo lancé en la encimera, antes de salir de la cocina para ir a la puerta.

Antes de abrir, miré por la mirilla, ya que la camiseta me tapaba lo justo del trasero.

—Tania… —susurré.

Giré la llave en la cerradura y abrí de un tirón.

—Cariño —le sonreí de esa manera.

Mi amiga no dijo nada. Lo único que hizo fue acercarse a mí para abrazarme.

La apreté con fuerza y me moví para cerrar la puerta.

—¿Tan mal ha ido? —le pregunté susurrando.

Asintió en mi hombro y solté un suspiro.

Le acaricié la espalda con una mano, mientras que el otro brazo lo mantuve rodeándola.

No supe cuánto tiempo estuvimos abrazadas en mi salón, bastante, pero cuando nos separamos Tania estaba mejor.

—Hola —me dijo y le sonreí.

—Hola. ¿Has olido la comida? Tú sabes mucho —le dije en broma.

—No huele a comida.

Elevó las cejas.

—Porque vamos a comer ensalada de patata y la hice anoche. Ya verás qué buena está, porque te quedas a comer, ¿no?

—Sí. No venía para eso porque ya es tarde y si te habías hecho la comida… pero como ensalada tienes de sobra.

—Y, aunque fuera otra cosa, la haría para ti. Anda que…

Me dirigí a la cocina y mi amiga me siguió en silencio, después de dejar el bolso colgado de una silla del salón.

—¿Has salido ahora? —le pregunté.

Me lavé las manos y continué con lo que había dejado a medias. Tania también se lavó las manos y sacó un plato más.

Cuando terminé de llenar el que saqué para mí, cogí el que me dio para hacer lo mismo. Mientras tanto, Tania puso la mesa en el salón y llevó todo lo que íbamos a necesitar.

Estuvimos pronto sentadas a la mesa, con los platos llenos delante.

—Tiene muy buena pinta —dijo.

—Gracias.

Ambas nos llenamos la boca a la vez y a mí me sentó de lujo lo fresquita que estaba la ensalada. Aparte de que, como ya sabía, tenía un sabor buenísimo al haber estado reposando tantas horas.

—No venía con hambre, pero me acaba de entrar —dijo con diversión Tania.

La miré sonriendo, tranquila porque su recuperación de ánimos iba subiendo a un ritmo muy rápido.

Evité tocar el tema del trabajo, para que no retrocediera. Ella sería la que eligiera el momento para hablar del tema, cuando quisiera y se sintiera capaz de ello.

—Clara ya no tiene puntos en la mano —le conté.

—Ay, es verdad. Era hoy.

—Sí —sonreí—. Ha ido muy bien y después hemos desayunado en el bar. ¿Sabes que a Mauro le gusta Clara?

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes —le confirmé riendo—. ¿Y a que no sabes qué es lo mejor?

—¿El qué?

—Que cuando se ha ido Clara he vuelto al bar y he invitado a Mauro al fin de semana en la casa de mi abuela.

Tania agrandó los ojos y se tapó la boca.

—Qué fuerte.

Reímos.

—Me cae genial Mauro —dijo sonriendo.

—Y a mí. —Asentí.

—¿Qué te ha dicho?

—Después de contarle el plan tranquilo que tenemos pensado, ha aceptado encantado.

—Madre mía. Ya verás Clara —dijo entre risas.

Sonreí feliz de verla así.

—A ver cómo sale el plan. —Le hice un guiño.

—Lo único que tengo claro es que yo saltaré sobre Matías en cualquier momento. En cuanto pueda —me contó con picardía—. Lo tengo todo pensado.

—Joder. El fin de semana puede dar muchísimo de sí, porque como a Ingrid y a Julio les dé por acercarse…

—¿Te imaginas? Todos desaparecidos por los rincones de la casa de tu abuela. Lo que puede salir de ahí. ¡Y no te olvides de ti y de Sergio! —exclamó cantarina—. Que a mí no me engañas con tu pasotismo hacia él.

—Yo no tengo pasotismo hacia él. —Arqueé una ceja.

—Clarooo… Te conoceré yo.

—Estoy esperando a que Clara me diga si vamos a comprar al supermercado esta tarde o mañana —le dije, cambiando la dirección de la conversación—. Mientras desayunábamos en el bar del hospital hemos hecho una lista. Cuando terminemos te la enseño.

—Contad conmigo.

—Perfecto.

—Vamos a tener un buen fin de semana.

—Claro que sí, cariño —le sonreí.

Asintió.

Continuamos comiendo y hablando de cómo esperábamos que fuera el fin de semana. También le conté que había hablado con mi abuela nada más llegar al piso y que me había pedido que, la próxima vez que estuvieran de vacaciones en la casa del pueblo costero de Marga, fuera con mis amigos a pasar unos días.

—Yo me apunto encantada —me confirmó.

—Contaba con ello —le dije con un guiño y me sonrió—. Nos iremos una de las semanas cortas que trabajamos, así salimos el miércoles después de comer y volvemos el domingo a primera hora de la tarde. El trayecto se hace perfectamente en dos horas.

—Guay. A ver si Clara y Julio pueden cogerse el jueves y el viernes de fiesta.

—A ver. Espero que sí, porque valdrá la pena. Clara al menos solo tendría que dejar el salón de uñas en manos de sus chicas.

—La arrastraremos con nosotras por las malas, como se le ocurra decir que no.

Reímos.

—Y Julio seguro que se apunta —comentó—. Escríbele ahora.

—¿Ya?

—¿Para qué esperar? Venga —me animó—. A Clara se lo preguntaremos cuando vayamos al supermercado.

Negué con la cabeza mientras me levantaba de la silla. Tania hizo lo mismo y recogimos la mesa entre las dos.

Cuando terminamos y lo dejamos todo lavado, nos fuimos al sofá y sentadas cómodas en él, le escribí un mensaje a Julio, con Tania casi encima de mí leyendo lo que yo ponía.

Capítulo 28



—Gracias, mamá.

La abracé.

—No hay de qué, cariño.

Me dio un beso en la mejilla.

Por más que le insistí en que no hacía falta que me ayudara en la casa de la abuela, su madre, no la convencí.

Aquí estábamos y no solo nosotras porque mi padre estaba en el jardín, por la zona de la barbacoa.

Faltaba Tania, que minutos antes nos acompañaba. Mi amiga había salido para ir a la panadería a comprar pan para todo el fin de semana. La intención era dejar fuera para hoy y el resto congelarlo para el día siguiente.

Podía aguantar sin congelar, pero de esta manera nos asegurábamos de que el pan estuviera como recién comprado.

Entre mis padres, Tania y yo habíamos limpiado sobre limpio la casa y habíamos preparado las camas, con sábanas recién sacadas de los armarios. También los colchones extras. Estos estaban tirados en el suelo, repartidos.

La bebida llevaba en la nevera desde el día anterior, como la comida que necesitaba frío. El resto de las cosas que compramos en el supermercado las repartimos por varios armarios.

—Creo que tenemos de todo —dije, pensativa.

—Si necesitáis o surge algún problema, no te lo pienses y llámanos —me pidió.

—Tranquila —le dijo mi padre.

Entró al salón por la corredera del porche que daba al jardín.

—Aquí habrá tres policías, así que dudo mucho que con ellos vayan a necesitar nuestra ayuda —le sonrió a mi madre.

Les hablé a mis padres del hermano de Clara y de sus amigos y compañeros policías. Ya conocían, aunque a algunos fuera de oída, a las ocho personas que ocuparíamos la casa de mi abuela durante hoy y mañana. Todavía no sabía hasta qué hora.

—Tienes razón —le devolvió la sonrisa mi madre—. Pero nunca sabe.

—Nos vamos ya, cariño —me dijo mi padre—. He dejado la barbacoa preparada. Ya sabes cuál es el siguiente paso.

—Gracias, papá.

Lo abracé.

—No hay de qué, hija. Disfrutad mucho. Queremos verte feliz.

—Lo sé —suspiré—. Estoy bien.

Me agarró de la cara con las manos y me dio un beso en la frente.

—Despídenos de Tania —me pidió mi madre.

—Claro —sonreí.

Nos abrazamos y nos dimos un beso en la mejilla, antes de acompañarlos hasta la puerta.

Una vez me quedé sola, hasta que volviera Tania, para lo que no faltaba mucho, no tuve nada más que hacer que salir al porche por la corredera del salón.

La carne para la barbacoa estaba en bandejas en la nevera. Habíamos preparado dos ensaladas a las que únicamente les faltaba el aliño, y el picoteo que sacaríamos, mientras preparaban la barbacoa, estaba sobre la encimera de la isla de la cocina. Todos los botes y las bolsas junto a los cuencos.

Me senté en el sofá en el que me gustaba sentarme con mi abuela y subí las piernas al asiento.

Hacía un día perfecto, precioso. No había ni una nube en el cielo y la temperatura calurosa invitaba a meterse en la piscina.

Tenía una vista perfecta de esta, del agua en calma que brillaba por los rayos del sol.

Debajo del vestido pichi vaquero corto llevaba puesto el bikini. La parte de arriba se veía, ya que no llevaba camiseta.

¿Para qué? Además, era un bikini y, en cuanto estuvieran todos aquí, nos quedaríamos en trajes de baño. Un baño en la piscina antes de que los chicos se pusieran con la barbacoa y nosotras a preparar todo lo demás, estaría genial para refrescarnos y comenzar el fin de semana.

Oí la cerradura de la puerta principal de la casa de mi abuela y no me molesté en girarme, ya que era Tania, que había vuelto de la panadería.

—Hola —me saludó y sonreí.

—Hola.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y me quedé con la cabeza inclinada hacia arriba, mirando el cielo.

—¿Algo interesante por ahí arriba? —me preguntó Tania.

Reí.

—No. Todo como siempre.

—Si es que la espinita de lo de astronauta te acompañará siempre. No puedes evitar querer surcar los cielos.

Reímos.

—Para surcar el cielo montaría en avión.

La miré de reojo.

—Mi sueño era ir al espacio, que es muy diferente.

—Para mí es lo mismo.

Se encogió los hombros y terminamos riéndonos otra vez.

Tania ya se había recuperado del todo del día tan malo que tuvo el miércoles. Me lo había contado, pero no entraré en detalles porque no era momento de ponerse triste.

A pesar de nuestro poder de recuperación, era inevitable que partes de nosotras se fracturaran cada vez que nos pasaba algo malo. No podíamos ser las mismas de antes, pero sí intentábamos con todas nuestras fuerzas que no se notara.

La impotencia de no poder evitar una desgracia pesaba demasiado y el dolor por el sufrimiento era una carga que pasaba mucha factura.

Por suerte, estábamos en nuestra profesión por vocación, por lo que no nos frenaba nada ni nadie.

—Mis padres me han dicho que me despida por ellos —le dije.

Giré la cabeza hacia ella. Tania sonrió y asintió.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté.

—Joder, bastante —rio—. Estoy deseando volver a ver a Matías y encima estaremos mucho tiempo aquí —suspiró.

—¿No te da miedo que no te corresponda?

—No. A ver, un poco sí —rectificó por cómo la miré—. A todo el mundo le echa para atrás el miedo y la vergüenza de ser rechazado, pero yo sé lo que quiero y lo que me interesa, y no voy a quedarme con las ganas.

Se encogió de hombros.

—Si cuando me insinúe a Matías, porque lo pienso hacer, él pasa de mí o me dice claramente que no le intereso como mujer, pues lo habré intentado y a la mierda todo lo demás. Sería una gran pena porque es un quesito que quería comerme, pero…

—¿Un quesito?

Solté una carcajada.

—Sí. ¿Qué pasa?

Rio también.

—Ya te vale.

—Qué poco humor, amiga.

—Claro. Será eso —dije con humor.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Piensas lanzarte a Sergio?

—No.

—¿Por qué? Joder, con el partidazo que es. Pero ¿tú lo has visto bien? —me preguntó con sorpresa.

—Te repito, como otras veces, que sí. Tengo dos ojos bien puestos y, por suerte, veo estupendamente por ahora.

—Pues no entiendo a qué vienen tus negativas. Gloria, a Sergio, de una manera u otra, le importas. Solo tienes que averiguar qué manera es. Si lo hubieras visto cuando le dije en el hospital que nos fuéramos, después de recibir tu mensaje en el que me pedías eso porque querías estar sola…

—Se preocupó como cualquier otra persona.

—No te lo crees ni tú. Fui yo la que estuvo a su lado durante el trayecto al mirador, y fue a mí a la que le dijo varias veces que no se iba a ir de la terraza del bar. Poco le importó que le dijera que ibas a tardar. Se quedó allí de igual manera porque quería volver a verte y asegurarse de que estabas bien. No hace falta que él me lo diga, ni nadie. Sé que fue de esa manera.

—Ahora somos las mejores amigas de su hermana, es normal que se preocupe por nosotras. Antes éramos desconocidas, porque lo de la noche movidita de la borrachera no cuenta para conocerse.

—Joder, qué noche. No la vamos a olvidar en la vida.

—Ya te digo yo que no. Y no sabes lo que agradezco que tenga algunas lagunas. A saber, lo que hicimos en ciertos momentos o cómo nos comportamos.

Nos miramos serias, pero enseguida soltamos una carcajada.

—Yo tampoco olvidaré esa noche porque conocí al amor de mi vida. A mi futuro marido y padre de mis hijos.

—Madre mía. ¿Qué te pasa últimamente? Damián también se te metió en la cabeza.

—No puedes compararlo —se quejó, bufando—. Lo de Damián fue una locura transitoria que me dio. Pero con Matías… —suspiró—. Sé que no me equivoco, Gloria. Puedo enamorarme mucho de él.

Por la forma en la que me miró, supe que estaba hablando muy en serio, por lo que no hice ninguna broma.

—Cuando estoy cerca de Matías, noto cosas raras. Siento que es algo importante que quiere despertar, pero que está a la espera. Y este fin de semana será la prueba definitiva. Solo quiero dejarme llevar, pasármelo bien, y si surge algo, pues será bien recibido.

—No quiero que sufras. Y ojo, con esto no estoy diciendo que Matías no se fije en ti o que no se haya fijado ya. Eres una mujer preciosa, simpática y con un carácter alegre increíble.

—Te he entendido, cariño —me dijo con un guiño—. Además, tú nunca me harías daño de ninguna manera.

—Pues claro.

Me encogí de hombros.

—Sufrir es parte de la vida, pero haré todo lo posible porque no duela de ninguna manera.

—Con eso me basta. Ya puedes volverte loca divirtiéndote, que aquí no hay peligro de terminar detenidas.

—¿Cómo que no? Tenemos a los policías en casa.

Reímos.

—Y siendo sincera, me encantaría que Matías me esposara.

Elevó las cejas, mirándome con picardía.

El timbre impidió que le respondiera. Ambas nos levantamos casi de un salto, nos miramos nerviosas, y fuimos corriendo hasta la puerta.

—Ah, eres tú —le dijo Tania a Julio, en cuanto abrió la puerta.

Apreté los labios, para no reírme.

—Joder. Menudo recibimiento —comentó él.

—Perdona —rio Tania—. Entra, que vas a chafarme el recibimiento que tengo pensado hacerle.

—¿A quién? ¿Qué dices? —le preguntó Julio.

—Tranquilo. Vas a saberlo rápido, dale unos minutos a Tania y habrá terminado de explicártelo todo —le dije—. Bienvenido.

Sonriendo, me acerqué a él y nos dimos un abrazo.

—Gracias, preciosa. —Me hizo un guiño.

—Ven —le pidió Tania, agarrándolo de una mano.

Tiró de él, llevándolo al porche.

—Yo creo que nos da tiempo a ponerte al día, antes de que vayan llegando los demás.

Julio me miró divertido y entonces sí que me reí.

Le quité la mochila que llevaba colgada al hombro y le dije que la llevaba a la primera habitación. En ella las dejarían todos, hasta que eligieran dónde iban a descansar. No solo para pasar la noche, porque lo mismo a alguno le apetecía echarse una siesta.

Capítulo 29



—Me gusta mucho la casa de tu abuela —me dijo Julio.

—Gracias. Si ella estuviera aquí, te la habrías ganado para siempre.

Reímos.

—Me acordaré y cuando la conozca se lo diré. —Me hizo un guiño.

Sonreí de oreja a oreja.

Mauro y Tania aparecieron en el porche riendo y con botellines de cervezas para todos.

Por el momento, Julio y Mauro eran los únicos que habían llegado. Clara venía en el coche de su hermano, con Ingrid y Matías.

—¿Le escribo en el grupo? —me preguntó Tania, impaciente.

Se sentó a mi lado.

—Como quieras —le contesté.

Me llevé el botellín a los labios y le di el primer sorbo. Era la segunda cerveza y con el estómago casi vacío. Bebía despacio para no arruinar el fin de semana antes de tiempo.

Para que la cerveza no me sentara mal, había ido varias veces a la nevera a comer lo primero que cogí. No había preparado picoteo para nosotros cuatro porque los chicos me habían dicho que no hacía falta, que podían esperar a los demás.

Yo no. Por eso comía de vez en cuando. No quería abrirles la puerta a los policías cantando y bailando, o gritando muerta de la risa. Todo podía ser.

Tania también había comido algo. Por ahora ambas nos manteníamos bien y estábamos tomándonos con calma la bebida.

Era la una de la tarde. Los que faltaban debían estar a punto de llegar.

—Si queréis, puedo ir encendiendo la barbacoa para que el carbón esté listo para dentro de un rato —comentó Mauro.

—No sé —dije pensativa—. Había pensado en darnos un baño cuando estuviéramos todos y después, mientras vosotros preparáis la barbacoa, nosotras preparar el picoteo. Pero van a llegar casi para comer.

—Tú mandas, preciosa —me dijo Mauro, con un guiño—. Y no te preocupes por la hora. No creo que a ninguno nos importe. Hoy es para disfrutar sin estar pendiente de nada. Si tenemos hambre, comemos. Si nos entra sueño, la hierba está fresquita donde da la sombra, pues nos tumbamos. Así irá la cosa.

—Suena bien —sonreí—. Yo también puedo ponerme con la barbacoa. Mi padre me enseñó hace años.

—Yo no he tocado una en mi vida, a mí me va más lo que sale de ella —habló Julio.

Soltamos una carcajada.

—Lo tengo todo controlado, o lo tendré —dijo Mauro.

Estaba deseando que llegaran ya porque estaba nerviosa por ver el momento en el que Clara viera a Mauro y entendiera lo que significaba que estuviera en la casa de mi abuela.

En cierta manera, sentía que le estaba devolviendo lo que nos hizo a Tania, a Julio y a mí con lo de su hermano y Matías. Cuando se guardó para ella quiénes eran, una vez que descubrió la identidad de los policías que Tania y yo le detallamos a la perfección.

Pero no era esa mi intención. No quería devolverle nada, pero sí ayudarla con un pequeño empujón con Mauro. No tenía ni idea de cómo saldría este encuentro, pero ¿qué era lo peor que podía suceder entre ellos? Que se hicieran amigos y se lo pasaran genial, porque Mauro era un tío estupendo y, si Clara no quería nada con él, Mauro se lo pondría muy fácil.

El botellín casi se me resbaló de la mano cuando el timbre sonó. Tania y yo nos levantamos de un salto, provocando que Julio y Mauro rieran.

Esos dos se habían caído genial, pero era lo normal por el carácter de ambos. Tania los había puesto al corriente de sus planes y de cómo quería que terminara el fin de semana para todos.

Yo me limité a escucharla y a observar a Julio cuando mi amigo buscaba mi mirada, entre divertido y muy entretenido.

—Bueno, ¿alguna de las dos va a abrir la puerta o voy yo? —nos preguntó Mauro, riendo.

Tania y yo nos habíamos levantado muy rápido, pero no nos movimos más.

—Joder. Estoy nerviosa —dijo mi amiga, riendo.

—Ve tú —le pedí a Mauro—. Clara va a flipar.

—Es capaz de pensar que se ha equivocado de casa —comentó Julio, con diversión.

—Hostia, esa sería buena —rio Tania—. ¿Os imagináis que se lleva a los demás? Ah, no, eso sí que no. No puedo quedarme sin Matías. Ve a abrir —le pidió también a Mauro.

—Por favor y gracias —dijo él.

Pasó por nuestro lado riendo y Julio fue detrás de él. Tania y yo los seguimos de cerca porque queríamos ver la primera reacción de Clara cuando Mauro le abriera la puerta de la casa de mi abuela.

Sucedió como imaginé. Clara estaba la primera, por lo que solo la vimos a ella cuando Mauro abrió. Pero ella ni nos vio, ya que, al encontrarse con Mauro, agrandó los ojos al máximo y se quedó sin respiración por la impresión.

—¿Qué…?

—Hola, preciosa —la saludó Mauro—. Bienvenida.

—¿Mauro? —preguntó Clara, sin creerse lo que estaba viendo.

—¿Quién es Mauro? —preguntó Sergio.

Se puso al lado de su hermana, observando a Mauro. Este último se lo estaba pasando en grande con la situación y las reacciones.

—Esa no es la pregunta correcta —dijo Matías—. El tema es, ¿por qué Mauro está mirando a tu hermana como si quisiera comérsela? —le preguntó a Sergio, con diversión para picarlo.

—¿Eres tonto? —se dirigió a él Sergio.

—No ofendas a mi inteligencia, hombre —se quejó Matías.

Soltó una carcajada y Sergio negó con la cabeza.

—Matías es un amigo y está invitado a este fin de semana —dije, captando la atención de todos—. Os va a caer genial. Es una persona increíble.

—Gracias, preciosa.

—Eso es para que continúes invitándome en el bar del hospital. —Le hice un guiño.

Mauro soltó una carcajada.

—Aclaradas todas las dudas… —habló Julio—. Disculpadme, pero en la calle hace mucho calor a estas horas y aquí hay una señorita que necesita más que nadie resguardarse y tomar algo fresco.

Mientras hablaba se dirigió a la puerta y, esquivando a Clara, que todavía no se había recompuesto de la sorpresa, le ofreció una mano a Ingrid y esta se la agarró encantada y con una sonrisa de medio lado.

Entraron en la casa los primeros y después lo hicieron todos los demás. Clara, empujada por Matías, mientras este reía. Fue el encargado de cerrar la puerta.

Sergio observó a su hermana y a Mauro con una ceja arqueada, pasando la mirada de uno a otro.

—Me presento —dijo Mauro, dando un paso al frente.

Se ganó la atención de todos.

—Mi nombre es Mauro. Trabajo en el bar del hospital, por eso conozco y me considero amigo, aunque sea un poco, de Gloria y Tania. Soy camarero allí y en ese lugar también conocí a Clara. Desde que sufrió el accidente en la mano ha ido más a menudo al hospital.

Fui directo y claro, de frente, con lo que se ganó al instante la aceptación de todos.

—Sergio —se presentó, ofreciéndole una mano.

Sonreí porque la seriedad de Sergio había desaparecido. Me pilló por sorpresa la paz que sentí al saber que no estaba molesto.

Era evidente cómo se miraban Clara y Mauro, y eso que acababan de verse. Pero eso no fue lo que preocupó a Sergio. Lo que sí lo hizo fue no conocer al hombre por el que su hermana se había quedado paralizada, lo que para Sergio debía significar mucho.

Nadie mejor que él para conocer a fondo a Clara, por lo que Sergio había captado lo que había.

A Clara lo que le pasaba era que, desde que le dije que Mauro estaba interesado en ella, no podía evitar ponerse nerviosa cuando él estaba cerca o cuando nos escuchaba a Tania y a mí hablar de él. Lo que últimamente habíamos hecho a propósito, para ponerla a prueba.

No había superado ninguna de las pruebas, por lo que sabíamos que el interés de Mauro por Clara también era compartido por Clara hacia él.

Después de la presentación de Sergio llegaron las de Matías e Ingrid. Por último, saludamos los demás a los recién llegados.

—Hola, Gloria —me dijo cuando fue mi turno.

—Hola, Sergio —le correspondí—. Me alegro de que os hayáis animado a venir el fin de semana.

—Imagino que cuando se lo dijiste a mi hermana no esperabas que aceptáramos la invitación. Al menos yo.

—Sinceramente, no. Me sorprendisteis, sobre todo tú.

—Me alegro —sonrió de medio lado.

Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla, como había hecho con los demás. Necesitaba que fuera rápido para alejarme cuanto antes de él, ya que olía de maravilla y estaba demasiado guapo.

Pero con este hombre nada me salía como esperaba. Antes de que acercara los labios a su mejilla, él me rodeó la cintura con un brazo y unió sus labios a mi cara, pegando mucho mi cuerpo al suyo.

Contuve la respiración, al mismo tiempo que me estremecía y me encogía un poco, por las sensaciones que me recorrieron.

Alargó el contacto, manteniéndome cerca, hasta que se apartó despacio y nuestros ojos se encontraron, mientras se ponía recto delante de mí.

Me entraron ganas de rodearme la cintura con los brazos cruzados en la barriga, cuando dejé de sentir su brazo a mi alrededor.

Agradecí que Julio y Mauro le hablaran de la barbacoa, ya que estaban comentando con Matías, yo qué sé, de ella. Mauro y Julio se llevaron a Sergio y a Matías hacia el porche, para enseñarles el jardín y la barbacoa.

Dentro de la casa nos quedamos las chicas. Y yo terminé ruborizándome, cuando me di cuenta de que las tres me observaban con una media sonrisa.

¿Tanto se me había notado? Por lo visto, sí, aunque esperaba que el único que no se hubiera dado cuenta fuera Sergio. Por mi salud mental durante el fin de semana.

Capítulo 30



Sergio

—¿Es interesante vuestra vida como policías? —nos preguntó Mauro a Matías y a mí.

Lo miré divertido, con una sonrisa.

Me llevé el botellín de cerveza a los labios. Julio nos había traído a todos hacía unos minutos.

Estábamos en el jardín, en una parte que daba la sombra y cerca de la barbacoa.

Habíamos dejado el carbón encendido, para que fuera poniéndose a punto para la primera ronda de carne. Aunque para eso aún quedaba un rato.

Observé con curiosidad a Mauro, mientras hablaba con Matías. Mi amigo estaba contestándole lo «interesante» que era nuestra profesión.

La reacción de mi hermana la había delatado y de Mauro no podía decir nada diferente, porque desde que nos abrió la puerta y fijó la mirada en Clara, dejó a la vista que había algo no dicho con ella.

En esos temas la experta era Ingrid, pero había sido tan evidente todo que yo no había tenido problema en diferenciar cómo estaba el tema.

Miré hacia las chicas, bebiendo otro trago de cerveza.

Estaban en el porche, hablando y riendo. Ingrid se veía una más del grupo. Había encajado de maravilla con Gloria y Tania. Mi hermana e Ingrid se querían mucho, de manera que Clara estaba descartada a la hora de hablar de nuevas conexiones.

Intenté mantener la seriedad para no delatarme, ya que me entraron ganas de reír cuando vi cómo mi hermana miraba disimuladamente hacia nosotros.

Por el momento Mauro me había caído bien y esperaba que continuara siendo así, para no sacarle fallos.

Ingrid y Julio no se cortaban. Sus miraditas eran constantes y algo que me gustaba de Julio era que, desde que Ingrid le dejó claro en el bar del mirador que le gustaba, él miraba mucho por ella y su embarazo. Eso lo hacía ganar puntos a la velocidad de la luz.

Solo esperaba que Ingrid supiera bien lo que estaba haciendo, porque si enamoraba a Julio y después todo quedaba en nada… Me refería a que yo no sentía que mi amiga estuviera por la labor de comprometerse con nadie para iniciar una relación sentimental ni de cualquier tipo.

Julio no se merecería que le hiciera daño de esa manera, aunque quién sabía, lo mismo era Ingrid la cazada sin darse cuenta.

El tema de las parejitas estaba muy caliente y activo, aunque la mayoría de esas parejas no se hubiera acercado con intenciones claras. Estaba seguro de que eso cambiaría este fin de semana. Teníamos muchas horas por delante, el resto del día, la noche y el inicio del día siguiente.

Incluso yo notaba los efectos de tanto tiempo.

Entre Mauro y mi hermana, Ingrid y Julio, y Matías y Tania, porque estos dos no se quedaban fuera de la tensión que desprendían…

Y los que quedábamos, Gloria y yo, de nosotros mejor no hablaba porque podía descontrolarme demasiado y venir arriba. Eso sería fatal porque entonces daría rienda suelta a lo que deseaba.

—¿Por qué vas a negarte el disfrutar, tío? —me preguntó Matías, cuando lo recogí en su casa, antes de ir a por Ingrid y mi hermana.

Esa pregunta continuaba dando vueltas en mi cabeza. ¿Por qué? ¿Qué mal hacía si provocaba que entre Gloria y yo sucediera algo? No tenía nada de malo y mi cuerpo lo estaba deseando, pero, al mismo tiempo, sí que tenía una cosa mala.

No quería pensar en eso en este momento ni en las siguientes horas. Como tampoco en la necesidad que sentía. Esta cada vez se hacía más fuerte, lo que me dificultaba centrarme en otras cosas.

—De mi vida os he hecho un buen resumen —dijo riendo Mauro.

Matías debía haberle preguntado después de contestarle a Mauro sus dudas.

—Aunque el trabajo en el hospital no es el definitivo —continuó hablando.

Captó mi atención.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Julio.

—Llevo un tiempo pensando bien cómo voy a hacerlo, el mismo que llevo ahorrando.

—¿Para qué? ¿Qué tienes en mente? —se interesó Matías.

Sabía que estaba haciendo hablar a Mauro por mí, para que me enterara de las máximas cosas de él. Lo dejé hacer porque la conversación servía para conocernos todos, no solo a Mauro.

—Quiero abrir mi propio negocio. Un restaurante. Tengo mirado el local. Hace meses que está en alquiler y sería el perfecto, para lo que tengo pensado —habló con ilusión—. Espero llegar a tiempo.

—Será por locales… —comentó Julio—. Si no es uno, será otro. Me alegro, tío. Pinta muy bien, aunque también te oprimirá durante los primeros años.

—Lo sé. Estoy preparado para todo.

—Pues entonces no hay más que hablar —comenté—. Hazlo, sin miedo. Vive y dales forma a tus sueños.

—Joder, tío, cuando te pones profundo…

Después del comentario de Sergio, soltamos una carcajada.

—Eh, ¿chicos? —gritó Ingrid.

Cuando la miramos, volvió a hablar.

—¿Cómo va esa barbacoa? Estamos hablando de darnos un baño y después, mientras nos secamos, hacer un picoteo y comenzar con la barbacoa.

—A mí me parece perfecto —alzó la voz Mauro—. Vamos muy bien de tiempo.

Ladeé un poco la cabeza, al ver la pequeña sonrisa que quiso ocultar mi hermana.

—Genial —dijo Tania—. Pues vamos al agua. ¡El que no lleve su botellín de cerveza no puede entrar en la piscina! —dijo riendo.

Vimos cómo las cuatro se quitaban la ropa, sonriendo y riendo.

Yo solo pude fijarme bien en una mujer, la que vestía un vestido vaquero tipo pichi que dejaba ver en la parte de arriba cómo era su bikini y el color.

No estaba preparado para la imagen que ofreció Gloria al quitarse el vestido despacio y después al verla únicamente con el bikini.

Los puñeteros trozos de tela, muy pequeños, estaban diseñados para provocar infartos. Ninguno de los chicos miró más de unos segundos a Gloria, ya que estaban muy entretenidos con sus propios intereses que acabaron con la misma poca ropa que Gloria.

Las chicas se alejaron del porche y fueron hacia la piscina. Los cuatro las seguimos con la vista, como cuando entraron en la piscina por los escalones de obra. La piscina tenía una entrada muy cómoda y segura.

—¿Todas saben nadar? —preguntó Julio.

—Sergio y yo solo podemos responder por Clara y por Ingrid. Ellas sí —le contestó Matías—. ¿Lo preguntas por algo en especial?

—Es solo que una vez tuve una mala experiencia con alguien y no lo pasé nada bien.

—Quédate tranquilo —le pedí—. Mira, Tania y Gloria también saben moverse en el agua perfectamente.

Así era y lo demostraron mientras se movían con facilidad de un lado al otro de la piscina. Ingrid, después de darse un chapuzón, se sentó en uno de los escalones. El agua le llegaba por la barriga.

Sin ropa se le veía una curva pequeña muy bonita.

Clara se lanzó detrás de sus amigas y se movió con ellas.

—Vamos a refrescarnos —dijo Matías.

Dejó su botellín en la hierba, antes de quitarse de un tirón la camiseta. La lanzó cerca del botellín y salió corriendo hacia la piscina. Ingrid soltó una carcajada por el sobresalto que les dio a las otras tres, ya que se lanzó en bomba muy cerca de ellas. Controló la distancia.

Julio y Mauro lo siguieron, pero fueron mucho más tranquilos. Ambos se lanzaron al agua sin correr y de manera más suave.

Me quité la camiseta y la dejé en un arbusto que hizo de percha. Me había traído ropa de repuesto suficiente, al igual que todo lo necesario para pasar la noche aquí. Lo tenía en la mochila que dejamos en la primera habitación, al poco de llegar.

Solté el botellín cerca de la barbacoa y caminé hacia la piscina, notando cierta mirada que me agradó.

Para distraerme y que mi cuerpo no me jugara una mala pasada, antes de poder refrescarme en el agua, pensé en que la abuela de Gloria tenía una casa preciosa.

Aparte, era muy grande. La vivienda era muy espaciosa, con muchas estancias, y el jardín tenía un tamaño perfecto. La gran piscina no lo hacía parecer más pequeño, porque no lo era.

Yo fui el más tranquilo de los cuatro, ya que entré en la piscina bajando los escalones. No me apeteció lanzarme de golpe.

—Hola, guapetón —me dijo Ingrid, cuando pasé por su lado.

—Hola, preciosa —sonreí de medio lado—. Voy a alejarme rápido de ti. Noto la mirada de alguien que está a punto de hacerme desaparecer debajo del agua.

Me referí a Julio y mi amiga rio con ganas.

—Lástima que no lleves la pistola encima —me dijo con diversión.

—Joder —se quejó Matías—. Me acerco a vosotros y lo primero que escucho es lo de la pistola.

Ingrid y él rieron.

—Has cometido un gran fallo, preciosa —continuó hablando Matías —. Parece que se te ha olvidado que nosotros siempre llevábamos las pistolas encima y muy bien cargadas.

Ingrid le lanzó con fuerza agua y Matías huyó riendo.

Yo terminé de bajar la escalera y apoyé la espalda en la pared de la zona en la que cubría menos. El agua me llegó por debajo de la cinturilla del bañador. Suficiente por el momento.

—¡Oye! ¿Y vuestras bebidas? —nos preguntó Tania.

—Hay tiempo para todo, preciosa —le dijo Matías.

—Me gustaría que me dijeras para qué.

—¿Quieres que te detalle todo lo que podemos hacer? —le preguntó Matías, con picardía.

—¿Quieres que te lo diga yo? Es que, si no, no es lo mismo, y me llevaré una gran decepción contigo. Es demasiado pronto para eso —suspiró ella.

—¿Decepción?

Matías llegó hasta ella nadando y se paró enfrente.

—Ven a esa esquina. Vamos a organizar el día y me explicas bien eso de la decepción.

—Y la noche —añadió ella.

—Por supuesto. Solo quería ir despacio.

—No tienes por qué. No voy a salir corriendo asustada.

Se mordió el labio inferior.

A Matías se le fueron los ojos hacia lo que se hacía y se acercó un poco más. Le dijo algo que nadie más escuchó, pero que tuvo que ser importante y determinante, porque Tania se ruborizó.

Mi amigo nadó hacia la esquina más alejada de la piscina y Tania no dudó en seguirlo. Esta vez fue ella la que se quedó muy cerca de él, pero mi amigo invirtió las posiciones.

La agarró de un brazo y deslizó su cuerpo por el agua, hasta que dejó a Tania entre la pared de la piscina y su cuerpo.

Cuando desvié la mirada, satisfecho porque estaba sucediendo todo lo que Matías había esperado que ocurriera, me encontré con los ojos de Gloria.

Ella estaba apoyada en el poyete de uno de los laterales de la piscina y me sorprendió que, por una vez, fuera tan directa. Continuó observándome sin cortarse.

Capítulo 31



Gloria

No podía apartar la mirada de la de Sergio. Lo había intentado varias veces y no lo había conseguido.

Hasta que la risa de Clara y un chapoteo me hicieron bajar la vista al agua.

Después observé a mis amigos y sonreí. Mauro había conseguido que Clara se relajara e incluso jugara, que era lo que estaban haciendo en el agua. Se perseguían el uno al otro, lo que me daba a mí que terminaría muy, pero que muy bien.

Solté un suspiro, al darme cuenta de que Tania también estaba muy ocupada con Matías, hacia una de las esquinas más alejadas, e Ingrid y Julio conversaban sentados en la escalera de la piscina.

Sergio y yo éramos los únicos que nos manteníamos alejados y no supe por qué, pero de repente me dio un pequeño bajón de tristeza. Tal vez fue debido a que me sentí fuera de lugar.

Por ese motivo, o por el que fuera, me solté del poyete y nadé hacia la escalera.

—¿Sale ya? —me preguntó Julio, extrañado.

—Sí, pero vuelvo rápido —le contesté, para que se quedara donde estaba—. Voy a sacar la primera bandeja de carne, para dejarla en la mesa del porche. Pero lo principal es que necesito ir al baño, señor que quiere saberlo todo —le dije con diversión.

Julio rio e Ingrid sonrió.

—Muy bien, preciosa.

Subí los escalones y fui directa a la silla donde mi madre dejó toallas dobladas para todos. Cogí la de arriba, me sequé el cuerpo todo lo rápido que pude y me quité el exceso de agua del pelo.

Al terminar, me enrollé la toalla al pecho y fui hacia la casa.

Pasé por el porche y entré en el salón.

Cuando quise marcharme de la piscina por un rato, no tuve la intención de sacar una bandeja de carne al porche, ya que lo único que quería era tomar un poco de distancia de todo.

Pero fue lo primero que se me ocurrió decir a la pregunta de Julio, de manera que ahora no me quedaba más remedio que cumplir con lo que había dicho.

Cogí de la nevera la bandeja y la llevé a la mesa del porche. Después volví a entrar en la casa y me dirigí al baño, pero no al que había cerca del salón. Elegí el de mi habitación en la casa de mi abuela, para que fuera lo más privado posible.

Así me aseguraba que estaría tranquila e incluso podía estar en la habitación un rato, no encerrada en un baño.

Nada más llegar a la habitación y cerrar la puerta, fui al baño. Era una lástima que a mi abuela no le gustara tener pestillos en las puertas, porque me habría venido de maravilla tener uno en la de mi habitación.

No entendí ni lo que se me pasaba por la cabeza. Estaba fatal porque pensaba como si Sergio fuese a venir a buscarme y que en cualquier momento golpearía la puerta de mi habitación.

Solté un bufido, muy agobiada de repente. Lo que me sucedía se debía a la frustración que yo misma me creaba con cierto hombre, una y otra vez.

¿En qué momento se había metido tan dentro de mí? ¿Por qué me sentía así, cuando no habíamos tenido un acercamiento que me hiciera creer que yo le interesaba a Sergio?

Se me había ido mucho de las manos y todo era mi culpa. ¿La manera en la que creía que me miraba? Cosas de mi imaginación. ¿La forma en la que me trató el día del hospital y lo insistente que fue para esperarme en el mirador? Algo normal, de una persona con corazón.

¿Dónde había visto un posible algo más? Alucinaba conmigo misma. No me había pasado nunca, el ilusionarme con alguien por señales que solo estaban en mi cabeza, ya que era lo que quería que sucediera.

Al entrar en el baño me quité la toalla y la dejé colgada. Cogí otra seca y por unos instantes me observé en el espejo, haciendo una mueca. No fue por lo que vi. Fue por lo que sentía y la manera en la que me había complicado la vida a nivel sentimental.

En todas las relaciones que había tenido en mi vida, o más bien, en todos los intentos de relaciones, yo había sido la última en mostrar sentimientos y en tenerlos un poco más intensos. No estaba acostumbrada a sentirme tan vulnerable por el miedo y la incertidumbre.

El problema de que Sergio fuera el hermano de mi amiga estaba ahí, ya que estábamos condenados de por vida a vernos. Por suerte, no muy a menudo, pero aun así…

Solté un suspiro cansado porque, después de lo de Ernesto, lo que menos necesitaba era sufrir por algo que no tenía sentido.

Me repetí una y otra vez cómo narices había llegado a este punto. Llegué a la conclusión de que estas cosas sucedían sin que las vieras venir, cuando menos importancia les dabas a las cosas.

Con la toalla seca volví a la habitación y fui hasta la cama. Extendí la toalla y me tumbé bocarriba sobre ella.

El cuerpo lo tenía seco, pero el bikini estaba muy mojado. Noté cómo se humedecía la toalla debajo de mí, en las zonas del bikini y la cabeza, por el pelo.

Cerré los ojos y me permití dejar de ser la anfitriona. Me sentía muy segura con todas las personas que había invitado.

Para distraer la mente, pensé en decirle a Clara que quería coger día y hora para hacerme las uñas. No sabía si me atendería ella ahora que ya tenía la mano bien, o cualquiera de las otras chicas.

Comencé a visualizar cómo quería que me las hicieran. Lo único que tenía claro era que las quería cortas porque para mi trabajo necesitaba comodidad y que fuera práctico.

Pensando en ello y viendo modelos de uñas en mi mente, fui dejando de enterarme de todo porque me dormí sin darme cuenta.

Durante un rato que no supe cuánto duró, me sentí muy bien descansando cómodamente.

Sentí que me giraba, como si estuviera despertándome y comenzara a ser consciente de mi cuerpo.

Abrí los ojos despacio y la ventana apareció a unos metros de distancia. Sonreí un poco, al oír las risas y los chillidos de mis amigos. Me acordé perfectamente de que estábamos en la casa de mi abuela, hasta mañana domingo.

Mi sonrisa se hizo más grande cuando escuché a Tania decir varias veces el nombre de Matías, entre risas fuertes y nerviosas.

Él debía estar siguiéndola por el jardín y esperaba que la alcanzara con muchas ganas. Por lo que había visto desde que llegó Matías, todas las interacciones con Tania habían sido muy buenas. Al igual que sus miraditas.

Todo marchaba según los planes de mi amiga y yo no podía estar más feliz por eso.

Me haría muchísima ilusión también que Julio y Clara consiguieran lo mismo. Con Julio lo tenía más claro. Por el momento, el sábado estaba yendo genial y todos estaban contentos.

Eso ya lo era todo, y aparte, estaba lo demás que llegara para cada uno.

Me quedé en la cama unos minutos más, sin apartar la vista de la ventana. Disfruté de los sonidos que me llegaban a través de ella. Estaba abierta.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando noté por el rabillo que algo se movía a los pies de la cama.

Cuando miré tranquilamente para ver qué era, moviendo los ojos lentamente hacia abajo, dejé de respirar por la sorpresa que me llevé al encontrarme a Sergio apoyado en una de las columnas del dosel de la cama.

De repente sentí que el bikini no era ropa suficiente para este momento inesperado. O al revés, tal vez el bikini sobraba en mi cuerpo, por cómo me observaba en silencio Sergio.

—¿Qué… qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —le pregunté.

Conseguí hablar, pero mi voz sonó un poco ronca y débil debido a los nervios.

No me atreví a moverme. No pude. Mi cuerpo no reaccionaba a mis órdenes, pero en cambio se calentaba cada vez más por la presencia de Sergio.

Él tampoco llevaba mucha ropa, lo que era un gran problema. Se me iba la vista hacia donde no debía mirar, porque tenía mucha piel y músculos a la vista.

Había subido únicamente con el bañador mojado. Un mechón húmedo por el baño le caía hacia la frente. Tenía el pelo alborotado, como si se hubiera pasado las manos repetidas veces.

—Pensaba que a la que le había pasado algo era a ti —me contestó.

Su voz también sonó diferente.

—Tardabas mucho en volver —me aclaró, aunque no hubiera hecho falta—. Te he buscado y he terminado aquí porque quería asegurarme de que todo estaba bien.

—Ya ves que sí —susurré.

—Ya… veo demasiado.

Tragué saliva, obligando a mi cuerpo a mantenerse estirado en la cama. Cuando tuve el control sobre él, fui muy consciente de lo que estaba viendo Sergio y no quise ponérselo fácil.

—He llamado a la puerta antes de entrar. Era el último sitio que me faltaba por mirar. Me he recorrido toda la casa porque no sabía dónde podías estar. He golpeado la madera, pero no has respondido. Cuando he entrado, te he visto y he entendido por qué.

—No quería preocuparos. Solo… he necesitado descansar un rato.

—Los demás se lo están pasando tan bien y están tan entretenidos con sus cosas, que no se han dado cuenta del tiempo que hace que te has ido de la piscina.

—Lo imagino —susurré.

—¿Cómo estás? ¿No te encuentras bien?

Capítulo 32



Sergio

—Estoy bien —me contestó.

—¿Por qué te pedía el cuerpo descansar? —continué con las preguntas—. ¿Duermes bien por las noches?

—No me pasa nada. Te recuerdo que la enfermera soy yo y que a ti lo que te va es detener a los malos.

Noté la diversión en su voz y sonreí de medio lado.

Me aparté de la columna del dosel y caminé por el lateral de la cama. Gloria no me perdió de vista y me miró más asombrada que al principio, cuando me senté en el borde de la cama.

—Puedes bromear, pero no vas a despistarme. Es evidente que te pasa algo, otra cosa es que quieras decírmelo —le comenté para que dejara de ocultarse detrás de las palabras.

Se puso más en tensión cuando apoyé una mano en la cama, girándome hacia ella.

—Y no pasa nada porque no quieras contármelo. Entiendo que no tienes la confianza suficiente conmigo para que me digas cómo estás, aunque creí que después de comer y de pasar un tiempo juntos, algo habíamos avanzado.

—Y así fue —susurró.

—Y por qué no me hablas claro y me dices que todavía es muy pronto y te vienen momentos malos.

—Porque lo que me ha traído hasta mi habitación no tiene nada que ver con Ernesto —me confesó, con un suspiro.

—¿Entonces? ¿Te has agobiado con tanta gente en la casa?

Negó con la cabeza, apretando los labios.

La observé en silencio, durante un buen rato. Gloria tampoco volvió a hablar.

—Así que esta es la habitación en la casa de tu abuela —comenté.

Eché un vistazo, con curiosidad.

—Sí —sonrió—. Aquí me quedo cuando vengo a pasar unos días con ella. Aunque podemos vernos a diario si queremos, nos gusta pasar muchas horas juntas.

—Eso es bueno.

—A mi abuela le caerías muy bien.

Busqué su mirada.

—¿En serio? Pues menos mal, porque con la nieta ya no sé qué hacer para demostrarle que mi faceta de policía «simpático» solo la saco cuando la ocasión lo requiere —hablé con diversión.

Gloria sonrió.

—Clara te ha dicho lo de «simpático».

Asentí a su afirmación.

—Al menos elegiste una buena palabra, aunque la dijeras con el sentido contrario.

Arqueé una ceja, pero acabé sonriendo cuando escuché su risa.

—¿Te parece bien mi cercanía o quieres que me aleje? —le pregunté.

Necesita tantearla de una vez por todas.

No había querido insistirle, pero yo sabía muy bien cuál era uno de los motivos por los que había entrado en la casa. Gloria no se dio cuenta de cómo miró a sus amigos y a los míos, juntos por parejas, antes de salir de la piscina.

Para mí fue evidente lo que le pasó por la cabeza en ese instante, así como sus ojos me dieron la razón.

Por todo ello estaba dispuesto a llegar al final, para que se quitara todas las capas con las que se ocultaba por miedo o por vergüenza.

—Estamos bien así, ¿no?

—Yo sí. Perfectamente —le contesté con calma.

Y lo hice recorriendo con la vista desde su cara a su ombligo. Para continuar hacia abajo debía girarme más y ahora mismo no quería hacerlo. Me estaba saliendo demasiado bien, como para estropearlo con un mal movimiento.

—¿Sueles tener tanta cercanía con tus amigas o con las de tu hermana? —me preguntó.

Me esforcé por no cambiar la expresión.

—Depende.

Frunció el ceño por mi respuesta.

—¿De qué depende? ¿Qué quieres decir? —quiso saber.

—Depende de lo que me gusten o no esa amiga. Depende de si el sexo está claro entre los dos. También depende de lo atraído que me sienta y de lo cachondo que me ponga.

—Joder… —susurró, sorprendida por mi contestación clara, directa y sin frenos.

Había abierto los ojos al máximo, otra vez.

—Sí, ese suele ser el final si lo que acabo de decir se une para ir dirigido a una sola persona. Aunque, para ser sincero, con solo uno de los tres «dependes» que te he dicho tendría bastante para joder. Sí.

—Sergio…

—Y si todavía no te ha quedado claro… He acortado tanto la distancia porque me gustas y me siento muy atraído por ti. Contigo cerca noto que debo estar conteniéndome todo el tiempo, porque nada me gustaría más en este momento que tener claro el sexo contigo, para subirme a esta cama.

Me miró con la boca abierta.

—Ya está, cuando quieras puedes volver a respirar. Estaría bien que lo hicieras, a no ser que sea tu estrategia para que te haga el boca a boca.

Gloria me sorprendió soltando una carcajada.

La observé sonriendo, disfrutando de verla reír, relajada y feliz. Su pecho se movió acelerado, parte en la que fijé la vista para ver cómo sus pechos se balanceaban tentadoramente por debajo de la fina tela del bikini.

—Dios… —dijo.

Se tapó la cara con las manos y esperé a que dijera algo más.

—¿Qué?

No pude esperar más.

—Que no me lo creo. —Bufó.

—¿Mi interés por ti? —le pregunté con una ceja arqueada.

—Sí —me confirmó, antes de morderse el labio inferior.

—¿Cómo te sientes por eso?

—Demasiado bien.

Su contestación me gustó. Aunque me gustó muchísimo más que no negara lo evidente.

—Creo que estoy todavía dormida —susurró.

—¿Soñando?

Ladeé la cabeza.

—Sí.

—¿Quieres que te haga disfrutar de este sueño? Así te demostraría mi interés por ti y no te quedaría más remedio que creerme.

—¿Qué harías para entrar en mi sueño? —me preguntó moviéndose un poco sobre la toalla.

Sonreí de medio lado.

—A partir de ahora es cuando llega la acción y todo se hace realidad. Recuerda que estás en tu sueño, pero que soy yo el que lo domina. Solo tienes que dejarte llevar y disfrutar de lo que vas a sentir. ¿Quieres que siga? ¿Quieres ese sueño? ¿Estás dispuesta a…?

—Sí a todo —me interrumpió, con un pequeño jadeo.

Asentí despacio, sin apartar la mirada de la suya. Algo diferente tuvo que ver en la mía, como la intensidad, el deseo o el fuego que me abrasaba, porque Gloria agrandó los ojos de nuevo y entreabrió los labios, para hacer varias respiraciones profundas.

Me levanté despacio de la cama y dejé que me observara bien. Todo de mí.

Recorrió mi cuerpo con la vista, con la libertad que no había tenido hasta ahora. Cuando llegó a mi miembro abultado por dentro del bañador, el que era imposible no ver, ya que tenía una erección tremenda, se humedeció los labios, provocando que mi respiración se acelerara.

No esperé más tiempo, tiré hacia abajo de la cinturilla del bañador, lanzándome de cabeza a lo que había iniciado.

Mi miembro saltó libre y me puse más duro por cómo me observó.

—Esto tiene que ser un sueño —susurró.

—Hemos quedado en que sí. Es tu sueño.

—Lo digo de verdad.

—Ahora voy a demostrarte hasta qué punto lo es.

Me saqué el bañador por los pies, apartándolo para liberarme.

Completamente desnudo frente a ella, yo también la observé sin cortarme.

—Sergio… La puerta.

—Ya he visto que no hay pestillo. Lo que no me preocupa porque en lo que menos piensan los demás es en moverse.

Me giré dándole la espalda y sonreí el sonidito que hizo.

Caminé hasta la ventana abierta y, efectivamente, como ya pensaba, todos estaban repartidos por el jardín y continuaban en parejas.

Matías y Tania se habían ido hacia las tumbonas y ocupaban una para los dos. Clara y Mauro seguían a remojo en los escalones de la piscina. Muy juntos. E Ingrid y Julio se habían trasladado a un balancín. Mi amiga estaba sentada de lado, con las piernas estiradas y encima de las de Julio. Él se las acariciaba mientras hablaban y se sonreían.

—Como decía. A esos no los mueve ahora ni el carbón de la barbacoa que ya debe estar consumido ya —dije con diversión

—Hay más carbón.

Asentí.

—Por cierto, he vuelto a meter la bandeja de carne en la nevera.

La miré por encima del hombro.

Ya no estaba tumbada. Se había sentado con las piernas caídas por el lateral. Tocaba el suelo con los pies.

—Bien pensado.

—Pues sí, porque al paso que va la comida, me parece que será la merienda o la cena.

Sonrió.

—Ven aquí —me pidió.

Mi miembro brincó de alegría.

—Estás muy lejos y mi sueño no era así.

Se mordió el labio inferior.

—¿Cómo comenzaba tu sueño? —le pregunté mientras me acercaba despacio.

—Contigo desnudo encima de mí.

—Pues vamos a solucionar ese pequeño problemilla.

Me paré frente a ella y le acaricié la mandíbula, recorriéndosela, para llevar al final varios dedos a sus labios.

Se los presioné, deslizándome de una comisura a otra, provocando que los entreabriera. Aproveché para meter un dedo dentro de su boca y Gloria lo captó al instante.

Solté un pequeño gruñido de satisfacción, mientras su lengua me lo lamía y su boca lo acogía y succionaba.

—En este sueño vas a tener la boca muy llena, preciosa.

Jadeó con mi dedo dentro.

—Sí, pero para eso habrá que esperar. Este sueño se va a alargar hasta mañana, repartiendo los momentos a lo largo de las horas. En este instante voy a hacer realidad tu sueño.

Saqué el dedo de su boca y me incliné hacia abajo, hasta que dejé la cara a la altura de la suya.

—Más adelante haré realidad los míos —le dije mirándole los labios —. Tenemos mucho trabajo por hacer. ¿Qué te parece?

Busqué sus ojos.

—Un sueño hecho realidad —me contestó susurrando.

Sonreí de medio lado, antes de unir nuestras bocas.

No fui rápido. Quise tomarme mi tiempo en saborearla y en besarla despacio, pero con intensidad. Era nuestro primer beso y me tomé como algo prioritario que lo recordara toda su vida.

Nuestros labios fueron encajando una y otra vez, mientras que yo la empujaba hacia atrás. Controlé su bajada para que nuestras bocas no se separaran, y cuando la tuve como quería, me subí a la cama, con las rodillas apoyadas a los lados de su cuerpo.

Me separé después de succionarle el labio inferior y la observé disfrutando de cómo estaba por mí.

Capítulo 33



Gloria

Coloqué las manos en los muslos de Sergio.

El contacto me hacía saber que lo que estaba sucediendo era muy real. ¿Era un sueño para ambos cómo estábamos? Para sí, pero se había hecho realidad.

Notaba el calor de Sergio por todas partes. Estaba sentado a horcajadas de mis muslos y su miembro duro y erecto apuntaba hacia arriba, muy cerca de mí, con la punta brillante por las primeras gotas de excitación.

Se puso en tensión cuando lo rodeé y apreté, haciéndome a su tamaño, calor y textura suave. La sensación provocó que tuviera muchas más ganas de…

Me olvidé de pensar cuando la mano de Sergio rodeó la mía y comenzó a deslizármela por todo el largo de su erección. Con la mandíbula apretada, miraba hacia abajo, hacia lo que él mismo estaba haciéndose.

Los movimientos lentos al principio, y hasta abajo del todo, pasaron a tomar ritmo e intensidad.

Mi excitación aumentó con la suya, mientras se masturbaba utilizando mi mano. Respiraba alterado, con los labios entreabiertos y el cuerpo cada vez más en tensión.

Tanta rigidez provocaba que los músculos se le marcaran, lo que era una pasada de ver. Sergio tenía un cuerpo fuerte y tonificado, con todo muy bien colocado en su sitio. Una delicia para la vista.

Continuó dándose placer con mi mano durante unos minutos más, hasta que alejó todo el contacto de su miembro.

Cuando pude apartar la mirada de esa parte tentadora, busqué su mirada. Sus pupilas se habían dilatado y me observaba con una intensidad que hasta este momento no le había visto.

Y decir eso de Sergio era mucho decir, ya que él era intenso por naturaleza. Para bien o para mal, pero hacia un conjunto perfecto.

—Yo… —comencé a decir, pero me quedé callada, cortada.

—¿Qué? —me preguntó con la voz ronca y entrecortada—. ¿Quieres parar?

—¿Pararías ahora? —le devolví la pregunta.

Sergio elevó las cejas.

—¿Me lo has preguntado en serio?

—Sí —reí—. Joder, es que estoy nerviosa. —Bufé—. Si yo quiero parar y tú no paras, igualmente ibas a enterarte por las hostias que te iba a dar —volví a reír.

Él sonrió de medio lado.

—No esperaría menos de ti —me dijo con un guiño—. ¿Qué ibas a decir?

—Que no podemos seguir —dije con una mueca y fruncí el ceño—. Pero no es porque quiera parar. Ya te lo he dicho.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

Se inclinó hacia delante para apoyar las manos en la cama a los lados de mi cabeza.

—¿Quieres o no quieres parar? —me preguntó—. Porque te estás contradiciendo y no estoy entendiéndote.

—No tengo protección. Condones.

Al soltarlo, por fin nos quedamos en silencio, observándonos tan cerca el uno del otro.

Con solo que yo levantara la cabeza, llegaría a rozar sus labios. En ese momento me di cuenta de que tenía los labios tirantes, con una sonrisa ladeada.

—¿Por qué no has empezado por ahí, en vez de darle tantas vueltas?

—Porque es un poco… ¿Embarazoso? Sí, eso. O yo qué sé —suspiré.

—Gloria. Estoy desnudo encima de ti. Me has tocado el miembro y yo he disfrutado un rato de todas las sensaciones que me has provocado mientras utilizaba tu mano para darme placer… He sido muy claro con lo que quiero y siento, y a ti te ha parecido bien.

—Sí —susurré—. Todo.

—¿Y con todo eso lo que te da vergüenza es una simple palabra?

Arqueó una ceja.

—Joder.

Puse los ojos en blanco.

—Ya te he dicho que estoy nerviosa. Mucho. Nunca me había sentido así con nadie. Si me ves indecisa es porque… mierda, es que hasta hace muy poco pensaba que era invisible para ti y yo…

—Para —me pidió y lo hice—. Ese «hasta hace muy poco» ya queda lejos. ¿No te parece?

—Sí.

—Pues vamos a centrarnos en este momento.

Me mordí el labio inferior cuando presionó su erección contra mi barriga.

—Vale.

Le agarré el trasero y se lo apreté, acercándolo a mí. Eso le gustó.

—No tienes que preocuparte por nada de lo que va a pasar de ahora en adelante. ¿De acuerdo?

Asentí.

Bajó la cabeza hasta rozarme los labios y se apartó muy rápido después de darme un beso corto.

Sergio se quitó de encima de mí y se alejó de la cama. Entonces, cuando lo seguí con la vista y vi lo que cogió, comencé a entender su tranquilidad.

No me había fijado en que en mi habitación también estaba su mochila. Había venido con ella.

La abrió y lo que sacó me hizo reír nerviosa.

—Has venido muy preparado —le dije.

Cuando dejó la mochila de nuevo en el suelo, lo único que se quedó fue una tira de sobrecitos con condones.

Con ellos caminó despacio hacia mí. Sentí de todo por el cuerpo, al verlo moverse desnudo y seguro de sí mismo.

Cuando volvió a ponerse frente a mí, al borde de la cama sin llegar a subir, lanzó hacia mí la tira de sobrecitos.

—Sí. He venido preparado. Y debo confesar que no venía con el pensamiento de follar este fin de semana, por si te lo estás preguntando. El sexo no entraba dentro de todo lo que quería hacer aquí, pero no seré yo el que se queje del giro que ha dado lo nuestro.

—¿Y si no lo pensaba, cómo es que…? Oh, por si Matías necesitaba.

Sonrió de medio lado.

—Él está muy cubierto por ahora, a no ser que se porten muy mal.

—De Tania puedo esperar cualquier cosa. Con las ganas que le tiene… —reí—. Son bastantes —le dije al coger los sobrecitos.

—Yo diría que son pocos —me contradijo.

Noté cómo se me calentaba la cara y las pulsaciones se me aceleraban.

—Oye… —carraspeé—. Antes has dicho lo nuestro.

—¿Y?

—¿Qué es lo nuestro para ti?

—Prefiero demostrártelo.

—¿Qué…?

No continué hablando cuando me agarró de las piernas y me las subió, llevando mis pies a la cama para que los apoyara en ella.

Lo hice y me eché hacia arriba como me pidió con un gesto, ya que estaba muy al borde.

Cuando me quedé quieta, en una buena postura, él tuvo espacio de sobra para subirse de rodillas a la cama y ponerse entre mis piernas, cuando me las abrió hacia los lados.

Se me secó tanto la garganta por la anticipación y los nervios, que no fui capaz de continuar hablando. Aunque, sinceramente, se me olvidó por completo lo que iba a decir.

Qué más daba, cuando tenía a Sergio desnudo entre mis piernas.

Se inclinó hacia delante y apoyó una mano al lado de mi brazo. La otra mano la llevó detrás de mi cuello y deshizo el lazo que sujetaba la parte de arriba de mi bikini.

Las tiras se quedaron sueltas y él se encargó de tirar de ellas hacia abajo, deslizándolas despacio por mi piel. Con cada una de ellas se llevó los triángulos que me cubrían los pechos y me los dejó al aire.

Tenía los pezones erectos, ya que la tela todavía estaba húmeda.

Dejé salir el aire de golpe cuando me frotó un pezón. Me calentó muchísimo cómo me observaba los pechos, como si nunca en su vida hubiera visto unos.

Tragué saliva con dificultad, pero la respiración se me entrecortó cuando me agarró un pezón y tiró de él. Me hizo estremecer soltando un jadeo y continué con el pulso acelerado, mientras Sergio jugaba con un pezón y después con el otro.

Así estuvo un rato, sin apartar la vista de lo que me hacía. No parecía tener ninguna prisa, a pesar de que su miembro duro se clavaba en mi ingle. Estaba muy caliente y resbaladizo en algunas partes, lo que aumentaba mi nerviosismo y necesidad.

Hasta que su boca cayó sobre uno de mis pechos, mientras que el otro siguió torturándolo con los dedos y la mano. Entre succiones, lametones y mordisquitos y tirones, me moví debajo de él jadeante y agarrándolo del pelo.

Cuando se quedó satisfecho de un pecho, pasó al otro. Después de bastante tiempo, me dio el último lametón y levantó la cabeza. Nuestras miradas se encontraron y tiré de nuevo de su pelo, pidiéndole sin hablar mucho más.

Sergio sonrió de medio lado, antes de bajar por mi cuerpo con besos. Hizo un camino húmedo por mi barriga, pasando por el ombligo, hasta que llegó a la tela del bikini que hacía de braga.

Tragué saliva cuando se incorporó y se quedó sentado sobre sus talones, entre mis piernas.

Llevó las manos a los laterales de mi cadera, para deshacer los lazos que había a cada lado. También los deshizo sin problemas y la tela quedó suelta tapándome la zona íntima.

Solté un jadeo cuando retiró un poco la tela que me cubría el sexo, para pasar los dedos por los fluidos que me había provocado él. Deslizó los dedos resbalando por la zona, de arriba abajo, sin prisa y alternando la mirada entre mi cara y mis pechos.

Hasta que bajó la mirada a lo que estaba tocando, para apartar los dedos y llevárselos a la boca. Gemí al ver cómo se los lamía, probándome de esa manera.

Algo dentro de mí se contrajo, con mucha necesidad, y abrí más las piernas para él. Sergio se dio cuenta y sonrió con picardía, antes de pegar un tirón a la tela de la braga del bikini y hacerla desaparecer.

La lanzó a un lado y apoyó las manos en mis rodillas flexionadas. De esa manera me abrió más las piernas, lo que creí que no podía ser.

Solté un jadeo solo por la forma en la que me miraba el sexo abierto ante él. Me separó con varios dedos los labios inferiores y buscó mi mirada, segundos antes de lanzarse con la boca sobre el clítoris.

Arqueé la espalda porque el contacto de su boca, sus labios y su lengua, en ese punto tan sensible y excitado, me hizo soltar un grito seguido por un gemido, cuando me lo succionó con fuerza.

Lo agarré de nuevo del pelo y elevé el trasero de la cama, multiplicando las sensaciones al apretarme contra su cara.

Gemí sin frenarme, sin importarme quién pudiera escucharme.

Capítulo 34



Sergio

Estar con esta mujer era una puta locura.

Me estaba conteniendo como nunca, porque quería disfrutarla al máximo, pero joder, cómo estaba costándome no perder la puñetera cabeza y follarla como tanto necesitaba.

Si hiciera todo lo que me pedía el cuerpo… pero por ahora quería seguir el ritmo que llevaba. Ya habría tiempo en otra ocasión para dar rienda suelta a la locura, porque como le había dicho, teníamos muchas horas por delante hasta el día siguiente.

Lamí su sexo, desde el clítoris hasta su entrada. Varias veces. Gloria me apretó más del pelo y sonreí sobre su zona íntima, mordisqueándole la carne sensible. Me encantaba oírla gemir y jadear, me provocaba una satisfacción total cada una de sus reacciones.

Empujé con la punta de la lengua hacia el interior de su entrada, una vez detrás de otra, mientras Gloria balanceaba la cadera buscando más de lo que le daba.

Yo no tenía ninguna prisa, ya que desde que decidí cambiar la relación que teníamos Gloria y yo, la de supuestos amigos nuevos, por ser ella amiga y yo hermano de la misma persona, tuve claro que iba a tomarme con mucha calma todo lo relacionado con Gloria.

Quería conocerla, más allá de la intimidad que estábamos compartiendo. Y para eso debía ganarme completamente su confianza. Porque el sexo era una cosa, pero que una persona te confiara todo lo de su vida, sus miedos, sus inseguridades, sus penas, sus logros y sus alegrías, eso ya era llegar al nivel superior. Eso no podía igualarse con nada y era la base sólida que yo quería.

Me interesaba mucho esta mujer. Necesitaba descubrir qué me hacía querer ir más allá con ella. Y eso podía suponer un problema, en el que no quise pensar.

La embestí por última vez con la lengua y la deslicé de vuelta a su clítoris. No paré de atender esa zona hasta que no gritó mi nombre y se corrió con fuerza, tensándose y tirándome del pelo.

Cuando me retiré y me incorporé, para sentarme sobre los talones, su pecho subía y bajaba rápido. Los brazos le habían caído sin fuerzas a los lados de su cuerpo. Tenía los ojos entrecerrados y los labios abiertos. Su mirada era cansada.

Su imagen me encantó. Estaba para comérmela de nuevo y llevarla a otro orgasmo, pero tenía pensado hacer lo último, pero de una buena vez como había esperado.

Me rodeé el miembro con la mano, para notar un poco de alivio. Estaba tan duro, tan a punto de explotar.

Balanceé la mano con la mandíbula apretada, subiendo y bajando hasta bien abajo, una y otra vez. Los ojos de Gloria enseguida se fijaron en lo que hacía y se lamió los labios, observándome en silencio.

Mi miembro dio una sacudida y me lo apreté con más fuerza.

La imagen que me asaltó de ella, con su boca llena de mi miembro, era muy, pero que muy tentadora, pero me esforcé por disfrutar de lo que me provocaba imaginarlo, sin que sucediera.

Gloria cogió la tira de sobrecitos y arrancó uno. Lo abrió y se incorporó hasta quedarse sentada.

Me apartó la mano, me acarició el glande provocando un jadeo, y comenzó a colocarme el condón.

Apreté la mandíbula y cerré los ojos. Hasta que no terminó, no me atreví a abrir los ojos y enfrentarme a su mirada.

Ambos fuimos hacia el otro y nos besamos. El beso fue un caos de lenguas, labios y salivas que nos calentó aún más. Fue un anticipo de lo que venía a continuación.

Me aparté para empujarla, porque la quería tumbada bocarriba de nuevo. Cuando se quedó sobre la cama, la agarré de una pierna y le hice rodearme la cintura con ella.

Me incliné un poco hacia delante, buscando la mejor postura, y cuando la encontré, comencé a deslizar la punta del miembro por toda su zona íntima.

Le provoqué varios jadeos y un grito final, cuando la embestí con fuerza en el momento que menos esperaba.

Me enterré del todo en su interior, hasta lo más hondo, y me quedé inmóvil disfrutando de la sensación y para retener el puñetero orgasmo. Sentía que estaba a punto de correrme, estaba demasiado excitado.

Solté un gemido cuando Gloria se movió por mí, echando por tierra la poca cordura que me quedaba.

Mandé a la mierda la paciencia que tenía. Me eché más hacia delante, y empecé a embestirla a un ritmo y una profundidad de locura.

El sonido de nuestros sexos chocando, incansables, nuestros jadeos, gemidos y palabras que no entendíamos, mientras nos buscábamos mutuamente, nos llevó al cabo de un rato directo al vacío más placentero que había experimentado en mi jodida vida.

Me corrí con fuerza, de manera exagerada, mientras Gloria se agarraba con fuerza a mis brazos disfrutando de su propio placer.

Cuando nos tranquilizamos, cuando todo se quedó en calma en la habitación y lo único que se escuchó fueron nuestras respiraciones alteradas, nos quedamos observándonos de una manera muy diferente a lo que estaba acostumbrado hasta ahora.

Al cabo de lo que me pareció una eternidad, bien a gusto todavía con el miembro en su interior, me incliné más hacia abajo y le rocé los labios con los míos. De esa manera le hablé.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Sí —contestó con un suspiro—. De maravilla.

Sonreí de medio lado.

Le di un beso rápido en los labios y me obligué a incorporarme y a salir despacio de su interior.

Me bajé de la cama y fui al baño, donde me quité el condón. Le hice un nudo y lo envolví en papel, para después lanzarlo al cubo pequeño

Quité la bolsa de dentro, la dejé a un lado, y me limpié el miembro.

Cuando estuve preparado, salí del baño con la bolsa. Cuando Gloria me vio elevó una ceja, sonriendo.

—No quiero dejar ninguna prueba que tu abuela pueda encontrar —le dije.

Gloria rio.

—Bien pensado. —Me hizo un guiño.

Dejé la bolsa a un lado, para seguir utilizándola, y me tumbé a su lado en la cama. Me quedé mirando al techo.

—¿Qué piensas? Si puedo saberlo…

Giré la cabeza hacia ella.

—Ahora mismo no pensaba en nada, la verdad. Me he quedado tan bien, tan relajado y saciado, que tengo todavía la cabeza adormilada.

Gloria sonrió de oreja a oreja.

—Todo está mejor que bien —le dejé claro—. Y, por supuesto, que puedes saber lo que pienso. Con lo que acaba de pasar hemos dado un paso bastante importante y espero que no te cierres a mí. Gloria…

—¿Sí? —susurró.

—No sé qué piensas tú, pero para mí esto no ha sido un encuentro sexual sin más.

—¿Qué quieres decir?

—No sé —dije pensativo—. Es que hay algo que… no te sabría decir. Es algo que siento y a lo que no consigo ponerle nombre. Lo que sí sé es que me gustaría conocerte fuera de la amistad. No quiero conformarme con eso, aunque es una buena base sólida para trabajar también en ella.

Hice una pausa, para pensar bien mis siguientes palabras.

—No quiero conformarme con verte en contadas ocasiones, cuando nos reunamos todos. Puedo estar muy perdido en ciertas cosas, pero sé muy bien cómo me siento cuando estás cerca y lo que me haces sentir. No quiero renunciar a todo eso si tengo la oportunidad. Si me la das, claro. ¿Qué te parece si vemos hacia dónde nos lleva esto?

No habló. Se quedó mirándome fijamente con cara de sorpresa.

—Lo siento. Me he pasado.

Tuve la necesidad de disculparme, por su reacción.

Me pasé las manos por la cara. Me la froté varias veces y después llevé las manos a la cabeza, para pasármelas por el pelo. Todavía lo tenía un poco húmedo del baño en la piscina.

—Estoy yendo demasiado rápido —dije, volviendo a mirar hacia el techo—. No tengas en cuenta nada de lo que he dicho. Lo último que quiero es agobiarte o que te sientas presionada de alguna manera. Te prometo que, por mi parte, todo estará bien.

Cerré los ojos.

—Ahora eres tú el que estás dando por hecho cosas que no son.

Al escuchar su voz tan cerca abrí los ojos de golpe.

Gloria se pegó a mi lado. Sus pechos se aplastaron en mi costado, al mismo tiempo que su zona íntima encajaba en mi muslo. Pasó una pierna por encima y la enredó entre las mías.

El cambio fue muy significativo y no perdí la oportunidad.

Le rodeé la cintura con el brazo y la apreté más a mí.

—Eso quiere decir que… —Dejé la frase incompleta, a la espera de que la terminara ella.

—Eso quiere decir que estoy de acuerdo en ver hacia dónde nos lleva el cambio que hemos dado. Lo que ha pasado en esta habitación para mí tampoco ha sido solo sexo, Sergio. Hay algo más importante, pero ambos necesitamos descubrir lo que es.

—No sabes cómo me alegra oír eso.

Sonrió de medio lado.

—Será raro —comentó.

—Creo que lo peor ya lo hemos pasado. Al menos por una temporadita.

—Sí —rio.

Le di un beso en la cabeza y la apoyó en mi pecho.

Nos quedamos en silencio, abrazados.

Cerré los ojos disfrutando de la paz que me habían dado sus últimas palabras. Hasta que no frenó mis pensamientos, no me di cuenta de lo que me jodió pensar que Gloria no quería tener nada conmigo.

Por si no me había dado cuenta hasta entonces, ahí me quedó más claro aún que lo que me sucedía con esta mujer era algo demasiado especial como para dejarlo pasar.

En mis planes no entraba tener pareja, o lo que fuéramos a partir de ahora. Por mi parte, aunque no lo habíamos dejado claro, iba a respetarla como si lo fuera.

Yo no solía dejarme llevar de esta manera. No lo había hecho con ninguna de las mujeres con las que había estado hasta Gloria.

Bajé la mirada para ver su cara desde arriba. Había cerrado los ojos y su respiración se había vuelto más lenta y profunda.

Sonreí porque me encantó que se quedara dormida encima de mí. Yo también cerré los ojos.

Capítulo 35



Gloria

Reí junto a mis amigos, cuando Tania se levantó de un salto y salió corriendo. Matías fue tras ella.

Mi amiga no tenía nada que hacer y Matías se lo demostró cuando salió al porche y la atrapó.

Reímos más por los gritos de Tania, cuando Matías la cogió en brazos y se la echó al hombro.

De esa manera se llevó a mi amiga a la oscuridad del jardín.

Ya podíamos olvidarnos de ellos durante un rato. Llevaban así durante todo el día. Cuando menos lo esperábamos, desaparecían y, cuando regresaban, lo hacían con sonrisas de oreja a oreja.

El sábado había pasado muy rápido. Eran las diez de la noche.

Habíamos aprovechado muy bien el día. Cuando Sergio y yo salimos de mi habitación, con los trajes de baño como si no hubiéramos hecho nada minutos atrás, nos reunimos con los demás.

A unos los encontramos liados con la barbacoa, en la que tuvieron que volver a preparar el carbón. Otros estaban alrededor de la mesa del porche, disfrutando del picoteo y las cervezas.

Ninguno de nuestros amigos comentó nada cuando Sergio y yo aparecimos en el porche. Se contuvieron, porque Sergio no me soltó y llegamos con su brazo rodándome los hombros.

Desde ese momento les dejamos claro que las cosas habían cambiado mucho entre nosotros. Habíamos pasado el día muy juntos, casi siempre en contacto. De una manera u otra.

Mientras que a mí me podían los nervios por las miradas curiosas y pícaras, Sergio lo hizo ver como algo natural, para que todos se fueran acostumbrando.

Creamos una especie de intimidad estando acompañados. Y por si alguno de los presentes tuvo alguna duda en algún momento, Sergio la eliminó de golpe cuando me besó en los labios de manera espontánea.

Clara parecía tener corazones en los ojos, cada vez que miraba a su hermano y después a mí. Lo único que me dijo en la cocina, en un momento dado del día, fue que tenía ganas de llorar porque iba a formar parte de su familia.

Tiró muy por lo alto, pero no hice ningún comentario al respecto porque en el fondo era parte de mi deseo.

Con Tania me había comunicado con miradas y gestos, y con eso habíamos tenido más que suficiente para entendernos. Aunque nos esperaba una buena y larga conversación con Clara, ya que ambas también tenían mucho que contarme.

Lo mismo sucedía con Julio. Mis amigos habían estado muy entretenidos y la cosa pintaba muy bien para los tres.

Apoyé la cabeza en el hombro de Sergio y él levantó el brazo para que me pusiera más cómoda. Lo hice sonriendo.

Así de fácil era todo entre nosotros. No dejaba de sorprenderme que, en ocasiones, con solo mirarnos, supiéramos lo que quería o pensaba el otro.

Sin la neblina provocada por los nervios todo se veía muchísimo mejor y con mayor rapidez.

Estábamos sentados sobre cojines en el suelo, con las espaldas apoyadas en los sofás y los sillones. En la mesa baja teníamos los restos de la comida que habíamos cenado.

Al mediodía habíamos disfrutado de la carne hecha en la barbacoa. Eso fue lo principal, aparte de las demás cosas que sacamos.

Ahora para la cena habíamos pedido comida mexicana y nos habíamos puesto las botas disfrutando de ella sin movernos de las posiciones que teníamos.

El plan del fin de semana no podía estar yendo mejor. Todos estábamos contentos y satisfechos, se nos notaba y se veía en nuestras caras. También era evidente el cansancio, porque no habíamos parado en todo el día de darnos baños en la piscina. Y muchos también habían corrido por todo el jardín, por diferentes motivos.

Antes de la cena, nos duchamos todos por turnos. Teníamos los pijamas puestos y no creía que duráramos mucho más.

Habíamos quedado en que al día siguiente se irían después de comer. Queríamos gastar toda la comida, aunque no lo conseguiríamos, ya que había para varias veces. También me habían dicho que me ayudarían a limpiar la casa de mi abuela, para que yo no tuviera que liarme cuando me quedara sola.

Lo agradecía, la verdad, porque a pocas horas del lunes me esperarían diez días seguidos e intensos de trabajo.

—¿Estás cansada? —me preguntó Sergio.

—Un poco.

Noté su sonrisa sobre el pelo.

Aparte del sexo que habíamos tenido en mi habitación en nuestro primer encuentro, después de ese habíamos repetido dos veces más durante el día. Una de vuelta en la habitación y la otra en el baño, mientras nos duchábamos.

Sí, habíamos compartido ducha y nos había sentado de maravilla.

Llevaba más sexo hoy que en muchos meses. Bueno, sinceramente, mi última relación era tan lejana que ya ni me acordaba. Tampoco fue nada importante, así que…

—Chicos —dijo Sergio, captando la atención de todos nuestros amigos que estaban en el salón con nosotros—. Nosotros nos vamos a descansar. Nos vemos para desayunar.

—Descansad —nos deseó Clara.

Ella fue la primera, después le siguieron los demás. Las sonrisas no faltaron, pero la verdad era que en lo que menos pensaba yo ahora era en volver a tener sexo. Por buenísimo y fantástico que fuera.

A ver, si surgía, pues no iba a decir que no porque Sergio había aprendido rápido a llevarme al límite. Pero no voy a negar que estaba deseando meterme en la cama y taparme con la sábana, en una clara directa de: déjame en paz si no es para dormir abrazados.

—Yo no voy a tardar en irme también —comentó Julio, mientras Sergio y yo nos levantábamos de los cojines.

—Espero que conmigo —le dijo Ingrid.

—Lo daba por hecho, preciosa. —Le hizo un guiño él y ella sonrió de oreja a oreja.

—Aquí todos sabemos con quiénes vamos a dormir —comentó Mauro.

Sonrió porque sabía que Clara estaba mirándolo.

Sergio me rodeó la cintura con un brazo, antes de carraspear. Su hermana lo miró, ruborizada.

—Hazme el favor de controlar —le pidió, con un punto de diversión —. No quiero traumarme al escucharte ni tampoco quiero tirar la puerta abajo de la habitación si escucho tus gritos.

—¡Sergio! —exclamó Clara, con un jadeo.

Su hermano soltó una carcajada y los demás, todos menos Clara, también nos reímos.

—Buenas noches. Acordaos de no cerrar la corredera del salón si Matías y Tania no han vuelto cuando los últimos os vayáis a dormir —les recordé—. Si no dormirán en el jardín.

Sergio me empujó sin esperar y comenzamos a caminar hacia la escalera que subía a la planta superior, donde estaba mi habitación. Todos habían elegido ya el sitio donde pasarían la noche.

—Ve tú primero —me pidió, mientras cerraba la puerta.

Le sonreí y me dirigí al baño. No tardé en terminar y salí para que Sergio pudiera entrar. Me dirigí a la cama y de la mesita de noche cogí el móvil que estaba cargando, para comprobar el nivel de batería. Ya estaba al máximo, por lo que quité el cable y puse el móvil en modo avión.

Retiré la colcha, la que dejé a los pies, y me metí debajo de la sábana. El aire acondicionado estaba puesto y necesitaba taparme con algo.

Acomodé la cabeza en la almohada, girada hacia el lado que ocuparía en breve Sergio.

Todavía me parecía increíble lo que había pasado y que fuera a pasar la noche con él, durmiendo en la misma cama en la que había dormido desde que era pequeña.

Pronto comencé a notar los párpados pesados y los parpadeos más lentos. Cuando escuché a Sergio salir del baño y acercarse, me esforcé más por mantenerlos abiertos.

Me encontré con su mirada puesta en mí cuando se paró en su lateral. Sonrió y se quitó la camiseta del pijama. Se metió en la cama solo con el pantalón corto del pijama y se tumbó de lado como estaba yo, hacia mí.

—Pues sí que estás cansada —me dijo, en tono bajo.

—Sí —sonreí—. Bastante más que lo que te he dicho.

—Duérmete ya.

Levantó una mano y me acarició entre las cejas. Eso fue para empezar, porque después continuó acariciándome toda la cara, despacio. Cerré los ojos disfrutando de la sensación.

—Necesitas recargar las pilas para el comienzo de la semana. No es por ser aguafiestas, a mí tampoco me gusta y menos después de hoy, pero el lunes lo tenemos casi encima. Mañana tómatelo con mucha calma y descansa lo máximo que puedas.

—Sí —susurré—. Sergio…

—¿Qué?

—Me gusta que estés conmigo. Aquí. Me siento muy bien.

—Me alegro, preciosa.

Me acarició la mandíbula.

—Yo también estoy muy bien.

—¿Será siempre así?

Su respuesta tardó demasiado en llegar, por lo que quise abrir los ojos para ver si se había dormido. Su voz había sonado con más fuerza que la mía, pero podía ser que se hubiera quedado dormido de repente.

Intenté abrir los ojos, pero no lo conseguí. Me olvidé de hacerlo cuando Sergio volvió a hablarme, esta vez con voz mucho más baja.

—Haremos todo lo posible para que sea siempre así.

—Me gusta —susurré.

—Y a mí me gustas tú.

Sonreí entre dormida y despierta. Por sus palabras y por el beso suave que me dio en los labios.

A pesar de tener los ojos cerrados supe que apagó la luz de la habitación. Como también sentí sus brazos acercarme a él y rodearme el cuerpo.

Eso fue todo. Fueron mis últimos recuerdos de mi primera noche con Sergio. Y la calidez de su cuerpo me abrazó en sueños.

¿Cómo sería pasar todas las del resto de mi vida con él? ¿Tendríamos un futuro juntos?

Capítulo 36



—Hola, guapa —me saludó Carmen y le sonreí.

—Hola.

—Ponte cómoda —me pidió, señalando un sofá—. Clara está atendiendo una llamada. Saldrá enseguida a atenderte.

—Gracias.

Caminé hacia el sofá y me senté, dejando el bolso al lado.

Tania no me había acompañado hoy, a pesar de que era uno de nuestros viernes festivos. La «traidora» me había abandonado por estar con Matías, ya que él no entraba a trabajar hasta la tarde.

Tenían planes de ir a desayunar juntos y después Tania lo acompañaría a hacer unos recados. Mi amiga me había dicho que su chico no lo estaba pasando muy bien con la ausencia de Sergio.

Sí, su chico. De esa manera se refería Tania a Matías, aunque los dos aseguraban que no tenían una relación y que iban por libre. Solo querían estar juntos hasta que se cansaran, pero no dejaban de hacer cosas juntos y de pasar juntos el máximo de tiempo posible.

Nadie los creía cuando coincidían en lo que tenían. Solo se mentían a ellos mismos.

Busqué en el bolso el móvil y cuando lo cogí, solté un suspiro.

No tenía ni un mensaje ni una llamada del número de la persona de la que quería saber algo. La incertidumbre estaba consumiéndome poco a poco.

Tal vez por ese motivo había terminado en el salón de uñas de Clara, porque ella era la hermana de Sergio. Era la persona más cercana a él, por lo que estar al lado de ella me hacía sentir a Sergio más cerca.

Solté un suspiro y me quedé mirando la pantalla del teléfono.

Había comentado que Tania me había dicho que Matías no llevaba bien la ausencia de Sergio, pues esta ausencia no sería cuestión de días, o tal un par de semanas. No. Sergio se fue al inicio de la semana, hacía ya cinco días.

Yo también lo echaba de menos, ya que desde el fin de semana que nos unimos en la casa de mi abuela solo habíamos podido disfrutar de ratos sueltos durante una semana. Entre su trabajo y el mío… La bomba me la soltó dos días antes de irse por un tiempo.

Ni él supo decirme por cuánto estaría fuera. Mencionó un mes como mínimo, lo que quería decir que podía estar mucho más tiempo lejos.

Matías no lo había acompañado, a pesar de que formaban pareja en el trabajo. Lo que había hecho viajar a Sergio era un tema que solo le pertenecía a él y a su jefe, el comisario.

No me gustó que no pudiera hablarme claro para decirme qué iba a hacer exactamente en el lugar al que iba. Me dio mala espina y quise averiguar datos, pero Sergio se aseguró de que me enterara de lo justo y necesario.

Eso me tenía más nerviosa todavía y hablar con Matías sobre eso era como hacerlo con una pared.

Estaba preocupada y encima, no podía escribirle hasta que recibía un mensaje suyo.

Odiaba la parte de su trabajo que estaba viviendo, porque yo también era una perjudicada de ello. Y Clara, su hermana.

Mi amiga salió despidiéndose de alguien al teléfono, sonriente, y en cuanto colgó y me vio, su sonrisa se amplió mientras caminaba hacia mí.

—Hola, cariño.

—Hola —le correspondí, guardando el móvil en el bolso.

Me levanté y nos dimos un abrazo.

—¿Vienes para las uñas o para tomar un café? —me preguntó.

Bajé la mirada para mirarme las uñas y me lo pensé unos segundos.

—Un café —le contesté—. Las uñas pueden esperar.

—Eso quiere decir que el café y la conversación, no. Vale. Nos vamos. Chicas, salgo un momento.

—De acuerdo, jefa —le dijo Tamara.

Ella, Carmen y Luisa estaban atendiendo a clientas, pero nos dijeron que nos sentara bien el café. Les prometimos que les traeríamos a las tres, cuando regresáramos.

Salimos del salón de uñas y caminamos por la acera hacia la cafetería que había a unos metros de distancia.

Cuando llegamos, preferimos quedarnos en la terraza y ocupamos una mesa libre que había cerca de un potente ventilador.

Un camarero se acercó y le pedimos dos cafés con leche.

—¿Y Tania? —me preguntó Clara.

—Ya debe estar con Matías. Han quedado para desayunar y después Tania lo acompañará a hacer cosas.

—Vaya… esos dos van fuerte —comentó con una risilla.

—Según ellos, no.

Me encogí de hombros.

—Ellos son muy tontos.

Reímos.

—Ni que lo digas —estuve de acuerdo sobre lo que estábamos hablando.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Un poco pocha de ánimos.

—Ya te veo —me sonrió con cariño—. ¿Es por mi hermano? —me preguntó, a pesar de que sabía que sí.

Asentí de todas maneras.

—Es que desde que se fue he podido hablar muy poco con él. No… Casi no me escribe ni me llama.

—A mí tampoco. No es algo contigo.

Solté un suspiro.

Hasta ahora no me había atrevido a preguntarle a Clara si su hermano se ponía en contacto con ella cada día. Si hubiera sido así, me habría dolido y me habría dejado muchas cosas claras.

Saber la verdad me tranquilizó, pero solo un poco.

El camarero regresó con los cafés y se lo agradecimos cuando nos dejó las tazas en la mesa.

—¿Qué te inquieta? —me preguntó.

—Todo —contesté extraña—. Joder, ¿tú no estás preocupada? No sabemos dónde está, ni lo que hace, ni si está solo. Nada de nada. Es desesperante y no será por poco tiempo. Lleva fuera unos días y parece que ha pasado una eternidad. ¿Qué va a suceder cuando se cumpla un mes y deba continuar con lo que esté?

Bufé.

—Eso no lo sabemos —me sonrió emocionada—. Mírate.

—¿Por qué te emocionas ahora? —le pregunté con el ceño fruncido —. ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Por lo visto, sí —rio—. Estás enamorada de mi hermano.

Agrandé los ojos.

—¿Qué? —Mi voz sonó aguda—. ¿Qué dices? Por Dios, Clara. — Negué con la cabeza—. Ya sé que tienes muchas ganas de que lo que hemos iniciado tu hermano y yo siga para delante y que nunca termine, pero de ahí a… Joder, que no.

—Sí —rio otra vez—. Mírate. Estás triste, preocupada, enfadada en algunos momentos por la impotencia, echas mucho de menos a Sergio, te parece una eternidad el tiempo que vas a estar sin verlo y te falta energía. Te has enamorado de mi hermano.

—Hace muy poco que estamos juntos.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver eso? ¿Sabes? Yo creo que la chispa que se prendió entre vosotros comenzó antes aquella primera vez, por la noche en la calle. antes de lo del calabozo —sonrió.

—Eso es decir mucho —comenté pensativa.

—Pero no fallo.

Se encogió de hombros.

—Cuando tu hermano me dijo que debía irse por un tiempo, también me dijo que había sido el peor momento para nosotros. No me atreví a preguntarle qué quería decir.

—Cualquier cosa sin importancia. —Me hizo un guiño—. Conozco muy bien a mi hermano. No me lo ha dicho, pero sé que lo del viaje lo sabía de mucho antes de aceptar pasar el fin de semana en la casa de tu abuela. Sergio no hace las cosas por hacer.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que si solo le interesaras un poco no hubiera dado el paso que dio. Te lo aseguro y él te lo dejó claro al decirte que quería conocerte. No pretende terminar contigo ni se arrepiente de nada. Si se acercó a ti con un propósito claro, a pesar de que sabía que se iría y que estaríais separados, fue porque quiso ir a por todas contigo.

—¿Lo del peor momento lo dijo porque teníamos que separarnos nada más comenzar? —le pregunté y asintió.

Que lo tuviera tan claro me ayudó a tranquilizarme.

—A mi hermano le importas, Gloria, y estoy segura de que le está costando tanto como a ti vuestra separación, solo que él no lo dice ni puede mostrarlo.

—¿Cómo puede ser que lo eche de menos con el poco tiempo que hace que estamos juntos?

—Así es el amor —dijo, con un guiño—. Cuando llega con fuerza, es para quedarse y para joder.

Soltamos una carcajada.

—Así que deja de tener miedo. Mi hermano se ha ido por trabajo, no por elección propia.

—También me da miedo.

—A mí también. Es de lo más normal —suspiró.

—¿Ha tenido otros trabajos como este, tan secreto y que lo han mantenido alejado por un tiempo?

—Sí —me confirmó—. Aunque no es lo habitual. Si su jefe lo ha mandado donde sea, ha sido por un buen motivo.

Se encogió de hombros.

—Yo también tengo muchas ganas de escuchar su voz. Necesito quedarme tranquila.

—Vaya mierda.

Bufé.

—Querer a mi hermano es querer también a su profesión. Exactamente lo que pasa contigo, con tu implicación en el hospital y con tus horarios de la UCI.

Hice una mueca porque tenía razón. Ella me hizo un guiño.

—Vamos a tomarnos los cafés antes de que se enfríen mucho.

—Sí —susurré.

Le eché el azúcar, la removí y cogí la taza para llevarme a los labios.

Me sentía desconcertada. ¡Yo enamorada! ¿Sería posible? ¡Pues claro que sí!

Nos tomamos los cafés mientras Clara me hablaba del salón y de Mauro. Oh, sí, el plato fuerte lo dejó para casi al final, pero me encantó escuchar que lo de Mauro tenía muy buena pinta.

Mauro me había contado lo a gusto que se sentía con Clara y también lo que lo ponía. Hablaban cada día por teléfono, tanto por mensajes como por llamadas al final del día.

Ambos estaban muy ilusionados, pero iban muy despacio. Lo que estaba genial.

Cuando nos acabamos los cafés, entramos al local para pedir los tres cafés con leche para llevárselos a Luisa, Carmen y Tamara. Lo pagó todo Clara. No me dio opción ni a meter la mano en el bolso, para buscar el monedero.

—¿Quieres que te haga las uñas ahora? —me preguntó cuando íbamos hacia el salón.

—¿Puedes?

—Sí —me confirmó con un guiño—. Por mi cuñada hago lo que sea.

—Eres tontísima.

—También.

Soltamos una carcajada.

—Me había quitado la idea de la cabeza, pero si me las haces, te lo agradezco.

—No digas tonterías. —Puso los ojos en blanco—. Pues ya está. A ver por el diseño que te decantas hoy.

—Lo dejo a tu elección. No me apetece elegir. Con que me las hagas muy cortitas para que no me estorben en el trabajo…

—Hecho. Vas a irte encantada y animada. Ya lo verás.

Capítulo 37



—Joder —me quejé.

Solté de malas maneras el teléfono en la mesa, cabreada.

Sergio acababa de llamarme, pero la melodía había sonado tan poco que no me había dado tiempo a sacar el móvil del bolsillo y descolgar.

—¿Qué te pasa, preciosa? —me preguntó Mauro.

—Nada —le contesté mal y levanté la mirada hacia él—. Lo siento. No tengo ningún derecho a pagarlo contigo.

—Eh…

Mauro se sentó frente a mí, en la silla que ocuparía Tania en cuanto llegara y nuestro amigo se fuera a continuar con su trabajo en el bar del hospital.

En él estábamos. Algo bueno era que, por fin, había llegado el miércoles que para Tania y para mí era el último día de trabajo de nuestra semana corta.

Teníamos cuatro días por delante para descansar y hacer lo que nos diera la gana, lo que era de agradecer.

—¿Es por Sergio? —me preguntó.

Hice una mueca. Todos mis amigos sabían que estaba fuera por trabajo y que tardaría en regresar. También que no era fácil hablar con él y que debía esperar a que Sergio se pusiera en contacto conmigo.

—Vale. Sí. Con tu cara me has contestado —me sonrió—. ¿Te has peleado con él? —Miró mi móvil encima de la mesa.

Solté una fuerte carcajada, mientras Mauro me observaba con curiosidad.

—Esa sí que es buena.

Bufé.

—¿Qué es tan gracioso? —nos preguntó Tania, acercándose a nosotros.

Mauro fue a levantarse, pero ella le pidió que no lo hiciera. Cogió una silla de otra mesa y la arrastró hacia un lateral libre de la mesa—. Hola, guapos.

—Hola, preciosa —le dijo Mauro, con un guiño—. No tengo ni idea de lo que la ha hecho reír, estoy esperando a saberlo. Está cabreada.

Puse los ojos en blanco.

Ambos me miraron y esperaron a que hablara. Respiré profundo antes de hacerlo.

—Me he reído porque Mauro se ha pensado que mi cabreo se debía a que me había peleado con Sergio.

—¿Te ha llamado? —me preguntó Tania, con ilusión—. ¿Has perdido el tiempo en pelearos?

Frunció el ceño.

—Lo que pasa es que Sergio me ha llamado, sí, pero la puñetera llamada ha durado muy pocos segundos. Se ha cortado antes de que pudiera descolgar. ¿Os lo podéis creer? Y claro, ¿cómo va a llamar otra vez, con lo que le cuesta hacerlo?

Bufé, cruzándome de brazos.

—Eh… Vale —carraspeó Mauro.

—Lo siento, cariño —me dijo con un puchero Tania.

—No pasa nada. —Negué con la cabeza—. Ya está. Si hasta me he reído y todo —suspiré—. Vaya mierda —dije desanimada.

—Seguro que te llama más tarde. Habrá tenido que colgar rápido por algo —me dijo Mauro, para animarme.

—Claro —lo apoyó Tania—. Habrá sido por el trabajo.

—Ya… como siempre —susurré.

—Venga, preciosa. No quiero verte tan desanimada y triste. Sergio no está de fiesta precisamente. Debe estar agobiado por tanto trabajo, así que no te hagas daño pensando en lo que no es.

—El problema es que se fue cuando llevabais muy poquito y estás dudando de todo lo que te dijo. ¿Verdad? —quiso saber Tania.

Dio en el clavo.

—Sí —les confesé.

—Bueno, supongo que es normal, porque tampoco habéis podido tener una conversación en condiciones desde que se fue —dijo pensativo Mauro.

—Me agota todo esto —susurré, acariciando el borde de mi taza.

—Tienes que relajarte —me pidió Mauro, sonriéndome con cariño—. Voy a atender a unos clientes —dijo mirando por encima de su hombro —. ¿Te traigo un café con leche? —le preguntó a Tania.

—Sí, guapetón.

—¿Queréis algo más?

—Yo no —le contesté.

—Cómo no…

Se levantó negando con la cabeza.

—Yo por ahora tampoco —le dijo Tania—. Prefiero reservarme para un poco más tarde, así como con más ganas.

—Está bien. No vayáis a consumir mucho en el bar que, como me dejéis sin reservas… —habló con diversión.

Tania rio y yo sonreí.

Mauro nos dejó solas, pero no tardaría en regresar con el café de Tania.

Se dirigió a la mesa que ocuparon los clientes recién llegados y después se fue hacia la barra.

—Cariño, debes tener paciencia con lo de Sergio —me pidió.

—Joder, Tania. La tengo.

—Vale. —Levantó las manos.

—Sabes que la tengo.

—Si yo estuviera en tu situación estaría tirándome de los pelos. Sí, estás teniendo mucha paciencia y entiendo que te enfades por la frustración. Es normal.

—¿Crees que estará bien?

Esa era una duda que me atormentaba todas las noches tumbada en la cama, cuando mis pensamientos tomaban forma en mi cabeza. La mayoría de las noches me costaba mucho conciliar el sueño.

—Claro. No puedes pensar en cosas malas.

—No es fácil y menos al intuir lo que está haciendo. He pensado de todo —suspiré.

Mauro volvió para dejarle el café con leche a Tania y se despidió de nuevo.

—¿Qué tal la aventurera de tu abuela? —quiso saber Tania, cambiando la conversación.

—Genial —sonreí.

Su pregunta se debía a que al final mi abuela y sus amigas se habían vuelto a ir a la casa de Marga, la que tenía en el pueblo costero. Habían adelantado el viaje mucho antes de lo que tenían pensado.

La decisión había sido muy acertada, ya que estaban mucho mejor allí que aquí. Las entendía perfectamente, ya que podían disfrutar de un ambiente muy diferente y tenían el lujo de tener a mano, muy cerca, el mar.

—¿Qué te parece si vamos nosotras la siguiente semana corta? —le pregunté—. Si lo decidimos ya, a Julio y a Clara les dará tiempo a organizarse.

—Por mí genial, ya lo sabes —me confirmó Tania.

—¿Estás segura? —Elevé las cejas.

—¿A qué viene esa pregunta? —se extrañó.

—Porque no verías a Matías durante cuatro días —sonreí.

—Ah —dijo y se quedó pensativa—. No pasa nada.

Se encogió de hombros.

—Tania, si quieres quedarte para estar con él, sabes que no voy a enfadarme por nada. Yo solo quiero que seas feliz. Si este viaje no podemos hacerlo juntas, será el siguiente. Como siempre.

—Qué no. —Negó con la cabeza—. Quiero irme contigo y nuestros amigos. Es una pena que Mauro no pueda venir por el trabajo aquí.

Lo buscamos con la mirada.

—Quién sabe —comenté, pensativa.

—Sí. Voy a escribirles a Julio y a Clara en el grupo.

Habíamos metido a Julio y ahora nuestras conversaciones y locuras las repartíamos entre cuatro.

Mientras Tania escribía los mensajes que comenzaron a llegar a mi móvil, yo bebí de mi café y también escribí un mensaje, pero por privado a Clara.

Gloria: *Hola, preciosa. Primero de todo, entra en el chat del grupo y vete haciendo a la idea de lo que está poniendo Tania. No acepto un no por respuesta. Dentro de poco haremos una escapada de cuatro días.*

Bebí otro sorbo de café, viendo cómo Clara entraba en nuestra conversación privada y leía el mensaje.

Gloria: *Y ahora lo otro de lo que quería hablar contigo… ¿Te ha llamado tu hermano hoy?*

Clara: *Hola, guapísima. Ahora me da miedo mirar el chat. Ja, ja, ja… No sé nada de Sergio. No tengo ninguna llamada perdida suya. ¿Por qué? ¿Sabes algo de él? ¿Te ha llamado a ti?*

Gloria: *Tampoco sé nada de él. Era por si sabías algo. Pues nada, a seguir esperando. Que vaya bien la mañana.*

Clara: *Sí. Esperaremos. Igualmente, cariño. Que te vaya muy bien el trabajo. Voy a entrar en la conversación del grupo. Un besazo.*

Gloria: *Un besazo.*

Salí de la aplicación y bloqueé el teléfono, para dejarlo en la mesa otra vez.

No entré en el grupo porque Tania me informaría de todo en cuanto dejara descansar los dedos al escribir.

Cogí la taza con ambas manos. La acerqué a mis labios y rocé con los labios el borde.

Le había mentido a Clara al decirle que Sergio no me había llamado. No había sido sincera con ella, a propósito, ya que no quería que Clara se preocupara por su hermano.

Una llamada cortada muy rápido y ningún intento más después, o al cabo de un ratito, podía no ser bueno en la profesión de Sergio, por lo que preferí guardar silencio.

Bebí varios sorbos de café, pensativa. No pude quitarme de la cabeza el motivo por el cual Sergio se habría visto obligado a cortar la llamada tan deprisa.

¿Podía ser que se hubiera quedado sin batería y se hubiera dado cuenta demasiado tarde? Si era el caso, sí que sería normal que la llamada se cortara a los pocos tonos.

Lo que no me cuadraba era que el móvil de Sergio no tuviera batería a las nueve y media de la mañana, cuando él siempre lo cargaba por las noches.

No quise pensar en todas las posibilidades que se abrían ante esa nueva incógnita. Hacer suposiciones sin saber la realidad era una puñetera locura y me traía muchísimos dolores de cabeza. Y miedos.

—¿Gloria?

Busqué la mirada de mi amiga.

—¿Dónde te has ido?

—No sé.

Me encogí de hombros.

Tania no creyó mi respuesta. Nos conocíamos demasiado bien, pero, aun así, la aceptó porque sabía que no era mi mejor día para hablar.

—Ya lo leerás —me dijo—. Julio ha aceptado encantado ir con tu abuela y sus amigas al pueblo costero.

Sonreí.

—Y Clara todavía debe tener las manos en la cabeza —rio y mi sonrisa se amplió—. Le ha costado, pero ha terminado confirmando que vendrá con nosotros.

—Joder, qué guay.

—Sí. —Dio varias palmadas—. La semana que viene nos vamos de escapada. Nos va a sentar genial, sobre todo a ti. Tu abuela siempre te aporta serenidad y alegría.

—Cuando desayunemos hablaré con ella. Va a ponerse muy contenta con la noticia.

—Estos deseando ponerme bocarriba al sol dejando que la vida pase a mi alrededor.

—Aprovecha hasta el martes para estar todo el tiempo que puedas con Matías.

—Lo haré —me dijo con un guiño.

—El miércoles no cogerás el coche para venir a trabajar. Yo pasaré a buscarte por la mañana para venir y dejaremos los equipajes en el maletero. Cuando salgamos del hospital recogeremos a Clara y a Julio donde estén.

—Podemos parar a comer en el restaurante que está a una media hora de aquí.

—Eso había pensado. —Asentí—. Y después tirar hasta el pueblo sin parar más. El camino se hará corto.

—Vamos a pasarlo genial. Ay.

—Esa es la idea. Playa, sol, tranquilidad, buena compañía y un ambiente en el pueblo perfecto.

Capítulo 38



—Damián me contó ayer que se acuesta de vez en cuando con Celia —me dijo Julio.

—¿Y te extraña?

Puse los ojos en blanco.

—Joder, pues sí. Pensaba que solo follaron la noche del reencuentro con los excompañeros de estudios. Desde entonces nunca me ha dicho que siguiera viéndola.

—Era de esperar, Julio. Damián es el prototipo perfecto para Celia. Guapo, atractivo, pero lo que es más importante y va por encima de todo, tiene dinero y es empresario. Punto. Si no consigue que su padre le deje la empresa, lo que sería la decisión más acertada que podría tomar ese hombre, pues tendrá una pareja con el suficiente dinero para sus caprichos.

—Y él no se da cuenta de la encerrona que le está haciendo Celia —dijo pensativo.

—Él se da cuenta de lo que quiere, Julio. Damián no es tonto y si quiere pasar por el aro porque le conviene para tener polvos fáciles, pues allá él. Es su vida la que va a joder, porque alejarse de Celia, cuando se ha metido tan dentro de su vida, le costará mucho. Ella hará lo que sea por mantenerlo a su lado.

—A mí no me escucha —habló desanimado.

—Eres su amigo, no su salvador.

—Pero me jode.

—Porque eres un gran amigo, Julio. Lo que no puedo decir de él. Y no vas a convencerme de lo contrario porque por todo lo que me has ido contando desde que nos reencontramos, te aseguro que tengo lo necesario para tirar por tierra todo lo bueno que quieras decir de él.

—Eres implacable —dijo con diversión.

—Con quien se lo merece, sí.

—Sé que tienes razón, pero…

—Llegará el día en el que abrirás tanto los ojos que lo mandes a la mierda. Lo sé.

—Puede…

—Ya te digo yo que sí. Pero hasta que suceda, no te agobies por nada de él. ¿Quiere seguir follándose a Celia? Adelante. Es la vida de ellos dos, no la tuya. Y ambos son mayorcitos para saber lo que les conviene o no. Te aseguro que Celia lo sabe muy bien.

Mi padre salió con una lata de refresco y sonreí. Vino hacia mí y me la dejó al lado del vaso vacío.

Me hizo un guiño, antes de inclinarse para darme un beso en la cabeza. Se sentó en la silla de al lado.

Estábamos en el porche trasero de la casa de mis padres.

—Te dejo. Nos vemos mañana.

—Vale, preciosa. Saluda de mi parte a tus padres. Estoy deseando que llegue mañana, me van a sentar genial las pequeñas vacaciones.

—Ni que lo digas. Te van a sentar de lujo.

Reímos.

Después de otra despedida rápida, colgué y dejé el teléfono en la mesa.

Había venido a ver a mis padres para despedirme de ellos. Mi madre no estaba, por lo que la estábamos esperando donde mejor se estaba de en toda la casa al final de la tarde.

—¿Ya tienes preparado todo lo que vas a llevarte?

—Sí. Tampoco es mucho. No llevo casi equipaje. Un pijama, varios bikinis y vestidos playeros, pantalones cortos, camisetas, una chaquetita para cuando refresque un poco por la noche y las chanclas. Lo demás serán mis productos para la cara y el cuerpo y la electrónica. Ya está, no necesito nada más.

—Tu abuela está como loca porque vais mañana.

Sonreí.

—Lo sé. Hablé con ella anteayer.

—Está deseando tenerte allí. ¿Sabes algo nuevo de Sergio?

Les conté a mis padres la relación que tenía con Sergio, cómo nos conocimos y la coincidencia de que fuera el hermano de mi amiga Clara, ni más ni menos.

Se sorprendieron por la noticia y por todo lo demás, pero enseguida se alegraron por mí. Que Sergio fuera policía pareció gustarles mucho.

No lo conocían, era demasiado pronto para eso porque, siendo realista, había pasado más tiempo alejada de Sergio que con él.

A saber, cómo volvería. Lo mismo se echaba para atrás en lo que comenzamos y dejamos parado al inicio de todo.

Esa posibilidad me inquieta. Mucho. Tanto como el no poder hablar con él como yo quería.

—No —le contesté a mi padre—. Desde su última llamada, que duró muy pocos minutos, no ha vuelto a llamarme.

—Debe estar muy liado.

—Ya…

—No queda mucho para que regrese, ¿no? El mes está a punto de cumplirse.

—Ni idea, porque como no me lo dice… El mes puede convertirse en muchos más.

Me encogí de hombros.

—Cariño, él respeta tus horarios y tus guardias interminables.

—Ya lo sé, papá —suspiré, antes de beber un sorbo de refresco—. Y yo también su vida y su profesión, con todo lo que conlleva, pero no es fácil.

—Me hago una idea, pero tú eres más fuerte que cualquier miedo e incertidumbre. Sé que deben estar pasándote muchas cosas por la cabeza y ninguna buna.

—Sí —susurré.

—En esos momentos túmbalo todo pensando en que, si Sergio no quisiera estar contigo, ya te lo habría dicho. Es así de simple. Solo necesita unos segundos para decírtelo en una de las llamadas que te hace cuando puede. Que no se te olvide esto último, porque es muy importante. Cuando puede, no cuando quiere o cuantas veces le apetezca.

—Vale —sonreí—. Gracias, papá.

—Ah. Ahí está tu madre.

Sonreímos al escucharla llamar a mi padre. Él no le respondió, por lo que me la imaginé recorriendo toda la casa porque mi padre al salir había dejado la puerta trasera del porche que parecía cerrada.

—Aquí estás —dijo antes de vernos, tirando de la puerta con fuerza —. ¿Por qué no has contestado cuando…? Oh, cariño —dijo cuando me vio.

—Hola, mamá.

Me levanté de la silla para darle un abrazo. Vino hacia mí directa y fue lo que hicimos, abrazarnos y darnos varios besos.

—¿Hace mucho que has llegado?

—Una media hora.

—Esperadme. Voy a por algo fresco que estoy sedienta.

Mi padre y yo le sonreímos.

—¿Preparada para el interrogatorio sobre Sergio? —me preguntó con diversión él.

Mi bufido lo hizo reír.

Cuando mi madre se sentó con nosotros en el porche, respondí a todo lo que quiso saber. Hablamos del viaje del día siguiente y, cómo no, de Sergio. Mi padre no falló.

Pasé con honores otra tanda más de preguntas, saliendo victoriosa.

Después de una hora y media, tiempo en el que cenamos, me despedí de mis padres y me dirigí a mi dirección en el coche. Cuando llegué, dejé el vehículo estacionado en mi plaza del edificio y subí en el ascensor, dispuesta a ponerme el pijama y a dar el día por finalizado.

Me duché cuando terminé de hacer la maleta, antes de ir a la casa de mis padres. La siguiente ducha sería al despertarme a la mañana siguiente, para espabilarme antes de ir a recoger a Tania e ir con ella al hospital.

Fui directamente a la habitación, donde me desvestí y me puse la camiseta ancha que hacía de pijama. Una vez cómoda y después de pasar por el baño, llevé el móvil a la mesita de noche para ponerlo a cargar y dejé activadas las alarmas para el día siguiente.

Me olvidé del móvil poniéndolo en silencio y fui a la cocina a por una botella pequeña de agua. Regresé a la habitación bebiendo de ella.

Una vez saciada la sed, dejé la botella también en la mesita de noche y me puse frente a la maleta pequeña abierta, para hacer un repaso de todo lo que tenía dentro.

Me aseguré de llevar lo más importante y coloqué el neceser encima de todo, para al día siguiente no olvidarme de meter el cepillo del pelo y de los dientes. Hice lo mismo con el neceser donde metía siempre el cargador y el bolso que utilizaría para el viaje.

Dentro de la maleta llevaba otro de un tamaño más pequeño para cuando saliéramos a dar una vuelta por el pueblo.

Cuando terminé de todo, convencida de que no me olvidaba nada importante, caminé hasta la cama y me tumbé en ella.

Me paré unos segundos para comprobar que no tenía ninguna notificación importante en el móvil. Solté un suspiro, cansada de estar pendiente de recibir, aunque fuera un pequeño hola de Sergio. Eso para mí ya era mucho a estas alturas. Triste, pero cierto.

Enredé las piernas en la sábana y cogí una buena postura, cuando apagué la luz y cogí el libro electrónico que ya había cargado para llevármelo también.

Lo abrí, me acomodé mejor y comencé a leer.

Hasta eso me suponía un esfuerzo cuando lo normal en mí era que me relajara leyendo cada noche, hasta que me dormía. Daba igual si era un párrafo, una página o veinte, paraba cuando mi cuerpo me decía basta y me dormía sin darme cuenta.

Y eso había cambiado desde que se fue Sergio. Me costaba mucho concentrarme en la lectura y me daba rabia que toda mi rutina se viese afectada de una manera u otra.

Pero es que contra la mente era muy difícil luchar. Cuando me daba cuenta estaba pensando en Sergio, en cualquier cosa de él.

La noche y el silencio eran muy jodidos para dar rienda suelta a los pensamientos, pero, sobre todo, a los miedos.

Igualmente, como a cabezota no me ganaba nadie, una noche más en la soledad de mi habitación, me esforcé para leer hasta que me quedara dormida.

Me resultó difícil conectar con la historia por todo lo anterior, pero cuando lo hice y me metí de lleno en ella, fui sintiéndome mejor.

Capítulo 39



—Qué bonito —dijo Ingrid.

Sonreí.

Después de agarrar mi maleta, me giré hacia ella.

Al final éramos bastante más que los que íbamos a venir en un principio. El único que faltaba era Sergio, porque Ingrid, Matías y Mauro no habían querido perderse los cuatro días de desconexión en el pueblo costero.

Matías se autoinvitó en cuanto Tania le dijo que se iba. Después me llamó para preguntarme si podía venir, con voz de bueno. Nos reímos mucho.

Ese fue el inicio para que después se apuntaran Ingrid y Mauro.

Por sitio en la casa de Marga no había problema. Había espacio suficiente para todos, aunque tuviéramos que compartir alguna habitación o el salón. A nosotros nos daba igual, todo nos parecía bien.

Lo importante era estar juntos y disfrutar.

Mi abuela, Marga y Mabel estaban muy ilusionadas por nuestra visita. Les encantó saber que seríamos más. Julio cerró el maletero de mi coche y tiró de su maleta, para ponerse a mi lado.

Cerré el coche con el cierre y caminamos hacia donde estaban los demás.

Habíamos venido en dos coches, repartidos entre ellos. Los conductores éramos Matías y yo.

—Me encanta —comentó Clara.

—Joder, vámonos de aquí porque el mar está tirando de mí y estoy a nada de salir corriendo para lanzarme de cabeza. Vestido y todo —dijo Mauro.

Todos lo miramos divertidos, pero de acuerdo con él.

Comenzamos a caminar con las maletas, con Tania y conmigo marcando el camino. Éramos las únicas que sabíamos dónde estaba la casa de Marga, por lo que fuimos en cabeza.

La mayor parte del recorrido fue el paseo de la playa, hasta que a cierta distancia giramos hacia la izquierda y llegamos a la primera calle. No tuvimos que ir más lejos, Tania y yo nos miramos sonrientes, cuando vimos a lo lejos a mi abuela con sus amigas a los lados.

Las tres sonreían, mientras nos acercábamos. En cuanto estacioné, le envié un mensaje a mi abuela para avisarla de que acabábamos de llegar. Por eso nos estaban esperando.

—Abuela…

—Hija.

Nos dimos un fuerte abrazo que duró bastante y después fue el turno de Tania y Clara. A Clara Mabel no la conocía, por lo que se la presentamos. Una vez que pasamos por los brazos de las tres, llegó el momento del resto de presentaciones y de abrazos.

—Bienvenidos —dijo Marga, señalando con una mano la entrada de una casa.

—Qué bonita —dijo Ingrid y todos reímos—. ¿Qué? —preguntó extrañada.

—Hoy todo es bonito para ti —le dijo Julio—. No dejas de repetir lo mismo.

—Pues será porque me gusta todo lo que digo.

Se cruzó de brazos ella.

—Claro que sí, preciosa. Todo es muy bonito.

—Y tú muy idiota —le dijo Ingrid, con las cejas elevadas.

Julio soltó una carcajada que hizo reír a Ingrid también. Los demás los observábamos sonrientes.

Julio le rodeó los hombros con el brazo y la acercó a ella, para darle un beso en los labios. Eso calló a Ingrid. Se agarró a la camiseta de Julio para no separarse pronto.

—Vamos dentro —dijo mi abuela, sonriendo.

Me agarró del brazo y nos miramos con cariño. Fuimos las primeras en entrar en la casa, seguidas por todos los demás.

—¿De cuánto estás? —le preguntó Mabel a Ingrid.

—De cinco meses.

—Tienes una barriga muy bonita —le dijo mi abuela, haciendo hincapié en el bonita.

Todos soltamos una carcajada.

—A pesar de la broma que he hecho para que nos riéramos, lo he dicho muy en serio —volvió a hablar mi abuela—. Estás preciosa.

—Gracias.

Ingrid se ruborizó y Julio la miró embobado.

Mi amigo nos había dejado claro a Tania, a Clara y a mí que su interés por Ingrid era muy fuerte y que su embarazo no era impedimento para que le gustara tanto como para tener una relación con ella.

Aún no era oficial, pero lo que había entre ellos saltaba a la vista para todo el mundo que los viera. Julio iba a por todas con Ingrid y su bebé, del que haría el papel de padre encantado. Aunque esto último le diera un vértigo horrible hoy día.

Tiempo al tiempo. Había cosas que era mejor no planearlas ni pensarlas. Sabía que en cuanto Julio tuviera en brazos al bebé, todo cambiaría por sí solo.

A Ingrid se la veía encantada con el nivel de compromiso que le mostraba Julio. Y eso que no habían hablado de nada serio de sus vidas. Sexo habían tenido. Y mucho. Risas también. Lo demás estaba por venir y no faltaba mucho para ello por cómo estaban.

Les pedimos a mi abuela, a Marga y a mi abuela que nos esperaran en el salón, para que no se molestaran en llevarnos a las habitaciones. Nos encargamos de todo Tania y yo y, una vez decidimos cómo íbamos a dormir, dejamos las maletas en las habitaciones y volvimos al salón para encontrarnos con las mujeres que nos esperaban sonrientes.

—Hemos reservado mesa en el restaurante de marisco que os gusta tanto —nos informó Marga, dirigiéndose a Tania y a mí.

Nosotras éramos veteranas en este pueblo y en esta casa. Mi amiga y yo incluso habíamos estado aquí solas.

Las veces que Marga no podía venir en verano, por diversos motivos, siempre nos ofrecía las llaves de su casa para que la aprovecháramos nosotras.

Tania y yo aceptábamos encantadas y felices, y, viajábamos hasta aquí todas nuestras semanas cortas. Sin excepción. Esos días de desconexión total nos servían para recargar las pilas al máximo.

Por eso este lugar para nosotras era muy especial. Teníamos muchos recuerdos, tanto solas como con mi abuela, Marga y Mabel.

—Joder. A eso le digo yo llegar por todo lo alto —rio Tania—. Os va a encantar —les dijo a todos nuestros amigos, mirando de manera especial a Matías.

Él le hizo un guiño, antes de rodearle la cintura con un brazo.

—Podemos ir ya, dando un paseo tranquilo —comentó Mabel—. Si llegamos un poco antes, igualmente podremos ocupar la mesa.

—Estupendo —comentó Ingrid.

El día fue genial y nos lo pasamos de maravilla todos juntos.

Fuimos a comer al restaurante de marisco que se encontraba en el mismo paseo de la playa, con vistas al mar.

Comimos de lujo. La calidad de ese restaurante era insuperable, al igual que su ubicación. Todo el marisco y el pescado eran frescos y una delicia. A todos les encantó.

A mi abuela, a Marga y a Mabel les salió mal la jugada porque cuando quisieron pagar para invitarnos a todos, se encontraron con que Julio se había adelantado.

El plan inicial era pagarlo entre todos los amigos. Sin embargo, Julio nos dijo que quizás algún día conseguiríamos que nos dijera cuánto había subido la cuenta.

Después de comer volvimos a la casa para descansar un rato y sobre las seis y media fuimos a la playa.

En ella estábamos.

Ingrid se encontraba sentada a mi lado, en la toalla, mientras que los demás continuaban en el agua. Nosotras acabábamos de salir.

Me escurrí el agua del pelo y después me lo recogí con una pinza.

—¿Cómo llevas lo de Sergio? —me preguntó, sin mirarme.

Mantuvo la vista en el agua, en nuestro grupo de amigos.

—Hay días mejores y otros peores, pero como lo lleve yo no cuenta.

—¿Por qué dices eso?

Frunció ligeramente el ceño, con la cabeza girada hacia mí.

—Porque da igual como me sienta yo, Ingrid. Igualmente, no va a cambiar nada.

Me encogí de hombros.

—Si lo llevabas tan mal, ¿por qué no me has buscado para hablar? —me preguntó sorprendida—. No quiero dármelas de nada, pero soy una de las personas que más conoce a Sergio y trabajo con él. Es lógico que Clara, por ser su hermana, también esté muy unida a él, pero no conoce tan bien como yo al Sergio policía.

—Te habría molestado con mis paranoias.

—Anda que… —Negó con la cabeza—. Todos las tenemos, Gloria. Y los amigos están para eso, para que los molestemos, porque si lo hacemos es porque no estamos bien.

Le sonreí.

—Gracias, Ingrid.

—No me las des.

—Lo echo mucho de menos —dije en tono más bajo—. No sé cómo ha podido pasar tan rápido, pero…

—Ya… —me interrumpió—. ¿Qué vas a decirme a mí?

Reí cuando señaló hacia el agua, refiriéndose a lo que le había pasado con Julio. Era a él a quien quería señalar realmente.

—Lo último que pensaba era en pillarme de un tío —dijo riendo—. Y encima de uno que con el tiempo se quedará calvo —comentó en broma.

Nos miramos y soltamos una carcajada.

—Pero las cosas pasan cuando una menos las espera. Mírame, estoy embarazada de cinco meses, de un imbécil. No te imaginas las gracias que doy cada día porque se cagara y se largara, renunciando a todo.

—Pues sí. Te hizo el favor de tu vida, aunque algo me dice que tú no hubieras durado mucho a su lado.

—No —sonrió de medio lado—. Lo que quería decir con todo esto es que no existe un tiempo para enamorarse de una persona. Cada caso es diferente. Un día, sin más, alguien llega a tu vida y te la trastoca de tal manera que ya nada vuelve a ser lo que era sin ella.

—Y no se ve venir —añadí.

—Para nada. Si me hubieran dicho que estaría con un hombre que conocí en el calabozo, me habría reído en la cara de quien fuera.

Se encogió de hombros y nos quedamos en silencio.

—Julio es un hombre increíble —le dije.

—Lo sé.

—Y es de lo que lo dan todo cuando se enamora.

—Ya lo veré.

—Lo ves cada día.

Sonreí cuando se movió nerviosa encima de la toalla.

—¿Tú crees…? Quiero decir… ¿Tú crees que Julio está enamorado de mí?

—Está en el inicio de ese camino, sí. Como lo estamos nosotros.

—Joder —susurró, buscándolo con la mirada.

—¿Tanto te sorprende?

—A ver… Está muy pendiente de mí y nos lo pasamos genial juntos, pero no he querido pensar mucho en eso para no…

—Ya, hacerse falsas esperanzas es una de las peores cosas.

—No es tu caso, Gloria.

Le sonreí.

—Lo digo en serio. No hay nada falso de Sergio hacia ti y que esté tan desaparecido no significa nada en vuestra relación.

—No sé si tenemos una.

—Pues claro que lo sabes —me sonrió con cariño—. La negación es una buena defensa, pero termina cayendo por su propio peso.

La miré agradecida cuando me dio un beso en la mejilla, antes de levantarse.

—¿Te apetece otro baño?

—Ahora no.

—Vale. Pues yo voy a darme el último, porque dentro de poco nos iremos.

—Sí —le confirmé—. Tenemos que ducharnos todos y arreglarnos.

—Hasta ahora.

Ingrid se fue hacia el agua y se reunió con los demás. Julio ya la esperaba cerca de la orilla, dentro del agua.

Sonreí, pensando en todo lo bueno que me trajo el viernes noche del encuentro con los excompañeros de estudios. Había recuperado a un buen amigo, conocido a varios más, y encontrado al hombre que me tenía la cabeza loca. Por muchos motivos.

Verlos a todos con las parejas que habían elegido me hizo tragar saliva y cerrar los ojos unos instantes.

Capítulo 40



—Por nosotros —dijo Tania.

Levantó su copa y todos la imitamos.

Bebimos un sorbo de nuestras bebidas. Todas tenían alcohol, menos la de Ingrid.

Tania salió corriendo con su copa en alto y comenzó a reír nerviosa, cuando Matías fue detrás de ella.

Los perdimos de vista en la oscuridad de la playa.

Llevábamos media hora aquí, cerca de la orilla del mar. Después de cenar con mi abuela, Marga y Mabel, mis amigos y yo salimos a dar una vuelta por el pueblo.

Nos habíamos encontrado las calles muy animadas. En la zona más céntrica decidimos sentarnos en la terraza de un bar de copas y pedirnos una.

Allí estuvimos hasta que nos las terminamos. Quisimos alejarnos un poco del bullicio, para ir más por libre, y con ese pensamiento, hablando, llegamos a la conclusión de que el mejor sitio sería en la playa.

No teníamos pensado volver tarde a la casa, ya que hoy todos estábamos cansados. Dijimos de comprar una botella de refresco y dos diferentes de alcohol, con la idea de que nos sobrara para tener para otros días.

No estábamos bebiendo mucho. A ninguno nos había subido y teníamos controlada la noche.

Éramos los únicos que nos encontrábamos en esta parte de la playa. La poca luz que había era la de nuestros móviles y la de la luna llena que se reflejaba en el agua.

Continuamos escuchando las risas de Tania durante un rato, hasta que todo se quedó en silencio. La parejita, aun sin verlos, nos dejó claro en lo que se entretenían ahora. Esperaba no escuchar gemidos ni jadeos en cuestión de poco tiempo.

Tania y Matías eran unos expertos en desaparecer constantemente.

—¿Estás cansada? —le preguntó Julio a Ingrid.

—Como todos, pero aguanto bien —le contestó ella.

—¿Seguro? —insistió Julio—. Podemos estar de fiesta mañana.

—Hombre, si lo pintas así…

Rieron ambos.

—Chicos, nos vamos —nos dijo Julio.

Nos despedimos de ellos y se fueron hacia el paseo. Este quedaba apartado, pero era visible por las farolas que había a lo largo de él.

Marga había repartido varias llaves entre nosotros. Julio tenía una, por lo que no tendrían problema para entrar en la casa ni tampoco despertarían a mi abuela, a Marga y a Mabel.

—Yo no creo que aguante mucho más —dijo Clara—. Me ha dado un bajón.

—Podemos irnos todos —comentó Mauro—. Tú también tienes cara de cansada —se dirigió a mí.

—Hoy sí —les confirmé.

—¿Dejamos a la parejita a su aire? —preguntó Clara.

—No creo que quieran que los molestemos —comenté y sonreí de medio lado.

—Tienes razón —rio Clara y Mauro sonrió con picardía.

Nosotros tres elegimos compartir habitación. Julio e Ingrid estaban en otra, y Matías y Tania en otra. Después estaban las habitaciones de Marga y en la que dormían mi abuela y Mabel.

Todavía quedaba sitio libre, el que ocuparía yo cuando notara que Mauro y Clara querían intimidad. Eran los menos activos, ya que estaban tomándose con mucha calma el conocerse despacio, pero de vez en cuando no podían controlarse.

De manera que en esos calentones yo me iría al salón, para dormir en paz y tranquila en el sofá cama. Se convertía en una cama doble y era muy cómoda.

—¡Tania! —alcé la voz, solo para avisarla y que no se preocuparan cuando nos buscaran al terminar.

Ellos tenían otra llave de la casa.

—Nos vamos todos. Nos vemos mañana.

—Valeee… —dijo ella

Clara, Mauro y yo nos sonreímos y comenzamos a caminar hacia el paseo.

—Se está muy bien aquí —comentó Clara.

—Estoy de acuerdo —habló Mauro—. Sería una pasada abrir un restaurante aquí —dijo pensativo.

—Oye, ¿cómo va tu idea de montar uno donde vivimos? —le pregunté.

—Hace días que no hablas de ello.

—Porque no tengo nada nuevo que decir. He dejado un poco parado lo del local porque estaba afectándome demasiado a los nervios. Quiero tomármelo de otra manera.

—Pues has hecho muy bien. —Asentí—. Lo primero es la salud y después lo demás.

—El local que me gustaba ya no está disponible. Era el perfecto, pero no va a poder ser.

—Encontrarás otro mucho mejor y que encaje en lo que buscas —le dijo Clara.

—Eso espero, pero como no quiero llegar al nivel de agobio de hace unos días…

Nos quedamos callados cuando llegamos frente a la puerta de la casa. Metí mi llave en la cerradura y abrí.

—¿Te apetece un poquito más de conversación? —le preguntó Clara a Mauro, hablando en tono bajo.

Fue una clara invitación para algo más.

Los demás hablamos de la misma manera para no molestar a los que ya estaban descansando.

—Chicos, quedaros en la habitación y yo me vengo al sofá cama a dormir —les propuse—. Voy un momento a coger el pijama y el neceser, y es toda vuestra.

—No hace falta —me dijo Clara.

—Y tanto que sí. —Le hice un guiño.

—Gracias, preciosa —habló Mauro—. No corras, nosotros esperamos en el sofá.

—Vale —les sonreí.

Me dirigí al pasillo, por el que tuve más cuidado al pasar, y entré en la habitación.

Cerré la puerta a mi espalda y mandé a la mierda de golpe lo de ser silenciosa y cautelosa. Solté un grito fuerte por el susto que me llevé, justo cuando encendí la luz de la habitación.

—¿Qué…?

Mi voz sonó aguda.

Para mi sorpresa, la casa que estaba en silencio absoluto se llenó de silbidos, risas, aplausos y palabras de ánimo para Sergio y para mí.

Incluso escuché la voz de Tania. ¿Cómo había venido tan rápido?

—Hijo, mañana te conozco mejor. No nos ha dado tiempo a mucho.

Agradé los ojos al escuchar a mi abuela hablándole a Sergio. Él sonrió de medio lado.

—Estaré encantado, Coral —le dijo él.

—¿Esto qué es? —pregunté.

—Déjate de preguntas —me gritó Clara, entre risas—. Desde hace unos días todos sabíamos que mi hermano iba a darte esta sorpresa. Lo único que ha variado es el lugar, ya que le hicimos cambiar el escenario cuando le dijimos que veníamos de viaje a este pueblo. Todos hemos colaborado. Así que disfruta, Gloria.

—Eso —rio Tania—. A tu abuela, a Marga y a Mabel ahora les damos una pastillita para que duerman en cuanto se tumben en la cama. No queremos que sus delicados oídos escuchen marranadas.

—¡Niña! —le dijo mi abuela, a modo de regañina.

Se notó la contención de la diversión en la voz de mi abuela al hablar.

Tania soltó una fuerte carcajada.

—Estos jóvenes se piensan que nosotras no hemos vivido a lo grande —habló Mabel.

—Si ellos supieran… —dijo Marga y después rieron ambas.

—Eh, ¡yo quiero saber eso! —se quejó Tania—. ¿Por qué nunca nos habéis hablado a Gloria y a mí de vuestras aventuritas y travesuras?

Las risas de Marga, Mabel y mi abuela se perdieron por el pasillo.

Después de eso, dejé de escuchar todo lo demás. O tal vez fue que la casa volvió a quedarse en completo silencio.

Lo único que podía oír era mi respiración acelerada y el retumbar de mi corazón latiendo con más fuerza que nunca.

—Sergio…

—¡Sorpresa!

Estaba en la cama que yo elegí, sentado, con la espalda en la pared. Lo único que llevaba puesto era un pantalón corto de pijama.

Abrió los brazos y solté un jadeo, antes de salir corriendo hacia él.

Me subí de un salto a la cama y gateé hacia su cuerpo, para tirarme encima de él y abrazarlo con fuerza.

—Estás aquí —susurré.

—Sí. Contigo.

Me dio un beso en la cabeza y me apretó contra él.

—¿Es sensación mía o me has echado mucho de menos?

—Es sensación tuya —le contesté.

Sergio soltó una carcajada y me entraron ganas de llorar.

—Siento mucho haberte tenido tan apartada de mí y lo breve que ha sido todo, las pocas veces que he podido hablar contigo. Te aseguro que era necesario por mi trabajo —me susurró al oído.

—Ahora mismo me da igual cómo me he sentido todo este tiempo.

Escondí la cara en su hombro.

—A mí no me da igual. —Me rozó la sien con los labios—. Te prometo que esto se dará muy de tanto en tanto. Hacía un año y medio que no tenía que irme por un tiempo, y con anterioridad a esa vez estuve dos años sin moverme.

—Vale —suspiré.

—Yo también te he echado de menos. Muchísimo. Este tiempo separados me ha aclarado muchas cosas. Ha sido muy revelador y he vuelto dispuesto a todo.

Con esas palabras consiguió que desaparecieran de golpe todos los miedos y las inquietudes que me habían perseguido desde que se fue.

Gemí cuando elevó un poco la cadera y su miembro duro y tenso se clavó más en mi barriga.

Sergio me apartó de él, pero se olvidó por un momento de lo que iba a hacer para agarrarme la cara con las manos. Me retiró con los pulgares las lágrimas que se me habían escapado y me acercó de nuevo a él, para besarme en los labios.

Fue un beso calmado, pero intenso, en el que noté muchos sentimientos.

Cuando nos separamos, esta vez sí, que me quitó la camiseta y el sujetador. Yo me encargué del pantalón corto, de la braga y del calzado.

Me quedé desnuda de rodillas en la cama, mientras sus ojos miraban con codicia cada parte de mi cuerpo.

Me incliné hacia él, para agarrarle la cinturilla del pantalón corto del pijama. Tiré de ella hacia abajo.

Me encontré con que no llevaba bóxer. Mi excitación aumentó cuando supe que estaba preparado para mí.

Me ayudó a arrastrar el pantalón, elevando el trasero. Se lo saqué por los pies y me llené la mano con su miembro. Quería hacerle tantas cosas… Las románticas y mimosas debían esperar.

Sergio jadeó y se puso en tensión, mientras yo me movía para sentarme a horcajadas sobre él.

—Soy todo tuyo. Haz conmigo lo que quieras —me pidió con la voz ronca por el deseo.

Sonreí de medio lado, con picardía. Y tanto que iba a hacerle muchas cosas, pero por el momento lo que más me urgía era sentirlo dentro de mí. Necesitaba estar llena de él.

Sin soltar su miembro, lo moví con la mano por todo mi sexo. Deslicé la punta, de arriba abajo, mezclando nuestras excitaciones y proporcionándonos placer a ambos.

Gemimos al unísono cuando lo introduje en mi interior, solo el glande. Estaba tan caliente y resbaladizo sin protección…

Lo pillé por sorpresa cuando me dejé caer con fuerza, hasta enterrar su miembro hasta lo más hondo de mí.

—Gloria… —Jadeó, agarrándome con fuerza de las nalgas—. Joder, joder…

—Podemos hacerlo —le dije, mordiéndome el labio inferior.

Me miró a los ojos con intensidad y asentí, para que supiera que había escuchado bien.

—Quería sentirte piel con piel y que me llenaras a mí, no a un trozo de plástico. —Gimió—. Así que fui al ginecólogo. Hace días que podemos hacer esto, tantas veces como queramos y sin preocuparnos por nada más que disfrutar.

—Mierda, Gloria. —Bufó—. Estoy a punto de correrme.

—Pues hazlo.

Comencé a moverme por el largo de su miembro, a subir y bajar, y no fui suave para meterlo en mi interior.

Sergio gruñó y me siguió el ritmo, sorprendiéndome porque no solo aguantó, sino que nos cambió de posición y sus embestidas se hicieron aún más profundas y fuertes. Se clavó en mí sin descanso, una y otra vez.

Me dejó sin respiración conforme fue aumentando el ritmo y creí que me desmayaría, mientras me corría por la intensidad del orgasmo. Me tapé la cara con la almohada.

Mientras yo amortiguaba los sonidos que me fue imposible controlar, Sergio continuó follándome desesperado. Hasta que llegó al final de su recorrido y se liberó en mi interior, con un quejido que no disimuló ni quiso ocultar. Al igual que sus gemidos.

Cayó encima de mí, sin fuerzas, pero sin aplastarme. Nos movió girándonos en la cama y, todavía en mi interior, nos quedamos abrazados recuperando la respiración.

Nuestros pechos se movían acelerados.

—Por una larga lista de veces como esta —susurró con voz ronca.

—Lo estoy deseando.

Le di un beso en la curva del cuello y solté un suspiro de satisfacción.

Ahora sí que me sentía completa y me sorprendió darme cuenta hasta qué punto era cierto con Sergio a mi lado.

Epílogo



Sergio

Doce años después…

—¡Has hecho trampas! —se quejó Tania.

—¿Yo? —se señaló Matías—. Amor, te estás equivocando.

—Una mierda. —Bufó ella.

Matías soltó una carcajada cuando Tania lo esquivó para que no la tocara. No lo consiguió durante mucho tiempo, porque mi amigo era muy insistente.

Tania terminó riendo, colgada del hombro de Matías mientras él le daba una palmada en la nalga. De esa manera se la llevó del porche y tuvimos que escuchar las quejas falsas de Tania, ya que deseaba lo que estaba pasando.

Estábamos disfrutando de un fin de semana largo de cuatro días de recién casados. Le pusimos ese nombre entre todos los amigos, cuando decidimos que cada cierto tiempo haríamos una escapada en la que únicamente estuviéramos los adultos.

Este fin de semana no éramos padres ni teníamos más responsabilidad que la de disfrutar con nuestras parejas y amigos. Era un decir, porque padres no dejaríamos de serlo durante el resto de nuestras vidas, pero ya me entendéis el punto de lo que cuento.

Gloria y yo habíamos formado una familia de la que estaba completamente enamorado. Tenemos dos hijos, Izan y Amber, de siete y cinco años, respectivamente. Mis suegros, Diana y Julián, se habían quedado a cargo de los pequeños.

Nos estaban haciendo de canguros. Los abuelos estaban encantados, al igual que la abuela de Coral, que cada vez que podía los tenía en su casa. Nuestros hijos sentían una conexión preciosa con sus abuelos, tanto con los padres de Gloria como con los míos, pero con Coral, la abuela de mi mujer, era una pasión difícil de explicar.

Marga, la mejor amiga y vecina de Coral, también colaboraba cuando los pequeños estaban a cargo de la abuela de mi mujer. Mabel se unía a ellas cuando quedaban, la otra amiga de Coral. Esta, al no vivir tan cerca, se perdía algunas cosas de mis hijos, ya que debía desplazarse y no era lo mismo que ser vecinas como sucedía con Marga y Coral.

Mis padres venían bastante a menudo a la ciudad, para pasar todo el tiempo posible con la familia y para ver crecer a sus nietos. Gloria y mis padres se llevaron de maravilla desde el principio, por lo que poco más puedo decir sobre esto.

Para este fin de semana largo habíamos alquilado una casa en la playa. Tenía acceso directo a una cala privada y era una pasada. Aquí dentro nos sentíamos aislados del resto del mundo.

Hacía una noche perfecta y dentro de poco iríamos a la playa a darnos un baño nocturno. Este sería sin trajes de baño y sin vergüenza, aunque la poca iluminación que daba la casa y la propiedad no era suficiente para vernos bien en la playa.

No era lo que pretendíamos, ni mucho menos.

Al escuchar la risa de Gloria, giré la cabeza para ver a mi mujer. Venía hacia mí al lado de mi hermana.

Le hice un guiño cuando me sonrió.

Julio e Ingrid estaban tumbados juntos en una tumbona que habían acercado al porche. Clara se echó casi encima de Mauro cuando llegó junto a él. Mauro la atrapó encantado. Y Gloria, después de darme un beso, se sentó sobre mis piernas de espaldas a mí.

Era como estaba antes de levantarse. Le rodeé la cintura con un brazo y tiré de ella hacia mí. Mi mujer apoyó la espalda en mi pecho.

Gloria y yo nos casamos casi a los cuatro años de estar juntos. No tuvimos ninguna prisa para formalizar nuestra relación porque para nosotros lo importante era estar juntos y, desde que nos reencontramos en la casa del pueblo costero propiedad de la amiga de su abuela, no nos habíamos separado.

Mi mujer tardó dos semanas para venirse a vivir conmigo. Y fue tanto tiempo porque tuvimos que esperar a que terminara sus diez días continuos de trabajo en el hospital.

El primer jueves que tuvo libre, después de regresar del pueblo costero, comenzamos a trabajar en su mudanza.

Su piso lo mantuvo durante un año y medio. Según ella, por si nos peleábamos y tenía que regresar después de mandarme a la mierda. Fue decisión suya, de igual manera que lo fue cuando me dijo que quería vender el piso.

Al principio vivíamos en la que fue mi casa durante años. Al cabo de un tiempo, cuando Gloria me dijo que estaba pensando en vender su piso, yo la sorprendí al comentarle que también vendería mi casa. La idea a la que llevaba tiempo dándole vueltas era la de unir el dinero que obtuviéramos de las ventas, para comprarnos una vivienda más grande.

Así lo hicimos. Vivimos en una casa grande que tiene mucho terreno alrededor. Es de dos plantas y se encuentra en una urbanización muy tranquila, hacia las afueras de la ciudad.

En nuestros trabajos pocas cosas habían variado con el tiempo. Gloria sigue siendo enfermera de la UCI del mismo hospital, pero desde hace años la ascendieron como coordinadora de su unidad y combinaba las funciones de los dos puestos.

Por mi parte, continúo trabajando de policía, junto a mis amigos Matías e Ingrid. Pero también había ascendido algunos puestos en mi profesión y atrás quedaron los viajes por trabajo que podían alargarse.

Sobre el tal Damián, del que escuché hablar mucho, pero que no conocí. Y sobre Celia, de la que oí hablar peor… os pongo al día de lo que sucedió un día en el que Gloria y yo paseábamos tranquilamente por la calle.

De esto hace mucho tiempo, fue a los pocos días de regresar del pueblo costero. Mi mujer y yo, por aquel entonces novios, nos encontramos de frente con esos dos a los que por fin pude ponerles caras. No me presenté ni di pie a ninguna presentación por parte de ellos. No quise ninguna cercanía, ya que sabía muy bien a quiénes tenía delante.

Lo único que hice fue rodearle los hombros a Gloria y acercarla a mi costado. No os puedo decir cómo me quedé cuando Celia me tiró la caña, sin cortarse ni lo más mínimo, a pesar de que estábamos con nuestras parejas. Porque por aquel entonces Celia y Damián estaban juntos, supuestamente.

Me sentó fatal y solo tuve que decirle cuatro palabras contadas, cabreado y cortante, para dejarla callada y avergonzada. Fue flipante la situación y me alejé de ellos enfadado, pero por Gloria, porque para mí no significó nada. Unos días después de eso conseguí que Gloria se riera por lo vivido en ese momento.

Debo decir que Celia y Damián terminaron fatal. Aunque Julio fue separándose poco a poco de Damián, lo supimos por Julio. Damián dejó a Celia, al menos fue listo en eso, y terminaron fatal. Y, por si no fuera poco para Celia, se dio otro grandísimo choque de realidad cuando su padre no le dejó el poder de la empresa familiar. El hombre mantuvo a su hija como directiva, pero no como la futura dueña con poder absoluto sobre el negocio.

Ya no sabíamos más ni de uno ni de otro. Ni falta que nos hacía.

Como ya sabéis, todas las parejas que se formaron entre nuestros amigos también avanzaron para bien.

Matías y Tania están casados y tienen mellizos de ocho años, César y Víctor. Lo que iniciaron como una aventura terminó siendo lo que todos los demás supimos desde el principio. Tania también sigue trabajando en el hospital, en la UCI de neonatos. Matías, ya he comentado que continúa de policía conmigo y con Ingrid.

La vida de mi hermana Clara cambió mucho cuando conoció más en profundidad a Mauro. Debo decir que, una vez que se decidió, ya no tuvo nada que hacer. Mauro la enamoró. Están casados y tienen una hija, Lola, de siete años. Mi hermana cambió de salón de uñas con el tiempo, lo trasladó a un local más grande y céntrico, y se llevó a sus chicas con ella: a Luisa, a Tamara y a Carmen. Fue un gran acierto que hoy en día le sigue aportando muchos ingresos.

Mauro vio su sueño cumplido de montar un restaurante. Pasó por una etapa en la que se desilusionó bastante, debido a que el local del que se enamoró lo alquilaron antes de que él se decidiera a dar el paso. Gracias a mi hermana, Mauro se vino arriba y entre los dos consiguieron encontrar otro local, uno mucho mejor que el anterior. Mauro dejó el trabajo de camarero en el bar del hospital para montar su restaurante y el primer día que abrió sus puertas, allí estuvimos todos sus amigos. Su familia de corazón. El restaurante se ganó la fama que tiene. Es muy conocido y, de viernes a domingo, si no es con reserva, es imposible conseguir una mesa. Mauro estuvo los primeros años dedicado por completo a él. Después, conforme fue pasando el tiempo y tuvo la confianza firme de sus encargados y trabajadores, fue liberándose de las cargas. Desde hace años Mauro está en el restaurante en un horario normal de trabajo, de lunes a viernes, y algún sábado se pasa por el local. Siempre mira por su negocio, pero ante todo prioriza la calidad de su tiempo con su familia.

Ingrid dio a luz a Lucía, una bebé preciosa con unos mofletes adorables. Mi amiga tuvo un parto rápido y sin complicaciones. Julio, que en ese momento ya era pareja de Ingrid y tenían una relación fuerte, se quedó enamorado en cuanto vio a Lucía por primera vez. Y ya, cuando Ingrid se la puso en los brazos… Ingrid localizó al padre biológico de Lucía, para decirle de su existencia y pedirle que renunciara legalmente a su hija, si es que continuaba no queriendo saber nada de ella. Matías y yo la acompañamos en todo momento frente a ese tío. Él vio el cielo abierto y aprovechó la ocasión para desentenderse de manera tajante y definitiva de todas las responsabilidades. Ingrid le hizo firmar la renuncia que ya le había preparado un abogado y, de esa manera, al cabo de poco tiempo, Julio adoptó a Lucía como hija suya. Él sí que es su verdadero padre, el que cuidó, mimó y protegió a Lucía desde su nacimiento. Cloe llegó a sus vidas cuatro años más tarde, ampliando la familia. Ingrid y Julio están casados y son los que más cerca viven de Gloria y de mí.

La vida nos había ido muy bien a todos, a pesar de que también habíamos pasado por pequeñas cosas malas. No voy a mencionarlas porque siempre me quedo con lo bueno. Todo sirve para crecer como persona y hacerse más fuerte.

Miré a mi mujer. Le di un apretón en la cadera, donde tenía la mano, y Gloria miró hacia atrás sobre mis piernas.

—¿Preparada para el baño?

Me regaló una sonrisa pícara.

Ambos sabíamos lo que iba a suceder dentro el mar, con sus piernas rodeándome la cintura.

—¿Lo estás tú?

—Corre —le pedí, con la voz ronca.

Gloria soltó un gritito y después rio. Se levantó de un salto y corrió por el jardín sin dejar de reír, yendo hacia el acceso de la cala privada.

Yo me levanté despacio e ignoré a mis amigos y a mi hermana, para ir detrás de mi mujer.

Los dejé riendo, pero ellos no tardarían en unirse a nosotros para tener exactamente el mismo final.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadnabaker_
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu
